

PETER HOWARD  
VIDA Y CARTAS

Por  
Anne Wolrige Gordon



HODDER AND STOUGHTON

*Copyright* © 1969 The Oxford Group

Impreso por primera vez en 1969  
SBN 340 10840 1

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o de otra índole, incluyendo la fotocopia, la grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito del editor.

Impreso en Gran Bretaña *para Hodder and Stoughton Limited, St. Paul's House, Warwick Lane, Londres, E.C.4., por Cox And Wyman Limited, Londres, Fakenham and Reading*

*Traducido al Español por Ismar Villavicencio Chávez*



Para  
**JULIETTE, JOHN, KATE, PATRICK**  
**EMMA, TOM y CAROLINE**

## *Nota de la Autora*

He dedicado este libro a los nietos de Peter Howard. A medida que crezcan, oirán hablar mucho de su abuelo, tanto de forma favorable como de críticas, y quiero que lo conozcan a través de sus palabras y cartas.

Este libro no es una biografía. Por un lado, no creo que los miembros de la familia deben escribir biografías. Por otro, es demasiado pronto para publicar gran parte del material disponible. Muchos de los amigos de mi padre siguen vivos y su obra, por su naturaleza, se refiere a los aspectos más profundos y personales de sus vidas. La gente le contaba cosas que no le contaban a nadie más. Él no hablaba de estas cosas y no habría querido que sus cartas sobre ellos fueran leídas por otros, sobre todo si ellos aun viven. Estas amistades fueron su vivencia diaria, y sin ellas... su historia está incompleta.

Admito de inmediato que hay omisiones en este libro. La mayoría se han hecho por el bien de los vivos, no de los muertos, y no me disculpo por ellas. Otras se deben al hecho de que sus padres no conservaron ninguna de sus cartas y papeles.

He intentado escribir un libro sobre un hombre, no sobre un movimiento; una visión de lo que Peter Howard hizo de la vida en un momento en que la vida misma es tratada tan cruelmente en todo el mundo. He asumido que aquellos que deseen conocer más sobre los resultados de su trabajo y el de sus amigos pueden leer los numerosos libros que se han escrito sobre el tema.

No me corresponde a mí juzgar los efectos del trabajo de mi padre. Sé que, a pesar de una extensa investigación, sólo he encontrado un pequeño porcentaje de las personas que fueron influenciadas por él. Cada año oigo hablar de más de ellos, y de muchos que nunca conoceré. Para mí, era un padre al que quería y respetaba. Debería haber escrito este libro él mismo, porque lo habría hecho mucho mejor que yo. Espero, sin embargo, que sea de interés a los que le conocieron y lo presenten a los que no lo hicieron.

Me gustaría agradecer a las siguientes personas por compartir sus recuerdos y ayuda durante la redacción de este libro:

Sra. Edie Alley, Sr. Harry Almond, Comandante de Ala Charles L. de Beaumont, O.B.E., Sr. Tom Beeton, Srta. Hilary Belden, Sr. K. D. Belden, Dr. Paul Campbell, Sra. Russell Carpenter, Sr. A. R. N. Carter, Sra. J. Coulter, Sr. Geoffrey Coxon, Su

Eminencia el Cardenal Cushing de Boston, Dr. James Dyce, Sr. Vincent Evans, Sr. Michael Foot, M.P., Profesor John Forbes de Virginia, Shri Rajmohan Gandhi, Srta. K. Green, Sra. Alton H. Gross, Sra. F. T. L. Guilbride, Helen, Lady Hardinge de Penshurst, Sr. Michael Henderson, Sr. William Hood, Sr. Anthony Howard, Sr. Philip Howard, Sr. Conrad Hunte, Sra. de Omar Ibargoyen, Sra. M. L. Jacks, Sr. William Jaeger, Sr. William Lang, Srta. Mary Lean, Dame Flora MacLeod of MacLeod, el Sr. A. E. Oliver, el Sr. Colin Oliver, el Sr. Frank Owen, el Honorable John F. Powers, la Srta. Mary Rutherford, el Sr. Michel Sentis, el Sr. Peter D. Strachan, el Sr. Arthur Strong, la Sra. Carroll Wax, el Sr. Peter H. Webb, el Sr. J. E. Whitehead, la Srta. Joy Wimbush, el Sr. Keith Winter, el Sr. A. Lawson Wood.

También me gustaría agradecer a las siguientes personas su permiso para utilizar extractos de discursos, mensajes o cartas recibidas en el momento de la muerte de mi padre:

Sr. F. J. A. Cruso, Sr. Charles Graham, el Rt. Hon. Quintin Hogg, Q.C., M.P., el Rt. Hon. Keith Holyoake, Orador John W. McCormack, Su Eminencia el Cardenal Tisserant.

Me gustaría agradecer especialmente a los siguientes:

Sir Max Aitken, por el uso de la Biblioteca del *Daily Express*; los Fideicomisarios de las Fundaciones Beaverbrook, por el permiso para utilizar dos cartas del difunto Lord Beaverbrook; *Beaverbrook Newspapers*, por el permiso para citar artículos del *Daily Express*, *Sunday Express* y *Evening Standard*; Sr. Garth Lean, por su inestimable subedición; el Consejo de Administración, el Grupo de Oxford; la Srta. Muriel Upton, secretaria de mi padre, por muchos meses de incansable trabajo en la preparación del manuscrito; mi marido, Patrick Wolrige Gordon, por su constante apoyo y consejo; mi madre, la Sra. de Peter Howard, por el uso completo de todas sus cartas y papeles personales, y sin la cual este libro nunca habría sido escrito.

A. W. G.

# Capítulo 1

**P**ETER HOWARD procedía de una familia que había cultivado las tierras de Meldreth, en Cambridgeshire, durante casi trescientos años. Eran gente sólida y próspera. James Howard fue guardián de la iglesia en 1680 y su hijo, John, en 1710, fue uno de los seis electores parlamentarios del pueblo. El nieto de John, James Howard, poseía una casa y once acres. Comenzó a comprar gran parte de la pieza de caza abatida en esa parte de Cambridgeshire, que enviaba en cestas de mimbre para ser vendida en el mercado de Leadenhall. Era diácono de la capilla independiente de Melbourn y, en sus viajes de vuelta de Londres, llevaba a los estudiantes en su carro para "predicar con el paisaje".

Los hijos de James no resultaron como él esperaba. Su segundo hijo, John, en particular, se convirtió en la principal 'oveja negra' de la familia. Fue enviado a prisión por deudas más de una vez y, habiendo abandonado a su esposa por otra mujer, murió en 1850; fue enterrado en una tumba de indigentes. A través de sus hijos, Henry y Ebenezer, se convirtió en abuelo de los dos abuelos de Peter Howard.

Henry había emigrado a Canadá en 1841, y su esposa, después de su muerte, abrió un negocio de vendedores de barcos en Halifax, Nueva Escocia. El negocio prosperó, y ella regresó a Inglaterra dejando el negocio en manos de sus hijos, Ebenezer y John. Al llegar a Inglaterra, naturalmente se puso en contacto con su cuñado, Ebenezer, que se había casado con la hija de un acaudalado propietario de un molino de Yorkshire y se había convertido en un próspero propietario en la ciudad de Londres. Él y su esposa tuvieron una hija, Gracie, de la que su primo, Ebenezer Howard de Halifax, se enamoró rápidamente cuando vino a visitar a su madre en el 'viejo país'. Estos dos se convirtieron en los abuelos de Peter Howard.

El joven Ebenezer hizo su primera visita cuando Gracie tenía quince años. Su educación en Halifax había sido bastante primitiva, pero era un hombre muy ilustrado, profundamente versado en la Biblia y un fuerte puritano. Escribía un inglés claro y excelente, y era un destacado orador en público. Pero también era un

soñador y un perezoso. Ni siquiera se molestaba en terminar lo que escribía, y a menudo se interrumpía en mitad de una frase. Gracie escribió: «Mi madre dijo que Eben Howard había venido de Canadá en una breve visita, y añadió que era el joven más guapo que ella había visto. Poco después de Navidad lo vi por primera vez. Entró en nuestro salón, en el número 28 de *Old Steine*, y mi madre dijo: “Besa a tu primo”, lo que me pareció innecesario, ya que éramos desconocidos. Los dos fuimos juntos a cabalgar por los Downs, y me pareció que era un mal jinete».

Gracie ha dejado un vívido relato de su noviazgo y su vida en común:

«En una ocasión, estaba visitando a un viejo amigo abogado de mi padre en *Camden Square*, y Eben fue invitado a cenar. Llegó vestido en traje de noche y, al terminar la cena, a eso de las ocho, me susurró: “¿Y si salimos?” Yo le dije: “Imposible. Esta gente nos considerará muy maleducados”. “No importa”, dijo él, “vamos”. Y nos fuimos, después de haber ofrecido unas palabras de explicación a mi anfitrión y a mi anfitriona.

Cuando regresamos, después de ir al entretenimiento -no al teatro- la Sra. Webber le dio a Eben una carta para que la enviara por correo dirigida a mi madre. El resultado fue que al día siguiente recibí un telegrama que decía: “Regresa de inmediato”».

Los Howard desaconsejaban los encuentros entre Eben y Gracie, aunque era imposible evitarlos por completo. En una ocasión, Gracie y su madre fueron a tomar el té con una prima, sin saber que Eben estaba en la casa. «Eben apareció y cuando nos despedimos dijo que nos acompañaría. Mi madre dijo que eso no era necesario y, cuando él estaba de espaldas, sacó la llave del salón y dejó a Eben dentro. Cuando llegamos al andén, allí estaba Eben. Había levantado la ventana de la sala de estar, saltó a la calle y se fue a la estación antes que nosotros».

Justo después de que Gracie cumpliera 21 años, la familia se trasladó a una casa cerca de Hastings, porque se pensó que el aire sería bueno para su padre, cuya salud se estaba debilitando rápidamente. Un sábado por la noche, Eben y otro primo aparecieron inesperadamente y anunciaron que se iban a quedar en un hotel durante el fin de semana. Les invitaron a comer el domingo y se quedaron a tomar el té y a cenar.

«Era una perfecta noche de octubre, el 13 de octubre de 1878», recordaba Gracie. «Después de la cena, Eben me susurró: “¿Qué tal si damos un paseo?”. Subimos juntos, hablando poco, hasta que pasamos por la iglesia de San Juan y llegamos a un



espacio abierto. Supongo que serían las ocho y media o las nueve, porque todas las estrellas estaban iluminadas. Me miró en silencio y dijo: "Me pregunto, querida, ¿podrás amarme algún día?". Y yo le respondí: "Sí, creo que ahora te quiero"».

Así que Eben y Mary Grace se comprometieron, pero los padres de ella siguieron oponiéndose al matrimonio. Gracie fue advertida por su madre: «Me contó terribles historias de lo que resultaba de los matrimonios de primos-hermanos. Y en mi corazón ofrecí una oración para que nunca trajera desgracias como las que ella describía a la vida de seres inocentes».

El 17 de abril de 1880, Gracie y Eben se casaron. «Papá estuvo acostumbrado toda su vida a ponerse todos los días una camisa hervida, fresca y limpia, con el cuello rígido pegado. Y se vistió con mucho cuidado en esta ocasión».

«Un buen carruaje y una pareja llegaron a nuestra puerta, y él y yo subimos sin decir nada. Mi madre y mis primos vinieron después y se colocaron detrás de mí durante la ceremonia. Cuando comenzó, algunos viejos recuerdos volvieron a mi pobre y viejo padre, y mientras Eben decía las palabras, él repitió después de él: "Yo, Ebenezer, te tomo a ti, Mary Grace, como mi legítima esposa"».

Podía sentir a mis primos temblando de risa detrás de mí, pero yo me sentía un témpano de hielo, tanto en el alma como en el cuerpo, y no estaba muy lejos de las lágrimas.

Aquella noche, cuando mi padre se enteró de que me había ido a Windsor, puso una billete de £5 en la mano de Matlock (el mayordomo) diciendo: "Tráela, tráela"».

Con esta triste nota, Eben y Gracie comenzaron su vida de casados. Su primer hijo, Ebenezer, padre de Peter Howard, nació un año después, el 10 de febrero, y le siguieron cuatro hijos más: Kitty, Arthur, Catherine, que murió en la infancia, y Geoffrey. Ninguno de ellos heredó las deformidades previstas por su abuela. Todos eran extremadamente guapos, medían más de 1,80 metros, tenían la frente amplia y los ojos profundos. Tenían una memoria notable, y eran dotados tanto en el deporte como en el intelecto.

Los tres chicos fueron enviados a Haileybury y Oxford; la chica a Roedean. Ebenezer tenía el *record* de la carrera de la milla en la escuela, y tanto él como Arthur eran excelentes jugadores de rugby. Arthur jugaba al cricket para Oxford y Sussex. Geoffrey era un hábil escritor y animador, y más tarde llegó a ser juez del Tribunal

Supremo. Eran francos, a veces hasta el punto de ser crueles, pero estaban dotados de suficiente encanto para que la gente lo pasara por alto. Sus amigos eran muchos, pues tenían ingenio y valor, y sus padres eran hospitalarios.

Gracie y Eben no eran tan felices como esperaban. Los niños se sentían más cercanos a Gracie, que tenía una ligereza y una alegría a la que los niños respondían de forma natural. Su padre era una figura distante, con lo que llegaron a considerar puntos de vista estrictos y victorianos. También era testarudo. Fundó un periódico llamado *Wit and Wisdom*. Su editor, Alfred Harmsworth, más tarde Lord Northcliffe, le propuso asociarse, pero él se negó diciendo que prefería dirigir su propio periódico. Lo dirigió hasta la muerte y el *Daily Mail* resurgió gloriosamente. Recogió muchos manuscritos famosos de hombres como Barrie, pero como se negó a publicarlos, se encontraron sin usar a su muerte. Sin embargo, sus acciones en la *London Glove Company*, que había comprado antes de casarse, le reportaron mucho dinero.

Entró en la política local y se presentó como candidato a alcalde de Bexhill contra Lord de la Warr (cuyo divorcio desaprobaba). Ganó las elecciones y se convirtió en el primer alcalde del municipio.

Eben Howard se tomaba en serio su fe, predicando fuertes sermones casi todos los domingos por la mañana en la iglesia. Sus hijos no fueron capaces de corresponderle. Consideraban que su estilo de cristianismo era demasiado restrictivo. El mayor, Ebenezer, vino de Oxford y se preparó para ser abogado. Justo antes del examen final se enamoró de Evangeline Bohm y decidió que no podía esperar a casarse. Sus padres, que ya habían pagado la cuota de 100 libras, se pusieron furiosos, pero según la tradición familiar, Ebenezer no hizo caso. Se casó con Evangeline y se fue a enseñar a la escuela preparatoria de Cornwallis, cerca de Oxford. Su casa estaba en el número de puerta 05, calle Garden Road, Maidenhead. Era una casita pobre, ya que casi no tenían dinero y él estaba alejado de sus padres a causa del matrimonio.

En la madrugada del 20 de diciembre de 1908 les nació un hijo. Lo llamaron Peter Dunsmore Howard.

## Capítulo 2

**L**A LLEGADA DE PETER unió a la familia, pero el anuncio de que se llamaría Peter, y no Ebenezer, creó nuevos malestares. Aun así, Gracie y su hija, Kitty, viajaron a Maidenhead, poco después de Navidad, para ver al nuevo bebé. Durante la visita, Kitty se interesó por las piernas y los pies de su sobrino y, al retirar las sábanas para verlas más de cerca, descubrió con horror que su pierna izquierda era extremadamente delgada y que el dorso del pie estaba unido a la articulación de la rodilla, con toda la pantorrilla doblada en un semicírculo.

Gracie insistió en que Peter fuera llevado a Londres inmediatamente para ver a los mejores médicos de la época. El coste no debía ser un obstáculo. Evangeline dijo que no era necesario, que estaba segura de que todo se arreglaría a tiempo. Sería difícil entender su actitud, si no fuera porque se culpaba totalmente de la deformidad de Peter. Nunca había sido aceptada por la familia y temía que esta tragedia empeorara las cosas. También estaba en *shock*. Al final prevaleció el sentido común y Peter fue llevado a Londres. Le cortaron y enderezaron la pierna, pero los médicos tenían pocas esperanzas de una curación permanente. Fue el comienzo de las visitas casi semanales al médico, que continuaron durante toda su infancia.

Evangeline Howard era una mujer sorprendentemente encantadora, de ascendencia austriaca, con ojos azules como el hielo, pelo rojizo y un temperamento apresurado. Era cariñosa y alegre, adoraba a los niños y prodigaba su cariño a Peter. Su marido, Eben, en cambio, era un estricto disciplinario y un excéntrico. Se bañaba con agua fría por la mañana, hacía ejercicio corriendo o saltando antes del desayuno -hábito que mantuvo hasta el día de su muerte- y comía con moderación y a su tiempo. Disfrutaba con enormes trozos de pan negro con queso y un paquete de dátiles. No le gustaban los "alborotos y quejas", y estaba absolutamente decidido a que Peter fuera educado de la misma manera que los demás chicos con los que se relacionaba, y si era posible, de forma más estricta.

En 1909, cuando Peter tenía poco más de un año, su padre compró -por 100 libras esterlinas- una media acción en la escuela *Crescent House*, de Cliftonville, Brighton. La familia se trasladó desde Maidenhead y Ebenezer Howard se convirtió en director. La escuela, que contaba con un puñado de niños, había pertenecido, hasta entonces, a la viuda de un tal Sr. Thomas, que había sido director durante muchos años. Thomas había sido un erudito, y la guía de latín que escribió era un trabajo estándar en muchas escuelas de la época. *Crescent House* existía desde 1860. Ebenezer Cecil Howard fue conocido por sus hijos como E. C. H.

Cuando E. C. H. se trasladó a Brighton, se contrató a la Srta. Irene George, para que cuidara de Peter y actuara como matrona de la escuela. Nanny George, como se la conoció, sólo tenía veinte años. Procedía de una familia de circunstancias trágicas de Londres y se había formado como enfermera infantil en Yorkshire. Era una niñera estricta, según la tradición victoriana, pero enseguida se hizo cargo de Peter.

E. C. H. era un profesor excepcional. Tenía un don para impartir conocimientos a los niños de manera que nunca los olvidaran. La mayoría de sus alumnos no tenían una buena posición económica y su única posibilidad de recibir una educación pública era una beca. Trabajó incansablemente con este fin. Creía en la posibilidad de suprimir las medias vacaciones y los fines de semana, para conseguir que un chico aprobara un examen, y a menudo utilizaba las palizas como estímulo adicional. Su humor era de una extraña variedad. Una de sus bromas favoritas era preguntar a los chicos nuevos, en el desayuno del primer día, si querían avena o "esperar el tocino y los huevos". La mayoría de los recién llegados decidían esperar el plato principal. Nunca llegaba porque no había huevos con tocino. Los nuevos muchachos aprendieron pronto a aceptar las papillas de avena de inmediato.

Fue en la cuestión de la comida donde Nanny George tuvo su primer desacuerdo con los Howard. Les dijo que Peter se estaba quedando sin comer lo suficiente y que había que enviar más comida a la guardería. A menudo sólo había un poco de pescado para compartir entre los dos para comer. Su petición fue rechazada. Desde ese día, Nanny George gastaba la mayor parte de su sueldo en comprar comida para Peter. La metía debajo de las mantas del cochecito y la llevaba a casa a escondidas para que la cocinera, Clara, la preparara. También se gastaba el dinero en ropa cuando hacía frío, ya que Peter tenía lo mínimo para vestirse. Los Howard, era cierto, andaban muy escasos de dinero. Pero estas privaciones eran más una cuestión de principios que de finanzas o de mezquindad. Formaban parte de la forma en que Ebenezer educaba a Peter.

Desde que tenía un año hasta los siete, Nanny George masajeaba diariamente la pierna coja de Peter con manteca de coco. Cada semana lo llevaba al médico. Peter

recibía una anestesia para poder manipular la pierna. Sólo en esas ocasiones mostraba miedo. Se negaba a tumbarse en el sofá si Nanny George no estaba a su lado. Entonces insistía en que ella le pusiera algodón sobre la boca y la nariz antes de que él mismo se pusiera la máscara. Nanny George siempre le complacía.

En su afecto Nanny George era generosa. Era perfeccionista en el hogar, manteniendo las habitaciones y las pertenencias ordenadas e impecables. Le gustaban las expediciones y las salidas de todo tipo, y llevaba a Peter a la playa de Brighton, a los Downs y de *picnic* cuando hacía buen tiempo. Todos los domingos por la tarde Nanny George lo llevaba a la iglesia para el servicio de los niños. Era una visita regular y obligada, que Peter recordaba:

«Desde el púlpito, el predicador hacía preguntas que los niños debían responder. “¿Quién mató al gigante Goliat?”, preguntaba. La mitad de los niños tenía miedo de responder a esa figura blanca y empalmada que se alzaba sobre ellos. La otra mitad no sabía la respuesta. Yo pertenecía a ambas mitades.

Pero el codo severo y deshuesado de Nanny me daba una punzada. “David”, me susurraba la voz al oído. Y luego otra insinuación: “Vamos, di David”. Y yo, obedientemente, tragaba y desde nuestro banco murmuraba “David”. “Muy bien, muy bien”, comentaba el predicador desde las alturas y una sonrisa como un amanecer se asomaba por encima de la vestidura, mientras Nanny miraba orgullosa a su alrededor, llevándose la admiración de su cargo. Rápidamente perdí el miedo a responder al predicador. En cuanto el predicador formulaba sus preguntas, yo escuchaba ansiosamente la respuesta que me impulsaba con rapidez, no fuera a ser que alguien me golpeará. Tenía tanta prisa por responder que un día grité “Abraham”, cuando la respuesta debería haber sido “Ajab”».

Nanny George era una deportista. También era escrupulosamente justa. Criticaba sin tapujos a los propios padres de Howard, cuando consideraba que el trato que le daban a Peter era injusto, pero nunca permitía que una palabra de comentario pasara por delante de Peter. Tampoco le permitía a Peter ninguna libertad de crítica.

«En aquella guardería de Brighton trajeron un platito con mantequilla hecha bolas», escribió Peter. «Vi a una sirvienta entrar y meterse una en la boca. Pensé que era algo extraordinario. Cuando la sirvienta se fue, entró Nanny. Le dije: “¿Sabes lo que ha hecho la sirvienta?”. Se lo conté a Nanny. Ella dijo: “Delator, tu lengua será cortada, y todos los perros de Brighton tendrán un pedacito”».

Un joven, William Hood<sup>1</sup>, llegó a *Crescent House* como interno en 1911. «Cuando la cocinera, Clara, abrió la puerta principal a mi llegada, un fox terrier llamado 'Trimmer' me arrancó un gran trozo de la pantorrilla, y la herida tuvo que ser tratada de inmediato mediante la dolorosa aplicación de un bastón cáustico. Ebenezer Howard comentó con poca simpatía que el perro sólo mordía a los comerciantes».

«Peter Howard sólo tenía unos dos años, era un niño de buen aspecto, muy parecido a su madre, con un pie que se giraba hacia el interior y una pierna inútil con la que tendía a tropezar cuando corría alocadamente por el lugar. También tenía el carácter precipitado de su madre.

Debo mi beca en Haileybury enteramente a Ebenezer Howard, aunque eso significó no tener medias vacaciones durante al menos dos años».

Cuando la guerra estalló, en 1914, el muy querido tío Arthur de Peter Howard se enroló: «El tío Arthur era de fino acero y templado. Era rubio y de ojos azules, a diferencia de los otros Howards, de cejas negras y rostro duro. Era un héroe, tan alegre y tan galante. Era un magnífico futbolista y la multitud rugía cuando avanzaba con el balón».

«Una vez me subió a su espalda y corrió conmigo por la calle, de modo que sentí el aire pasar a toda velocidad y una sensación de peligro y, sin embargo, de huida del mundo, como si fuera llevado hacia adelante en la cofa de un barco alto y ágil, a través de mares agitados. Fue un alivio y un pesar cuando el tío Arthur me bajó. Dije: "Otra vez, tío, otra vez", y luego tragué saliva con aprensión mientras me agarraba y me izaba en el aire».

El tío Arthur se fue a Francia a luchar contra los alemanes. La familia le regaló un escudo corporal patentado. Era un chaleco de acero, a prueba de balas y esquirlas de proyectiles. Cubría al hombre desde el cuello hasta la parte baja de la espalda. Arthur Howard bromeó con él antes de despedirse. Para el joven Peter era un conquistador indestructible:

«Recuerdo los trenes llenos de tropas que salían, y los trenes llenos de heridos que llegaban al anochecer. Los festejos frenéticos y las risas agitadas. Las canciones, '*It's a long way to Tipperary*', '*Pack Up your Troubles*', '*Keep the Home Fires Burning*' - la potencia de esa música para desgarrar el corazón. Estas fueron las últimas palabras que muchas madres, esposas e hijas

---

<sup>1</sup> Desde 1946 Maestro del Tribunal Supremo (Oficina de Impuestos)

escucharon cantar a sus compañeros mientras los trenes, lentamente pero con creciente velocidad, desaparecían hacia el sur en la oscuridad.

El repentino silencio después de la partida de los trenes de tropas -toda conversación cesaba, no había necesidad de fingir alegría para despedir a los muchachos con el recuerdo de una sonrisa-, los grupos de mujeres, que permanecían en silencio por un momento o dos, mirando las luces rojas de la cola de los trenes, y luego se daban vuelta y en silencio, rápidamente, con las cabezas bajas, se deslizaban a través de las barreras hacia sus hogares vacíos».

Así, Peter, con seis años, recordaba la despedida de su tío Arthur. Pero la guerra iba a dejar una huella aún más directa en él: «El tío Arthur y un sargento estaban una noche de patrulla en Tierra de Nadie/las trincheras. Alguien, desde las líneas alemanas, disparó una luz muy intensa. El tío Arthur y el sargento se quedaron quietos en el suelo. Un proyectil explotó cerca. En ese momento el sargento dijo: “Está bien, señor, ya podemos levantarnos”.

El tío Arthur respondió: “Intento levantarme, sargento, pero no lo consigo”. Lo llevaron en una carretilla a un hospital de urgencia. Un trozo de metralla le había cortado la columna vertebral. La metralla era del tamaño de medio terrón de azúcar. Le atravesó la columna vertebral hasta la mitad, justo en el punto en el que la cobertura del escudo corporal debería haber sido más necesaria. “Pero el tío Arthur era tan generoso como alegre. Aquella noche de patrulla le había tocado al sargento llevar el escudo corporal”».

Nunca más, por voluntad propia, Arthur Howard movió la mitad inferior de su cuerpo. El niño Peter vio cómo un hombre vivo se desintegraba año a año, semana a semana, día a día durante, siete largos años:

«La mitad inferior del tío Arthur se arrugó hasta alcanzar la proporción de una momia. Aquellas valientes piernas que habían pateado, corrido y saltado, al clamor de las multitudes que aplaudían. Él murió. En la mayoría de las familias del mundo, el salvajismo y la tristeza de la guerra se centran en alguna tragedia personal. Eso me hizo aborrecer la guerra. Percibí su inutilidad. Creía que el tío Arthur había luchado en la guerra para acabar con las guerras y que, por tanto, la guerra no podía ser para mí».

Cuando Peter tenía siete años, en 1916, su padre decidió que debía ingresar en la clase más baja de *Crescent House*. Para demostrar que no había favoritismo, E. C. H. decidió que cada vez que se castigara a un niño, también se castigaría a Peter. Esto significaba que Peter era castigado regularmente, tanto por cosas que no hacía como por muchas que sí:

«Teníamos una cosa que se llamaba la lista de sanciones, y si tenías sanciones te sentabas en la mesa sin hablar, y si había alguna comida especial no la recibías. Yo estaba en esas listas de sanciones. Nanny era increíble. Nunca me dijo una palabra sobre mi madre o mi padre que no les hubiera gustado oír. Pero solía librar furiosas batallas sobre lo que ella consideraba que era justicia para la ‘rata’ Howard».

Peter era un alumno brillante y enérgico. Aprendía rápido. Nanny le leía a Peter durante horas: historias de aventuras, cuentos de hadas, de animales y vida salvaje. A diferencia de otros adultos, que solían tratar a Peter de forma diferente a los demás niños por su pierna, Nanny insistía en que aprendiera a hacer las cosas por sí mismo. Le enseñó a hacer la cama, a limpiar su habitación, a lavar la ropa y a ordenarla. Aprendió a vestirse con una plancha en la pierna y a no ser nunca un ‘llorón’ cuando le dolía. A pesar de todo, Peter era un escolar siempre desaliñado, excepcionalmente desordenado y siempre a la carrera. Con la cara roja, acalorado y con el pelo alborotado, entraba en una habitación con la cara y las manos manchadas de tinta, normalmente de camino a realizar alguna broma. Su pierna era algo que llamaba la atención de los demás, pero nunca la de él mismo. Quizá porque ni su padre, ni Nanny George, permitían que interfiriera en su vida, salvo que tenía que irse a la cama diez minutos antes que los demás chicos para que le dieran un masaje en la pierna.

Uno de los nuevos chicos, que se unió a Peter en *Crescent House*, fue Geoffrey Coxon<sup>1</sup>:

«Llegué dos días antes del comienzo oficial del curso. Pasé esos dos días en compañía del hijo del director, Peter Howard, y de la señorita George, que actuaba como matrona de la escuela. Peter iba vestido con un abrigo corto y una gorra a juego, y mis primeras impresiones fueron sus grandes y expresivos ojos marrones, su vitalidad y la pierna tristemente delgada con la que había nacido. La calceta de esta pierna siempre se bajaba, y aunque la arrastraba cuando estaba cansado, nunca dejaba que interfiriera en su intensa actividad. En esos dos días salimos a pasear, una vez en el frente de Brighton,

---

<sup>1</sup> Con el tiempo se convirtió en gerente bancario.



con un vendaval y un mar agitado. La idea que Peter tenía de la diversión era salir corriendo por el espigón cerca del muelle del palacio y luego retroceder a toda velocidad, mientras el mar se precipitaba sobre nosotros.

El director, Ebenezer Cecil Howard, era todo un personaje. Enorme y moreno, parecía elevarse sobre nosotros. Siempre vestía con un abrigo deportivo y bolsas de franela de cierta antigüedad. Debió de esforzarse mucho para enseñarnos, y el *récord* de becas y de ingreso en la Marina era un tributo a ello. Creo que fue más duro con Peter que con cualquiera de nosotros, simplemente porque deseaba que no hubiera favoritismos. Yo, afortunadamente, me llevaba bien con él y guardo un afectuoso recuerdo de este excéntrico pero brillante maestro de escuela. Su esposa, la madre de Peter, Evangeline Howard, a la que los chicos llamábamos 'Madam', era muy hermosa. Aunque E. C. H. era dura con Peter, éste siempre fue el hijo de su madre.

Peter debía de ser muy inteligente, ya que hacía trabajos con los de dos años más, antes de que yo me fuera -a finales de 1920-. Era un muchacho bullicioso, que siempre andaba de un lado a otro, se acaloraba y ensuciaba. Se le apodaba de forma poco amable 'Remolacha' o, de forma más desagradable, 'Dunsmuck'. Este último es un juego de palabras con su segundo nombre de pila, Dunsmore.

Recuerdo en él una bondad y generosidad inherentes. A veces, cuando su madre me regañaba, él venía y decía: "No lo dice en serio". Le gustaba hacer regalos y recuerdo que me regaló un álbum de postales.

Por último, la característica más destacada era su valor. Esa pierna delgada habría frenado a un personaje más tímido, pero nunca a Peter. Siempre estaba en medio de una pelea o de un partido de fútbol. Solíamos practicar el boxeo y, para mi gran sorpresa, ya que odiaba las peleas, demostré ser bastante bueno en ellas. Solía esperar un ataque y contraatacar con un derechazo bastante duro que se ganaba cierto respeto. Peter debió de estudiar esto y por ello elaboró un plan para deshacerse de mí. Esperó a que yo diera mi dura derecha, la esquivó y, antes de que pudiera recuperar la guardia, me plantó su propia derecha en la barbilla. Fue un gran golpe y, en años posteriores, debería haber quedado fuera de combate. Afortunadamente para Peter, su padre llegó justo a tiempo para verlo y, por una vez, se deshizo en elogios hacia su hijo con sus palabras: "¡Esa fue buena!"».

E. C. H. tenía un sistema llamado 'N. T. N. T.' que significaba 'Sin traducción no hay té'. Los chicos tenían que hacer su traducción, hacerla perfecta y limpiamente o no bajaban a tomar el té. Los chicos hambrientos veían a los demás bajar a tomar el té y sabían que si no se terminaba la traducción era 'N. T. N. T.'. La última persona en bajar a tomar el té, después de que la traducción final estuviera perfectamente hecha, era E. C. H.

En el primer año de Peter en *Crescent House* se cayó en el campo de rugby y se torció la pierna delgada. El médico que examinó el esguince le dijo a Peter: «Bueno, el cricket es un juego mejor para ti. No juegues al rugby. Quédate con el cricket, eres un buen chico».

«Fue en ese momento cuando el deseo de ser futbolista surgió en mi interior», escribió Peter más tarde. «Como mi padre y mi tío Arthur habían sido jugadores de rugby, el rugby era el juego para mí». Así que Peter no hizo caso de los consejos del médico. Su padre no pareció oponerse.

Pero la vida no era todo deporte o trabajo. Uno de los placeres de Peter en *Crescent House* era recoger huevos de pájaros. Muchos de los chicos se dedicaban a ello, y uno de ellos poseía un pequeño huevo con manchas, que Peter codiciaba mucho. Peter lo robó y lo puso en su escritorio. El propietario denunció la pérdida a E. C. H. y el director ordenó que se registraran todos los pupitres. El huevo se encontró en el escritorio de Peter. E. C. H. ordenó a Peter que devolviera el huevo delante de la clase. Pero eso no fue todo. Peter tenía una navaja. Era su posesión más preciada: «Tenía una hoja para sacar corchos, otra para sacar piedras de los cascos de los caballos y tres hojas diferentes para cortar». «Tú robaste ese huevo. Ahora dale tu cuchillo», dijo E. C. H. «Darle a ese chico mi cuchillo... fue como si me hubieran arrancado algo de las entrañas», dijo Peter. Pero lo entregó. Aprendió la pena del robo.

E. C. H. odiaba las ataduras de la dependencia humana. Quería que sus hijos salieran de *Crescent House* capaces de valerse por sí mismos. Aunque no carecía de un corazón tierno en el fondo, nunca permitía que lo dominara. Un caluroso día de verano, Peter estaba jugando en la larga hierba al borde del campo de cricket. Puso la mano en la hierba y se dispuso a sentarse. «Me levanté de golpe y me hice un gran corte en la mano. Mi padre estaba allí, y con la mano sangrando corrí hacia él y se la mostré. Mi padre la miró y la vendó con su pañuelo. Luego me miró y dijo: "¿Sabes dónde vive el médico?"

"Sí", dije.

“Tienes que ir allí. Puede que tenga que ponerte unos puntos, y si lo hace te dolerá, pero se acabará en un minuto. Quiero que seas valiente. Ahora debes irte”.

Me fui con la mano cortada pensando: “Dios mío, me ha dejado ir solo”».

Una de las bendiciones de *Crescent House* eran las largas vacaciones de verano. Los Howard solían pasarlas cerca de Harlech, en el norte de Gales, pescando, caminando y jugando al golf. E. C. H. salía temprano, con su caña de pescar y recorría kilómetros en las colinas. A veces se llevaba a Peter con él y le enseñaba a pescar truchas marrones en las pozas profundas. Eran días en los que se hablaba muy poco, y Peter aprendió a amar el sonido del agua corriendo y el ruido de la turba bajo sus pies. A la hora del té se reunían con Evangeline y Nanny George en un lugar previamente acordado. Preparaban el té y tenían preparada la comida caliente. ¡Oh, el hambre y el disfrute de esa comida! La emoción de comentar las aventuras del día, el número de peces capturados, el número de los que se escaparon. Fue en una de estas vacaciones cuando Nanny George aprendió a montar en bicicleta. Se montó y se tambaleó precariamente hasta perderse de vista por la colina, perseguida acaloradamente por Peter gritando: «Vuelve, vuelve Nanny, o te irás para siempre». Pero Nanny volvió. Llevaba a Peter a la playa de Harlech y se bañaban en aquellas gloriosas arenas amarillas, construían interminables castillos y fosos, hervían langostinos para el té y corrían durante kilómetros en el aire del mar.

Desde muy joven, E. C. H. llevó a Peter a jugar al golf. Peter era un niño de ocho años y E. C. H. era un buen golfista. Pero no permitía que eso estropeará sus juegos juntos. Salían por la mañana en tren por la costa y jugaban dos rondas (treinta y seis hoyos) en el *Royal St. David's Golf Club*. E. C. H. no podía permitirse un carrito, así que llevaban sus propios palos. Después, recorrían a pie los tres kilómetros y medio que les separaban de su casa. Entre los dos primeros postes de telégrafo caminaban, y entre los dos siguientes trotaban, hasta llegar a casa. Para Peter fueron las mejores vacaciones del mundo. «A mí me encantó. Me hizo sentir la camaradería, el sudor y la marcha. Me lo tomaba todo muy a pecho. Mi padre estaba a punto de cumplir cincuenta años. No creo que después de dos rondas de golf le gustara especialmente correr dos millas y media hasta casa con un chico».

En 1918, cuando Peter tenía diez años, nació su único hermano, John. Estaban tan alejados en edad que era casi como si pertenecieran a diferentes generaciones. A la llegada de John le siguió la despedida de Nanny George. Tal vez Evangeline Howard sintió que Nanny se había acercado demasiado a Peter. Sean cuales sean las razones, su marcha seguía siendo un misterio, que causó una gran pena al joven Peter, justo cuando el nuevo bebé se estaba convirtiendo en el centro de toda la atención. John

era un niño rubio, de ojos azules, diferente a Peter en casi todos los aspectos. Para Evangeline fue una gran felicidad tener un hijo sin ninguna deformidad física, algo que siempre había temido que no pudiera ocurrir.

En el verano de 1921 Peter ganó una beca abierta para la escuela de *Mill Hill*. Tenía trece años. A finales de julio dejó la *Crescent House School* y dejó atrás su infancia.

## Capítulo 3

### LAS PALOMAS DE SAN PABLO

Ya no hay ruiseñores en Londres,  
Ni alondras, ni pinzones, tampoco cuervos crestados,  
No hay currucas de jardín que revoloteen junto a los muros;  
Sin embargo, aún quedan las palomas de San Pablo.

Como Hermes, vuelan velozmente por el aire,  
Sus cuellos grises y suaves se estiran, como si rezaran.  
La gente amable con el pan desmenuzado atrae con sus llamadas  
Las claras y amables palomas de San Pablo.

Las más queridas de todas las bestias y pájaros de Londres.  
Su belleza va más allá de todas las palabras  
Hasta que la majestuosidad de Londres caiga  
Aún serán amadas las palomas de San Pablo.

P. D. Howard  
*Mill Hill*, Verano de 1924

La escuela *Mill Hill* está situada, como su nombre indica, en la cima de una colina. Está rodeada de verdes campos de juego y árboles, bajo los cuales puedes sentarte en una clara tarde de verano y ver la gran ciudad de Londres envuelta en humo, que se extiende hasta donde alcanza la vista. Tiene una tradición inconformista. Los edificios son victorianos, separados unos de otros, pero unidos por esa extraña unidad que rodea a una escuela pública inglesa. Los pasillos y corredores parecen resonar al son de las eternas voces de los chicos y de los pies que corren. En el centro, se encuentran los campos de juego, tan verdes y ricos en verano, y tan embarrados y ásperos después de los inviernos de rugby y hockey.

Fue un 22 de septiembre de 1922 cuando Peter Howard llegó a la escuela de *Mill Hill* por primera vez. A diferencia de otros chicos, no le acompañaron sus padres. E. C. H. había considerado que sería mejor para él ir solo. Peter se despidió de sus padres en la casa de Gracie y Eben en *Inverness Terrace*. Como todos los chicos que llegan por primera vez a una escuela pública, estaba aprensivo y nervioso. En la estación de *Golders Green* pasó por el monumento a la guerra, “Valor: Justicia: Lealtad: Honor”. Durante muchos años pasó por delante de ese monumento de camino a la escuela.

La casa de Peter era Priestley. Su curso era el quinto superior. Un estudiante de trece años se encontró trabajando con chicos de quince años de edad. Su maestro de casa dijo: «Fue colocado en un lugar tan alto debido a sus calificaciones en clásicas<sup>1</sup>. Tenía un latín y un griego de primera clase. Se hizo deliberadamente porque queríamos fomentar las asignaturas principales de Peter, sabiendo que se pondría al día en el resto».

Para Peter era una carga difícil de soportar. Los chicos de su edad lo consideraban un mojigato. Los chicos de su clase lo consideraban un intruso. Se fijaban en su pierna de hierro y se burlaban de ella: «Nos bañábamos en la piscina del colegio. Los otros chicos me hacían preguntas sobre mi pierna delgada, y pronto llegué a suponer que había vergüenza y suciedad en poseerla».

En los peores momentos, Peter visitaba a ‘Buster Brown’, uno de los maestros de *Mill Hill*, para tomar té y bollos: «Esos tés me salvaron la vida», solía decir después. Tenía pocos amigos y se sentía solo e infeliz. Se dedicó a jugar al rugby. E. C. H. había dudado de la conveniencia de permitir a Peter jugar en el entorno más duro de una escuela pública. Tan pronto como le fue posible, Peter buscó al médico de la escuela, el Dr. Edwin Morley, y siendo un persuasor nato, consiguió que éste aceptara que, si sus padres decían ‘Sí’, podía desprenderse de su plancha para la pierna y jugar. No sabemos si E. C. H. estuvo de acuerdo o no, pero de todos modos Peter se despojó del aparato y jugó. Desarrolló un galope rápido en el campo, que compensaba la velocidad que perdía con la cojera.

El director, el Sr. M. L. Jacks, recordaba a Peter en su primer año en la escuela: «Era el niño más inquieto y desordenado que he conocido, y uno de los más activos e irreprímibles. Esta actividad e impetuosidad continuaron a medida que crecía. Siempre había en sus acciones un sabor del viejo dicho: “Ve a ver lo que hace Billy y dile que no lo haga”».

---

<sup>1</sup> Los clásicos o estudios clásicos son el estudio de la antigüedad clásica. En el mundo occidental, los clásicos se refieren tradicionalmente al estudio de la literatura clásica griega, romana y sus lenguas originales relacionadas, el griego antiguo y el latín.

En 1923, a la edad de catorce años, Peter aprobó su Certificado Escolar y pasó al Sexto Clásico. Aquí se quedó hasta que dejó *Mill Hill*. Entre sus pocos amigos había un chico de su edad llamado Tony Carter: «Peter era bastante impopular al principio de su vida escolar, pero no parecía importarle la opinión de los demás. Y fue esto lo primero que me atrajo de él».

Tony Carter<sup>1</sup> y Peter estaban en la misma casa. Pero en 1924 se construyó una nueva Casa, Winterstoke, y se pidió a los voluntarios de las casas establecidas que la pusieran en marcha. La mayoría de los chicos se desenvolvían cómodamente donde estaban y no tenían intención de mudarse. Peter no. Se unió a Winterstoke. Su nuevo maestro de casa era el Sr. J. E. Whitehead, a quien Peter llevaba las ocasionales cartas que recibía de casa:

«El padre de Peter lo trataba como a un alumno más. Cada vez que le escribía en la escuela, nunca empezaba la carta con "Querido Peter", sino que empezaba directamente con alguna crítica sobre su última redacción o traducción en latín, y terminaba la carta con sus iniciales, "E. C. H.". Me traía la carta y me pedía la ayuda necesaria para su trabajo. La aceptación de Peter de las correcciones sin enfado era lo que le hacía inusual».

Pero Peter podía ser enloquecedor, como descubrió su maestro de ciencias clásicas, el Sr. Whitehorn: «Yo estaba dando una conferencia sobre historia griega. Podía ver a Peter mirando por la ventana, con su mente a kilómetros de distancia. Entonces, al final de algún punto que yo había expuesto, decía de repente: -No estoy de acuerdo en absoluto-, y procedía a argumentar lo contrario de lo que yo había dicho».

De repente, Peter empezó a abrirse camino en la escuela. Empezó a hacer amigos y a divertirse. Su imaginación se desbordó. Ideaba métodos para "pillar" a los desprevenidos maestros al acecho, gastando el preciado dinero de bolsillo en esparcir azúcar por los pasillos fuera de sus estudios. El crujido de las pisadas se oía a gran distancia. Tramó largas horas sobre cómo ayudar a Winterstoke a ganar algún evento deportivo.

En el tira y afloja, en el que Winterstoke no era fuerte, quedaron empatados con el equipo superior. Peter dio órdenes de que en el primer tirón el equipo de Winterstoke dejara la cuerda totalmente floja. Cuando sonó el silbato, el equipo contrario, tomado por sorpresa, cayó de espaldas y fue arrastrado impotentemente a través de la línea. En el segundo tirón, la oposición fue sabia. Estaban preparados para que volviera a ocurrir lo mismo y no tiraron con demasiada fuerza. Peter ordenó a Winterstoke que

---

<sup>1</sup> Más tarde se incorporó al negocio familiar del cuero, John Carter & Sons, Bishopsgate.

tirara como un loco en cuanto sonó el silbato. La oposición cruzó volando la línea, esta vez con el estómago al aire.

Los padres de Peter rara vez venían a visitarlo a *Mill Hill*. Cuando lo hacían, E. C. H. no se preocupaba por su aspecto. Si Peter estaba ‘desaliñado’, E. C. H. estaba deplorable. Llegaba con ropa vieja y mostraba mucho más interés por los periódicos clásicos y la biblioteca que por su hijo. Peter a menudo le perdía la pista por completo. Un día de la Fundación, Peter finalmente abordó a la Sra. Whitehorn y le dijo: «¿Ha visto a mi padre deambulando con un *mackintosh* demasiado espantoso como para que lo vean? Debemos encontrarlo y quitárselo».

En 1926, E. C. H. dejó *Crescent House* y se fue a dar clases durante un año al *Worksop College*. En abril de 1926, Peter fue a reunirse con él para pasar las vacaciones en su nueva motocicleta. En el camino derrapó y chocó con un camión. Se encontró magullado y sangrando en una zanja, pero aseguró al conductor del camión que todo estaba bien. Consiguió pedir prestada una bicicleta y pedaleó doce millas, hasta el hospital de Worksop, sólo para descubrir -al llegar- que su delgada pierna estaba rota en dos partes. Fue directamente al quirófano. Al volver en sí, después de la anestesia, oyó al médico decir: «Tendré que quitarle esta pierna». Para Peter fue un momento de frío horror. Le rogó al médico que no hiciera nada hasta que vieran a sus padres. Finalmente, los médicos acordaron que si Peter permanecía en el hospital durante cuatro meses, podrían salvar la pierna: «Estuve esos cuatro meses con la pierna apoyada en el marco de la ventana, pero no me importó porque mi pierna seguía ahí».

Peter se perdió todo ese trimestre de verano en *Mill Hill*. Era el trimestre en el que debería haber hecho un examen que se celebraba anualmente en *Mill Hill*, utilizando los antiguos papeles de las becas, lo que daba a los chicos la oportunidad de practicar para el examen de las becas de Oxford un año después. E. C. H. no encontró en el hospital ninguna excusa para la pereza, buscó el programa de estudios y envió a Peter los libros que debía leer para el examen de julio. Dos semanas antes del día del examen, Peter recibió una carta de un amigo de la escuela, de la que dedujo que podría estar leyendo los libros equivocados. Escribió a *Mill Hill* y descubrió que efectivamente era así. Los libros correctos llegaron y le quedaba poco más de una semana para leerlos: «Creo que debo haber leído día y noche durante toda esa semana», dijo después. Aprobó el examen.

En septiembre de 1926, Peter volvió a la escuela y entró directamente en el equipo de rugby del Segundo XV. El 20 de diciembre cumplió diecisiete años, y 1927 estaba por llegar. Era un año que le deparaba grandes perspectivas. En septiembre de 1927, Peter volvió a la escuela y se encontró con un monitor de casa. Antes de que



terminara el año escolar, estaba en el equipo de rugby *First XV*, bateaba de apertura para el equipo de *cricket First XI*, era miembro del equipo de boxeo *Eight*, miembro del equipo de atletismo, vicepresidente de la sociedad de debate y ganador de una exposición abierta al *Wadham College, Oxford*.

Peter pasó muchas vacaciones con Tony Carter: «Solíamos ir a Hertford todos los domingos de Pentecostés para jugar al críquet, y siempre nos traíamos un cartel a casa. Al menos Peter lo hacía. Era el único lo suficientemente fuerte como para sacar las cosas del suelo. Teníamos una buena colección de ellos en *Alton House* (la casa de la familia Carter), todos señalando el camino incorrecto hacia pueblos remotos de Hertfordshire».

En Winterstoke, Peter estaba a cargo del gran dormitorio de veintiún camas. Su Maestro de Casa dice: «Él era bastante sobresaliente en la forma en que mantenía a todos los chicos tranquilos». Una noche, sin embargo, hubo problemas contra Tony Carter en una casa vecina, y Peter saltó por la ventana para proteger a su amigo. Tuvo suerte de que veintiún niños pequeños no le siguieran. Al final del año le hicieron jefe de la casa de Winterstoke.

En rugby, Peter jugaba en la primera fila del *scrum*. Había crecido hasta los 1,80 metros, y era ancho de hombros y fuerte. Destacaba en los *line-outs*, donde parecía sobresalir por encima de los demás. Tuvo la suerte de jugar al rugby en *Mill Hill* cuando este deporte estaba en su apogeo, ya que de *Mill Hill* salieron varios de los jugadores internacionales de Inglaterra, como Sobey y Spong. El éxito de Peter en el campo de rugby no satisfizo su propio sentido de la ambición: «Sólo conseguí entrar en el XV de fútbol de la escuela en mi último año allí. No estaba nada contento con eso. Quería ser el mejor jugador de la escuela. Pero había al menos otros nueve que jugaban mejor que yo».

El curso de verano llegó casi demasiado pronto. Trajo consigo largas jornadas de cricket. En el último partido en casa entre Winterstoke y Priestley, Peter y Tony Carter se enfrentaron. En la primera entrada, Carter lanzó a Howard, y en la segunda, Howard lanzó a Carter, por lo que todo quedó parejo: «Winterstoke abrió de forma desastrosa, Beven fue expulsado por un malentendido después de anotar una. Howard y Aish<sup>1</sup>, obviamente, no se sintieron a gusto con los bolos de A. R. N. Carter en un *wicket* afectado por la lluvia. Aish fue eliminado por Carter por segunda vez en el partido con diez en su haber. Howard y Das<sup>2</sup> anotaron entonces las carreras necesarias. Si Howard no hubiera fallado al principio de su entrada -debido a un desafortunado malentendido- el resultado del partido podría haber cambiado

---

<sup>1</sup> Murió en acción en la Segunda Guerra Mundial.

<sup>2</sup> Más tarde, Controlador de Suministros de Guerra en Bombay

fácilmente. Tal y como fue, estuvo invicto durante treinta y ocho, y Winterstoke ganó por ocho *wickets*».

Peter y Tony Carter formaban parte del equipo de cricket del *First XI*, por lo que compartieron los placeres de su último trimestre. Carter era un excelente lanzador de efectos, Howard un bateador.

Informe de Cricket 1928, P. D. Howard:

«Un bateador muy duro, que anotaba carreras rápidamente y que sabía cómo acomodarse para batear defensivamente sin querer anotar cuando era necesario. Un muy buen corredor entre los *wickets*. Un muy buen jardinero en la mayoría de las posiciones, preferentemente en el *mid-off*. Un secretario capaz y eficiente.

El Sr. Whitehom lo recuerda como "un jugador de cricket excepcionalmente bueno, que corría tan rápido entre los *wickets* que era embarazoso si estabas con él porque terminaba en tres zancadas antes de que hubieras despegado"».

El curso de verano se precipitó gloriosamente hacia su final, trayendo consigo las numerosas recompensas y premios que todo final de curso conlleva. Para Peter, la lista era larga. Fue campeón *senior* de atletismo. También se interesó mucho por la revista de la escuela, de la que era editor, por el Círculo de Música y por el Comité del *Scriptorium*. Al salir, ganó el premio '*In Memoriam*', el más importante del colegio.

El éxito le llegó fácilmente a Peter Howard, o eso parecía. Sus amigos no veían la lucha que había llevado a un colegial de trece años, con poco mérito, a un joven de dieciocho con el mundo a sus pies.

«Para respaldar este éxito», dijo su director, «tenía una enorme capacidad para disfrutar de la vida, una mente fértil y viva, y un bonito ingenio. Era realmente una figura que desafiaba la atención y disfrutaba y cortejaba el desafío. No era de esperar que una persona, con un impulso tan fuerte para triunfar sobre un impedimento físico -que bien podría haber mantenido a un individualista menor permanentemente a la sombra de la línea de partida- no entrara a veces en contacto brusco con otros chicos, y con la autoridad en general. O no debería, de hecho, haber sido hasta cierto punto egocéntrico; lo era. Quizá su logro más sólido fue haber aprendido a someter estas fuertes cualidades al servicio del bienestar espiritual de la humanidad».

## Capítulo 4

**P**ETER HOWARD fue a Oxford en octubre de 1928. Tuvo la oportunidad de entrar en el *Wadham College*. El Sr. Jacks, su antiguo director, le había ayudado a conseguir una pequeña beca del Gobierno, en el entendimiento de que se convertiría en profesor después de obtener su título. Howard no tenía ninguna intención seria de convertirse en profesor, pero necesitaba el dinero. Sus padres no podían permitirse una educación en Oxford, ni podían proporcionarle el dinero que necesitaba para sus gastos personales. Para Howard la beca hizo que Oxford fuera posible y, sobre todo, agradable.

Como muchos otros alumnos de escuelas públicas, Howard encontró la libertad de la universidad estimulante. Le encantaba Oxford: sus colegios y sus paseos; el Isis en los relajados días de verano; las fiestas que se prolongaban hasta el desayuno; los observadores del colegio, con sus ojos atentos y su humor seco; y las tardes de invierno en las que se discutía durante horas en salas llenas de humo sobre poco o nada. En 1928, entre las dos Grandes Guerras, Oxford parecía el lugar ideal para estar. Estaba lleno de estudiantes que, o bien querían olvidar 1918, o bien soñaban con que 1939 nunca llegaría.

Tal vez la mejor imagen de Howard en Oxford la ofrezca su amigo Keith Winter, novelista y dramaturgo:

«¿Qué recuerdo de Peter?»

Rápidamente, sin pensarlo mucho, que él era una experiencia, un acontecimiento vívido e inolvidable. Yo era un año mayor que él en Oxford (aunque nadie se siente "mayor" que Peter durante mucho tiempo!), pero nos vimos por primera vez en su último curso en *Mill Hill*, cuando acompañé a un amigo de la universidad en una visita vespertina a su antigua escuela.

Me presentaron a un joven oscuramente apuesto, en un cuarto de estudio que parecía demasiado pequeño para su gran y atlético cuerpo, cuyo humor racional y extraordinaria conversación estaban muy lejos de todo lo que había encontrado en una escuela pública inglesa, o en cualquier otro lugar.

“¿Qué te pareció?”, preguntó mi amigo mientras regresábamos a Oxford.

“Loco”, respondí con prontitud. Pero añadí después de un momento de reflexión: “Pero en el buen sentido”.

El siguiente octubre vino a Oxford y nos hicimos inmediatamente grandes amigos, y de forma bastante improbable -en un nivel superficial teníamos tanto en común como Otelio y Iago-.

La relación no era ni acogedora ni plácida. Enfrentarse a su personalidad arrolladora era casi un trabajo de tiempo completo, pero valía la pena, decidí a regañadientes.

Frecuentemente irritante, intermitentemente imprevisible (no tenía sentido del tiempo, y para él una cita era menos un hecho que una posibilidad caprichosa), en ocasiones socialmente escandaloso, con la gente que le aburría frecuentemente muy grosero, pero nunca fue, bajo ninguna circunstancia, aburrido.

Las finanzas, o más bien la falta de ellas, eran una de nuestras preocupaciones más constantes. Una vez, después de haber disfrutado de una magnífica comida en la terraza del *Trout Inn* de Godstow, saqué un chelín de mi bolsillo y lo miré sombríamente. “Mi último”, le dije, “literalmente mi último”.

Peter me lo quitó de la mano y lo arrojó al río. Mi expresión de estupefacción le encantó. “Ahora”, dijo, riendo a carcajadas, “no tendrás nada de qué preocuparte”. Debo decir aquí que, sean cuales sean las condiciones de sus finanzas, siempre fue fantásticamente generoso. En efectivo, en especie o en espíritu, daba sin pensar.

También sin pensar, a veces hería y ofendía a la gente. Detenerse a pensar no era un hábito de nuestra generación. Aun así, no había malicia en Peter, ni ningún tipo de mezquindad.

El abanico de sus conocidos en Oxford era amplio, pero no pertenecía a ningún grupo o camarilla en particular. Era un atleta natural y un brillante

jugador de rugby, pero uno podía pasar días en su compañía sin darse cuenta de que distinguía de punta a punta un balón y otro.

Era un erudito clásico, pero nunca se oía hablar de ello; un poeta, pero se requería un gran trabajo detectivesco para desenterrar el secreto. No se trataba de una falsa modestia, sino de un sentido de la ubicación desarrollado en un grado inusual.

«Llegará un momento en que las flores se marchiten,  
Llegará un momento en que el año esté muerto.  
Pero ahora los brotes están recién saliendo,  
Ningún pétalo aún se extiende al día.  
¿Qué tendremos que recordar?  
Esa es la prueba.  
Sólo flores brillantes, por favor Dios, para recordar, Sólo lo mejor».

Una vez más, esto no me lo mostró el orgulloso autor, sino que lo descubrí por casualidad en un número atrasado de una revista. No era el sonido que uno hubiera esperado que surgiera del corazón hirviente de un *scrum* de rugby. En aquel momento me impresionó profundamente su sencilla belleza. Todavía lo estoy.

Hubo ocasiones en las que no parecía más que un extrovertido, ruidoso y exagerado, interesado principalmente en la concepción de bromas salvajemente extravagantes y, por lo general, extremadamente divertidas, pero sus verdaderos logros se hacían con rapidez, en silencio y sin estridencias.

En mi último año en Oxford publiqué una novela. Para bien o para mal, contra viento y marea, iba a ser escritor!

Pero, ¿dónde iba a aterrizar la turbulenta y meteórica masa de energía que constituía Peter?

Yo sabía, como todos sus amigos más íntimos, que era un líder nato. Pero eso, cuando uno es un tigre muy joven que 'arde con fuerza' sólo dentro de los melosos confines de una antigua universidad, puede significar, a menudo, menos gloria que una desilusionante bofetada en el ojo.

Después de todo, ¿Qué iba a liderar? ¿Y a quién? ¿Y hacia dónde?

Uno no debería, como resulta, haberse preocupado».

La gran ambición de Peter Howard al ir a Oxford era jugar al rugby en la universidad. Era un buen jugador de la escuela pública, pero eso estaba muy lejos de convertirse en un *Oxford Blue*<sup>1</sup>. En noviembre de 1928, un mes después de haber llegado a Wadham, tuvo un golpe de suerte:

"Un jueves frío, una tarde de invierno, cuando los *Oxford University Greyhounds* (el segundo XV de la Universidad) jugaban contra Cheltenham, un miembro del equipo se enfermó. Por una serie de casualidades, yo era la persona disponible para ocupar su lugar. Me incorporaron en el último momento.

Todo me salió bien en ese partido. El sábado siguiente me eligieron para jugar con la universidad.

No puedo describir la euforia que me invadió cuando me enteré de la noticia. ¡Telegrafíé a mis padres!

Jugué para la universidad durante toda la temporada hasta quince días antes del partido de la universidad. Me sentía seguro de mi *Blue*/Azul. Todos mis amigos -y es curioso cuántos amigos tiene un hombre que juega al fútbol en la Universidad- me decían que era una certeza que jugaría.

Luego, me dejaron fuera del equipo. Me enteré de que el capitán del equipo consideraba que mi delgada pierna podría romperse en el partido del Varsity. No quiso arriesgarse.

La decisión me pareció una tontería, ya que había jugado en partidos de negros de primera clase durante toda la temporada, dos días a la semana y a veces más, sin que mi pierna se rompiera. En cualquier caso, fue un golpe terrible para mí, y mi orgullo sangró y sufrió”.

Para Howard la decepción fue insoportable. Estaba amargado y enfadado cuando volvió a casa en diciembre, y aún más decidido a ganar su *Blue*:

---

<sup>1</sup> El Blue es el más alto honor concedido a los deportistas individuales de la Universidad de Oxford y es un logro muy codiciado por los estudiantes atletas de Oxford. La concesión de un Blue depende del estatus de cada deporte y de los criterios específicos asociados a la competición al más alto nivel dentro de ese deporte.

«Mi padre y mi madre me aguantaron en estas fastidiosas circunstancias. Me comporté muy mal, volviéndome malhumorado, venenoso y hosco».

El enfado de Howard no duró mucho:

«Mi única esperanza descansaba en la siguiente temporada de rugby. Durante la primavera pensé en el rugby. Durante el verano pensé en el rugby. Y cuando llegó el otoño... empecé a entrenar para el rugby.

Cuando salí de mi casa para ir a Oxford e intentar ganar mi *Blue*, mi padre y mi madre estaban en la puerta. Siempre habíamos estado muy unidos como familia, a pesar de que los tres poseíamos disposiciones decididas y potencialmente violentas, nos hacíamos daño y lo lamentábamos después. Mi padre dijo con énfasis: “Bueno, espero en Dios que no tengas tu *Blue*. Eso es todo. Ya eres demasiado engreído”.

Me di la vuelta y me fui.

Ahora sé que mi padre deseaba por encima de todo en el mundo que yo obtuviera un *Blue*. Pero sabía lo decepcionado que estaba por mi anterior fracaso. Temía que volviera a fracasar. Estaba decidido a que, si fracasaba, no sintiera que él y mi madre también estaban decepcionados conmigo.

Ahora lo veo claramente. En aquel momento no lo veía. Estaba herido y resentido por la herida. Sentía antipatía por mi padre».

En el otoño de 1929, Howard fue elegido para jugar en Oxford: «Conseguí mi *Blue*. Los días pasaron en un aturdimiento de placer».

Oxford ganó el partido *Varsity* en Twickenham.

En noviembre empezó a escribir regularmente en la revista universitaria *Isis*. Su primera contribución fue el 20 de noviembre, bajo el título Muerte por Desventura:

«Oh, hay muchas maneras, grotescas, bizarras -seamos aún más francos y digamos divertidas- por las que podemos llegar a la muerte, y espero que, incluso en este torbellino actual de mecanismos e inmadurez, de risas y

caprichos, sobre todo de comer y beber, haya no pocos que piensen de vez en cuando en el final de la historia, y discutan consigo mismos, en sus momentos de ocio, su inevitable y último deber de morir. Yo soy uno de ellos, y si pudiera elegir preferiría emular con mi final a esos pocos felices que han confundido a los pesimistas muriendo de risa. Si Dios fuera lo suficientemente bondadoso con un hombre como para que pudiera morir de risa al ver su propia cara en un espejo, eso sí que sería un rey de las bromas. Pero yo, por desgracia, no soy poco agraciado».

*Isis* publicó en diciembre un artículo sobre su nuevo recluta. Se tituló "*Peter the Great / Peter el Grande*" y se publicó en el *Daily Sketch*:

«Peter Howard es un gigante de Wadham, con el pelo extremadamente negro y unos modales desarmantes. Nacido en 1908, parece haber conducido su vida según el principio de que lo que vale la pena hacer, vale la pena hacerlo con fuerza.

Fuerte como un toro y con una forma de hombros muy parecida a ellos, no es un hombre para conocer cuando está de humor caprichoso, ya que su sentido de la broma puede llevarle a tirar a sus amigos por el puente de *Magdalen*, si se siente inclinado a ello.

Trabaja mucho en el *Isis*, cuya oficina parece totalmente llena cuando él está en ella, y en su calidad de miembro del personal del *Isis* es quizás más irresponsable e irreprímible que en cualquier otro lugar».

El *Oxford Mail* siguió su ejemplo:

“Peter Howard es el gran chico *blue*. Es muy joven y puede crecer. Todavía puede ser conocido y famoso en muchos campos.

No es un hombre orgulloso ni engreído. No piensa en sí mismo ni como futbolista ni como jugador de cricket, pero se imagina sus posibilidades en el ping pong. ¿Saben que se cree el mejor jugador de ping pong del mundo? No es nada de eso.

He oído decir en rincones oscuros que ha escrito poesía; ese no es el tipo de cosas que a uno le gusta oír sobre los hombres grandes; pero, además, todos tenemos nuestros enemigos».



Si Howard tenía enemigos, eran pocos. La fama del campo de rugby lo hacía más bullicioso que nunca. Sus amigos lo disfrutaban y lo animaban. Él y algunos amigos organizaban grandes bromas pesadas. Era costumbre, que los estudiantes que se portaban mal recibieran una citación por escrito de los supervisores (autoridades disciplinarias de la universidad) para presentarse ante ellos a una hora determinada. Una mañana, todos los estudiantes varones de Oxford bajaron a desayunar y descubrieron que habían recibido una citación del supervisor para un día determinado de la semana siguiente, a las 10.30. Por algún error de juicio, algunas estudiantes de *Lady Margaret Hall* también habían recibido tarjetas. A diferencia de los hombres, estaban indignadas y asustadas. Acudieron directamente al decano. El decano se puso en contacto con los supervisores y, estando prevenido, las puertas de hierro del alojamiento de los supervisores estaban firmemente cerradas y bloqueadas. Sin embargo, a las 10.30 de la mañana, una multitud de dos mil personas se había reunido frente a las puertas del supervisor, agitando sus tarjetas en el aire y exigiendo que se les dejara entrar. En ese momento, alguien tuvo la precaución de llamar por teléfono a los bomberos de Oxford para informarles de que la casa de los supervisores estaba en llamas. Mientras los camiones de bomberos llegaban y trataban de abrirse paso entre la salvaje excitación de la multitud, las cámaras de *Pathe News* estaban en funcionamiento en el tejado del edificio de enfrente y filmaron una excelente película de todo el proceso.

Las autoridades de Oxford intentaron, sin éxito, descubrir dónde se habían impreso las tarjetas que habían iniciado todo el asunto. No se pudo encontrar a nadie que supiera nada al respecto. El Cuerpo de Bomberos de Oxford no pudo rastrear la llamada que los había llevado a ocuparse de un incendio inexistente. *Pathe News* no sabía quién les había dado la información. Todo el asunto tuvo que ser pasado por alto, con una declaración de los supervisores de que ese comportamiento sería tratado con severidad en el futuro.

Aunque Howard estaba entrenando para el rugby, asistía a muchas fiestas y él mismo daba algunas. No siempre acababan con alegría. En una ocasión, un piano fue lanzado a través de una ventana superior en Wadham, y aterrizó en el patio de abajo con su interior hecho un lío de cables y martillos. El ruido era ensordecedor y el propietario, al volver y encontrar su piano en pedazos en el patio, estaba naturalmente desconsolado.

En otras ocasiones, Howard se unía a sus amigos de rugby en las reuniones de la OICCU (*Oxford Inter-Collegiate Christian Union* / Sindicato Cristiano Intercolegial de Oxford) y abucheaba desde el fondo:

«¿Son ustedes salvos?»

«Sí, lo somos», respondía el coro.

Durante las lecturas del Nuevo Testamento, uno de los amigos de Howard preguntaba: «¿Quién dijo eso?».

«Peter, Peter», gritaban los demás.

Dios, que en *Mill Hill* había sido un tema formal y no mencionado, en Oxford se convirtió en un término de abuso. La poca fe que Howard tenía, pronto la perdió. Más tarde diría: «Racionalicé lo que sabía que estaba mal, y al poco tiempo no vi nada malo en ello». En aquel momento, no habría dicho eso. Le parecía realista y adulto descartar la fe ante sus dudas sobre la verdad. A menudo era cruel en su condena de los que poseían la fe: «Me parecía repulsivo ver a alguien leyendo una Biblia en un vagón de tren». A menudo lo encontraba ridículo y se burlaba de ello.

A principios de 1930, Oxford se había convertido en el centro de la vida de Howard. Se sumergió en su política y su gente, pero muy poco en su trabajo. A principios de enero, sin embargo, ocurrió algo que iba a llevarle fuera de Oxford:

«Una noche, sintonizando la radio, escuché al locutor dar los nombres de los jugadores elegidos para representar a Inglaterra contra Gales. Mi nombre estaba allí. La noticia me descolocó por completo. Caminé como un dios.

Mi primer partido internacional se iba a jugar en Cardiff. El equipo de Inglaterra fue a Penarth dos días antes. ¿Vas a venir a ver el partido? le pregunté a mi padre. No, no me molestaré, respondió. Es un camino muy largo y creo que me quedaré en casa.

Me molestó que mi padre no estuviera dispuesto a viajar al fin del mundo, y mucho menos a Gales, para presenciar la glorificación de su hijo. Así que hice las maletas.

El partido se jugó en Cardiff. Se esperaba que perdiéramos. En cambio, salimos con la victoria en nuestras banderas. Fue tremendo, estimulante, triunfal. Además del éxito del equipo, tuve la satisfacción de saber que yo mismo había jugado bien.

Cuando me volví a poner la ropa normal con el resto del equipo, me dijeron que alguien estaba esperando en la puerta del vestuario para verme. Allí estaba mi padre.

Me apresuré a ponerme el abrigo y salimos juntos al *Cardiff Arms Park*. Era casi de noche y a nuestro alrededor podíamos ver las tribunas, que antes se habían estremecido con las ovaciones, pero que ahora estaban desiertas, salvo por los periódicos y otros restos dejados por el público y que se agitaban con el vendaval.

Mi padre y yo caminamos por el césped embarrado y pisoteado, donde media hora antes había estado revolcándome, luchando, pateando, corriendo y dando tumbos.

Me dijo que había hecho una excursión de un día desde Londres, que tenía que volver muy pronto. Entonces me agarró del brazo. No es un hombre que muestre sus emociones fácilmente. Por única vez en mi vida le vi ponerse a llorar.

Fue una experiencia aterradora y desgarradora. Lo abracé y traté de consolarlo. “¿Qué pasa, querido?” le pregunté.

“Oh, no puedo decirte lo que todo esto significa para tu madre y para mí”, dijo. “Lo siento, siento mucho haber hecho el ridículo. Lo siento mucho. Pero ya sabes, tú con tu pierna coja. Siempre ha sido triste para nosotros. Nos hemos culpado por ello. Y ahora verte jugar con Inglaterra, y el público y los vótores, no puedo explicarte lo mucho que significa para los dos”.

Este extraño incidente en el *Cardiff Arms Park* tuvo dos efectos sobre mí. Desde ese día hasta hoy no he vuelto a preocuparme por mi pierna delgada. No ha significado nada más para mí, ni bueno ni malo. No me importa en lo más mínimo, de una manera u otra.

Y desde ese día no he vuelto a sentir la misma pasión por el rugby».

Puede que la pasión por el rugby haya abandonado a Howard, pero no la capacidad de jugarlo. El 8 de febrero fue convocado por Inglaterra para jugar contra Irlanda:

«Recuerdo la llegada a Irlanda para ese partido, después de una noche cruzando el Mar de Irlanda, con los camarógrafos y los periodistas para conocernos y saludarnos.

La maravilla del logro aún estaba fresca en mí.

En el *Hotel Shelbourne*, en Dublín, era consciente de las miradas que seguían a cada miembro del equipo, y atravesé el salón varias veces para disfrutar de ellas.

Al día siguiente fuimos al campo para el partido. Almorcé un filete caliente y leche fría. Tenía la teoría de que jugaba mejor después de esta dieta de contrastes.

Cuando abrí mi maleta en el campo, con el zumbido, los gemidos y el parloteo de las multitudes irrumpiendo por la ventana, un sonido aterrador pero embriagador, descubrí que no había traído mis *puttees*<sup>1</sup> de Inglaterra. Estaba decidido a que los seleccionadores ingleses no notaran nunca en el campo lo delgada que era mi pierna izquierda, por si se asustaban y me sacaban del juego. Así que solía enrollar dos *puttees* alrededor de ella, los moldeaba en forma de pierna sana y me ponía las medias encima.

Ahora los *puttees* ya no estaban. El partido iba a comenzar en cinco minutos. Corrí al lavadero. Agarré una toalla de la barandilla, me la puse de alguna manera alrededor de la pierna y me até la media encima.

Salimos corriendo hacia el campo. El aire se difuminaba con el alboroto del público de Dublín, mezclado con los gritos de los seguidores ingleses que habían hecho la travesía nocturna para ver el partido. Sonó el silbato.

Ahora puedo ver ese balón, silueteado como un limón amarillo contra el cielo gris de Dublín, cayendo y girando hacia nosotros. Lo agarré y pateé al toque mientras tres irlandeses se me echaban encima y me dejaban sin aliento contra el césped.

Fue un juego desgastante, desgarrador, preocupante, de correteos. Una vez, al salir del *scrum*, agarré la pelota dentro de nuestra propia línea de veinticinco y corrí campo arriba. Tres veces los irlandeses trataron de atajarme; tres veces seguí corriendo después de tropezar y tambalearme. Finalmente, el *full-back* me derribó a pocos metros de la línea irlandesa.

Fue durante los últimos veinte metros de la carrera, que se me quedó grabada porque fue la distancia más larga que se me permitió llevar el balón en un partido de primera clase, cuando sentí, más que ver, que algo blanco me

---

<sup>1</sup> Una polaina es una cubierta para la parte inferior de la pierna desde el tobillo hasta la rodilla, conocida alternativamente como: vendas para las piernas, vendajes para las piernas

rozaba los talones mientras me movía. Pensé que podría ser un perro terrier que se había escapado de la multitud.

Cuando el lateral me derribó, percibí un sonido más agudo de júbilo mezclado con el profundo aullido de los aplausos de la multitud. Entonces me di cuenta de que la toalla con la que tan urgentemente había acolchado mi pierna se arrastraba detrás de mí. Me la quité de encima, fingiendo que me reía. Pero sentí amargura en mi interior: cuarenta mil personas riéndose de mí».

No todos se rieron. Oxford se alegró. *Isis* escribió :

«Sería casi injusto desearle a Peter más éxito, porque posee en gran medida todas las cualidades que lo llevarán a conseguirlo en el curso natural de las cosas. Sólo podemos desearle un mañana feliz -pues sin duda conoce a su C. E. Montague lo suficientemente bien como para reconocer la frase- y asegurarle el sincero aprecio de nuestra parte».

En febrero, Howard fue invitado a participar en la gira de rugby de Inglaterra por Nueva Zelanda. Estuvo tentado de aceptar. Pero antes de hacerlo, escribió para pedir consejo a Lord Birkenhead, miembro honorario del *Wadham College* y alto administrador de la universidad. Lord Birkenhead respondió:

14, Waterloo Place,  
Londres, S.W.1.

28 de febrero de 1930

Querido Howard, me complace darte mi consejo en la medida en que vale la pena.

Nadie puede garantizarte un empleo a tu regreso a Inglaterra tras la gira por Nueva Zelanda. Las perspectivas dependen enteramente de tu propia capacidad, de la influencia de tus amigos y del estado del mercado laboral en cualquier campo en el que desees competir.

No supongo, ni por un instante, que quieras dedicar tu vida a escribir críticas sobre el fútbol de rugby. Ciertamente sería una carrera pobre.

Mi viejo amigo Baxter, naturalmente, quiere llevar el equipo más fuerte que pueda a Nueva Zelanda, y si tú fueras un joven con recursos que pudiera permitirse unas vacaciones de seis meses, no podría imaginar una forma más agradable de pasarlas. Pero deduzco que no lo eres. Después de todo, ya has

acumulado suficientes laureles futbolísticos. Tienes tu *Blue* y eres reconocido como uno de los mejores delanteros de Inglaterra. Puede que ayudes a otras personas si te vas a Nueva Zelanda, pero ¿cómo te va a ayudar a ti? Tu responsabilidad en la vida es equiparte con la capacidad que posees para la aguda competencia de la vida moderna. Fuiste un erudito de tu escuela y sobresaliente en Wadham. A mi juicio, los nuevos laureles futbolísticos no pueden significar nada para ti, mientras que la obtención de un título que, después de todo, el colegio que te dio una exhibición tiene derecho a esperar de ti, te daría algo más de equipamiento en esa lucha por la existencia que hoy es tan aguda.

No sé si en una carta podría añadir algo más, aunque mis opiniones son bastante claras. Mi hijo Furneaux vendrá el domingo a comer a mi casa, cerca de Banbury. Si te pones en contacto con él, ya sea en *Micklem Hall*, donde se aloja, o en el *Vincent's Club*, estoy seguro de que se encargará de llevarte el domingo y estaré encantado de discutir el asunto contigo verbalmente.

Atentamente,  
B.

El consejo era bueno y Howard lo aceptó. Cuando la temporada de rugby llegó a su fin, se propuso firmemente dedicarse a trabajar. Pero era más fácil decirlo que hacerlo. El aumento del desempleo en Gran Bretaña y la falta de un partido que lo remediara hicieron que Howard se amargara y mostrara desprecio. Al estar, por naturaleza, del lado de los desvalidos, su política era de izquierda y radical. Sir Oswald Mosley había renunciado al Partido Socialista y había formado el Nuevo Partido. En 1930, Howard se unió a él. Vio en él la esperanza de una alternativa política que reclutara a la generación más joven de Gran Bretaña y aliviara las penurias del hombre trabajador. Más tarde, vería lo ingenuo que fue.

Howard se unió a sus amigos en el Nuevo Partido, entre ellos Harold Nicolson y Randolph Churchill. Fue una lástima que la entrada de Howard en la política se produjera en un momento en el que él necesitaba trabajar.

«Howard es un vividor», escribió *Isis* a principios de 1931. «Piensen en el viejo Howard saliendo a escondidas de Oxford hacia el Gran Mundo en busca de aventuras. Ha ido a divertirse, llevando un plumero, el Pro-Milone<sup>1</sup> y un bonito par

---

<sup>1</sup> El "Pro Tito Annio Milone ad iudicem oratio" (Pro Milone) es un discurso pronunciado por Marco Tulio Cicerón en el año 52 a.C. en favor de su amigo Tito Annio Milo.

de pantalones nuevos. Todo esto para proteger a Sir Oswald y Lady Cynthia Mosley. Howard pertenece al Nuevo Partido, y cree en la juventud y en salir adelante».

Howard ciertamente se puso manos a la obra, como informó el *Daily Express* del 28 de mayo:

«El Sr. Hugh Speaight, el espíritu principal en el reciente vuelo del Sindicato de Globos de Oxford, fue el anfitrión en una extraña fiesta celebrada en Oxford esta noche, cuando un grupo de estudiantes universitarios recorrió las alcantarillas de la ciudad en canoas.

Las invitaciones enviadas por el Sr. Speaight estipulaban que sus invitados debían ir vestidos con ropa náutica.

El grupo incluía al Sr. Peter Howard, del *Oxford Rugby Blue*, al Sr. A. Hopkinson, de la redacción del periódico universitario *Isis*, y al Sr. Wall, presidente de la Asociación Charles Fox.

Entraron en el alcantarillado de la ciudad en un punto del este de Oxford y, con la ayuda de antorchas eléctricas, se abrieron camino bajo el centro de la ciudad, y emergieron en un punto al sur de Carfax, donde el alcantarillado se une al río Támesis.

Se utilizaron seis canoas para transportar al grupo y una de ellas naufragó en un intento de sortear una puerta de hierro hacia el Támesis, y sus ocupantes fueron arrojados a la corriente, pero fueron rescatados».

En el tiempo libre que le quedaba, Howard trabajaba para *Isis*. Escribía relatos cortos, artículos de fondo sobre los acontecimientos de Oxford y cada semana cubría los Debates del Sindicato:

*Isis*, 14 de mayo de 1930.

«El tema de debate del jueves pasado en el sindicato fue que "uno puede ser más feliz en los Estados Unidos que en Inglaterra».

Los tres norteamericanos que nos visitaron estuvieron bien, pero hubo demasiada 'halitosis' (con explicaciones de su significado interno) en algunas de sus bromas para que no resultaran deplorables.

El Sr. R. M. McClintock<sup>1</sup> (*Stamford College*) tenía una voz agradable, una virtud inusual en un estadounidense. Pensaba que la felicidad en los Estados Unidos tenía más alcance que en otros lugares. El inglés daba demasiadas cosas por sentado y, por tanto, no apreciaba su felicidad: se inclinaba a aceptarla de la misma manera que aceptaba su desayuno. La educación en Inglaterra tendía a mantener al hombre en su propia clase; en los Estados Unidos a elevarlo por encima de ella. Cada país tenía un estándar de felicidad diferente, y a cada uno el estándar del otro le parecía irreal y extraño.

Y ahora, cómo puedo expresar adecuadamente mi perferida admiración por el Sr. S. A. Boyd-Carpenter<sup>2</sup> (*Balliol*). Se levantó de un salto para defender el honor de la vieja Inglaterra. La felicidad, dijo con un ágil salto hacia la izquierda, es una cuestión de opinión. Los negocios son el principal resorte de los Estados Unidos, declaró, haciendo una demostración práctica y coqueta. No hay persecución del pensamiento individual ni de la vida individual para nosotros, afirmó, dando un ágil salto mortal hacia la derecha. Terminó su discurso en la posición más erguida que jamás haya alcanzado, pero yo me quedé pensando si estaba sentado sobre mi cabeza o sobre mis talones.

El Sr. H. E. S. Bryant-Irvine (*Magdalen*) no sólo parecía un perro aburrido, sino también insolente. Fue una elección desafortunada para este tema en particular, ya que carece por completo de sentido del humor. Hizo algunos comentarios sobre el Comité Permanente que fueron, en mi opinión, de muy mal gusto, y después se volvió simplemente petulante y aburrido. Más tarde, volvió a ser impertinente, esta vez sobre el tema del Príncipe de Gales. Sólo me fascinó una parte de él, sus pantalones, que el jueves por la noche estaban abrochados unos cinco centímetros más arriba.

El Sr. P. H. Gore-Booth<sup>3</sup> (*Balliol*) fue el primer orador que trató el tema con seriedad. Su principal argumento parecía ser que los Estados Unidos eran inseguros y, por tanto, infelices. También habló de la libertad y el placer estadounidenses, que parecían inexistentes. Me gustó mucho.

El Sr. T. N. Fox (*Hertford*), escrutador de los Ayes, dijo que los americanos estaban bien satisfechos de sí mismos y no percibían que el principal placer de un inglés era arrojar barro a todas las cosas inglesas.

---

<sup>1</sup> Más tarde, diplomático estadounidense y embajador en Argentina desde 1962.

<sup>2</sup> Más tarde, el Honorable J. A. Boyd-Carpenter, diputado conservador.

<sup>3</sup> Más tarde, Sir Paul Gore-Booth, jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores británico.



El Sr. A. J. Ayer<sup>1</sup> (*Christ Church*) debió hablar más despacio. Pero fue el segundo orador de la noche que trató el tema con seriedad y éxito. Los Estados Unidos persiguen la felicidad como un fin en sí mismo y no se dan cuenta de que ésta sólo llega durante la búsqueda de otros fines. Un buen discurso.

A las 11.28 p.m. Inglaterra salió victoriosa».

Isis, 22 de mayo de 1930

La moción: «Que la India reciba su Independencia».

El Honorable Quintin McGarel Hogg<sup>2</sup> (*Christ Church*), ex presidente, debe asumir toda la culpa, creo, por la irritante y tediosa hora que pasamos el jueves pasado antes de que se abriera el debate. Lo propuso de forma poco hábil, argumentando que el sindicato no debía meterse donde la prensa diaria temía pisar -esto parecía un poco ilógico- y declarando con un sollozo en la voz que nunca había perdido la confianza de la sociedad, sino que le movía un sincero deseo de su bien.

Era una lástima que Hogg considerara oportuno ponerse en pie tan a menudo por cuestiones de orden. Fue una pena que McGarel se opusiera tan amargamente a las alusiones personales a su persona por parte de otros miembros honoríficos. Fue una lástima que Quintín nunca dudara en aludir a otros en persona. Hay que felicitar calurosamente al presidente por su comportamiento en lo que fue una situación muy difícil. Recordaremos durante mucho tiempo la manera firme e inimitable con la que se vio obligado tantas veces a ordenar al Honorable Quintin McGarel que volviera a su asiento.

El Sr. Randolph Churchill<sup>3</sup> (*Christ Church*) era muy, muy británico. Esto no es un cumplido. Tampoco es, curiosamente, un insulto. Argumentó que los ingleses habían hecho un bien inestimable a la India, pero poco daño, y que él sería la última persona en impedir el autogobierno del país cuando estuviera maduro para ello. Admitió que había estudiado la cuestión de cómo hacer reír a la sociedad. Me gustaría que me escribiera y me lo contara. A pesar de que varios oradores posteriores, algunos de ellos de su propio lado de la casa, consideraron oportuno abusar del proponente, me pareció un buen discurso.

---

<sup>1</sup> Más tarde, catedrático de Lógica Wykeham de la Universidad de Oxford.

<sup>2</sup> Posteriormente, el Honorable Quintin Hogg, Q.C., Miembro del Parlamento, miembro de sucesivos gobiernos conservadores.

<sup>3</sup> Hijo y biógrafo de Sir Winston Churchill.

El Sr. F. R. Moraes<sup>1</sup> (*St. Catherine*) pronunció uno de los mejores discursos que he oído en el sindicato. Declaró que, antes de la llegada de los británicos, los musulmanes y los hindúes convivían pacíficamente y que en los estados que actualmente se encuentran bajo dominio indio las relaciones entre ellos siguen siendo cordiales.

El Sr. Pinto (*Wadham*), cuyo nombre de pila, gloriosa y felizmente, es Ignatius, hizo un buen discurso para oponerse a la moción. Ningún país, dijo, puede ser declarado no apto para el autogobierno si nunca se le ha dado la oportunidad de probarlo. Si no se le daba la libertad, la India lucharía por ella. Ignatius tendría que volver a hablar.

El Sr. H. Z. A. Kabir<sup>2</sup> (*Exeter*) es un gimnasta de segundo orden. Se levantó de su asiento y anduvo saltando de un lado a otro, absolutamente incoherente por la emoción. Fue encantador verle, pero, por desgracia, nadie, salvo posiblemente el presidente, pudo entender nada de lo que dijo.

Un buen debate, empañado únicamente por el comportamiento de uno o dos diputados, que, aunque no aportaron nada al debate, interrumpieron constantemente a los oradores cuyas opiniones no coincidían con las suyas.

. . . . .

Las largas vacaciones de verano fueron algunos de los momentos más felices que Howard pasó con sus padres. Junto con su hermano, John, iban al norte de Gales, a Cornualles o a las Tierras Altas de Escocia:

«Querido joven y único hermano John. Lo recuerdo como un bebé gordo y travieso, que buscaba en la alfombra animales imaginarios llamados '*Beadles*' que fingía meter por el cuello.

Lo recuerdo ganando la carrera en su escuela preparatoria, tan orgulloso y tan ansioso, con mi padre y yo galopando a su lado animándolo a la victoria cuando entraba en la recta hacia la meta.

---

<sup>1</sup> Más tarde director del Indian Express Newspapers

<sup>2</sup> Humayun Kabir, M.A., Miembro del Parlamento, político y escritor indio.

Era afortunado en las ferias; puedo verlo lanzando centavos al tablero de las casillas y saliendo de allí con los bolsillos llenos de dinero, el animador frunciendo el ceño y las chicas que se habían reunido para mirar, riéndose y dándose codazos.

Era un jugador de cricket muy bueno y anotó más golpes directos en el cuerpo, con sus propios bolos rápidos, y más golpes directos en los bolos rápidos de otras personas con su propio bate, más que casi cualquier otra persona que conozca.

Puedo imaginármelo acalorado y feliz corriendo bajo el sol o con una mirada fría y seria estudiando algún libro, para luego estallar en carcajadas, arrojarlo de su lado y saltar hasta la mitad de la habitación con un solo salto eléctrico».

Estos hermanos eran tan parecidos y a la vez tan diferentes. John era rubio y de ojos azules; Peter, moreno y de ojos marrones. Se admiraban mucho, pero se envidiaban a menudo. Peter envidiaba la cercanía de John a sus padres. Era natural, pues John era todavía un niño cuando Peter era ya un hombre. John envidiaba la fama de Peter en el campo de rugby; su fácil éxito. Estos sentimientos eran profundos y no se expresaban. Los Howards no se mostraban fácilmente el afecto o su contrario. En cambio, caminaban durante días por las colinas, junto a torrentes y lagos tranquilos. Pescaban y nadaban, y disfrutaban de estar juntos.

Aunque Howard había hecho nuevos amigos en Oxford, no perdía de vista a los antiguos: «Solía pasar muchos fines de semana en Oxford con Peter conociendo con bastante nerviosismo a todos los reyes del momento, con los que era amigo, y disfrutando de la maravillosa compañía y la constante diversión que nos proporcionaba», escribe Tony Carter. «Estuvo de vacaciones con nosotros en Filey, en Yorkshire, en 1930. Un día, mientras caminábamos por la playa, mi padre señaló los restos de un submarino en la distancia y comentó lo lejos que estaba realmente. Lo sabía porque había estado allí antes. Peter no creía que estuviera muy lejos. No llegarás a él en veinte minutos», dijo mi padre, y lo dijo en serio. Sin mediar palabra, Peter se puso en marcha, trepando, cojeando y bailando sobre las rocas, y en un cuarto de hora ya estaba allí. Siempre estaba dispuesto a afrontar un reto, sobre todo si parecía imposible».

En octubre de 1930, Howard volvió a Oxford. Estaba entrenando para jugar al rugby. También lo nombraron subeditor de *Isis*, y dejó de hacer los informes semanales del sindicato.

*Isis*, 15 de octubre de 1930.

Esto es principalmente para el beneficio de los estudiantes de primer año: al mismo tiempo debo aconsejar a todos ustedes que lo lean. Estoy seguro de que entenderán mejor a la sociedad cuando lo hayan hecho. Además, es posible que reciban una mención. Si no la tienen, les garantizo que (por la suma relativamente pequeña de cinco chelines, que deberán enviar en un sobre sencillo a la oficina de *Isis*) la tendrán la próxima semana.

El nuevo reportero de *Isis* es, por supuesto, con la excepción del presidente, la persona más importante en los debates. Incluso en esta oficina, sede del ingenio y la discriminación, destaca por la brillante agudeza de su lengua. No hace falta decir más. Excepto, por supuesto, que yo mismo lamentaré asistir a los debates a título no oficial. Desde luego, asistiré a todos los debates. Todos los mejores lo hacen.

Si por casualidad quieren una mención la próxima semana, no olviden los cinco chelines. Los cigarrillos son más caros, media guinea por vez. Estamos, por supuesto, dispuestos a llegar a un acuerdo para que te eches una pitada durante todo el curso. Adiós, hasta el jueves por la noche.

A principios de febrero, la OUDS (Sociedad Dramática de la Universidad de Oxford) presentó Hassan, de Flecker, en el Nuevo Teatro de Oxford. El reparto incluía a Peggy Ashcroft y George Devine. Howard interpretó el papel de Masrur, el verdugo. Su principal recuerdo de la representación fueron las horas que se tomó para maquillar su rostro y las más largas para volver a limpiarlo. También disfrutó ayudando a bajar a Peggy Ashcroft desde las alturas en una cesta.

«El Sr. P. D. Howard», escribió *Isis* (19 de febrero de 1931) «hizo una figura impresionante, que en su escena con Yassim dio una verdadera impresión de poder siniestro, a lo que contribuyó un maravilloso efecto de iluminación».

El 26 de febrero, Inglaterra iba a jugar contra Irlanda en Twickenham. Sam Tucker, el capitán inglés, había caído con gripe. En su lugar, Howard fue elegido como capitán del equipo. Tenía veintidós años.

*The Daily Telegraph*, febrero de 1931.

Me alegro de que los seleccionadores hayan hecho esta elección, ya que Howard es lo suficientemente joven y bueno como para jugar con Inglaterra durante algunos años. Además, tiene el tipo de personalidad que hace un liderazgo satisfactorio, y su conocimiento del juego es considerable.

En sus visitas a Londres, Howard iba a casa de sus abuelos en *Inverness Terrace*. Ebenezer Howard era ya un anciano, pero él y Gracie mostraban mucha amabilidad con su nieto. Fue en una de estas visitas cuando Howard se propuso plantear a su abuelo la cuestión de sus finanzas en Oxford. Por aquel entonces, las facturas no dejaban de llegar y no había dinero para pagarlas. La oportunidad surgió cuando Howard llevó a su abuelo a la estación:

«Cuando mi abuelo tenía más de ochenta años, le pedí consejo sobre un determinado proceder. Ya había decidido tomar ese rumbo, fuera cual fuera el consejo de mi abuelo. Pero esperaba que el anciano caballero se sintiera complacido y halagado por mi consulta. La siguiente conversación tuvo lugar entre nosotros:

Yo: “Abuelo, hay algo sobre lo que quiero tu consejo”.

Abuelo: (ferozmente) “Bueno, Peter, tendrás mi consejo, pero no le harás caso”.

Yo: (picado por la verdad de esta observación) “Verás, me estoy preguntando si debería. . .”

Abuelo: “No te molestes en contármelo. No quiero oírlo. Mi consejo para ti y para todos los jóvenes es que no lo hagan. Normalmente lo hacen y después se arrepienten”.

Mi abuelo, Ebenezer, no quiso decir más. Subió jadeando al tren. El tren salió pitando de la estación. Yo me quedé, abatido, en el andén».

Decepcionado por sus esperanzas de que su abuelo pudiera pagar sus deudas, Howard decidió abandonar Oxford en abril de 1931. Lo hizo sin un título. Consideró que, con unas facturas sin pagar que ascendían a más de mil libras, un trabajo era más importante para él que un título de Oxford. Económicamente tenía razón. Desde el punto de vista académico, se equivocó.

Su partida tuvo repercusiones desagradables para muchas personas. Su antiguo director, el Sr. Jacks, tuvo grandes dificultades para explicar su acción al Comité de Becas. Aquellos a quienes Howard debía dinero sintieron que estaba huyendo de su responsabilidad. Para muchos jóvenes un comienzo tan malo habría significado un mal futuro. Para Howard fue el comienzo de la sabiduría financiera, que le duró toda la vida. Aunque recibió muchas ofertas de préstamos, no aceptó ninguna. Estaba decidido a ganar lo suficiente para pagar todas sus deudas. Lo haría en un plazo de dos años.

## Capítulo 5

HOTEL KULM, St. MORITZ  
ENGADIN  
Agosto, 1931

Nunca supe que un corazón pudiera romperse  
Tan fácilmente - con sólo el dolor  
Para hacer que no vuelva a vivir.  
Sin sonidos ni llantos  
Cuando un corazón muere.  
Sólo dolor mudo e incomprensido.

Nunca supe que un corazón pudiera seguir,  
Cuando estaba roto y había muerto,  
El amor con su felicidad, su orgullo -  
Y roto, todavía  
Golpear mi voluntad  
Todavía amarte, cuando la sangre de él se había secado.

En los meses posteriores a su salida de Oxford, Peter Howard no aceptó un trabajo, sino tres.

El primero se lo ofreció Sir Oswald Mosley, y Harold Nicolson<sup>1</sup> le convenció para que lo aceptara. Iba a ser secretario nacional del Movimiento de las Juventudes del Nuevo Partido : «En aquel momento, el deber público no me atraía mucho, aunque me halagaba imaginar que hombres de la talla de Nicolson y Mosley me eligieran como miembro de la banda patriota para salvar a Gran Bretaña».

---

<sup>1</sup> El Honorable Sir Harold Nicolson, político y escritor

«Me ofrecieron un total de 650 libras esterlinas al año por mis servicios. Acepté el trabajo y el dinero.

Eran los días en que Mosley declamaba su amarga oposición al fascismo y a toda su ideología. “No queremos ningún helado de Italia”, exclamaba. También describió a los fascistas británicos de aquella época como 'bufones de la oscuridad, que hacían una imitación barata de los vendedores de helados italianos'».

Howard iba a ser responsable de la organización política de los clubes juveniles y debía escribir regularmente para el periódico del Nuevo Partido, *Pioneer*.

La familia Howard, deseando que tuviera un trabajo más estable, insistió en que debía prepararse para el Colegio de Abogados. Empezó a trabajar en los libros necesarios.

Mientras tanto, Howard necesitaba algo que le aportara dinero rápidamente. A través de lord David Cecil, en ese momento, miembro de Wadham, oyó hablar de un chico, Sir John Dyer, que necesitaba un entrenamiento especial para entrar en Oxford al año siguiente:

«Sus padres me ofrecieron cinco libras esterlinas a la semana, y todos los gastos para llevarlo a Suiza, durante seis meses y entrenarlo.

Me pareció bien. Me daba la posibilidad de apartar cinco libras a la semana durante los siguientes seis meses y también me pondría fuera del alcance de mis acreedores durante el mismo periodo».

Howard llegó al Hotel Kulm, en St. Moritz, a principios del verano de 1931. El joven barón, del que iba a ser tutor, era un chico agradable pero con mala salud, por lo que llevaba un armazón de metal en la espalda. Le acompañaban su abuela y su hermana. En el Hotel Kulm se encontraba también un joven americano, John Forbes<sup>1</sup>:

«¡Peter se portó muy bien con John Dyer -lo registró en la recepción como 'Mister Dyer' y no como 'Sir John'!

---

<sup>1</sup> Más tarde fue profesor de Historia Empresarial en la Universidad de Virginia.



Mi madre y yo, Peter y John Dyer solíamos caminar -diariamente- una milla o dos desde *St. Moritz 'Dorf'* a *St. Moritz 'Bad'* para escuchar a la banda tocar en el parque de la Kurhaus, a eso de las once.

Peter era una interesante mezcla de muy viejo y muy joven. Esto último se reflejaba en las inofensivas vanidades: etiquetas universitarias como "*subfusc*, caballeros, *subfusc*", referencias condescendientes a personas más pequeñas que él como 'gente pequeña'; misteriosas referencias a la historia que un día iba a escribir bajo el título de "La muerte de una rosa"; el anuncio de que llevaba 'la chaqueta de mi abuelo para cenar', cuando por otras alusiones era razonable suponer que su abuelo no tenía ninguna. (De hecho, Howard sí tenía el smoking de su abuelo, y lo llevó durante muchos años).

Tenía una forma de expresarse agradablemente ingeniosa. Una chica inglesa, no muy atractiva, del hotel, llevaba una cinta en el pelo. Peter la llamaba 'la mujer de filetes'. Era una compañía muy divertida, tenía la habitual reserva británica a la hora de hablar de su carrera deportiva, y era sin duda el joven más guapo que he visto».

*St. Moritz*, en 1931, atrajo a la sociedad europea. Estrellas de cine, millonarios, personalidades del deporte, así como alpinistas y hombres y mujeres comunes y corrientes, en diferentes estados de salud, encontraron su camino a *St. Moritz*. El torneo de tenis de verano atrajo a algunos de los campeones franceses, en un momento en que el tenis francés estaba en su apogeo. Howard, aunque sólo era un jugador moderado, decidió inscribirse en la categoría de dobles masculinos, con un estudiante de Cambridge, el Sr. William Farquhar<sup>2</sup>, que dirigía la revista universitaria *Varsity*. El Hotel Kulm tenía unas excelentes canchas duras al lado, donde los jugadores podían practicar. Howard podía observarlos mientras hacía su trabajo:

«Estaba sentado al sol, en el balcón de nuestro hotel, enseñando a mi alumno a saber si las agujas de un reloj estaban juntas a la una y cinco minutos en qué momento exacto volverían a estarlo.

---

<sup>1</sup> (Universidad de Oxford) Ropa formal que se usa en ocasiones académicas especiales, para un examen o evento oficial.

<sup>2</sup> Más tarde, director del Banco Chase-Manhattan en París

Me asomé al balcón del hotel y vi a una chica. Estaba jugando al tenis en la cancha dura de abajo. Me enamoré de ella. Tres días después de conocerla, le propuse matrimonio. Tres segundos después, ella me había rechazado».

La chica era la señorita Doris Metaxa. Tenía sólo veinte años y era campeona de tenis junior de Francia. Conocida más tarde por sus amigos como "Doë", era una chica delgada y morena, con una velocidad de vértigo en la pista de tenis. Doë era francesa de nacimiento y de educación, pero sus padres eran griegos. John Metaxa, su padre, medía más de un metro ochenta y era oriundo de la isla de Ítaca:

«La madre de John Metaxa lo escondió una vez en el horno de pan, diciendo que los piratas podrían llegar a la isla de Ítaca, donde él había nacido. Porque los piratas solían secuestrar a los niños pequeños de Ítaca, llevándolos como camareros y cocineros en expediciones de contrabando y violencia.

Por eso, uno de los primeros recuerdos de John Metaxa es el de las pálidas manos de su madre revoloteando como polillas hacia él, a través de la oscuridad del horno, presentando una copa de vino dulce y un trozo de pan relleno de aceitunas negras, y retirándose rápidamente.

Metaxa corrió descalzo por Ítaca. Su cuerpo se hizo fuerte y duro. Lo sumergió en la bahía de Ítaca, donde, en los días de calma, a profundidades de brazadas, dicen que aún se pueden ver pináculos y pilares estriados de palacios milenarios, ahogados en el inmortal océano.

John Metaxa fue criado para la responsabilidad y la visión. Porque su familia es una de las más antiguas de Grecia».

Metaxa había abandonado Grecia para no volver jamás, después de que Venizelos<sup>1</sup> rompiera una promesa que le había hecho en el momento de la llegada al poder. Había pasado muchos años en Bombay, con los hermanos Ralli, y era vecino y amigo de Jinnah, con quien solía pasear y conversar. Se casó con Irene Theologo, también griega, y tuvieron tres hijos: dos niñas, Myrto y Doris, y un hijo, Marc. Eran una familia de considerable riqueza, aunque no de lujo. John Metaxa era extraordinariamente generoso con su dinero, y cuando murió se descubrió que, sin que su familia lo supiera, había estado ayudando económicamente a más de doscientas personas. Tenía un corazón cálido y un temperamento ardiente. De sus tres hijos, Doë era quizás la que más quería, aunque nunca lo hubiera dicho. Tanto él como su mujer, estaban tristes porque Doë había elegido jugar al tenis con Francia,

---

<sup>1</sup> Primer Ministro de Grecia durante 14 años, entre 1910 y 1933

en lugar de hacerlo con Grecia. Pero Doë había aprendido a jugar al tenis en Francia, con profesores franceses y con gente francesa. Le parecía inconcebible jugar para Grecia, un país que apenas conocía.

A los doce años, Doë tomó por primera vez una raqueta y una pelota, y jugó durante horas contra la pared de un establo cerca de su casa en Marsella. A partir de ahí, iba regularmente al club y se inscribía en los torneos de tenis de la Riviera, que eran muchos. A los dieciocho años se convirtió en la campeona de tenis juvenil de Francia. A los veinte años, era una de las grandes jugadoras de tenis sobre hierba de la época.

Howard estaba asombrado por ella:

«La primera vez que vi la fuerza y la furia generadas por una persona tan pequeña fue una sorpresa y un choque para mí. Sentí algo del asombro que llenaría la mente del espectador si viera a una gacela pateando búfalos hasta su extinción».

William Farquhar fue quien presentó por primera vez a Doë a Peter Howard. Era evidente para todos sus amigos que se querían mucho. Howard se esforzó por negarlo. Protestó, aunque nadie se lo había reprochado, que no le interesaba tanto. Mientras estaba sentado con Farquhar, al lado de las canchas de tenis, viendo cómo Doë destrozaba a otra oponente en el camino, Farquhar comenzó a silbar “*Three Little Words / Tres Palabras Chicas*”. Howard se puso furioso y le preguntó qué quería decir con eso. «Nada en absoluto. Sólo quiero decir ‘Juego, Set y Partido’ a la señorita Metaxa».

A Howard no le resultó nada fácil conocer a Doë.

«Pronto descubrí que pasear y hablar con la hija de John Metaxa no era un asunto tan fácil como familiarizarse con algunos de mis amigos ingleses. No se podía concertar ninguna cita con la hija sin la autorización del *sire*.

Solía llamar por teléfono al hotel donde se alojaban los Metaxa. ¿Sería posible que el señor Howard viera a la señorita Metaxa esta tarde? El conserje traía un mensaje: “Mademoiselle estaría encantada de pasear a las dos y media”.

A las dos y media me iba al hotel. Allí estaría Doë. Y allí estaría también John Metaxa, con bastón, ropa impecable y la mirada amable pero penetrante como la de una águila.

Doë y yo caminaríamos delante. Detrás, como el detective que protege a la realeza, nunca al alcance de los oídos, siempre al alcance de los ojos, siempre desprendido, nunca alejado, caminaba John Metaxa.

En aquel momento tenía más de setenta años. Hacía calor, el calor seco y abrasador de un verano alpino. Intenté caminar más rápido que él para dejarlo atrás. Pero nunca lo conseguí. Él siempre parecía fresco y ligeramente divertido cuando nos despedíamos, mientras que yo siempre estaba sudando y ligeramente incómodo.

El hombre, que había pasado su juventud en los precipitados caminos de cabras de Ítaca, encontró los caminos turísticos de San Moritz muy pequeños en comparación.

Sería una hipocresía pretender que yo disfrutaba de sus maniobras. Pero concebí una admiración y un afecto por su carácter».

Los Metaxas no estaban contentos con las atenciones de Peter Howard. No tenían ni idea de quién era, ni de si tenía alguna perspectiva. Doë había sido educada en una línea estricta y protegida. Howard parecía no darse cuenta de nada, excepto de que estaba enamorado de su hija. Se presentó al torneo de golf con ella. El primer premio era un bolso Cartier y un reloj de pulsera de oro. Howard estaba muy interesado en ganar el bolso para Doë. Jugó un partido brillante. En el primer golpe de salida, Doë golpeó la bola con cierta fuerza hacia atrás por un precipicio. Fueron descalificados. Los peligros de un partido de golf no podían interponerse entre ellos. Estaban profundamente enamorados.

A finales de agosto, los Metaxas abandonaron St. Moritz y llevaron a Doë de vuelta a París. No hubo un solo día en que Peter Howard no le escribiera. Por desgracia, rara vez fechaba sus cartas.

De P. D. H. para Doë

Hotel Kulm,  
St. Moritz  
Agosto 1931

Esta tarde, una maravillosa fila de pájaros de color plateado ha volado por el lago desde el río. Me giré rápidamente mientras caminaba por la ladera y dije: «Mira, Doë querida», antes de darme cuenta de que no estabas allí. Pero ya ves lo cerca que sigues estando de mí. Recuerdas la última vez que te escribí

una carta cuando sabía que en cualquier momento podrías entrar por la puerta y encontrarme, y así fue. Ahora estás tan cerca de mí como lo estabas entonces. Creo que siempre estarás tan cerca de mí cuando te escriba, incluso, también en la mayoría de los momentos en que no te escriba.

Contigo en la vida siento que podría y puedo hacer cualquier cosa. Tú tocas lo mejor de mis grandes ambiciones y lo mejor de mis capacidades. Sin ti en la vida, ahora que te he conocido, debería desaparecer. Lograr cosas por mí mismo, incluso por mi madre, ahora me parece algo muy trivial.

Aquí arriba, algunas veces viste la verdad y sentiste, y supiste, que era la verdad. Creo que el recuerdo de esos meses te ayudará a revisar las cosas en tu corazón y a sentirte segura de ti misma. No diré nada más de esto hasta que vuelvas a hablarme de ello.

Esta noche las montañas están más cerca que nunca. Una vez pensé que las odiaba, pero las montañas, el mar y los grandes ríos siempre han sido mis amigos y ahora serán amables con nosotros. Hoy te he hablado en voz alta tantas veces y juro que estás conmigo en cuerpo y espíritu mientras escribo esto. No podría sentirme tan feliz si no estuvieras aquí.

De P. D. H. para Doë

St. Moritz

Agosto de 1931

Me hace infeliz pensar que mis cartas a ti no son del tipo correcto. Es joven, supongo, disfrutar de las estrellas y las montañas y llamarlas tus amigas, e inventar frases curiosas para ellas, como, las estrellas colgando en los ricos campos de oscuridad, o las nubes vagando sobre los puros lagos del cielo. Y también es joven amar a alguien de manera que nada más en la tierra importe. Es más joven aún decirlo. Y más joven aún es escribirlo en una carta. Y es joven decir que atravesarás el infierno para ayudar a alguien que amas. Tan joven como para ser casi anticuado. Y es joven ser arrojado de repente de la propia vida antigua a una nueva y extraña y aterradora, permitirse ser arrojado de todo lo que ha importado así.

Pero ahora me esforzaré por ser maduro, obvio y poco histérico. Tal vez dirás que es joven querer cambiarte a ti mismo, o incluso a tus cartas, para complacer a alguien. Bueno, puede ser, pero con tu ayuda será el último acto de mi juventud. No tendré más emociones y hablaré de Dios como si fuera un

amigo íntimo y personal, con ideas bastante aburridas, que viene a comer todos los domingos y cuya digestión, pobrecito, siempre se ve alterada por tu carne asada y tu pudín de Yorkshire. Recordaré que las nubes no son más que átomos de tierra y agua, al fin y al cabo, y que las estrellas no son más que piedras derretidas remotas y despreocupadas, clavadas en el espacio como ciruelas en un budín.

En cuanto a desviarme de mi camino para ayudarte, por qué, sabes que en el futuro mi buen sentido prevalecerá y me quedaré donde estoy, hablaré y ganaré dinero, y dictaré a mi secretaria dieciséis páginas de buenos consejos para ti, entresacados de mi propia experiencia. Y en cuanto a amarte, probablemente sólo sea el aire de la montaña el que tiene un efecto eléctrico en el estomago, el asiento de la mayoría de las emociones humanas. Y todo esto es la más absoluta tontería. Cuando te escribo me siento joven. Mi amor por ti es un amor joven. No me gustaría degradarte amándote como una persona experimentada de cuarenta años.

Pero mis cartas para ti deben ser viejas. Creo que tal vez pueda hacerlas más viejas si lo intento. Para ser de mediana edad, o al menos convencionalmente de mediana edad, sólo tienes que criticar todo y a todos, y dar a entender que podrías hacerlo mucho mejor en su lugar, burlarte de la juventud porque estás tan amargamente celoso de ella, y alabar los cínicos placeres de la vida que sabes, o sabías, que estaban mal.

Hazme saber cómo quieres que te escriba. Es desgarrador saber que cuando estás conmigo te complazco, pero cuando lees mis cartas sólo puedes sonreír.

De P. D. H. para Doë

St. Moritz

Agosto 1931

Tu dulce carta llegó justo antes del almuerzo de hoy. Todavía falta un poco para que vuelva a ver las estrellas como estrellas y no como piedras, y las nubes como nubes y no como agua sucia, y a Dios como un Espíritu y no como un viejo aburrido que mete las narices en nuestros asuntos porque los suyos son demasiado insignificantes para ocupar su atención.

Parece extraño que me parezca más a mí mismo en mis cartas cuando estoy amargado, o cínico, o enfadado. ¿Fui tan horrible aquí arriba? Porque, de hecho, aunque llevo años intentando convertirme en un vegetal amable, o

mejor aún, en una persona realmente malvada y sin sentimientos, lo he conseguido muy mal. Sigo creyendo que es más bello no permitir que tu cuerpo y tus deseos se sobrepongan a tu conciencia, o lo que los sueltos llaman tu temprana mojigatería victoriana. Sigo creyendo que es malo emborracharse. Sigo viendo que no hay nada de poco masculino en aferrarse a las sombras, en amar las cosas bellas, en escribir poesía y en hablar con la luna y las estrellas. Y, ahora, siempre sabré que el amor es lo más importante en la vida.

Acabo de recibir una larga carta de Mosley. Piensa que la reciente crisis en Inglaterra ayudará enormemente al partido, por ser el único que tiene planes constructivos para situar la posición industrial sobre una base firme. Yo mismo no lo creo. Esta crisis no ha golpeado lo suficientemente fuerte a la vasta y flemática masa, que es el gran público británico, como para que tomen nuevas medidas. Ya sabes, en Inglaterra, para conseguir algo, la gente siempre tiene que ser ridiculizada, muerta de hambre y martirizada. E incluso entonces lo que se hace suele hacerse con veinte años de retraso. Pero aun así, son buenos deportistas, benditos sean sus gordos corazones y estómagos. Y odian a los condenados migrantes, y de todos modos siempre ha aparecido algo en el pasado. Algún día escribiré un ensayo muy divertido sobre mis compatriotas. Será divertido porque será cierto.

Mosley también dice en su carta: «En cuanto a la ropa, creo que la nota que debe dar es la simple limpieza. Creo que puede seguir apareciendo sin sombrero. Por otra parte, vestirse de forma demasiado descuidada dará la impresión de que está tratando de parecer un agitador laborista, y ese es el tipo de impresión que no deseamos transmitir».

¿Podrías acompañarme a la sastrería el día 18 y encargarme las cosas adecuadas para mí?

De P. D. H. para Doë

St. Moritz

Agosto de 1931

Tengo que decirte algo bastante desagradable. No lo diría, pero prometimos que si hay algo en el otro que pensamos que necesita ser corregido, lo diríamos. Así que me perdonarás.

Aquí están las dos cosas que tengo que decirte sobre ti, que debes tratar de corregir. Primero, debes escribir "Wednesday" en lugar de "Wensday". Segundo, debes escribir "address" - no adress.

No eres la única a la que no le gusta la cara de Mosley, ni siquiera al propio Mosley. Es probablemente la persona más impopular en Inglaterra hoy en día. Pero hay que ser una persona bastante grande para ser tan odiado, especialmente en Inglaterra. Es bastante parecido a Mussolini, ya sabes, cuando hablas con él. Debo presentártelo en Londres. Tiene unos ojos bastante sospechosos. Es el más vengativo de todos los que conozco, incluso más horrible en cuanto a rabia real que yo mismo. Es muy valiente, y por lejos, el mejor orador de Inglaterra en la actualidad. Pero lo que más me gusta de él (con esto no quiero decir que le tenga devoción como persona. No lo soy, pero nunca le abandonaría mientras me necesitara en la política) es que está entusiasmado con su propia causa. Realmente cree que puede salvar a las clases trabajadoras británicas y que nadie más puede hacerlo. Y creo que esta parte de él te gustaría tanto como a mí.

Cuando los Metaxas dejaron St. Moritz, habían planeado venir a Inglaterra en septiembre. Pero ahora decidieron cancelar el viaje con la esperanza de que Doë olvidara a Howard.

De P. D. H. para Doë

St. Moritz  
Septiembre de 1931

Richey y yo íbamos a escalar hoy. Había demasiadas nubes para que fuera seguro. Así que él se ha ido en su coche a Zúrich y yo me he quedado sentado en el hotel, después de llevar a John a dar un largo paseo, esperando tu carta desde París, en la que me explicas por qué tus planes se han frustrado.

Me alegro de haber encontrado una relación lo suficientemente fuerte, duradera y grande, con alguien como para poder absorber pequeñas tragedias como ésta y hacerme verlas como las pequeñas cosas que son.

Intenta verlo así y recuerda que, por mucho que el destino parezca estar en nuestra contra, «Dios se manifiesta de muchas maneras, para que una sola buena costumbre no corrompa al mundo».



Yo mismo he sido educado en la creencia de que no debía amar a la ligera, que el amor que algún día sintiera por una mujer sería lo más grande que me ocurriría en la vida, y por lo único que debía esperar sacrificar mi corazón y a mí mismo; que mi cuerpo y mi cerebro serían para ganar dinero o fama según ella lo deseara, claro, sólo por ella, y que mi corazón estaría dispuesto para ser arrancado por ella y por nadie más, en caso de que ella realmente lo quisiera.

Y ahora todo eso ha llegado a mí. En dos cortos meses he cambiado, como mi madre me dijo que sería, de la persona que era antes, bastante egoísta y tan condenadamente exitosa en todo lo que tocaba, sólo porque nunca se me ocurrió que no debía tener éxito, y porque quería hacerlo por el bien de mi orgullo. Sí, pensar que era una persona tan orgullosa que creía que "desde los hogares tranquilos y los primeros comienzos hasta los extremos no descubiertos, no hay nada que valga la pena ganar, sino la risa y el amor de los amigos".

Incluso, los amigos parecen caer en mi regazo sin que tenga que desgastarme para ganarlos. Y ahora ya no soy la misma persona. Ya no sé que tendré éxito. No importa en absoluto. Y a veces ahora yo, que solía ser tan valiente y estar sobre las rocas y los lugares peligrosos y no tener miedo de bajar ante la más feroz carrera de avance en Twickenham, y que nadaba en el mar más feroz, y nunca dudaba en decir a nadie la verdad tal como la veía, mirándole a los ojos, a menudo tengo un miedo tan terrible y vergonzoso por mí mismo, que me sé cobarde.

Personalmente, siempre me he imaginado la verdad como una persona joven y vigorosa. Tiene que ser fuerte. Tiene que realizar las tareas más duras, y no un viejo con barba de chivo, más bien como el Tío Sam, con la misma mirada autosatisfecha e inocente.

Mis pensamientos y mis oraciones no pueden sino ayudarte, mantenerte a salvo y darte fuerzas para reírte de los desalientos que te rodean. La oración hace más cosas de las que este mundo sueña. Sé que mis oraciones por ti serán escuchadas.

Howard había sido invitado a presentarse como candidato del Nuevo Partido en Bristol, para las próximas elecciones. Aceptó la oferta.

De P. D. H. para Doë

St. Moritz

17 de septiembre de 1931

Hagas lo que hagas, no llegues nunca a un estado de amargura en el que creas que toda la vida familiar es del tipo que tú parece llevar. Estoy seguro de que el amor familiar es una de las mayores alegrías que la vida puede ofrecer, y una de las mejores maneras en que podemos saber que estamos haciendo el bien, como se supone que debemos hacerlo. No quiero decir que ninguna familia siga adelante sin que sus miembros piensen de forma diferente sobre distintas cosas. Siempre habrá gente a la que le gusten cosas que a los demás les pongan de nervios, y así sucesivamente. Pero en una familia, como debe ser una familia, encontrarás un espíritu de altruismo basado en una absoluta confianza, dependencia y amor entre sus miembros, que no encontraremos en otro grupo de relaciones humanas, y que hace que todos vean las tormentas de la vida como las pequeñas cosas que son, y que cedan en lugar de estrellarse contra los sentimientos y las almas de los demás. Así que no creas que todas las familias gritan, se pelean y hacen daño, porque no es así.

En diciembre tengo examen de abogacía y el próximo verano una diplomatura en economía política, para la que todavía no he empezado a leer. Así que ya ves que con todas estas cosas, y mis actividades en *Oxford House*, tengo mucho en qué ocuparme. Además, tengo que redactar un artículo semanal para el *Pioneer*, cuyo primer número aparece el 1 de octubre. El 23 de septiembre tengo un importante partido de rugby (Inglaterra y Gales contra Escocia e Irlanda, que Sam Tucker organiza todos los años). Y también espero jugar el 3 de octubre contra los sudafricanos. Desgraciadamente, de momento no me interesa en absoluto, pero espero que cuando reciba mi primer golpe en la cabeza me entusiasme un poco más.

Me pregunto si alguna vez recuperaré esa vieja llama que me impulsaba a hacer las cosas mejor que los demás para satisfacer mi propio orgullo. Pues mi orgullo ha desaparecido.

Me preguntas sobre mi trabajo en Inglaterra. Mi primera charla por radio será el 27 de septiembre. Con Mosley voy a Bristol casi tan pronto como vuelvo a Inglaterra para que me presenten a mis electores, pobres ilusos. Espero que no sospechen que detrás de la voz que les dirá cómo, si me envían de nuevo al Parlamento, el pan les costará inevitablemente menos, se esconde el joven asno de orejas gachas -que soy yo-. Hablaré en el templo antes de que acabe el mes, e iniciaré los tres *Pioneer Clubs*, dos en Londres y uno en Birmingham. Eso me llevará unas tres semanas. Hablaré en Stratford el domingo 25 de

octubre sobre la paz mundial. Además, antes de que termine el año, tengo que encontrar tiempo para ir a todas las ciudades de Inglaterra, Escocia, Irlanda del Norte y Gales en las que creo que es probable que pueda fundar un Club del Nuevo Partido y organizar una reunión allí.

Howard dejó St. Moritz y regresó a Inglaterra, pero siempre que tenía un fin de semana libre tomaba el tren-barco el sábado por la noche con destino a París. Doë sabría que venía. Su padre no:

«Solía telefonar a su hotel desde el Restaurante Griffon, donde el propietario adoraba el romanticismo, hasta el punto de cobrar una vez un cheque en mi nombre.

El Sr. Howard se encuentra en París por un día. ¿Podría llamar y ver a Mademoiselle Metaxa? La respuesta sería: "¿El Sr. Howard almorzará con la familia Metaxa a la una?".

Así que vagaba por París los domingos por la mañana, desconocido y sin conocer a nadie. Solía beber una copa de Dubonnet, observar a los pescadores en el Sena, pasear y seguir a las palomas y a los niños en los jardines del Louvre, y a la una en punto me dirigía al Hotel Napoleón.

Allí habría un almuerzo familiar. Intercambiaría unas palabras con Doë. Luego, adiós otra vez.

Por la tarde, un cine solitario, a menudo incomprendible, pues yo no hablaba francés en aquella época. Después, de vuelta a la querida y lúgubre *Gare du Nord*, con su olor a café recién hecho y a ajo rancio, a trenes y desagües y ese olor punzante y ácido que es Francia. De vuelta al viaje nocturno a Dunkerque y Tilbury, y a mi oficina en Westminster a las nueve de la mañana del lunes».

De P. D. H. para Doë

El Grifón, París

27 de septiembre de 1931

Escribo esto entre los platos de mi cena. Al pensar que estás a menos de una milla de mí y que me voy sin verte, la tristeza vuelve a mí. Pero no puedo estar triste del todo después de lo de hoy. Justo después de que entraras en el hotel

casi hice el ridículo y llegué hasta la puerta para tener una última oportunidad de verte, y deambulé por la avenida con el corazón destrozado.

Perdóname si hoy he estado desaliñado o aburrido. Estoy muy, muy cansado, pero más feliz de lo que nunca espero poder ser. Nunca pensé que pasaría veintiséis horas -de treinta y seis horas libres- viajando para ver a alguien, excepto a mi madre, y me alegro tanto de haber sido lo bastante sensato como para venir.

Los viajes de vuelta a casa fueron largos y agotadores. Doë estaba atormentada por dudas y temores, alentados por sus padres, y las despedidas eran difíciles.

De P. D. H. para Doë

Nueva sede del partido  
Londres

28 de septiembre de 1931

Fue bastante infernal el viaje de vuelta anoche. Me senté en el tren en la *Gare du Nord* y cuando nos pusimos en marcha te lancé un beso hacia la hermosa luna llena. París tenía un aspecto tan encantador, y odié tanto dejarlo y dejarte.

Creo que el error que has cometido en el pasado es que conoces la verdad desde hace tiempo, en lo más profundo de ti misma, pero siempre que has tenido malos momentos -y todos los tenemos, ya lo sabes-, no has discutido con la verdad, que sabes que es tu fuerza, y conmigo a tu lado. No has dicho: «He sabido y sé que Peter me quiere y me querrá siempre. Y yo he sabido, y sé, que siempre le amaré». No arriesgues nuestro futuro y nuestra gran felicidad negándote a luchar contra pensamientos, que en lo más profundo de ti misma sabes, que no son ciertos, y que, si no matas de una vez con la verdad tal como la hemos conocido, podrían fortalecerse con el tiempo.

De P. D. H. para Doë

Londres  
Septiembre de 1931

Estoy escondido en un pequeño café, cerca del Parlamento, llamado *Pewter Jug*. Todos en la oficina me están buscando y están muy enfadados porque me he ido. Pero no puedo seguir sin escribirte.

Llegué a *Stoke-on-Trent* a las cuatro y media y tuve que encargarme de la vigilancia de la sala donde Mosley iba a hablar. También entrevistar a varias personas para él y hacer un breve discurso de agradecimiento y aliento al comité local del Nuevo Partido. A las siete y media empezó su mitin. Tuve que subirme a una estatua en el exterior del ayuntamiento y hablar durante hora y media a toda la gente que no pudo entrar a escucharle, una multitud de unas 7.000 personas. Pues bien, intenta hablar, incluso en un tono ordinario, sin parar, durante una hora y media y verás lo cansada que te sientes, pero alzar la voz al aire libre para transmitirla a 7.000 personas es una tarea tremenda, y al final estuve a punto de desmayarme.

De P. D. H. para Doë

Londres  
Octubre de 1931

Lamento que no te guste que me dedique a ti. Para mí no significa lo mismo que para ti. Por devoto no quiero decir que me arrastre siempre a tus pies y te diga que no puedes equivocarte, y que haga siempre lo que me digas. Una vida así es imposible para mí. Tengo mis propias ideas sobre cómo hacer las cosas y te las expondré para que las apruebes, igual que espero que tú me expongas las tuyas. Pero cualquier servilismo está destinado a matar el afecto.

En cuanto a mi ropa, me pondré a tus pies. No soy bueno eligiéndola yo mismo. Es mucho mejor que tú lo hagas por mí. Creo que un lazo crema quedaría mejor en tu sombrero que uno amarillo, a menos que tengas el tono exacto de amarillo. Me temo que esto no será de mucha ayuda, pero ya ves que recuerdo pequeñas cosas de ti, incluso en medio de esta babel. El ruido en época de elecciones es lo peor de todo: timbres de teléfono, máquinas de escribir, gente dictando cartas. No para nunca.

De P. D. H. para Doë

Octubre de 1931

Ayer tuve que ir a ver a Mosley. Cuando terminó de hablar conmigo no tuve tiempo ni siquiera de terminar mi carta y enviarla por correo. Pero la he llevado en mi bolsa hasta Cardiff. Después de mis discursos de anoche, vine a Merthyr, donde estoy ahora.

Merthyr ha sido un centro laborista durante los últimos cuarenta años y todo el mundo dice que es una locura luchar por él. Somos el único partido que ha presentado un candidato contra la cúpula socialista y lo estamos haciendo muy bien aquí.

Tenemos unos 8.000 espectadores, y si no fuera por ti estaría muy asustado. La mayoría de ellos serán hostiles al principio, ya que nuestra política no es muy popular y no promete mucho a los votantes hasta dentro de un año.

Como ves, a veces no soy más que un niño pequeño, muy nervioso y temeroso de las grandes cosas que tengo que hacer. No es un discurso fácil el que tengo que hacer en una hora. Será el más difícil que tenga que hacer en todas las elecciones, excepto el del lunes en Glasgow.

Más tarde...

Acabo de llegar de dar un discurso a los mineros de Treharris cuando salían de su trabajo en la mina. Fue algo maravilloso que no olvidaré. Yo estaba de pie sobre un montón de escombros dando mi discurso y el sol se estaba poniendo muy rojo y espléndido (ya sabes cómo es el sol del invierno británico) detrás de la boca del pozo y de los otros montones de escombros negros. Todos los mineros salían del pozo con las caras negras de carbón, cansados de su trabajo, y me miraban y escuchaban. Era extraño y maravilloso. Mi cuerpo era lo único blanco y todo lo demás negro, excepto el sol rojo.

Fue en el sur de Gales, durante la campaña electoral, donde Howard vio por primera vez el tormento del desempleo:

«Fui en coche por los valles del Rhondda. De pronto vi a una multitud de personas, trescientas o cuatrocientas, agachadas en la ladera de una colina, contemplando un estanque. Estaban sobre la hierba, agachados sobre los talones como hacen los mineros, como una bandada de cuervos negros contra el verde y el gris del paisaje galés.

Durante los dos días anteriores a mi llegada habían permanecido sentados, desde el amanecer hasta el anochecer, contemplando aquel estanque (el agua no tenía más de cincuenta metros de ancho). Buscaban su cuerpo rastreando el agua.

Y todos los mineros del pueblo salieron y observaron estas operaciones. Porque no tenían otra cosa que hacer. Nada de nada. Todos estaban desempleados. Durante años, los hombres mayores no habían hecho su trabajo. Muchos de los más jóvenes no habían trabajado en su vida. Así que ahora pasaban el tiempo vigilando el estanque. Era su única ocupación en la vida.

Me enteré de que permanecieron allí sentados, durante otro día entero, después de que yo abandonara el Rhondda, hasta que el arrastre de acero se enganchó firmemente en el brazo muerto del minero ahogado, que yacía a treinta pies bajo la superficie, y lo arrastró hasta la luz del día. Cuando la ambulancia se llevó el cuerpo, los mineros en paro se fueron a casa. No tenían excusa para vigilar el estanque mañana.

Fue en los Valles donde vi por primera vez cómo las mujeres adoptan el semblante de los hombres cuando están afligidas; entonces, las líneas tensas, inmóviles y cinceladas de los rostros femeninos adquieren una apariencia masculina. La forma de uno de esos rostros está grabada para siempre en mi memoria, los labios ligeramente entreabiertos, la amargura luchando contra la fe en las profundas luces de los ojos, las mejillas y la barbilla empapadas, aunque no hubiera llovido.

La clase no significa nada, los odios no significan nada, los viejos clamores y eslóganes políticos no significan nada en la mina en días como estos. La mujer del jefe y la del minero preparan té juntas, zapateando para mantenerse calientes sobre el barro ennegrecido que rodea el pozo. Es una hermandad de dolor.

Hombres de mina y de oficina, que durante años no han hablado el uno del otro, salvo en términos de maltrato, bajan juntos a enfrentarse a los problemas en los que trabajan hasta desgarrarse la ropa, las manos y las uñas. A veces mueren en compañía, arriesgándose para abrirse paso rápidamente hasta los hombres sepultados. Es una hermandad de trabajo.

En una calle, vi a veinte o treinta niños jugando. Me detuve a observarlos. Y en un momento, la cólera, la piedad, la humillación, un compuesto de todos

los sentimientos profundos del corazón humano surgieron dentro de mí. Porque vi que casi todos aquellos niños tenían las piernas o los tobillos deformes.

Habían sentido el efecto debilitador de la desnutrición, porque en aquella época llegaba muy poco dinero a las zonas mineras.

Cuando pregunté a un diputado por esta tragedia, me dijo: «Bueno, es muy triste. Pero si gastaran el paro en leche para los niños en lugar de cerveza para ellos, estarían mejor».

Quizás había algo de verdad en el comentario. No sabría decirlo. Pero sonaba tan cínico y era tan inoportuno. Me llenó de furia. Maldije a Dios y al hombre, especialmente a ese hombre».

De P. D. H. para Doë

Octubre de 1931

Es la primera vez desde que te dejé que he podido sentarme contigo, estar a solas contigo y hablar contigo, por más de unos minutos. Dentro de un cuarto de hora vendrán a buscarme, me llevarán y me darán de comer antes de que hable. Esta gente me cuida como a un niño, en todo el país, porque quedo tan agotado después de haber pronunciado un largo discurso porque pongo todo mi empeño en él. Hoy en día estoy tan cansado que ya no puedo pensar en cosas como comer y dormir. Pero, como cuando me lo dicen y duermo cuando me lo dicen.

Mañana domingo estaré en Birmingham; lunes y martes en Glasgow, en el *Great Central Hotel*. Después, hasta el 28 de octubre, en el *Stafford Hotel, Stoke-on-Trent*. Mosley está librando allí una dura batalla para conservar su puesto y quiere que esté con él hasta la votación.

La visita electoral de Howard a Glasgow fue tan difícil como la de Gales. Su recuerdo nunca le abandonó:

«Me enviaron a sondear una calle, de una de las circunscripciones de Glasgow, en la que luchaba un partidario de Mosley. En el sótano de una casa encontré a un hombre que vivía en una habitación individual con cinco hijos. El mayor tenía unos quince años y el menor casi dos. En este sótano no había ninguna



ventana. El lugar apestaba. En la cara de los niños, excepto en la del más pequeño, había llagas y costras que parecían viruela.

El hombre se quedó hablándome muy amablemente. Me dijo que no le interesaba la política y que no pensaba votar en las elecciones. “Ya ve que ninguno de estos tipos hace nada por mí”, me dijo. Le expliqué que el Nuevo Partido era realmente un partido nuevo, que intentaba dar expresión a todas las esperanzas y ambiciones de los hombres de buena voluntad, que planeaba corregir los males de los millones sumergidos de nuestra población y por haber una nueva Gran Bretaña, con igualdad de oportunidades y justicia y trabajo.

El hombre no estaba interesado. “Todos dicen lo mismo”, dijo. Luego, con voz más amigable, porque yo estaba haciendo todo lo posible por caerle bien -y lo estaba consiguiendo-, añadió: “Sabe, ninguno de ellos hace nada por mí, porque ninguno de ellos puede. Es todo un embrollo sin remedio”.

Le dije: “si cambia de opinión y vota, vote al Nuevo Partido”. “Tal vez”, respondió, sonriendo ante mi insistencia. “Si el Nuevo Partido estuviera en el poder”, le dije, “tendrías un sitio mejor que éste para vivir, más espacio”. Me contestó en tono de conversación corriente: “Oh, hace una semana estábamos más apretados. Había otro chico aquí entonces. Murió aquí el viernes pasado”. Me dio esta información exactamente igual que si me hubiera dicho que le gustaban las alcaparras para cenar. La vida había golpeado tanto a este tipo que ya no le importaba nada en absoluto.

Me enteré por los vecinos de que la hija, de nueve años, había muerto una noche entre todos ellos, y que a la mañana siguiente el padre había llevado el cadáver en un saco a la espalda, hasta un lugar donde se habían tomado disposiciones para enterrar a la niña».

Para entonces, tanto los Metaxas como los Howard querían poner fin al romance entre Peter y Doë. Los Howards pensaban que Doë era extranjera y que había muchas chicas inglesas buenas. Los Metaxas querían referencias de Inglaterra que les aseguraran el buen carácter de Howard.

De P. D. H. para Doë

Octubre de 1931

Esta va a ser una carta muy seria. Es la primera vez que he tenido la oportunidad de escribir en los últimos tres días. Nunca había tenido tanta prisa. He dado más de veinte discursos en tres días, algunos de más de una hora. Hablé ante Mosley en la reunión de Birmingham. Habrás leído que los comunistas intentaron matarnos con cadenas y botellas, y que yo me corté en la cabeza (te envió una foto) justo antes de que empezara la lucha de verdad. Ya ves lo despeinado y enfadado que estoy. Mosley y yo acabábamos de pelearnos con palos y de despejar el espacio alrededor del andén. Todos nuestros discursos en Glasgow los hicimos en lugares donde hubo disturbios hace menos de un mes. Vamos a tener otra reunión en Birmingham cuando acaben las elecciones.

Acabo de responder a la carta de tu madre y le he dicho que si espera, como ella misma ha sugerido, hasta después de las elecciones, será mejor, ya que entonces podré darle una respuesta mucho más completa y detallada.

En cuanto a la cuestión de la nacionalidad, me temo que no pienso como tu madre. Si vienes a mí con la determinación de convertirte en una mujer inglesa, con un amor por Inglaterra, que supere tu amor por cualquier otro país, aunque lo consiguieras, el amor que formarás sería un amor que te habrías forzado a ti misma, no un amor natural en absoluto, y nunca lo conseguirías del todo.

Por supuesto, tú amas más a Francia. Sería antinatural que no lo hicieras. Si vienes a mí decidida a convertir tus ideas e ideales en ideales ingleses, por mí, implica que me perteneces mucho más de lo que yo te pertenezco a ti, y no creo que deba ser así.

Pensaré en la gente a la que haré que escriba tu madre. Harold, sí, y "Buster" Brown, que me conoce a mí y a mi familia desde hace años. Y Lord David Cecil, que me conoce desde mis días en Oxford. Y en cuanto llegue a casa, a finales de mes, haré que mi madre escriba tanto a la tuya como a ti, pero creo que es mejor que no le escribas hasta que yo la haya visto. Estará un poco triste, aunque ya sabía que iba a ocurrir.

Me alegra decir que creo que el gobierno nacional está ahora a salvo para una mayoría. En cuanto a nuestros propios candidatos, lo están haciendo mucho mejor de lo que en algún momento nos atrevimos a esperar, pero aún nos queda mucho, mucho camino por recorrer. Mi propio pueblo se ha visto muy

afectado por este nuevo presupuesto de emergencia. A menos que reorganicemos nuestro comercio, a ninguno de nosotros nos quedará dinero. Si este invierno es malo, me temo que habrá luchas y saqueos en las calles.

Las elecciones generales se celebraron el 27 de octubre de 1931. Para el Nuevo Partido fue un fiasco. Todos y cada uno de los veinticuatro candidatos, incluidos Mosley y Howard, fueron derrotados. Tras las elecciones, Howard pasó unos días con sus padres en Bexhill, antes de regresar a Londres. En Londres pasó muchas noches en una casa flotante en Chelsea, yendo de vez en cuando a casa de sus abuelos para darse baños calientes. No era de extrañar que contrajera la gripe.

De P. D. H. para Doë

*The Studio*, Londres

Noviembre de 1931

Estoy mejor pero muy, muy cansado. Qué raro, el sábado tuve una gran noticia de rugby. Evidentemente algún periodista me confundió. Fue divertido leer lo bien que había jugado cuando había estado tumbado en la cama. Espero poder estar en pie dentro de unos días. No debería haberme levantado ayer.

De P. D. H. para Doë

Noviembre de 1931

Estoy un poco mejor, pero la temperatura sigue alta. Todos los días el chico de la oficina, Charlie, viene a eso de las seis desde la oficina central y me trae las cartas. Es curioso que cuando uno está enfermo parece imposible que pueda ponerse realmente bien.

Agotado por la campaña electoral, la gripe y su creciente trabajo, Howard era cada vez menos capaz de resistir la presión de su familia. Le instaron a romper su relación con Doë. No podía decir que ya no la quería. Lo hizo. Tomó el único camino que, en su debilitado estado, le parecía posible. Le contó a Doë una elaborada mentira.

De P. D. H. para Doë

Septiembre de 1931

Esta es la pura verdad. Ningún hombre podría amar a una mujer más de lo que yo te amo a ti. Hace quince días me lastimé la pierna jugando al rugby y después también estuve enfermo, pero sólo estuve en cama tres días. Al examinarme la pierna, el médico dijo que estaba complicada. Cuando le pregunté si se la pasaría a mis hijos, en caso de tenerlos, me dijo que sí. No tuve valor hasta que me descubriste para decirte la verdad. Aquí está. Puede que tú también fueras infeliz, pero ¿qué hay de mí ahora?

De P. D. H. para Doë

Londres

24 de diciembre, 1931

En el curso de las próximas semanas voy a ver a los mejores cirujanos de Londres. Fue pura casualidad que tuviera que ir al médico para que me curara esta lesión de rugby, de lo contrario no me habría enterado de esto. Esto parece casi más de lo que puedo soportar. Debes olvidarme tan pronto como puedas. Si quieres que haga cosas difíciles, estaré aquí para intentar hacerlas. No he perdido el valor, sólo la fe y la esperanza.

De P. D. H. para Doë

Navidad de 1931

Esta va a ser una carta corta. He escrito tantas y tan largas últimamente y lo único que han hecho es entristecerme más. Tal como están las cosas ahora, eres la última persona con la que me casaría, porque eres la persona a la que más cariño tengo. Tus cartas me han puesto tan triste que, aunque es casi insoportable, no he abierto las seis últimas. Lo lamento. Lo haré cuando pueda. Si me quieres, debes ser sensata y saber que con el tiempo superarás esto y encontrarás a alguien a quien amar.

Mi padre es el único de mi familia que conoce mi desgracia. Supongo que pronto tendré que decírselo a mi madre.

De P. D. H. para Doë

Día de San Esteban, 1931

No creo que vuelva a escribir hasta dentro de unas semanas, si es que puedo soportar no hacerlo. Me temo que ambos estaremos en el infierno durante mucho tiempo. Siempre nos quedarán los recuerdos de una colina en Suiza y de un cine en París. Dios te bendiga siempre. Estoy pensando en aceptar un trabajo en Sudán que me han ofrecido. Sería un cambio.

Durante tres meses las cartas cesaron. Doë sabía que la herida de la pierna no era la verdadera razón del silencio. Temía que la verdadera razón fuera otra chica. Se equivocaba.

Durante los meses siguientes, Howard se desilusionó con el Nuevo Partido. Mosley se volvió cada vez más fascista y Howard sintió que los días del Nuevo Partido habían terminado.

Harold Nicolson registra el principio del fin en sus Cartas y Diarios de 1933-1939:

15 de marzo de 1932 «Sugerimos... que el Nuevo Partido puede ahora reconocer su propia muerte. Peter Howard es convocado y habla en este sentido con una franqueza que ni Bob Forgan ni yo nos hemos atrevido aún a asumir. Una reunión importante, en el sentido de que la muerte del Nuevo Partido ha sido ahora francamente discutida y se ha roto el hielo».

5 de abril de 1932 «Decidimos disolver el Nuevo Partido como organización política o electoral. . . Esto significa despedir a Peter Howard».

El despido no fue una sorpresa para Howard. Fue más con alivio que con pesar que abandonó el Nuevo Partido. Howard escribió:

«Los fondos disminuían. Mosley empezó a pensar en el fascismo, que Harold Nicolson -y yo- rechazamos. Se habló mucho de ello y sobre ello. Pero la camisa de Mosley se oscurecía día tras día. Por fin, Nicolson tomó su sombrero de la percha. Me entregó el mío. Y ambos salimos juntos del Nuevo Partido».

La ruptura con Mosley pareció calmar los ánimos de Howard. Otros aspectos de su vida empezaron a encajar. En abril de 1932, después tres meses, escribió su primera carta a Doë.

De P. D. H. para Doë

4, Chepstow Villas,  
Bayswater, W.  
Abril de 1932

¿Me enviarás una sola carta para demostrarme que sigues ahí? Me pregunto si te importo tanto como antes. Sólo una cosa es segura: tal como soy, te quiero.

De P. D. H. para Doë

Sede del Nuevo Partido  
Abril de 1932

Creo que durante los últimos meses toda mi mente ha estado enferma. ¿Cuándo vendrás a Inglaterra? Déjame verte cuando lo hagas. Creo que será mejor que nos hablemos. Hoy es la primera vez que tengo la esperanza de que las cosas se arreglen, aunque temo que hayas sido demasiado infeliz para querer volver a verme o para perdonarme.

De P. D. H. para Doë

*Hotel North Stafford*  
Stoke-on-Trent  
Abril de 1932

Me siento muy feliz desde que recibí tu carta esta mañana. Apenas puedo respirar. Dices que por qué esperar si hay esperanza. Hay más que esperanza. Mi pierna está perfectamente bien, en lo que respecta al matrimonio.

¿Me enviarás tu dirección en Roma en cuanto recibas esto? Allí te contaré toda la triste historia de mi estupidez.

De P. D. H. para Doë

Abril de 1932

Nuestra noticia hizo muy felices a mis padres. Mamá entró en mi habitación, me dio un beso de buenas noches y me dijo: «Espero que le caigamos bien, Peter». Esa era su única preocupación. Así que le aseguré que así sería, y que las cosas no podrían ir mejor.

Llevaba tres meses sin hablarles de ti a mi padre y a mi madre. Me sentía bastante incómodo por ello, pero ahora verás que las cosas con ellos no podrían estar mejor de lo que están. Ambos vendrán a Londres a verme mañana, e iremos juntos al teatro por la noche.

Ante la insistencia de los Metaxas en que debía conseguir un trabajo fijo, Howard dejó de estudiar para abogado y entró en *Brown's, Solicitors de Bishopsgate*, como empleado administrativo. Entonces escribió una vez más a los Metaxas pidiéndoles permiso para casarse con Doë. Ella aún no había cumplido los veintiún años. Los Metaxas seguían decididos a impedir el matrimonio. Iban a pasar la Pascua en Montreux y Howard esperaba que lo invitaran.

De P. D. H. para Doë

1, *Great George Street*

Londres

Abril de 1932

Esta es una carta importante porque acabo de recibir la respuesta de tu madre a la mía. Te voy a contar lo esencial de lo que dice entre comillas.

Me da las gracias por mi carta, muy amable y directa. Se alegra de que mi familia y yo seamos muy unidos y dice: «Para nosotros es lo mismo, y espero que vivamos toda la vida en unión amorosa con nuestros hijos».

Dice que mi posición y mis perspectivas son seguras, lo que significa mucho. «Lo que ganas y lo que pensamos darle a Doris debería permitir a una joven pareja vivir cómodamente, si se es cuidadoso. Pero me pregunto si Doris es capaz de ser cuidadosa. Probablemente piensa que lo es, pero la vida nómada que nos hemos visto obligados a llevar últimamente la ha acostumbrado a lujos que no tiene en casa y la ha hecho inquieta y exigente. Le resulta casi imposible permanecer tranquila en casa o sin compañía. Le ha dado falsas ideas sobre los valores y la ha hecho imprudentemente extravagante. Se gasta

el dinero de bolsillo casi en cuanto lo recibe, y luego pide prestado o debe, pero no intenta negarse a sí misma las cosas que quiere o cree necesitar».

«Por justicia a ti mismo, creo que deberías asegurarte de que ella estará contenta con el sencillo hogar y los placeres que tú puedes proporcionarle, y de que no deseará el constante protagonismo y las costosas diversiones de esa posición social a la que el *Daily Mail* dedica la mayor parte de sus columnas. También tiene ambiciones sociales, visiones de sí misma casada en Londres, el centro de un círculo de admiración de tus amigos literarios y políticos, y donde sus conocidos del tenis son siempre bienvenidos a su pequeño, pero perfectamente acondicionado apartamento, donde da pequeñas cenas o cenas elegantes que son la comidilla de la ciudad, y sobre las que preside con hermosos vestidos de las mejores modistas de París, (donde no podemos permitirnos hacer sus vestidos) conduciendo su propio *Rolls-Royce* o *Packard* para recoger a su marido en su oficina y llevarlo a *Queens Club* o *Roehampton*. Piensa irse en su propio avión los fines de semana».

«Me angustiaría saber que alguno de mis hijos malgastara su precioso tiempo de esa manera y creo que, con sus muchas cualidades, Doris está hecha para una vida mejor y más útil. Creo que se le puede hacer ver, pero puede llevar algún tiempo demostrarle que está deslumbrada por un falso glamour. Y no creo que deba casarse antes de darse cuenta de que la vida matrimonial está hecha de constantes sacrificios y que disfrutamos mucho más de lo que damos que de lo que recibimos o tomamos».

«Espero que esto no suene a perorata. Lo digo muy en serio y me esfuerzo por la felicidad de mi pequeña, y la tuya también».

Parece que he copiado la mayor parte de su carta para ti y ha sido muy tedioso y difícil. Puedes ver por ti misma dos inconvenientes en la respuesta que me ha enviado. No dice nada de invitarme a Montreux. Y es difícil decirle que creo que tiene una impresión equivocada de Doris. Naturalmente le gustan los aviones, los *Rolls-Royce* y *Roehampton*. ¿A quién no? Pero no son indispensables para su felicidad. Y en cuanto al salón de jóvenes autores y políticos, conozco a la mayoría de ellos y ella podría ver todo lo que quisiera. Pero ella sabe o debería saber que los días de las famosas recepciones londinenses han pasado, y que las personas que consiguen que sus nombres aparezcan en los periódicos son en su mayoría trepas que envían el relato de sus propias cenas.



Pero, ¿qué diablos voy a decirle a tu madre? Si le digo que se equivoca contigo y que tu buen juicio es capaz de separar la verdad de lo falso, y que, aunque a los dos nos gustan los caprichos caros, también nos gustan los caprichos baratos. Entonces su respuesta completa será: "Bueno, supongo que conozco a mi propia hija mejor que tú", a lo que yo respondería: "No, no la conoce". Y ahí llegamos a un punto muerto.

Me molesta que diga que no serás una buena esposa para mí. Después de todo, tú y yo somos quienes mejor podemos juzgar eso. Y según ella, el único marido que podría ser feliz contigo, y hacerte feliz, debe ser un vegetal gordo e increíblemente rico, sin amor por ti como persona, sólo como anfitriona, y sin amor por las cosas sencillas como las flores, los poemas, el campo, el golf y demás, y sin más sentimientos que el bacalao putrefacto.

De P. D. H. para Doë

Abril de 1932

Acabo de escribir a tu madre agradeciéndole su carta y diciéndole que, aunque la noticia de todas tus perversas tendencias y ambiciones es inquietante, creo que eres una muchacha demasiado sensata para tenerlas mucho tiempo, aunque las tengas ahora, y que me escriba en cuanto llegue a alguna conclusión contigo y con tu padre. Pensé que era mejor política no discutir por carta.

Doë escribía cartas angustiada por la salud de Peter. En realidad, le preocupaba que no estuviera en condiciones de viajar a Suiza. Los Metaxas le habían invitado, pero no querían que se le conociera como el prometido de Doë.

De P. D. H. para Doë

Londres

Abril de 1932

¡Hola abuelita! Veo que cuando nos casemos tendré que llevar mis prendas de lana de invierno desde septiembre hasta junio, y no salir nunca a menos de tres horas de un baño caliente, y no correr nunca por la casa por la mañana temprano con los pies descalzos, que puedo decir que es una cosa que siempre hago. Me mimarán y consolarán tanto que engordaré y me pondré colorado y perezoso, y tendré una enorme barba color chocolate para mantener el pecho

caliente, llevaré una de esas espantosas cosas de franela roja que creo que los victorianos llamaban ‘edredones’ alrededor de la cintura. ¡Qué tonto! Claro que me cuidó. Me quiero demasiado como para no hacerlo.

Cuando viajo a Montreux, parece que tengo que ser, (a) tu hermano, y, (b) amigo de un pariente de tu madre que está allí por negocios. Un papel doble, muy difícil de desempeñar. ¿Quién soy ante qué personas? ¿Qué asuntos he venido a tratar exactamente? Es molesto que tu madre se niegue a reconocer que estamos comprometidos. Pero si ella insiste en cegar sus ojos a la verdad, así debe ser.

Howard se fue a Montreux. Era sólo una visita de fin de semana.

De P. D. H. para Doë

De camino a Inglaterra  
Abril de 1932

Desayuné en el tren y tuve uno de los viajes en taxi, de estación a estación, más salvajes que jamás he tenido. Estaba seguro de que me iban a matar. Luego te envié un telegrama -una gran discusión con un hombre en mi mejor francés sobre si “*sweetheart*/cariño” era una palabra o dos.

El compromiso aún no se había anunciado y la impaciencia se desataba.

De P. D. H. para Doë

Londres  
Mayo de 1932

Me enfrentaré decididamente a tu padre en París y veré lo que resulta. Me propongo, con tu consentimiento, decirle lo siguiente: lo único que quiero es casarme con Doris, sin el disgusto de hacerlo en contra de sus deseos. Ambos odiaríamos eso. Si nos da su bendición, no necesita molestarse en darnos su dinero. Si por el contrario, cree que esto puede ser duro para Doris, como de hecho puede ser, denos su bendición y dele el dinero. Yo no lo tocaré. La mantendré a ella y a mí de la mejor manera que pueda con el dinero que gano, y ella puede tener su propio dinero, para gastarlo exclusivamente en su ropa y sus diversiones.

De P. D. H. para Doë

Knole, Sevenoaks

Mayo de 1932

Ayer fuimos a Sissinghurst, Harold y Vita<sup>1</sup> se portaron muy bien con nosotros. Harold tiene una pequeña perra *terrier* llamada Rebecca, y su *spaniel* dorada, Sally, está muy, muy celosa.

Tengo dos contratos con la BBC, pero me pueden despedir en dos meses. No es probable que lo hagan, pero puede ser. Todos los demás en la BBC están en la misma situación. Y si tu madre supone que otra cosa es la norma en Inglaterra, excepto en los negocios, en lo que no voy a entrar, se equivoca. Por supuesto, nunca llegaré a tener tanto dinero como tu padre. Es evidente que él es especialmente competente en ese campo, cosa que yo no soy.

Después de cenar, Eddy tocó para nosotros y lo hizo tan bien, como nadie que yo haya escuchado. Luego me fui temprano a la cama. Esta mañana Lord Sackville y yo jugamos al golf. Eddy no juega pero caminó con nosotros. Jugué bastante bien, lo que fue una suerte.

Este lugar es, sin excepción, el más inspirador y hermoso en el que he estado. Todo intacto desde hace quinientos años, y la mayor parte... desde hace más.

Doë tenía previsto venir a Inglaterra a finales de junio para asistir a Wimbledon. Parecía posible que ambas familias estuvieran de acuerdo en que el compromiso se anunciara entonces.

De P. D. H. para Doë

Londres

Mayo de 1932

Justo cuando escribía esto llegó el correo con la carta de tu madre. Es muy bonita y encantadora, y sin duda lo más definitivo que he sacado de ella. Dice, después de una larga explicación de por qué no viene a Inglaterra, etcétera, etcétera: «Si me es posible ir a Inglaterra, aunque sólo sea por unas horas, podríamos reunirnos con tus padres después del torneo, y si podemos arreglar las cosas a satisfacción mutua, el compromiso podría anunciarse entonces. El

---

<sup>1</sup> Harold Nicolson, y su esposa, Vita Sackville-West, escritora y poeta.

matrimonio podría fijarse para finales de año o principios del próximo, según cómo seas capaz de arreglarlo en unos días de permiso».

Sigue diciéndome que se preocupa tanto de mi felicidad como de la tuya, y termina diciendo: «No dejes tu trabajo para ir al encuentro del barco, pues enfurecerías a mi marido. Y también te aconsejo, si quieres conservar su buena opinión de ti, que te abstengas de la familiaridad de actitud y lenguaje, que no son habituales con nosotros, que somos naturalmente más reservados exteriormente que la gente del norte». Me pregunto, ¿qué he estado haciendo?

Howard se fue un fin de semana a París.

De P. D. H. para Doë

Harlech

Junio de 1932

El dinero parece ser siempre un problema entre nosotros. Soy totalmente sincero cuando digo que el dinero no tiene ninguna importancia para mí, porque sé, por experiencia, que puede contribuir poco o nada a mi felicidad. En cuanto a tu afirmación sobre la caridad y tu pregunta sobre de qué sirve una sonrisa amable sin dinero que la respalde, creo que estás un poco equivocada. Recuerda que Cristo, que presumiblemente inventó la caridad como virtud, rara vez o nunca tuvo dinero para repartir. ¿Recuerdas la historia del céntimo de la viuda?

En junio, Doë fue a Londres con su padre para la quincena de Wimbledon. John Metaxa tenía previsto regresar a Francia con Doë, el día en que ésta quedara eliminada del torneo. Estaba ansioso por atender unos asuntos. Doë deseaba quedarse en Inglaterra el mayor tiempo posible.

Durante la primera ronda del campeonato, cuando Doë tenía *match point* en contra, John Metaxa sacó un impreso de telegrama y, a la vista de Doë, que sabía lo que estaba haciendo, empezó a redactar un mensaje, para su mujer en Francia, diciendo que él y Doë cruzarían el Canal esa noche.

Doë ganó ese partido. A continuación, ganó la final de dobles femenino en Wimbledon.

Howard vio ese partido:

«Doë ganaba cinco juegos a cuatro, y cuarenta de amor. Su rival estaba sirviendo. Doë golpeó el primer servicio con una fuerza tremenda, un pie más allá de la línea de base. Quince a cuarenta.

El segundo golpe fue aún más fuerte y aterrizó unos cinco centímetros más allá de la línea de base. Treinta y cuarenta.

La tercera. La golpeó tan fuerte como nunca he visto golpear una pelota de tenis. La pelota parecía elíptica mientras volaba. La tiza voló en una nube desde la esquina donde aterrizó, una ganadora perfecta. Pero el juez de línea la anuló. El árbitro le interrogó. La oponente de Doë le dijo que estaba dentro. Pero el juez de línea siguió obstinado. Así que se cantó *deuce*. Doë perdió ese juego.

Pero ganó el set y el partido. Algunas personas navegan con más fuerza y constancia cuanto más duro sopla el viento. Doë es una guerrera. Tiene la cualidad de acero de los indomables. Tiene la viveza unida a la calidez, y ésa es una combinación extremadamente rara».

El 9 de julio de 1932, Peter Howard y Doë Metaxa anunciaron su compromiso.

## Capítulo 6

### PROVENZA

De las colinas corría un viento, cargado de polvo para las llanuras  
donde las vides y los olivos están sedientos de primaverales lluvias.

Empapado de sol corría, cargado de olor a flores  
sobre el arado rojo ladrillo donde los bueyes las horas surcaban.

Sacudía con su mano al bajar, de mis hombros la carga de los años,  
las esperanzas que nunca se cumplieron, la insensatez de mis miedos.

Los alejó hacia el cielo sin decir ni una sílaba,  
como un viento alegre en Inglaterra, roba el sombrero de la cabeza de un anciano.

Me quedé allí riendo y llorando bajo el cielo del sur.  
Y de nuevo en Provenza en este invierno sólo estamos tú y yo

Con una vida por vivir ante nosotros, y el pasado todo ha quedado atrás,  
sacudido de mis hombros tontos por el aliento del viento provenzal.

P. D. H.

El compromiso de Howard le aportó seguridad y felicidad. Ya había conseguido pagar sus deudas de Oxford. Ahora aprendía el oficio de procurador en la oficina de día y se preparaba para los exámenes de noche. El Derecho le parecía fascinante:

De P. D. H. para Doë

Londres  
5 de diciembre de 1932

Dos comparecencias ante el juez mañana, para las que tendré que prepararme. Hemos conseguido aplazar de nuevo el caso de la madera. Pero las apelaciones anti-fuego y anti-Cunard llegan al Tribunal Divisional, y no podemos aplazarlas. Me temo que no podré asistir, aunque debería, ya que Geoffrey<sup>1</sup> lo está defendiendo por nosotros. Cuatro personas con citas esta tarde y dos de ellas esperando fuera, algunas de ellas para tomar pruebas que lleven al menos cuarenta minutos.

Hoy me he tomado tres cuartos de hora para comer con el padre de Tony<sup>2</sup> porque esperaba sacarle algo de trabajo, y vaya si lo he conseguido. Sólo una pequeña reclamación por daños y perjuicios, del propietario de un hotel del norte de Gales. Si lo conseguimos, que por las pruebas creo que sí, nos dará más trabajo, espero. Eso sería una ayuda ya que su negocio de cuero es enorme. Siento hablar de trabajo, pero hoy me está dando vueltas en la cabeza.

Pero, a medida que se acercaba el 17 de diciembre, su entusiasmo crecía:

De P. D. H. para Doë

11 de diciembre de 1932

Dentro de una semana seremos una pareja casada. ¿No es hermoso recordarlo? Pienso en ello todo el tiempo. Hoy hace un día horrible. Tengo un poco de frío, así que me quedé en la cama hasta tarde esta mañana y luego me levanté, me envolví en media docena de abrigos y fui al jardín a recoger rosas. ¿No es maravilloso que, a pesar de las heladas y los vientos fríos, el verano siga floreciendo aquí?

Howard viajó a Marsella con Tony Carter, que iba a ejercer de padrino. Ningún miembro de la familia Howard fue a la boda, aunque Geoffrey le prestó a su sobrino su *frac* y Gracie pagó los pasajes: iuno de ida y vuelta para Tony Carter y uno sencillo para Peter! Llegaron dos días antes de la boda y se alojaron en un pequeño hotel. La boda en sí, como Howard escribiría más tarde, fue una especie de maratón:

«Me he casado cinco veces. Es justo añadir, para engaño de los sabios y confusión de los ignorantes, que cada vez fue la misma chica la que me acompañó durante las ceremonias. Así que podemos afirmar, como algo único en mi experiencia, que somos una pareja quintuple, cinco veces marido y cinco veces mujer.

---

<sup>1</sup> Tío de Howard, Geoffrey Howard. Más tarde Q. C. y juez del Tribunal Superior.

<sup>2</sup> Tony Carter.

Doë y yo terminamos esta carrera de obstáculos en Marsella: una vez en la iglesia inglesa, dos veces en la iglesia griega, una vez en el consulado inglés y otra en el ayuntamiento francés.

Estaba tan alegre la mañana del primer día que tiré algunos *sous* por la alcantarilla de la *Rue St. Jacques* y los niñitos franceses gritaron y lucharon por ellos.

El *Mairie*<sup>1</sup> francés llevaba un pañuelo tricolor tan ceñido a la cintura, que su carne se hinchaba por arriba y por abajo como dos olas gemelas del océano con un canal entre ellas. Su estómago se abultaba con cada respiración. Era un espectáculo conmovedor, y los espectadores jadeaban y sudaban de simpatía. Tardó ocho minutos y medio en casarnos. Luego se animó y se dirigió hacia mí para besarme las mejillas. Lo habría hecho si yo, con orgullo inglés, no le hubiese ganado en velocidad.

En la iglesia griega, un coro invisible entonaba cánticos desde una galería superior. Las jóvenes se movían delante de nosotros esparciendo capullos de rosa y azahares vivos a nuestros pies, mientras seguíamos tres veces a los sacerdotes barbudos alrededor del santuario en un ritual sagrado. Sobre cada cabeza, la de Doë y la mía, una corona de oro forjado y delicado era sostenida por amigos -sostenida a distancia durante noventa minutos sin pausa ni respiro-.

En la iglesia inglesa, donde la tarde del tercer día terminaron las ceremonias, había perdido todo nerviosismo. Para entonces, casarse era para mí algo normal y, de hecho, un asunto cotidiano. Canté en voz baja a mi padrino *'The Campbells Are Coming, tra la, tra la'* mientras Doë y su padre subían al altar.

Pasamos dos días llegando a Inglaterra. Fue nuestra luna de miel. Recuerdo las palomas, vivas y robustas, en la calle de los Jardines de la Concordia de París, y los tordos, muertos y asados, en el asador del café de Aviñón. Los comíamos con espesa salsa negra y espeso vino tinto.

La llegada a Inglaterra fue un calvario para Doë. Su vida había transcurrido en Francia y sus amigos en Inglaterra eran pocos.

Mi madre lloró cuando me fui de Inglaterra antes de casarme. La madre de Doë lloró cuando dejó Francia después de casarse. Con este trasfondo salado, Doë y yo cruzamos la pasarela hasta la orilla de Dover para saborear el sabor de la vida.

Las estrellas eran tiernas con nosotros y la tierra era cálida. Doë y yo estábamos profundamente enamorados».

---

<sup>1</sup> El alcalde



Los Howard ocuparon un apartamento en la antigua casa de Disraeli, en el número 22 de *Theobald's Road*, junto a *Gray's Inn*. Era una casa llena de armarios y puertas secretas. El cuarto de baño estaba oculto tras unas estanterías corredizas en el salón y daba mucho juego para las bromas pesadas de Peter. Para Doë, era una vida solitaria, pero aprendió a encontrar el camino a las tiendas francesas del Soho y traía a casa *croissants*, mejillones, aceitunas y entremeses que le hacían saborear su amada Provenza.

Los domingos paseaban juntos por las silenciosas calles de la *City*. Llegaron a conocer Londres tan bien que pronto les costó creer que no habían vivido allí siempre. Doë empezó a hablar un inglés perfecto. Peter trabajaba muchas horas y a menudo hasta altas horas de la noche. Su vista empezó a verse afectada, y Doë temía que el intenso trabajo pudiera causarle daños permanentes.

El 2 de noviembre de 1933 nació su primer hijo. Tenía el pelo oscuro y los ojos marrones, y le llamaron Philip. «Me quedé asombrado», cuenta Peter Howard. «Hay un sentimiento de asombro cuando te ocurren cosas de las que has oído hablar a menudo. Pero junto al sentimiento de asombro había uno de irritación y un poco de miedo». La irritación se debía a que había ocurrido algo que escapaba a su control y el miedo era financiero. «El niño multiplicaría nuestros compromisos financieros, al tiempo que, en cierta medida, nos restaría placeres, libertades y comodidades». Todavía no llegaban ingresos estables a la casa.

Dos meses más tarde, en enero de 1934, se presentó una nueva fuente de ingresos. El *Sunday Express* pidió a Howard que informara sobre los partidos de rugby de los sábados por la tarde. No interferiría con su trabajo jurídico y le reportaría £ 1,10 extra a la semana. Howard aceptó.

Una noche del mes de junio siguiente, un amigo llevó a Howard al club político de Lord Beaverbrook, el *Empire Crusade Club*. Allí escuchó una serie de discursos que defendían el libre comercio del Imperio. Howard pensó que todo aquello eran tonterías. Se puso en pie y lo dijo con su vigor habitual. Cuenta:

«Después se me acercó un tipo gracioso con aspecto de simio vestido de traje y me dijo: “Sr. Howard, he escuchado con mucha atención cada palabra que ha dicho y todo saldrá mañana en el *Evening Standard*”. Al día siguiente había un párrafo en el *Londoner's Diary* del *Evening Standard* elogiando mis habilidades. Dos semanas después, Beaverbrook telefoneó a mi despacho y me pidió que fuera a verle. Cuando entré en su habitación, me dijo: “Howard, he oído que vas a escribir una columna política para mí”. Era la primera vez que lo oía».

Beaverbrook dejó claro que si Howard aceptaba, tendría que dejar la abogacía y dedicarse por completo al *Express Newspapers*. Fue una decisión difícil. Todo en Howard quería aceptar la oferta de Beaverbrook, pero parecía una

locura dejar atrás otra carrera inacabada. Al final Howard hizo una apuesta calculada. Él no iba a saber que desde su primer artículo político en junio de 1934, que le hizo ganar sólo £ 9.12, en cinco años se convertiría en uno de los periodistas políticos mejor pagados de *Fleet Street*, ganando casi £60 a la semana:

«Durante siete largos años le di mi vida a *Fleet Street*. A cambio, *Fleet Street* me dio tres 'F': *Fun*/diversión, fama y fortuna. Fue una retribución más amplia que la que se recibe de la mayoría de las cosas a las que los hombres dedican su vida.

A las nueve de cada noche, esas enormes estructuras de acero y hormigón de *Fleet Street* empiezan a temblar como el maíz ante la brisa vespertina. El mismo pináculo del tejado tiembla y oscila en el momento en que, incrustadas a quince metros bajo la superficie de la tierra, las máquinas desparramadas empiezan a girar y a verter millones y millones de periódicos a todos los rincones de Gran Bretaña hasta que vuelve a amanecer.

La vida en *Fleet Street* es un bicho. Se te mete bajo la piel y en el torrente sanguíneo.

Hay una lealtad y una alegría de camaradería, un entusiasmo y un revuelo entre la Hermandad de Tinta Negra. La vida tiene un sabor fuerte y distintivo en la calle. Sus sabores allí son plenos y atrapan la garganta.

Eres del mundo y estás en el mundo, pero por encima del mundo. Observas la vida desde un nido de cuervo, las olas y las mareas de la humanidad surgen, luchan y se rompen a tu alrededor. Percibes el trabajo y el triunfo, el sufrimiento y el éxito, las lágrimas y el tumulto, las quejas y los aplausos. Gime y se alegra con simpatía, pues todo buen reportero debe sentir en su propio corazón, y así comprender, las emociones y los motivos que describe. Sin embargo, todo el tiempo sigues siendo un espectador y un observador. Y todavía se pueden encontrar algunos en *Fleet Street*, no suficientes, pero una valiente sección, que sostienen sus bolígrafos sin pasión y sin prejuicios, servidores sólo de la verdad y maestros de la humanidad.

Con todo, la vida en la calle puede ser un negocio salvaje: la supervivencia de los primeros y la muerte de los últimos. Los antros y bares que rodean *Fleet Street* están inundados de aquellos que por una razón u otra no se han mantenido en pie y han sido arrastrados por la marea».

Beaverbrook se hizo cargo inmediatamente de Howard y el entrenamiento fue tan riguroso como detallado:

«El timbre de mi teléfono sonaba a todas horas del día y de la noche. A veces, a las dos de la mañana, oía esa dura voz canadiense que decía: “¿Peter? Eres un hombre joven y es la hora de levantarse y trabajar. Ahora sal de la cama, buen chico. Ponte la ropa. Manos a la obra. Necesitamos un artículo para el *Evening Standard* de hoy”.

Cada palabra de casi todos los artículos que escribía era masticada, tragada o vomitada con disgusto por aquella mandíbula hambrienta y exigente. Leía con cierto esfuerzo, escudriñándolo lenta y cuidadosamente. Entonces se entablaba un diálogo más o menos así:

Señor B: '¿Lo has hecho tú solo?'

P. H. (resoplando de orgullo) : 'Sí'.

Señor B: '¿Escribiste cada palabra tú mismo, sin recibir ayuda de nadie en absoluto?'

P. H.: 'Sí'.

Lord B. (arrugando los papeles y tirándolos al suelo) : 'No puedo creerlo de ti, Peter. Es tan malo. Ahora hay una máquina de escribir en la otra habitación. Sal y hazlo todo otra vez'.

De sus críticas aprendí a crear. La formación que tuve no tenía precio. La verdad es que si pagara todo lo que gané, esa suma nunca podría comprar lo que Beaverbrook me dio.

Cuando trabajé con él, sus elogios eran abundantes. Sus reproches también lo eran. A veces pensaba en él como en Papá Noel, a veces como en Satanás. A veces era Navidad, a veces el Día del Juicio Final. Aunque a menudo eras consciente de ser un ganso, él tenía la alentadora y entrañable costumbre de esperar siempre que pusieras un huevo de oro».

Howard tenía dos cualidades naturales para su nuevo trabajo. Tenía una memoria fenomenal. Nunca llevaba cuaderno ni lápiz a sus trabajos periodísticos. No los necesitaba. Una conversación, incluso de cuatro o cinco horas, quedaba tan grabada en su mente que podía reproducirla- palabra por palabra- a la mañana siguiente. Rara vez pedía una entrevista, y los políticos no sabían cuándo estaban concediendo una. Muchas de sus mejores historias procedían de la Cámara de los Comunes, donde, mientras tomaba una copa, Howard escuchaba el parloteo de diputados desprevenidos.

Su segunda ventaja era una velocidad de escritura excepcional. Se levantaba temprano y terminaba cuatro artículos a media mañana. Más tarde, escribía

cincuenta cartas, discursos y artículos antes del desayuno, y terminaba el primer borrador de una obra de teatro o de un libro en tres días.

Su periodismo era conciso, duro y a menudo cruel. A veces recordaba que un periodista político anterior, Harold Begbie, se había llamado a sí mismo 'El caballero con un plumero'. "Si tuviera que elegir un seudónimo para mis propias excursiones como periodista político", añadió Howard, "me llamaría 'Un hombre con un puño de acero'".

Su entrada en *Fleet Street* le proporcionó una plataforma para el odio tácito que sentía por los hombres en posiciones de poder, un odio que concibió por primera vez en Oxford y que había crecido durante los días de las elecciones de 1931. Uno de sus colegas de *Fleet Street* le recuerda así:

«La malicia brillaba por sus venas y salía de su pluma sobre todo hiel y, a menudo, puro rencor. En resumen, Peter hacía todo por Peter Howard. Buscaba la gloria y el oro, sin importarle cómo lo consiguiera. Beaverbrook y sus periódicos estaban hechos a su medida. Cualquiera que fuera la melodía pedida por Beaver, Peter la interpretaría. Era un periodista político despiadado y bucanero. Parecía amar la malicia por la malicia misma. Usaba la pluma (nunca le vi en la máquina de escribir) como un puñal.

Decía, de algún político al que atacaba, y era un maestro de la invectiva: "Lo sostengo clavado retorciéndose en la punta de mi pluma".

Disfrutaba con las intrigas y los rumores de oficina, tomando un vaso de cerveza o tumbado en su silla, con una sonrisa cínica en su atractivo rostro, mientras narraba el último fragmento de veneno».

El propio Howard dijo más o menos lo mismo en otras palabras :

«Después de un tiempo en *Fleet Street* desarrollé una filosofía de la escritura. Mi filosofía consistía en que cada hombre debía decidirse a dónde iba e ir allí implacablemente. Si un adversario te ataca, devuélvele el golpe por partida doble. Párate sobre tus propias piernas. Sé tu propio amigo. No confíes en nadie más que en ti mismo. Sé siempre agradable con aquellos que puedan serte útiles. Sé todo lo agradable que quieras con los demás. Pero déjales caer de golpe si te conviene. (Por supuesto, en el caso de un amigo al que querías, no te convenía traicionarlo. Porque después te sientes desgraciado).

Yo era, en resumen, un materialista, incapacitado por una molesta veta de afecto en mi naturaleza, que en los momentos difíciles me burlaba de mí mismo como sentimentalismo».

Había poco sentimentalismo en los escritos de Howard. En su columna titulada "*Politicians and Politics* / Políticos y Política", más tarde conocida como "*Cross-*

*Bencher* / Oposición Minoritaria", se especializó en publicar información sobre los parlamentarios que éstos deseaban ocultar. Lo hacía con regularidad:

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 5 de agosto de 1934

En esta época de algarabía juvenil, cientos de jóvenes han tenido su oportunidad en la política. Ninguno de ellos la ha aprovechado. No veo un solo joven en la política de hoy que valga un higo, o un chasquido de dedos. Alguien me escribirá para decirme que el Sr. Hore-Belishal<sup>1</sup> es una excepción. Tal vez lo sea. Pero, ¿es viejo o joven? Es un hombre de todas las edades. Un camaleón de la edad. Cambia de edad tan fácilmente como algunos políticos cambian de partido. Tal vez pronto cambie también. Creo que le iría mejor si lo hiciera.

¿Nos dirá si piensa hacerlo? No. No revela nada. Ni siquiera revela su edad en el *Who's Who* de 1934, ni en el *Dod's Parliamentary Companion*, ni en el *Kelly's Handbook*.

Pero miren esto:

En 1932, *Who's Who* dijo que su fecha de nacimiento era septiembre de 1898. Dod estuvo de acuerdo con el mes y dio el día del mismo - 8 de septiembre. Pero el año era 1895.

El Anuario Liberal de 1933 no acertó ni el día ni el mes, sino que se decantó también por 1895. El *Debrett's House of Commons* de 1932 dice que su cumpleaños fue el 7 de septiembre de 1893. El Manual de Kelly dice 1893, y lo deja así.

La señorita Thelma Cazalet<sup>2</sup>, diputada por East Islington, es otra atleta política. Juega al tenis. Saca de revés y se mueve lentamente por la pista. No juega tan bien como antes, pero no está nada mal para una mujer de su edad. ¿Cómo puedo saber su edad? No por algún libro de referencia. Ella no la da. Tal vez piense que es un secreto. Pero se lo diré.

Ella tiene treinta y cinco. Nació el 28 de mayo de 1899.  
Le pregunté a una de mis tías que la conoce.

A raíz de este artículo Beaverbrook hizo uno de sus comentarios habituales:

«La secretaria de Lord Beaverbrook me pidió que viniera a escuchar la voz del amo en la cinta. Decía algo como lo siguiente:

“Bien Peter, el artículo que me enviaste. Baldwin -demasiado largo, demasiado largo, demasiado largo. Lloyd George -demasiado largo, demasiado largo, demasiado largo. Churchill: demasiado largo, demasiado largo, demasiado largo”. Entonces la voz subió de tono casi una octava.

---

<sup>1</sup> Secretario de Estado de Guerra y Presidente del Consejo del Ejército 1937-40. Miembro del Gabinete de Guerra. Ministro de Seguros Nacionales 1945.

<sup>2</sup> Más tarde, Sra. Thelma Cazalet-Keir, Diputada Nacional Conservadora por Islington Este, 1925-45.

Burbujeaba con regocijo y malicia. Dijo: “Y la dama que mencionas, Peter: demasiado joven, demasiado joven, demasiado joven”».

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 25 de noviembre de 1934

Ahora para la Dra. Summerskill<sup>1</sup>.

Es la candidata socialista por Putney. Sé que lo es, porque vi su nombre fuera de las salas de su comité.

Pero dentro es otra historia, porque el marido de la Dra. Summerskill, el otro... Sr. Samuel, de ojos azules y corbata amarilla, es quien habla.

"¿Por qué quiere dedicarse a la política?". le pregunté a la Dra. Summerskill. "Yo se lo diré", dijo el Sr. Samuel. Y así lo hizo.

"¿Cómo va la lucha?" Le pregunté a la Dra. Summerskill. "Yo se lo diré", dijo el Sr. Samuel. Y así lo hizo.

Me sorprendería que la Dra. Summerskill fuera elegida. Pero en cierto modo me alegraría. Me gustaría oírla hablar de política. Podría tener una oportunidad en Westminster.

El Sr. Samuel, su marido, no estará allí.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 30 de diciembre de 1934

Escuela de los Comunes  
Westminster

Estimado señor (o señora), Confío en que su pequeño (o pequeña) haya llegado a casa sano y salvo, feliz y bien para las vacaciones.

Me alegra poder decirle que la escuela ha tenido un buen trimestre.

Algunos padres dicen que es demasiado corto. Pero todos conocen mi opinión al respecto.

Creo que los queridos niños necesitan toda la relajación y el cambio que puedan tener, para que puedan volver a mi amoroso cuidado en forma, y ansiosos por su ronda diaria y la tarea común en Westminster.

Le adjunto el informe de su pequeño (o pequeña). Le informa de los progresos que los pequeños han hecho durante los últimos doce meses.

A algunos les ha ido bien. A otros les ha ido mal. Si su hijo (o hija) ha ido mal, intente no ser demasiado duro (dura).

Recuerde que no todos podemos ganar premios.

Aprovecho la ocasión para desearle a usted y a todos sus hijos un próspero Año Nuevo.

Con mis mejores deseos,

---

<sup>1</sup> Dra. Edith Summerskill, Diputada laborista de 1938 a 1961, Presidenta del Partido Laborista de 1954 a 1955, nombrada Peeress vitalicia en 1961.

Atentamente,  
Peter Howard  
(Director)

Ramsay MacDonald<sup>1</sup>

Nuestro chico ha tenido mala suerte.  
Sin duda hubiera progresado más si no hubiera estado tanto tiempo ausente por enfermedad. De hecho, ha retrocedido.  
Ha perdido su confianza en la escuela. Sé que entristecerá al público cuando les diga que muchos de sus compañeros se ríen de él.  
Él había hecho una gran carrera escolar. Pero no puedo evitar sentir que es una pena que Ramsay no nos dejara al final del curso pasado.  
Se habría ido en la cima de su prestigio.  
Creo que, tal vez, cuando salga al gran mundo, desde esta escuela alcanzará grandes alturas.  
Puede que incluso llegue a ser un colega.  
Comentario del maestro inglés: “Sintaxis y gramática definitivamente su materia débil. Composición. Estilo florido, pero carece de cualquier tipo de forma”.

Winston Churchill<sup>2</sup>

Un chico malo.  
Siempre está causando problemas. Siempre está peleando. El curso pasado empezó una disputa contra el joven Sam Hoare<sup>3</sup>, y dividió la escuela en dos bandos.  
Tiene una gran influencia y una gran pandilla de seguidores.  
Creo que los chicos le tienen miedo. Y tienen razones para tenerlo. Pues Winston tiene lengua, además de caradura.  
Comentario del Maestro de Geografía: “Su interés en este tema es extraordinario.  
Ha estado dedicando todo su tiempo y atención al estudio del Imperio Británico, y a la India en particular. Algunas de las opiniones que se forma son de lo más controvertidas. Pero es refrescante para un maestro de una escuela, como la nuestra, tener un alumno que muestra un interés tan sincero y capaz en un tema tan importante”.

Leslie Hore-Belisha

El chico más ocupado del año.  
Capaz de ejercer la mayor influencia sobre los pasos que damos todos, maestros y alumnos por igual.  
A pesar de su gran trabajo, Leslie se ha metido en muchos líos. De hecho, ha pasado gran parte de su tiempo escribiendo castigos.

---

<sup>1</sup> Primer Ministro de Gran Bretaña en 1934.

<sup>2</sup> Más tarde el Real Honorable Sir Winston Churchill.

<sup>3</sup> Más tarde Sir Samuel Hoare, Secretario de Estado para la India en 1931

Informe del maestro de música: “No tiene mucha voz. La mejor canción de Leslie es ‘Siempre estoy soplando burbujas’”.

Nancy Astor<sup>1</sup>

Ha entablado amistad con Isaac Foot (Foot Major). Estará triste cuando Isaac se vaya. Y me temo que él no estará con nosotros el próximo curso, quiera o no.

Ningún director podría desear dos alumnos mejores. Utilizan toda su influencia en la escuela contra la bebida, el tabaco y las apuestas.

Lamento decir que esa influencia no es grande. Ni siquiera tan grande como al principio del curso. El próximo curso me temo que sea aún menor.

Victor Cazalet<sup>2</sup>

Había pensado ascender a Victor al nivel Cuarto Inferior el próximo curso. Pero he decidido no hacerlo.

Los Cuartos Inferiores no son fáciles para los muy delicados. Y el pequeño Victor es, por lejos, el más delicado de la escuela.

Informe del maestro: “Un chico impopular. Pero no veo por qué. El pequeño Victor tiene muchos amigos entre los supervisores, y los trata generosamente en la cafetería”.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 6 de enero de 1935

Observemos al Sr. Robert Boothby<sup>3</sup>. Aunque sólo tiene treinta y cuatro años, ha representado a *East Aberdeenshire* en el Parlamento durante los últimos diez años. Es una personalidad atractiva. Bien parecido, desordenado y cuadrado. Si acaso demasiado cuadrado, porque está engordando.

Hace unos años, muchos vieron en él al futuro líder de nuestro partido. Pero su estrella política comenzó a decaer. Porque el Sr. Boothby es un hombre de ciudad. Y sus hábitos citadinos fueron una debilidad en la Cámara de los Comunes.

A veces era un toro, a veces un oso. Nunca podía decidirse sobre el valor de las acciones políticas.

Pero en la *City* le iba bien. Empezó a pasar cada vez más tiempo allí. La gente empezó a decir que su carrera política había terminado. Y decían que estaba engordando demasiado.

Sin embargo, el Sr. Boothby lanzó su estrella al cielo al final de la última sesión. Hizo un discurso exitoso sobre la moción de aplazamiento.

Creo que el Sr. Boothby, si dedicara todo su tiempo y energía a ello, podría llegar a lo más alto de la escala política. Pero dudo que sacrifique su tiempo y su energía.

---

<sup>1</sup> Diputada gremialista por la división de Sutton de Plymouth 1919-45.

<sup>2</sup> Diputado gremialista por Chippenham 1924-43.

<sup>3</sup> Más tarde Lord Boothby, Diputado por Aberdeenshire Oriental, 1924-58.



Le gusta vivir bien. No le importa si una mujer es guapa, siempre y cuando sea una buena cocinera. Y su plato favorito son los arenques.

"Elegiré una esposa que sepa cocinar", declara. "Y la cumbre de su arte estará en la preparación del arenque".

"La buena apariencia no tiene ninguna importancia".

Howard desarrolló un estilo propio, a menudo introduciendo su propio nombre en el artículo. Su estilo no se olvidaba fácilmente. Molestaba a unos y divertía a otros, y se prestaba a la parodia. El periódico *Punch* del 2 de julio de 1934 citaba extensamente su columna, utilizándola, irónicamente, como ejemplo para los jóvenes reporteros. La cita de «Políticos y Política» decía así:

Se dice que mientras el Sr. MacDonald está de viaje, el Sr. Baldwin<sup>1</sup> pasará un mes en *Aix-les-Bains*.

Esta decisión nos alegrará mucho a Sir John Simon<sup>2</sup> y a mí.

La alegría de Sir John residirá en el hecho de que será Primer Ministro en funciones mientras sus superiores viajan hacia el sur y el oeste.

Mi propia alegría es más difícil de describir. Sólo puedo decir que los triunfos de Sir John siempre me han alegrado. Una vez se negó a intervenir en una reunión pública si yo no estaba presente. No piensen que su decisión se debió a mi estatura, aunque mido más de 1,80 metros. No había peligro de desorden. Se debió enteramente a la admiración del doble primero de Wadham por el *Wadham Blue* e *International*.

El *Punch* añadió:

Esto no está tomado, es cierto, de un reportaje, sino de un artículo, en forma de notas, sobre política y políticos.

Espero que el autor me perdone por tomarlo prestado sin permiso. Es tan bueno que muchos jóvenes periodistas podrían estudiarlo con provecho.

Con un modelo como ese ante él, su relato del incendio de Stepney debería ganar considerablemente en atractivo popular:

***Asisto a una incendio y recibo el agradecimiento del Jefe de Bomberos***  
(por nuestro reportero más guapo)

«Una enorme multitud se agolpaba esta mañana temprano en las calles próximas al almacén de alimentos para ganado de los Sres. Battock y Slag, en Stepney, y fueron necesarias todas las fuerzas de un hombre, que en su tiempo fue campeón de lucha libre de Shropshire, para que yo pudiera abrirme paso hasta el lugar del incendio que amenazaba con destruir la valiosa partida de tortas de linaza almacenada en el enorme edificio.

---

<sup>1</sup> Primer Ministro de Gran Bretaña.

<sup>2</sup> Ministro de Hacienda 1937-40. Lord Canciller 1940-45.

Un incendio, ¿eh? dije, mirando al capitán de la brigada de Stepney, que medía dos metros y medio. Las llamas lamieron mis botas. Un trozo de hormigón cayó al suelo a menos de quince centímetros de donde yo estaba. '¡Sal de ahí, tonto!', gritó el capitán. 'Ningún hombre puede quedarse ahí y vivir'.

Un bloque de piedra de dos toneladas rozó mi hombro en su furiosa carrera hacia la tierra, pero no me moví. Un periodista tiene que correr riesgos.

Durante casi dos horas me mantuve en aquel infierno de humo, llamas y escombros astillados, mientras los intrépidos bomberos, avanzando con temerario valor casi hasta mi propio punto de observación, luchaban por dominar las llamas.

Fue Sir Rollo Fitzhose, Jefe de la Brigada Metropolitana de Bomberos (División Este), quien finalmente me convenció para que me retirara.

'¡Chris!', me gritó por encima del rugido del fuego -que ahora se enroscaba y parpadeaba alrededor de mis rodillas-. 'Chris, por el bien de nuestra antigua asociación en el campo de críquet, vuelve a ponerte a salvo'.

Él pensaba en la época en que íbamos juntos en primera división por Inglaterra».

La política de Howard había cambiado durante su primer año en *Fleet Street*. Apoyó la campaña de Lord Beaverbrook a favor del aislamiento y el libre comercio del Imperio, y la publicitó en su columna.

«Políticos y Política»

*Sunday Express*, 2 de junio de 1935

El próximo jueves por la noche, a las 8.30, en el *Caxton Hall*, Westminster, hablará un joven político. Pronto dirigirá un vasto sector de la opinión de este país. Se trata del Sr. Frank Owen<sup>1</sup>, que fue diputado por Hereford -de 1929 a 1931-. Le auguro un buen futuro. ¿Por qué? No porque sea conocido. No porque sea rico. Sino porque ha vuelto a la arena política armado con la más poderosa de todas las armas políticas: la sinceridad absoluta.

Es un orador ardiente e inolvidable. Impone un fervor galés. Tiene algo de la llama del Sr. Lloyd George. Predica el evangelio de la paz. Dondequiera que va, gana prosélitos para la causa del Aislamiento.

No se decepcionen si, cuando lleguen al *Caxton Hall* el próximo jueves, encuentran a alguien hablando sin ese fuego inolvidable del que les he hablado. Porque no será Frank Owen. Seré yo.

Yo hablo antes que Frank Owen. Y, aunque no me acerque a él en la fuerza de mi oratoria, le igualo en la abundancia de mi convicción.

---

<sup>1</sup> Frank Owen, editor del *Evening Standard*, 1938-41.

Al mismo tiempo, solicitó presentarse al Parlamento por última vez en su vida:

«En aquellos días, mis convicciones conservadoras estaban muy en primer plano. Cuando se produjo una vacante en una determinada división parlamentaria, me puse mi mejor abrigo y fui a ver al presidente. Le dije que me gustaría ser candidato.

Me dijo que yo era el tipo de persona que buscaban. Entonces me preguntó: “¿Cuánto quiere contribuir a la asociación local?” Le contesté que no deseaba hacer dinero con la vida pública, pero que daría mi sueldo de parlamentario, que en aquel momento era de 4 libras al año.

Me contestó: “Lo siento, Sr. Howard. Ya nos han ofrecido 1.000 libras al año. Si usted no puede proponer algo mejor que eso, me temo que está fuera de discusión”.

Esta fue mi primera introducción al poder del dinero en el sistema democrático británico. Pero pronto descubrí que muchos buenos asientos conservadores estaban en venta.

También en el lado laborista, a veces se concedía un asiento en el Parlamento, casi como una pensión honorífica y una jubilación, a aquellos que habían envejecido en el servicio sindical».

Howard volvió -una y otra vez- sobre temas de sus convicciones anteriores:

«Políticos y Política» de P. D. H.  
*Sunday Express*, 4 de agosto de 1935

Acabo de regresar de una región en crisis. Abertillery, Merthyr Tydfil, Ebbw Vale, Pontypool.

¿Qué hay de la política en estos Valles de Desesperación? Los mineros eran las Tropas de Asalto Negras del movimiento socialista.

¿Qué son ahora? Siguen siendo socialistas. Ya no son tropas de asalto.

Su espíritu ha desaparecido. Han ido más allá de la política, como han ido más allá de todo lo demás en la vida.

Son la sal de la tierra. La sal que ha perdido el sabor de la vida. Es mejor desgastarse que oxidarse. Y estos hombres se están oxidando. Ahora la preocupación por estos desempleados debería ser la única cuestión en la vida pública. Debería ser la única cuestión en las próximas elecciones.

¿Pero dará tema para los discursos cuando lleguen las elecciones generales?

Para nada. La paz y la guerra serán el gran tema.

Pero su principal tarea, que servía tanto a sus creencias como a su ambición, era azotar a los políticos:

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 16 de septiembre de 1935

Ahora Hitler tiene un amigo en la Cámara de los Comunes. Su nombre es Sir Arnold Wilson<sup>1</sup>. Es el miembro de 51 años de Hitchin. Sir Arnold no pierde la oportunidad de aumentar la popularidad de Hitler en este país.

Ha hecho una declaración sorprendente. Dice que no irá a la guerra contra una nación en expansión a menos que primero le ofrezcamos un pedazo de territorio británico. ¿A qué nación en expansión se refiere? Claramente a Alemania.

Hace sólo unos días el Dr. Frick, ministro del Interior del Reich de Hitler, dijo que la necesidad de expansión de Alemania era mayor que la de Italia.

¿Por qué el Sir Arnold se preocupa tanto por los intereses de países extranjeros? Tal preocupación por parte de un miembro de nuestro Parlamento perjudica nuestros intereses. Nos perjudica, no nos beneficia.

Sir Arnold fue elegido miembro por Hitchin. Se autoproclamó miembro a favor de Hitler. Si él no echa a Hitler, espero y creo que Hitchin lo echará a él.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 27 de octubre de 1935

Tenemos muchas posibilidades de perder a los dos liberales. Dingle<sup>2</sup> es seguro que se irá, e Isaac<sup>3</sup> tiene muchas posibilidades de ser derrotado.

Isaac Foot, diputado por Bodmin, tiene cincuenta y cinco años. Canoso y severo, es el principal cobarde de Westminster.

Su hijo de treinta años, Dingle, diputado por Dundee, es como su padre en apariencia y modales. Secos como el polvo, los dos.

Sin sus miedos, creo que el próximo Parlamento debería poder avanzar mucho más rápido.

A veces Howard tenía razón, a veces se equivocaba. Cuando estalló la guerra, Sir Arnold Wilson iba a demostrar su valor alistándose, con más de cincuenta años, en la R.A.F. como artillero de cola de un bombardero. Murió en una incursión sobre Alemania. Sir Dingle Foot sobrevivió para convertirse en Procurador General del Gobierno del Sr. Wilson.

---

<sup>1</sup> Diputado Nacional Conservador por Hitchin (Herts) 1933-40.

<sup>2</sup> Posteriormente Honorable Sir Dingle Foot, Q. C. Miembro laborista por Ipswich.

<sup>3</sup> Diputado liberal por Bodmin, Cornwall. Presidente de la Organización Parlamentaria Liberal en 1947.

Mientras tanto, Howard había dejado su huella: «Creo que me temían», escribió más tarde. «Estoy seguro de que me odiaban. Estoy seguro de que a los ojos de *Fleet Street* tuve éxito».

## Capítulo 7

"Los gobiernos británicos de los últimos años se han parecido mucho a un niño con un botón en la garganta. Han tenido que ser sacudidos y golpeados por la opinión pública hasta que han estado a punto de ser destruidos antes de ceder el más mínimo detalle."

P. D. H. *Hombres Culpables*, julio de 1940.

Peter Howard no siempre estaba de acuerdo con Lord Beaverbrook. A veces se lo decía a la cara, pero rara vez o nunca en el periódico. Allí, le daba un apoyo casi incondicional. Para eso se consideraba pagado, y eso fue lo que hizo.

En muchas cuestiones -por ejemplo, en la hostilidad de Beaverbrook hacia Baldwin y su defensa del rearme-, las creencias de Howard y sus obligaciones coincidían. En esas cuestiones, ambos apoyaron al Sr. Churchill, que entonces protestaba en solitario.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 7 de junio de 1936

Los acontecimientos han demostrado que el Sr. Churchill tenía razón en su campaña a favor del rearme, que duró más de tres años.

El propio Sr. Baldwin se ha visto obligado a reconocer que en la cuestión de la fuerza aérea alemana el Sr. Churchill tenía razón y él, el Sr. Baldwin, estaba equivocado.

Ahora que el programa de rearme del Gobierno avanza con demasiada lentitud para el Sr. Churchill, y con demasiada lentitud para proteger a este país del peligro de una repentina invasión extranjera, el Sr. Churchill tiene el deber de recurrir a todos y cada uno de los métodos a su alcance para llevar al Gobierno a una acción eficaz y decidida.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 4 de octubre de 1936

Cuanto antes pase el relevo el Sr. Baldwin, mejor. El mundo está lleno de crisis. Por todas partes nos enfrentamos a calamidades en países extranjeros. El peligro amenaza por todas partes.

No es momento para que el Sr. Baldwin ocupe el cargo de primer ministro. Ha hablado en el pasado de la prerrogativa de la prostituta, poder sin responsabilidad. Pues bien, el Sr. Baldwin goza ahora de esa prerrogativa. Tiene el poder y no puede asumir la responsabilidad.

Ha tratado muy mal al país. Los terratenientes ausentes de Irlanda ya eran malos, pero el inquilino ausente de *Downing Street* es mucho, mucho peor.

Beaverbrook entró de lleno en estas campañas:

«En los días en que Beaverbrook y Baldwin se llevaban la contraria, a veces llegaban por teléfono quejas sobre lo que yo había escrito de Sir Samuel Hoare, más tarde Lord Templewood, que era amigo de ambos B.. Yo estaba en la habitación cuando Hoare llamó a Beaverbrook.

“Beaverbrook: 'Yaas . . . yaas . . . yaas. Ahora escúchame. No puedo hacer nada con el tipo. No, te lo digo. No puedo hacer nada con él. Ahora escucha... Escucha. Te diré lo que haré. Lo traeré aquí y lo revolcaré en el barro. Lo revolcaré en el barro. ¿Eso te satisfecerá? . . . Adiós”.

Luego, volviendo a colocar el teléfono, me miró y una sonrisa como una rodaja de melón le cruzó la cara. Empezó a golpearse las rodillas con las manos y a reírse. ‘Ja, ja, ja. Hazlo otra vez, Peter. Hazlo otra vez la semana que viene'. Y así lo hice».

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 28 de marzo de 1937

Hay una campaña. Está dirigida contra el Sr. Winston Churchill. Los políticos cuchichean sobre él en los pasillos.

¿Qué dicen? Que de repente ha cambiado de opinión sobre el Gobierno. Que ha dejado de atacarlo y ha comenzado a elogiarlo con la esperanza de conseguir un puesto cuando se produzca el cambio de gabinete y se jubile Baldwin.

Es una acusación extraña. Porque no es el Sr. Churchill, sino el propio Gobierno, el que ha cambiado de opinión. No hace mucho, cuando el Gobierno se mantuvo firme contra el rearme, el Sr. Churchill lo atacó por ese motivo. Instó al rearme de Gran Bretaña.

Y ahora el Gobierno ha adoptado la política del Sr. Churchill. Está ocupado rearmándose. Y, al mismo tiempo, sus partidarios critican al Sr. Churchill por incoherente, porque ya no ataca al Gobierno que ha adoptado su política. ¿Estará el Sr. Churchill en el nuevo Gabinete? Debería estar. Algunos dicen que el Sr. Chamberlain tendrá miedo de incluirlo. Ciertamente, la gente del país quiere verle de nuevo en el cargo.

Pero había otras cuestiones en las que los puntos de vista de Lord Beaverbrook y los del Sr. Churchill no coincidían. Churchill escribía entonces un artículo semanal en el *Evening Standard*, y las diferencias entre los dos hombres causaban a menudo dificultades en las oficinas del Standard:

«Churchill estaba sentado solo a la luz de la luna, o casi, según parecía, en el ocaso de una carrera que, de alguna manera, no había alcanzado la grandeza. Su canción de guerra contra los nazis era casi un solo. Sin embargo, la cantó *fortissimo* en las columnas del *Evening Standard*.

Mientras tanto, mi jefe, Lord Beaverbrook, defendía la causa del Espléndido Aislamiento. Acuñaba frases como: “No habrá guerra, ni este año ni el próximo”. Me pagaba un gran sueldo por escribir artículos sobre el tema. Y se oponía totalmente a la gran idea del Sr. Churchill.

Así que Percy Cudlipp, entonces editor del *Evening Standard*, experimentó algo parecido a las sensaciones de un balón de fútbol durante una final de Copa. Afortunadamente, Percy tiene dureza, resistencia y sentido del humor, cualidades necesarias para el éxito de cualquier futbolista.

Su teléfono sonaba por la mañana: “¿Cudlipp? Soy Lord Beaverbrook. ¿Cómo se llama ese tipo que escribe en su periódico? . . . ¿Cómo se llama? Sí, Winston Churchill. Me refiero a él. Percy, espero que no le pagues demasiado por sus artículos... ¡Dios mío, ¿todo eso?! No lo dices en serio. Es terrible, terrible... Bueno, de todos modos, espero que no estés demasiado tiempo atado a él, ¿cuánto dura su contrato?... ¡Dios mío, ¿un año?! ¡¿Otro año entero?! Bueno, mira, Percy, sácalo del tema de los nazis. Está obsesionado con el maldito Hitler. Que se dedique a los grandes temas del Imperio, el desempleo, la agricultura... que escriba sobre esos temas. ¿Algo más? Adiós”.

Y Percy encontraba el teléfono apagado en su mano. Entonces llamaba al Sr. Churchill. La conversación sería más o menos así:

“Buenos días, Sr. Churchill. ¿De qué tratará su artículo esta semana?”

“Buenos días, Sr. Cudlipp. Pensé que deberíamos tratar esta semana el tema de los nazis. Debemos despertar al país del peligro de esta banda de



criminales, y creo que podríamos discutir provechosamente los sueños nazis de expansión en los Balcanes esta semana”.

“Sí, Sr. Churchill, eso sería muy interesante. Pero me pregunto si tal vez esta semana un artículo sobre el amplio tema del hogar podría dar a nuestros lectores un cambio, algún tema como el desempleo o la agricultura”.

“Así es, Sr. Cudlipp, así es. Y volveremos al tema general. Pero creo que esta semana será más oportuna una declaración enérgica sobre los nazis”.

Y el teléfono volvería a silenciarse».

Churchill leía los artículos de Howard y era amable con él cuando visitaba Chartwell:

«Solía leer mis artículos políticos con atención, aunque no siempre con aprecio. Me ayudó mucho con comentarios y sugerencias que llegaron hasta mí.

No le gustaba la frase ‘¿Por qué?’ que yo utilizaba de vez en cuando. Se acercaba a mí en el recibidor de la Cámara de los Comunes, con el aspecto de un formidable acorazado, y me decía con agresividad: “¿Por qué? ¿Por qué?”, me decía agresivamente a través del embudo de su boca.

Una tarde tuve que ir a la casa de campo de Churchill por asuntos periodísticos. Viajé directamente desde mi trabajo en *Fleet Street* a Chartwell. Era verano. Llevaba ropa vieja, estaba acalorado y cansado por el ajetreo y el revuelo de las imprentas.

Churchill estaba en su jardín. Iba vestido con algún traje antiguo y poco vistoso que le hacía parecer un genial anuncio de neumáticos Michelin cobrado vida. Estaba construyendo un muro y manipulaba los ladrillos con un entusiasmo que pude detectar fácilmente y con una habilidad que me resultó más difícil juzgar, aunque el muro parecía bastante recto.

Tenía invitados distinguidos a cenar. Insistió en que me quedara, un cuervo negro entre aves del paraíso doradas, un periodista de tinta en bolsas grises entre corbatas blancas y tiaras. Sin embargo, me hizo sentir el más bienvenido de todos los invitados. Churchill tiene un gran corazón, una calidez y una sencillez en la vida privada que explican la lealtad de sus amigos.

Me trajo sus propios utensilios de afeitar y se quedó a mi lado en su cuarto de baño privado mientras yo me lavaba, me cepillaba, me raspaba y me ponía presentable. Demostró toda la camaradería y solicitud de un hermano mayor, deseoso por mi bien, no por el suyo, de que yo apareciera lo mejor posible entre sus amigos. Fue una visión reveladora del carácter de este ciudadano del destino.

En aquella época, Churchill estaba casi en el ocaso de su fortuna. Era apacible, genial, filosófico y sabio. Lord Beaverbrook, al escribir sobre Churchill, ha dejado constancia de su opinión de que 'Churchill abajo' es el más encantador de los compañeros. Pero 'Churchill en la cresta de la ola' tiene en él la materia de la que están hechos los tiranos.

Recuerdo que Lord Baldwin estaba a punto de retirarse del cargo de primer ministro. Churchill tenía muchas razones para estar resentido con Lord Baldwin. Había estado en el gabinete británico antes de que Lord Baldwin entrara en el Parlamento. Había visto al hombre de más edad, más lento y más firme empezar desde muy atrás, alcanzarle y superarle en la carrera por el poder. Sin embargo, Churchill no estaba amargado.

Aquella noche, después de cenar, me dijo: “Baldwin es tan listo como un piel roja. Bajaré a Bewdley y los viernes por la noche, o cuando sea que baile, se pavoneará alrededor del poste de su choza con mi cabellera sangrante colgando de su cinturón”.

Se rió sin rencor. Lo dijo con ligereza y en un tono que el propio Lord Baldwin habría oído sin ofenderse.

Más tarde, Churchill habló de las cosas profundas de su corazón. Habló con el fuego ardiente de un visionario sobre la necesidad de destruir a los nazis. Sentía que la guerra era inevitable y que, cuanto antes terminara, antes dormiría.

Esta gran idea se había apoderado de él por completo, igual que Hitler y Lenin se habían apoderado de sus ideas. Me conmovió conocer la fuerza explosiva de una pasión maestra, en una época en la que la mayoría de los británicos miraban el entusiasmo con recelo.

A raíz de aquella velada en su casa, una cosa me quedó perfectamente clara. Tenía dudas sobre si esta idea simple y única, “Los nazis deben ser destruidos”, era suficiente por sí misma para construir un mundo nuevo. Pero no tenía la menor duda de que, como organizador de la victoria contra los nazis, Churchill sería insuperable.

Yo no quería la guerra. Aún no había renunciado a mis esperanzas de paz. Pero si la guerra tenía que ser nuestra suerte y nuestra porción, yo quería a Churchill. Puedo verle ahora, una figura sombría y melancólica, despidiéndose de mí desde la puerta de su casa en la oscuridad de aquella noche de verano. Considerado por la mayoría de sus compatriotas como una fuerza agotada, estaba abrumado por su propia sensación de destino inminente».

Fue durante la crisis de la abdicación, cuando Howard tuvo su primer gran desacuerdo con Beaverbrook. Beaverbrook era un apasionado partidario del rey, entre otras cosas, porque Baldwin era el principal oponente del rey. La crisis estalló cuando Beaverbrook se encontraba en el Atlántico rumbo a Nueva York. Tomó el siguiente barco de vuelta y dirigió la campaña del rey, tanto en privado como en la prensa:

«Cuando el rey Eduardo VIII, ahora duque de Windsor, estaba en el trono y deseaba casarse con la Sra. Simpson, y permanecer como rey, fue atrevido decirle a Beaverbrook que el plan era valiente pero falso -nunca podría funcionar-. Cuando los habitantes locales empezaron a escribir con tiza mensajes groseros sobre la dama americana en las paredes de las estaciones de Highland, Beaverbrook no quiso oírlo. Me ordenó que me fuera de su casa por decirle que no creía que el rey pudiera casarse con la dama y conservar su trono».

Sin embargo, fue Howard quien escribió el editorial del *Sunday Express*, titulado «Un derecho que pertenece a todos los hombres», exponiendo la opinión de Beaverbrook sobre el asunto el 6 de diciembre de 1936:

«El pueblo británico se enfrenta a una crisis constitucional que pone a prueba al máximo esas cualidades de juicio político y comprensión humana, fomentadas en esta feliz isla a lo largo de siglos de crecimiento democrático.

La crisis adquiere gravedad y patetismo en lo que se refiere a la preciada institución de la Monarquía y a la persona de un rey que, en el fiel cumplimiento de sus deberes, ha dado y ganado amor y devoción.

La intención del rey de casarse con la Sra. Simpson, no es el capricho de un hombre joven e inexperto. Es el resultado de la madura reflexión de alguien maduro en años e instruido en juicio.

Al querer unir su vida a la mujer que ama, no pide para sí más de lo que debe desear para toda su gente.

En el choque de opiniones que consterna a nuestro pueblo, se ha sugerido que el rey podría casarse con la Sra. Simpson en su calidad de duque de Cornualles.

El Sr. Baldwin ha descartado esta propuesta. Pero aún no se ha determinado si el pueblo, apegado como está a la persona del soberano, está dispuesto a respaldar la decisión del Sr. Baldwin.

Cualquiera que sea su opinión sobre el matrimonio, contemplan incluso la posibilidad de la abdicación con profunda tristeza.

Y puede que se pregunten si, en un mundo en el que nuestra visión de los asuntos fundamentales está cambiando tan rápidamente, será posible imponer indefinidamente a nuestros monarcas un código de restricciones que no está fundado en la ley, ni santificado por la conciencia de millones de personas».

En cuanto terminó la crisis y se decidió la cuestión, la política cambió:

*Sunday Express*, 13 de diciembre de 1936

Hoy todo el imperio, y todos aquellos que se vieron envueltos en la reciente y trágica controversia, están unidos en una sola lealtad: una lealtad a nuestro nuevo rey y a su reina, y una determinación de fortalecer y mantener con amor y afecto al hombre y a la mujer que asumen su pesada carga de responsabilidad en tales circunstancias.

Este artículo apareció en una segunda columna titulada «*The March of Time / La Marcha del Tiempo*», que Howard escribía desde abril de 1936. El aumento de su sueldo permitió a los Howard vivir más cómodamente. Se habían trasladado de *Theobald's Road* a una casa más grande en el número 25 de *Newton Road, Holland Park*, en la que permanecerían hasta el estallido de la guerra. El 16 de octubre de 1936, había nacido la segunda hija de los Howard, Anne.

En mayo de 1937, Baldwin renunció al cargo de Primer Ministro.

«Políticos y Política» por P. D. H.

*Sunday Express*, 23 de mayo de 1937

El Sr. Baldwin no es nuestro saliente primer ministro . Es nuestra *Prima Donna* que se jubila. El número de sus despedidas va en aumento.

La despedida número 1, se produjo en la Cámara de los Comunes cuando pronunció su discurso «Dar paz en la industria».

La despedida número 2, llegó por la radio el día de la coronación. Esta vez el tema fue «Juego limpio para Jorge VI».

La despedida número 3, fue pronunciada ante la juventud del imperio, en el *Albert Hall*. ¿Y cuál fue la sabiduría del Sr. Baldwin? - «La Sociedad está en quiebra».

Cada despedida del Sr. Baldwin fue mejor que la anterior.

Debo decir que en su tercera despedida, el Sr. Baldwin se pareció más que nunca a Melba. No fue un discurso sino una canción lo que pronunció nuestra *Prima* en retirada.

El lenguaje utilizado por el Sr. Baldwin en el *Albert Hall* fue de los mejores que se han oído en esta generación.

La frase «la hermandad del hombre implica la paternidad de Dios» fue magnífica.

Nunca antes el Sr. Baldwin había tomado notas tan copiosas para un discurso. Leyó de ellas todo el tiempo.

El día de la abdicación es el viernes. Y ningún primer ministro o *Prima Donna* ha abandonado el escenario en tal resplandor de gloria como el Sr. Baldwin.

"La envidia misma está muda, en el asombro perdido,  
y las facciones luchan por saber quién lo aplaudirá más".

El Sr. Baldwin nunca ha tenido tantos admiradores en su larga carrera como ahora, cuando abandona los escenarios para siempre.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 30 de mayo de 1936

### ***El Hombre que Necesitamos***

Winston Churchill no está. Sigue fuera, en el frío.

En mi opinión, es un desastre nacional que en un momento como el actual el país se vea privado de los servicios de Churchill. Es el hombre del momento.

Ha cometido errores. Pero nadie ha logrado nada sin haber cometido errores.

No importa. Winston Churchill sólo tiene sesenta y dos años. Cinco largos años antes de que alcance la edad del Sr. Chamberlain, que ahora se convierte en primer ministro por primera vez.

Uno de los principales objetivos de Howard durante estos años fue el jefe del Gobierno, el capitán David Margesson.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 5 de diciembre de 1935

Los nuevos miembros han pasado un rato interesante últimamente. El jefe de los partidarios los convocó a una reunión.

Me han dicho que fue como volver a la escuela. La más estricta disciplina. Nada de hablar, excepto el director. Y un montón de buenos consejos.

El capitán Margesson advirtió a sus alumnos que no usaran sombreros de copa. Luego pasó al tema de los discursos de presentación. Aconsejó a su rebaño que los hicieran pronto. De lo contrario, dijo que les pasaría un desastre.

¿Qué desastre? Porque, dijo el capitán Margesson, ese terrible Peter Howard escribiría sobre ellos en su columna y los llamaría miembros silenciosos.

Me encanta ayudar al capitán Margesson siempre que puedo. Así que reforzaré su horrible advertencia dando aquí y ahora los nombres de media docena de miembros del Gobierno que, hasta donde puedo descubrir, se han

sentado en el Parlamento durante los últimos cuatro años sin romper su silencio:

Capitán M. Bullock (Waterloo)  
Coronel H. W. Burton (Suffolk Occidental)  
Lord C. Crichton-Stuart (Northwich, Chester)  
J. Despencer-Robertson (Salisbury)  
Mayor T. L. Dugdale (Richmond, Yorks.)  
Sir J. Edmondson (Banbury)

Los nombres están en orden alfabético. De vez en cuando continuaré con mi lista.

Ahora, vamos, caballeros, estaré en la Cámara el próximo martes. Si algunos de ustedes se levantan y hablan, prometo escucharlos. Es más, prometo escribir sobre ustedes, si su discurso merece la pena.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 11 de julio de 1937

Un amigo mío se me acercó en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes y me dijo con voz temblorosa: «David quiere verte». «¿Qué David?», dije yo. Mi amigo parecía sorprendido. Sólo había un David para él. «David Margesson, por supuesto», respondió.

El capitán David Margesson es el gran jefe del Gobierno; los diputados tiemblan al oír su nombre.

Mientras me dirigía a mi entrevista, mis amigos me miraron con compasión y mis enemigos con regocijo.

Pero el capitán Margesson no podía ser más encantador. Quería hablarme del Sr. Lipson, diputado conservador por Cheltenham, que había ganado las elecciones parciales contra un candidato del Gobierno.

Me dijo: «Leí en su columna del domingo pasado que yo había abandonado la Cámara de los Comunes cuando Lipson prestó juramento como nuevo diputado. Lo hice porque tenía que presentar a otro nuevo miembro justo después que Lipson había terminado. Nunca debería ser descortés con un nuevo miembro ,aunque no estuviera de acuerdo con él».

«¿Está en desacuerdo con el Sr. Lipson entonces?» le pregunté.

«No tengo nada en contra de él», respondió el capitán Margesson. «¿Por qué debería? Luchó en las elecciones parciales apoyando la política del Gobierno».

«Entonces, ¿por qué no recibe el apoyo del Gobierno?» pregunté.

«Bueno, no hay duda», dijo el capitán Margesson, «de que las dificultades que existen actualmente en Cheltenham se allanarán pronto. Todo irá bien. Lipson será acogido con nosotros».

Así que el Sr. Lipson y sus amigos de Cheltenham se pueden ir tranquilo. Margesson, el jefe de la bancada, está dispuesto a darle a Lipson el puesto en el Gobierno en cuanto se solucionen las diferencias en Cheltenham.

En agosto de 1937, Howard escribía regularmente para el *Daily Express* y el *Evening Standard*, así como para el *Sunday Express*. La presión era enorme, pero a Howard le sentaba bien. En diferentes momentos escribió bajo varios seudónimos. Había artículos serios de Adam Bothwell y John Hampden, un artículo diario para niños llamado «*Pindar the Panda*», ilustrado por Low, en el *Evening Standard* y artículos sobre agricultura bajo el seudónimo de Brent Ely. Uno de los nombres de pila más conocidos fue el del capitán Barnabe Rich:

«Rich era un canalla colosal. Solía decir todas las cosas que la gente quiere decir pero nunca dice. Era grosero con toda la gente con la que había que ser muy educado. Beaverbrook sabía que estaba escribiendo estas cosas, pero nadie más lo sabía.

El capitán Barnabe Rich se convirtió en la comidilla de la sociedad londinense. Y todo el mundo estaba tratando de averiguar quién era este horrible canalla. Un gran amigo de Beaverbrook era una figura de la sociedad llamada capitán Michael Wardell<sup>1</sup>, que estaba justo en el centro de la muchedumbre sobre la que Rich estaba escribiendo. Así que solía ir por los clubes y salones de Londres, y si alguien me preguntaba quién era el capitán Barnabe Rich, yo decía: “Bueno, ¿quién en el *Express* conocería a toda esta gente?”. Ellos decían: “Bueno, Mike Wardell es el único, creo”. Y yo decía: “Bueno, no sé quién podría ser, pero Wardell los conoce a todos”. Era duro para Wardell, pero Beaverbrook y yo lo disfrutábamos.

Luego, llegó el momento en que tuvimos que decir quién era el capitán Barnabe Rich. Así que le dije a Beaverbrook, “Sé lo que haremos. Imprimiremos la fotografía de Rich en el *Evening Standard*”. “¿Cómo lo harás?”, dijo. “Déjame a mí”, le respondí. Así que al día siguiente sacamos una foto del anuncio de *Moss Bros.* de un tipo muy espléndido con un elegante traje y un sombrero de copa. El pie de foto decía: “El capitán Barnabe Rich en las carreras”. Todo el mundo pensó: “He visto

---

<sup>1</sup> Más tarde, propietario y editor del *Daily Gleaner*, Fredericton, Nuevo Brunswick, Canadá.

a ese hombre en alguna parte". Pero nadie sabía dónde. Y, por supuesto, era el anuncio de *Moss Bros*".

En parte, para alejarse de la presión de *Fleet Street* -o al menos por haber hecho más difícil que se acordaran de él los fines de semana-, Howard empezó a buscar una casa de campo. Con dos hijos y un tercero en camino, quería un lugar para ellos fuera de Londres. Pero, lo que era más importante, el propio Howard quería alejarse de la "abominable molestia de tener que conocer gente". Eligió *East Anglia* porque en aquella época era la parte de Inglaterra de más difícil acceso. Las condiciones de viaje eran malas; las carreteras, peores; y nadie en su sano juicio, pensó, iba a seguirle hasta allí. También se sentía profundamente atraído por la tierra. Tal vez, en algún rincón olvidado de su mente, los Howards de Meldreth tiraban de él hacia su pasado. Parecía sentirse más a gusto en el campo que en Londres, incluso en la cima de su éxito. No había explicación para ello, salvo que la tierra y sus frutos eran una parte de él que nunca podría desechar.

El 30 de agosto de 1937, Howard compró una pequeña casa de campo con techo de paja en Preston, al oeste de Suffolk. Se llamaba *Old Thatches*. De hecho, eran tres cabañas agrícolas en una, con techos bajos, vigas de roble y tres escaleras. Como escapada al campo era ideal. Había suficiente terreno para tener una huerta, césped, un estanque con patos y un pequeño prado al lado para que jugaran los niños. Después de esto se convirtió en un viajero de fin de semana, viajando a Suffolk el domingo por la mañana temprano, después de que el *Sunday Express* se hubiera ido a la imprenta; y de vuelta a Londres el martes a menos que Beaverbrook lo hubiera convocado antes. A veces traía a casa a amigos de *Fleet Street*, y la casa se estremecía con el ruido de las puertas y los pies de los hombres. El pequeño salón se llenaba de humo y jarras de cerveza. Los niños, que después del 31 de diciembre de 1937 contaban con un segundo hijo, Anthony, se quedaban arriba o fuera.

Howard tenía un temperamento ardiente y no le gustaba que perturbaran sus fines de semana. También tenía un corazón cálido, y jugaba a juegos desenfrenados, recorriendo la casa con los niños a hombros o lanzándolos por los aires y atrapándolos de nuevo. Sus amigos no eran todos periodistas. Artistas, políticos, escritores y deportistas, así como algunos de los mejores *chefs* franceses de Londres, pasaban los fines de semana en *Old Thatches*. La comida y la bebida eran buenas. Las conversaciones eran animadas. Pero inevitablemente había que cumplir los plazos del *Express*.

1938 fue el año en que Beaverbrook proclamaría: «No habrá guerra este año, ni tampoco el próximo». Howard seguía pidiendo el rearme.



«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 5 de junio de 1938

Habrá que aclarar una situación. Se trata de la situación Hore-Belisha. Nuestro ministro de Defensa ha hecho muchas declaraciones en el sentido de que nuestros servicios de defensa antiaérea est n en buen estado. Dice: «Los cañones modernizados de tres pulgadas est n listos para su uso inmediato en caso de emergencia». Declara, con referencia al ca n de 3.7 pulgadas, «La fecha de entrega est  adelantada». Nadie duda de la palabra del Sr. Hore-Belisha. Pero,  cu l es el cronograma? El calendario puede estar muy por detrás de nuestras necesidades. La ansiedad entre el público sobre esta cuestión ha alcanzado un tono muy alto. La simple pregunta es :  EST N NUESTRAS DEFENSAS ADECUADAMENTE EQUIPADAS CON CAÑONES DE 3.7? Sólo los cañones de 3.7 bastarán para satisfacer a la gente que sabe. Con cañones 3.7 se puede defender Londres adecuadamente. Pero en ninguna otra circunstancia. Estos cañones son más necesarios para nuestro sistema de defensa que los bombarderos o cualquier otra cosa. El público confía en la administración del Sr. Hore-Belisha en la Oficina de Guerra. No se queja de sus continuas peticiones de apoyo. Pero al mismo tiempo, este asunto en particular no puede continuar como hasta ahora. El Sr. Hore-Belisha debe aclarar la situación por su propio bien y por el nuestro. Si no lo hace, puede levantarse contra él una tormenta como la que se llevó por delante a Lord Swinton.

Pero siguió acosando a los parlamentarios en cuestiones personales delicadas:

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 19 de junio de 1938

Es sorprendente la frecuencia con la que los políticos se equivocan en la fecha de su nacimiento. La edad del difunto Lord Carson fue erróneamente indicada en *Who's Who* / Quién es Quién. Luego está el Sr. Henry "Chips" Channon, miembro de Southend. Su c culo es de sólo dos años. En los libros de referencia se dice que nació el 7 de marzo de 1899, por lo que su edad es de treintitantos. Por otra parte, el Sr. Michael J. Flynn me dice que el Sr. "Chips" Chanson nació el 7 de marzo de 1897, por lo que tiene cuarenta y un años. En general, prefiero aceptar la versión del Sr. Flynn.  Por qué? El Sr. Flynn es secretario del condado de Cook, en el estado de Illinois, donde nació el Sr. Channon. Y el Sr. Flynn ha respaldado su historia enviándome una copia fotostática del certificado de nacimiento del Sr. "Chips" Channon.

El Sr. "Chips" Channon registró en su diario:

«19 de junio de 1938: El *Sunday Express* ha publicado hoy un párrafo de lo más extraordinario en el sentido de que en realidad tengo cuarenta y un años en lugar de treinta y nueve, y ha insinuado que he falseado mi edad en los libros de referencia. Lo terrible es que es verdad. Ahora me siento aprensivo y tímido, como cuando uno cae en desgracia. No obstante, Honour está siendo muy dulce y leal al respecto... Le dije que se quedaría viuda dos años antes».

En julio de 1938, Howard empezó a escribir la columna de «Opinión» en el *Daily Express*, y los editoriales del *Evening Standard*. Su editorial en el *Evening Standard* del 15 de septiembre decía así:

Hoy caminamos a la luz del sol: de nuestro camino se ha levantado la sombra de las nubes que durante tanto tiempo oscurecieron nuestro viaje. Fue el temor a la guerra lo que nos ensombreció. Es la mano del Sr. Neville Chamberlain, nuestro primer ministro, la que ahora disipa ese temor. Con su viaje aéreo a Herr Hitler, el primer ministro británico refuerza y establece la alta posición que ya se ha ganado en los corazones y afectos de la gente.

El 27 de noviembre, escribió en su columna:

El viejo plan está muriendo con el viejo año. Las hojas han caído, y también los sueños del Sr. Chamberlain. El apaciguamiento ha muerto. El apaciguamiento con Alemania ha terminado por culpa de los alemanes. Han terminado con sus atentados y ataques a Gran Bretaña.

A principios de 1939, Beaverbrook seguía apoyando la política de apaciguamiento. Howard escribió apoyándolo, pero cada vez sentía más que era una esperanza perdida. Ese mes de enero tuvo una experiencia que le empujó aún más por ese camino. Un día, durante un almuerzo en *Fleet Street*, le pidieron que se uniera al equipo británico de *bobsleigh* que participaría en los campeonatos del mundo en Cortina. Uno de los miembros del equipo había caído enfermo. ¿Podría él ocupar su lugar?

Cuando Howard dijo que no se había subido a un *bobsleigh* en su vida, su amigo le contestó: «No importa, tienes la constitución adecuada. No te asusta la velocidad y sabes trabajar en equipo. Eres justo el hombre que buscamos». El *Express* le dio a Howard dos semanas de vacaciones pagadas.

Howard se llevó a Doë con él a Cortina, y ella estaba mucho más asustada que él. En una de las pruebas, el altavoz anunció: «Un hombre fuera» del bob británico. Doë se puso en pie de un salto: «Sé que es Peter», dijo. Y lo era. Pero estaba ileso:

«Los equipos del campeonato del mundo se reunieron en Cortina. Fue una gran ocasión para los italianos. Los ojos de todo el mundo del deporte estaban puestos en ellos, y lo aprovecharon al máximo. La condesa Ciano, entonces en el apogeo de su poder y gloria, representó a su padre, Mussolini, durante los cuatro días de las carreras, y entregó los trofeos al final.

Hubo fanfarrias, banderas y toda la pompa y ceremonia de una fiesta fascista. Vinieron equipos de la mayoría de los países europeos: Rumania, Bélgica, Francia, Suiza, Italia y muchos más. Había un equipo fuerte y excelente de los Estados Unidos de América, bajo la capitania de Jack Heaton.

Los alemanes presentaron cuatro equipos, la mayoría oficiales de la *Luftwaffe de Goering*. Se les había ordenado ganar el campeonato mundial a toda costa, con el argumento de que la victoria aumentaría el prestigio del *Reich*. Se dedicaron a esta tarea con una eficacia silenciosa y sostenida. Se mantenían al margen, hablaban lo menos posible por si revelaban algún secreto sin querer y montaban una guardia permanente en sus carros de carrera, temiendo que el resto de nosotros pudiéramos manipularlos.

El equipo americano era nuestro gran aliado. Los italianos, en cambio, animaban a los alemanes desde las tribunas y en público, y de vez en cuando abucheaban o silbaban al paso del equipo británico.

Por la noche, en la intimidad de nuestro hotel, algunos italianos vinieron a visitarnos y nos rogaron con lágrimas en los ojos que venciéramos a los alemanes, pues pensaban que éramos el único equipo capaz de hacerlo.

Hubo algunos interludios extraños en esta guerra. Los italianos habían construido una pista de carreras maravillosa en Cortina. Pero terminaba en el poste de llegada. Habían olvidado que los *bobs* pasaban por ese punto a casi cien millas por hora y necesitaban al menos un cuarto de milla de hielo en superficie y cuesta arriba antes de poder detenerse con seguridad.

El resultado era que la parte más peligrosa de la carrera empezaba después de terminar el recorrido. Los alemanes eran incapaces de tomar las curvas tras el poste de meta. Casi siempre se estrellaban. El último día del campeonato, los cuatro equipos habían quedado reducidos a uno por culpa de las lesiones.

Demostraron un frío coraje que nos sorprendió y asustó. Un equipo alemán se estrelló gravemente. Dos de sus hombres resultaron gravemente heridos y tuvieron que ser hospitalizados. Otro sufrió un corte en el muslo. El cuarto, el capitán, tenía un corte de casi diez centímetros en la mejilla. Mientras corríamos a ayudarlo, el capitán se levantó, observó a sus compañeros caídos

y retorciéndose, les dio la espalda y marchando hacia la caseta del cronometrador dijo en alemán: «¿Cuál era nuestro tiempo, por favor?».

Los belgas también se estrellaron aquí. Uno de ellos se lesionó y no tenían ningún reserva para sustituirlo. Iban bien en las carreras y les quedaba una bajada por hacer para completar el recorrido. Aquella noche recorrieron los bares de Cortina en busca de algún belga que pudiera hacer el descenso para gloria de su país. Cerca de la medianoche lo encontraron. Era un joven encantador, sin pretensiones y, sobre todo, poco sospechoso, que no sabía nada de descenso.

Las langostas cambian de negro a rojo muy rápidamente cuando se sumergen en agua hirviendo. Los seres humanos cambian aún más rápidamente de rosa a verde cuando se sumergen en una pista de hielo en un *bob* de carreras, sin saber lo que les espera.

Cómo lo aguantaron, sigue siendo un misterio. Pero habían hecho un buen tiempo y el joven belga era, con razón, el héroe de Cortina.

Después de los dos primeros días hicimos una protesta unida y vehemente a las autoridades sobre el peligroso estado de la pista. Se pusieron de acuerdo y salieron sonrientes diciendo: «Mañana todo saldrá bien».

Al día siguiente, visitamos con impaciencia el punto peligroso antes de subir la montaña hasta la salida. La pista estaba como siempre. Evidentemente, el trabajo de reconstrucción había sido demasiado pesado. Pero había un elemento más. Un anciano y adorable caballero de largos bigotes caídos había sido destinado a ese punto. Llevaba una navaja abierta en la mano. Explicó que su trabajo consistía en raspar la sangre del hielo si se producía un derrame, para que los espectadores no sufrieran ninguna sensación de angustia.

No teníamos reservas para nuestro equipo británico. Así que nos proveímos de medicamentos por si alguno de nosotros sufría una lesión. Porque, lesionados o no, estábamos decididos a llevar el *bob* por la pista de un modo u otro.

El primer día del campeonato tuvimos un mal comienzo. Nos tocó la peor parte, ya que tuvimos que correr en una pista mal cortada después de que saliera el sol y un ligero deshielo le quitara el mordiente y mayor velocidad al hielo. Los alemanes nos aventajaban en más de un segundo.

En los tres días siguientes, la situación mejoró. Rompimos el récord mundial de la carrera de Cortina en cada ocasión, mejorando cada día, y finalmente acabamos por delante de los alemanes.

Sería ilusorio pretender que este triunfo satisfizo a todo el mundo. Había un ambiente caldeado cuando entramos en el hotel para recibir nuestros premios.

Una banda tocaba. Desgraciadamente, debido a algún malentendido o más probablemente a que nuestra victoria sobre los alemanes había alterado los preparativos previos, cuando se pronunciaron las palabras “Gran Bretaña” y avanzamos hacia la condesa para recoger nuestras medallas, la banda prorrumpió en una ruidosa y animada interpretación de *Deutschland uber Alles*.

Los alemanes parecían furiosos. Nos pusimos firmes con serenidad británica. Pero la condesa, después de dirigir a la banda una mirada lo bastante fuerte como para ahogar su música, estalló de repente en carcajadas estridentes.

Entonces nos dio nuestras medallas y nos marchamos. Aquella noche, celebramos una alegre fiesta con el equipo norteamericano. Hablamos juntos de los Juegos Olímpicos que iban a celebrarse a finales de aquel fatídico año de 1939 en Alemania, en Garmisch, y a los que algunos de nosotros habíamos sido invitados para representar a nuestras naciones».

«La Marcha del Tiempo» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 9 de marzo de 1939

¿Qué hará Hitler ahora? Esa es la pregunta que cada hombre hace a su vecino. Y todo el mundo espera la respuesta.

En una situación tan incierta como la que se nos presenta hoy, enfrentados como estamos a un hombre de poder que ha demostrado ser indigno de confianza e incapaz de tratar honestamente con sus vecinos, tenemos un deber que cumplir.

No podemos dejar pasar ni una semana, ni un día, ni una hora. Debemos estimular nuestras actividades y aumentar nuestra vigilancia en materia de defensa.

La campana de alarma está sonando. La luz roja brilla. Las señales son de peligro. Hemos llegado al punto en que aquí y ahora la nación debe movilizarse.

Ya ha pasado el tiempo en que podíamos permitirnos pasar los días discutiendo con nuestros amigos si debíamos o no presentarnos como voluntarios a algún tipo de servicio nacional. Como medida esencial de seguridad, de la que puede depender el futuro de todos nosotros, necesitamos un registro de nuestros recursos nacionales de mano de obra. Y ese registro debe ser obligatorio.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 23 de julio de 1939

La semana pasada, se publicó en las columnas del *Sunday Express* un relato del movimiento político contra nuestro primer ministro, el Sr. Chamberlain. Ofrecía una visión objetiva de primer orden de los acontecimientos.

Pero ahí está. Tal vez se piense que tengo prejuicios sobre esta cuestión. Yo mismo escribí el artículo. Por él me encuentro atacado y agredido en las columnas de líderes del *Daily Telegraph*. ¿Por qué? Porque el *Daily Telegraph* declara que no se opone al Sr. Chamberlain, aunque esté a favor del Sr. Churchill.

Ese órgano sabe perfectamente que no se puede defender la causa de Churchill sin oponerse al *Premier*.

El Sr. Chamberlain no quiere llevar al Sr. Churchill al Gobierno. El *Daily Telegraph* desea empujar a Churchill al Gabinete, lo quiera o no el primer ministro. Si eso no es oposición al Sr. Chamberlain, ¿entonces qué es?

Si planeo tratar de empujar al Sr. Churchill a la junta del *Daily Telegraph* frente a la oposición de Lord Camrose, ¿no sería eso un acto hostil a Lord Camrose?

Por mi parte, no tengo nada que objetar a quienes dicen estar a favor de Chamberlain y también de Churchill. Es casi lo mismo que ser un miembro devoto de la iglesia Católica Romana y al mismo tiempo bajar a la esquina de la calle para confesarse en medio del círculo del Ejército de Salvación.

Fue durante esos tres meses anteriores al estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando empezaron a aparecer las primeras grietas en el matrimonio de los Howard. Doë pasó muchas semanas con los niños en el campo, mientras Peter permanecía en su trabajo en Londres:

Empecé a llevar una máscara en casa. Era sólo una pequeña máscara, pero gruesa. Descubrí con sorpresa que mi interés por la frescura de los labios, los ojos suaves, la belleza y admiración de otras mujeres no me había abandonado. Mi interés era académico. Pero el margen entre un interés académico y un interés real era como el pelo en la cabeza de un calvo. Disminuía lenta pero constantemente con los años.

Me dije a mí mismo que no había nada de malo en lo que hacía mientras Doë no tuviera motivos de dolor. Si no sabía nada, no podía sentirse triste por ello.

De hecho, a medida que avanzaba mi vida de casado, descubrí que las ideas propagadas por caballeros -como Bertrand Russell- estaban muy arraigadas en mi corazón y en mi deseo. Habían sido encubiertas más que curadas por un matrimonio feliz.

A veces me tomaba una tarde libre en casa. Trabajaba duro para ganar dinero para ello. Y yo creía que un hombre que trabajaba duro tenía derecho a sus descansos, dondequiera que estuvieran.

Doë creía, o al menos eso me decían, que en esas ocasiones yo estaba trabajando en el periódico. Y, en efecto, así me enteraba de los chismes de la ciudad.

Naturalmente, la noche siguiente volvía a casa temprano, a menudo llevando algún pequeño regalo a Doë. Me dedicaba por completo a ella. Salíamos juntos, quizá a algún café en el Soho, a comer platos continentales con especias picantes, a oír hablar francés y hablarlo juntos, a disfrutar de la compañía del otro. Éstas eran las mejores veladas de la vida. Mientras duraban, me resultaba difícil imaginar cómo podría querer pasarlas de otro modo. Y sin embargo, y sin embargo...

Así transcurrió nuestro matrimonio, el de Doë y el mío: un viaje alegre y ondulante, como un arroyo de *Dartmoor*, con luces y sombras, rocas repentinamente afiladas y dentadas, ocasionales tramos de aguas más profundas y tranquilas.

Y en seguida, antes de que puedas ver por qué o cómo, las aguas se dividen -dos arroyos corren uno al lado del otro, donde antes uno recorría el páramo- las aguas aún parlotean y ríen y corren juntas durante un tiempo y luego tal vez en direcciones diferentes. En su condición encogida y dividida, todavía tintinean, pero pierden las notas más profundas.

Doë y yo descubrimos que cada uno tenía rincones en nuestras vidas que nos pertenecían sólo a nosotros y no al otro. Nos parecía normal. Nos parecía la manera de vivir. Una esposa tiene derecho a tener sus propios amigos. Un hombre debe tener algo de intimidad. Eso es lo que nos decíamos, con la espontaneidad de los labios y la tristeza del corazón.

Pero, aunque el matrimonio ya no era del todo feliz, la división seguía siendo escasa para los estándares de *Fleet Street*, y el dinero abundaba. Howard decidió invertir en una granja a seis kilómetros de su casa de campo, en Preston. En septiembre de 1939, compró *Hill Farm, Brent Eleigh*, cerca de Lavenham, por diez libras el acre:

«La mayor parte estaba en un estado ruinoso. Los cercos se extendían por los promontorios y eran altos por los años de crecimiento descuidado. Los campos estaban hambrientos y, en algunos casos, famélicos. La tierra era accidentada y torpe. Las zanjas estaban llenas y muchos desagües obstruidos.

Compramos la granja en un arrebató de entusiasmo, y a menudo después pensamos que había sido una locura. Teníamos la idea

romántica de que la corriente de dinero que durante tanto tiempo en Gran Bretaña se había vertido de la tierra a las ciudades debía desviarse de nuevo al campo».

La Segunda Guerra Mundial se declaró el 3 de septiembre de 1939. Los niños Howard estaban en Suffolk con su niñera durante las vacaciones de verano. Doë estaba en Londres. Peter la convenció para que cargara el coche y se marchara de Londres a Suffolk:

«Cuando estalló la guerra, mis pensamientos volaron hacia mis ingresos. Fue una reacción inmediata a los acontecimientos.

Empecé a llevar una cuenta minuciosa de los gastos en mi diario. Como me gustaba la comida y la bebida, solía gastar mucho en estos productos. Me parecía obvio que había que reducirlos. Durante un mes viajé en el vagón del agua. Les decía a mis amigos que lo hacía por el bien de mi estómago. En realidad, lo hice por el bien de mi bolsillo. Me preocupaba pensar que mi trabajo en el periódico podría llegar a su fin y que me quitarían el dinero. Aunque algunos lo olvidamos ahora, mucha gente compartía este sentimiento al estallar la guerra».

La casa de los Howard en *Newton Road* fue vendida y más tarde impactó contra ella una bomba. Mientras tanto, como todos los hombres de su edad, Peter Howard recibió la notificación de llamado a las filas de guerra. La junta médica le aprobó «No A. 1 » a causa de su pierna coja. También los periodistas tenían una ocupación reservada porque su trabajo se consideraba de importancia nacional. El *Express Newspapers*, una vez declarada la guerra, puso inmediatamente todas sus fuerzas en apoyar el esfuerzo bélico británico. En esto se unió Howard.

«La Marcha del Tiempo» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 3 de septiembre de 1939

Veintiún años. Qué asombroso cambio se ha producido en nuestra fortuna en ese corto espacio de tiempo.

Hace veintiún años nos balanceábamos con un grito de triunfo y alegría, convencidos de que nunca más las naciones civilizadas de Europa someterían sus disputas al terrible arbitrio de la guerra.

Hoy nos preparamos una vez más para hundirnos en el fango, para sudar y esforzarnos y sufrir, para ver a nuestros esposos, hijos y amigos abatidos en combate.



Y, si se cumplen los peores presagios, también las mujeres y los niños pueden ser llamados esta vez a enfrentarse a bombardeos desde el cielo.

Tenemos muchas ventajas en comparación con nuestra posición de 1914. No esperamos triunfos fáciles. Sabemos que los alemanes son un enemigo fuerte y despiadado.

Somos conscientes de que, en cualquier caso, en los primeros días de la contienda, tendremos que sufrir y soportar las decepciones y reveses que sufren todas las naciones que marchan a la batalla. Estamos dispuestos a afrontarlos sin desaliento.

Por encima de todo, nuestra causa es reconocida como justa por toda la tierra, excepto por nuestros enemigos.

Al estallar la última guerra, en muchos países y especialmente en los Estados Unidos de América, existía una importante corriente de opinión que simpatizaba con los objetivos alemanes.

Hoy, Gran Bretaña y sus amigos, llevan a la batalla las esperanzas y oraciones de todos los hombres y mujeres amantes de la libertad en toda la superficie del globo.

Así que seguimos marchando.

Todavía había mucho en una veta aparentemente más ligera:

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 17 de diciembre de 1939

Dedico mi artículo de esta semana

"Al repicar que tan musicalmente brota de las campanas, campanas, campanas, campanas, campanas, del tintineo y el hormigueo de las campanas".

Las campanas a las que me refiero son, por supuesto, las campanas del teléfono. Durante los últimos tres días mis teléfonos no han dejado de sonar. He tomado buena nota de cada llamada. No menos de veintiocho de ellas han sido de personas ansiosas por darme un relato exacto y circunstancial de todo lo ocurrido en la sesión secreta del Parlamento.

¿Las personas que me llamaron eran diputados o nobles? *Oho, aha*. Como la joven de la canción: "No diré que sí. No diré que no".

Pero les revelaré que los detalles de todos estos relatos tenían una sorprendente similitud entre sí.

Mi conclusión es la siguiente. Ningún secreto de importancia debe ser revelado por el Gobierno en ninguna sesión secreta. Siendo así, las sesiones secretas no sirven para nada. Para nada.

En los días de la ficticia guerra, Beaverbrook, que había esperado hasta el final que no hubiera guerra, seguía ansioso por que no hubiera una gran guerra:

«Una tarde, yo estaba en su casa con Brendan Bracken<sup>1</sup>, Aneurin Bevan<sup>2</sup> y Frank Owen. Beaverbrook se volvió hacia mí y me dijo: “¿Qué piensas de la guerra?”.

Le dije: “Tenemos que ganarla. Estamos en ella. Políticamente es imposible que alguien se retire. El pueblo británico no lo soportaría. Tenemos que vencer a Hitler”.

“¿Qué debemos hacer con Chamberlain?” continuó Beaverbrook.

“Chamberlain no es un hombre de guerra”, respondí. “Es un hombre de paz. Su corazón no está en la guerra. La única esperanza es poner a Churchill al mando y deshacerse de Chamberlain”.

“Fuera de mi casa”, gritó Beaverbrook. “Fuera de mi casa. No te quiero en mi casa. Fuera de mi casa”. Estaba temblando de rabia.

Me fui. Era la una de la mañana. Empecé a caminar los tres kilómetros que me separaban de mi cama, en medio de la oscuridad. Había recorrido unos doscientos metros cuando oí detrás de mí un correteo y un ruido seco. Era Beaverbrook, una figura pequeña y asmática, sin abrigo ni sombrero, que trotaba detrás de mí.

“Peter”, dijo, “perdóname. No debería haberte hablado así. ¿Ya no pensarás en ello?”».

Era evidente que los preparativos británicos para la guerra habían sido desastrosamente mal gestionados. Howard y sus amigos, Frank Owen y Michael Foot, estaban cada vez más impacientes. Culpaban al Gabinete y a todos los que les habían apoyado, incluido Lord Beaverbrook.

«Correcto e Incorrecto» por P. D. H.  
*Evening Standard*, 6 de febrero de 1940

¿Conoce usted la técnica Boothby? Es un método político de abordar los problemas, que recibe su nombre del Sr. Robert Boothby, diputado conservador por *East Aberdeenshire*. Ese señor ha acertado en todos los temas y se ha equivocado en todos los que se han planteado.

¿Por qué? Porque su mente es tan amplia y sus opiniones tan liberales que ve dos caras en cada cuestión y defiende ambas.

Algunos hombres públicos adoptan la técnica de Boothby. Otros, no. Nunca se puede dudar ni por un momento de su posición o de lo que piensan.

---

<sup>1</sup> Diputado conservador por N. Paddington 1929-45. Ministro de Información 1941-45.

<sup>2</sup> Diputado laborista por Ebbw Vale desde 1929. Ministro de Salud 1945-51.

Lord Beaverbrook, por ejemplo, siempre está decidido y completamente seguro de que sus opiniones son correctas.

Sin embargo, debo decirles que a veces se equivoca.

En 1938 dijo: “No habrá guerra en Gran Bretaña este año”. Muy cierto.

En los días oscuros se aferró a su predicción. Cuando sonó la medianoche del 31 de diciembre de 1938, fue muy elogiado por su sagacidad y buen juicio.

En 1939 dijo: “No habrá guerra con Gran Bretaña este año”. Muy equivocado. Cuando llegó la hora negra del 3 de septiembre de 1939, fue muy criticado por insensato, optimista y iluso.

Beaverbrook tomó represalias dos semanas después:

*Evening Standard*, 22 de febrero de 1940.

Uno de nuestros colaboradores, el Sr. Peter Howard, pregunta por teléfono por qué el "bombardeo" de Liverpool no figura en el mapa de la página siete. La razón por la que no se incluye es que nunca se ha establecido que tuviera lugar.

Apareció un avión sobre Merseyside y le dispararon.

Poco después aterrizó una máquina de entrenamiento británica, con rastros de disparos.

Si el Sr. Howard hubiera dedicado algo de tiempo a leer, además de a escribir, habría sabido que el “Diario” del *Evening Standard* publicó este hecho en su momento. Y eso le habría ahorrado la llamada telefónica de esta tarde.

El 10 de mayo de 1940, Hitler invadió los Países Bajos. Beaverbrook telefoneó a Howard a las oficinas del *Express*:

«Me preguntó cómo iban llegando las noticias y luego me dijo: “Puedes anotar en tu diario, si tienes uno, que hoy Hitler ha perdido la guerra”.

Todo el mundo en Londres -en ese momento- parecía pensar que Hitler podría ganar la guerra. Su ataque y su velocidad habían provocado un carámbano de presentimientos en el calor de muchos corazones valientes. Beaverbrook continuó: “La entrada de Hitler en los Países Bajos hace inevitable la intervención de los Estados Unidos de América. No sé si invadirá Francia. Ni siquiera sé si intentará invadir este país. Pero -tarde o temprano- los Estados Unidos intervendrán, y cuando los Estados Unidos intervengan, pueden estar seguros de que Hitler será derrotado”».

Ese mismo día, el Gobierno de Chamberlain cayó y Winston Churchill se convirtió en primer ministro. Beaverbrook se unió al Gabinete como ministro de Producción Aeronáutica. Esto significó un desastre para la escritura política de Howard. Porque a Beaverbrook no le hacía mucha gracia que los ministros del Gabinete fueran increpados cada domingo, cuando él tenía que reunirse con ellos en el Gabinete cada

lunes. Howard no lo sabía entonces, pero sólo tenía hasta el 7 de julio cuando su columna «Políticos y Política» iba a aparecer por última vez.

«Políticos y Política» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 12 de mayo de 1940

No necesito pronunciar palabras de elogio sobre el Sr. Churchill. Desde que comenzó la guerra ha sido considerado por el público como el hombre que desean como líder en la guerra.

Él sigue adelante con la confianza, el corazón y la mano de todo el público británico.

El viernes 31 de mayo de 1940, las tropas británicas se batían en retirada en Dunkerque. Ese fatídico fin de semana, miles de pequeños barcos cruzaron el Canal de la Mancha para evacuar al ejército británico de las playas. Peter Howard, Michael Foot y Frank Owen se sentaron en las oficinas del *Evening Standard*, aquel viernes por la tarde, para comentar las noticias según iban llegando. Responsabilizaron directamente de la desastrosa retirada a Chamberlain y sus colegas, la mayoría de los cuales seguían en el gobierno de Churchill. Decidieron escribir un libro, en el que pondrían en evidencia la negligencia deliberada de estos hombres.

El lunes 3 de junio, Howard, Foot y Owen regresaron a Londres, cada uno con ocho capítulos escritos durante el fin de semana. Titularon el libro "*Guilty Men / Hombres Culpables*". Escribieron bajo el seudónimo de "Cato", porque fue Cato quien limpió las cloacas de Roma.

El libro se terminó el martes 4 de junio. El miércoles fue aceptado para su publicación por Victor Gollancz. Las únicas partes que fueron cuestionadas por difamación fueron las escritas por Howard, que fueron rápidamente corregidas.

La primera edición de *Guilty Men* se publicó en julio de 1944. Se consideró antipatriótico atacar a los dirigentes británicos en tiempo de guerra, y *W. H. Smith* y *Wymans* se negaron a venderlo. Los autores contrataron a un frutero -con una carretilla- para que pasara copias del libro por *Fleet Street*. Esto provocó una avalancha para la que Gollancz no estaba preparado. Esperaban que las ventas alcanzaran los cinco mil ejemplares. En los meses siguientes se vendieron más de doscientos mil ejemplares.

Las especulaciones sobre quién había escrito *Guilty Men* crecían y crecían. Algunos acusaban a Beaverbrook, otros sospechaban de Foot, Owen o Howard. Ninguno adivinó que habían sido los tres.

Michael Foot escribió su propia reseña en el *Evening Standard*:

«Aquí hay un Misterio» por Michael Foot

El panfleto es un arma olvidada, aunque en otro tiempo fue quizá la más potente de la política inglesa. Un panfleto de *Swift* quebró al duque de Marlborough. ¿Cuántos otros grandes nombres de la literatura inglesa estuvieron relacionados con este arte? Milton, Burke, Junius y cientos más.

Ahora el arma ha sido sacada de su vaina con una venganza. *Guilty Men* escrito por un misterioso y tímido "Cato" (Gollancz: 2s. 6d.) promete convertirse en la publicación política más sensacional de la guerra.

Es un ataque mordaz y salvaje, pero documentado, contra los hombres responsables de que Gran Bretaña no dispusiera del armamento necesario para luchar en esta guerra. Es una sorprendente reivindicación de la previsión del actual primer ministro, y rinde un completo homenaje a los hombres que han intensificado el esfuerzo bélico en las últimas semanas.

La historia está contada por alguien que parece haber presenciado el drama desde el mismo recinto de la Cámara de los Comunes.

Algunos juicios son injustos. Hay omisiones flagrantes. Pero, sea cual sea el veredicto que se emita sobre el conjunto, nadie puede discutir que su efecto total es tremendo.

¿Quién es este diputado "Cato"? ¿Y por qué esconde sus fuegos artificiales bajo un barril?

Howard escribió su crítica en el *Daily Express*:

No puedo hacer más que rendir tributo a la fuerza de la acusación presentada por "Cato", el misterioso autor de *Guilty Men*.

Comienza con el baño de sangre de Flandes:

"Un cañón Bren y un héroe contra ocho Heinkels" . . .

"Tres bayonetas y tres héroes contra ametralladoras" . . .

"Hombres marchando contra bombarderos incesantes. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?"

"Carne contra acero, un ejército condenado antes de salir al campo".

Luego, remontándose a la historia de los últimos años desperdiciados, "Cato" dramatiza las torpezas, las promesas rotas y las promesas de armas no cumplidas, cita los discursos y nos lleva entre bastidores de los sucesos más vergonzosos de la política británica durante muchos años.

Su epílogo nos habla de la nueva determinación que surgió con la llegada de Churchill al poder y del vigor mostrado por sus tres jefes de suministros, Bevin, Morrison y Beaverbrook, para hacer de Gran Bretaña una fortaleza.

"Pero", y estas son sus últimas palabras, "la nación está unida a un hombre en su deseo de proseguir la guerra en forma total; debe haber una unidad similar en la confianza nacional.

"Que los hombres culpables se retiren, por tanto, por su propia voluntad, y así por haber una contribución esencial a la victoria sobre la que todos están implacablemente decididos."

La publicación de *Guilty Men* avergonzó tanto al gobierno que Howard fue llamado al despacho de E. J. Robertson, director general del *Daily Express*. Le dijeron que, mientras Lord Beaverbrook estuviera en el Gabinete de Guerra, no podría seguir escribiendo artículos sobre política.

## Capítulo 8

**H**OWARD estaba enfurecido por la decisión del director general. Su carrera y su reputación se basaban en su columna política. Toda su perspectiva estaba orientada al ataque, y su poder descansaba en el miedo de los políticos a sus agresiones: "Cuando pegaba, pegaba para herir". Ahora ya no podía darles más golpes.

Acechaba la antesala del despacho del director general, quejándose amargamente del trato recibido y exigiendo un indulto. Allí se topó con la secretaria del director general, la Sra. Edith Duce, cuya tarea era proteger a E. J. Robertson de las interrupciones:

«Edith Duce era una mujer de mediana edad. Durante mucho tiempo albergué un resentimiento contra ella. Bebí demasiado en una fiesta y me porté mal. La Sra. Duce se enteró. Recorrió la oficina contando a sus amigos mis fechorías.

Detestaba a la Sra. Duce por estos chismes malintencionados. Día tras día, durante meses, nos saludamos con la sonrisa frígida y artificial de la repugnancia mutua. La consideraba una persona peligrosa y desagradable. Sentía que tenía que disimular mi emoción y sonreírle cada vez que nos encontrábamos en el ascensor, o nos cruzábamos en el pasillo, porque, después de todo, era la secretaria del director general, y al ser, como yo sabía, una chismosa y una intrigante, podría hacerme algún daño.

Percibí un cambio notable en Edith Duce. En lugar de parecer ácida, miraba la vida con mayor benevolencia. Parecía más contenta y feliz.

Un día se detuvo en el pasillo mientras yo me apresuraba a pasar a su lado con mi sonrisa decidida, y gritó tras de mí: "¡Peter!". Era la primera vez que utilizaba mi nombre de pila al dirigirse a mí, y me indignó que una secretaria, aunque fuera la secretaria del director general, me llamara 'Peter' dentro del edificio del *Express*. Edith Duce me pidió que pasara a su oficina. Allí, después de una cortés charla, en la que yo me puse en guardia y ella pareció buscar palabras, me dijo que sabía que en el pasado había intentado perjudicarme con su malicia y su lengua. Me pidió disculpas por ello y expresó su deseo de que en el futuro fuéramos mejores amigos. Luego dijo algo así: "Soy una mujer

diferente de la que solía ser. He creído oportuno decirle por qué. Decidí que la única manera de llevar mi vida era sobre una base cristiana”.

La Sra. Duce me dijo esto con toda naturalidad, sin ningún pudor por su parte. Su efecto en mí fue estremecedor. Murmuré: “Muchas gracias. Muy interesante. Ya me lo contará otro día”. Salí corriendo como una gallina.

Recuerdo que, al marcharme, eché a correr al darme cuenta con ferocidad de que me había topado con una historia sobre la Sra. Duce, que la haría parecer mucho más ridícula y despreciable, a los ojos de mis colegas periodistas, de lo que su relato de mi borrachera me había hecho parecer, a los ojos de sus compañeras secretarias.

Recorrí el lugar diciendo a todo el mundo que la Sra. Duce sufría ahora de manía religiosa. Pero ella se me adelantó. Mucha gente ya había oído la historia de sus propios labios. En el lenguaje de *Fleet Street*, me habían "engañado". La Sra. Duce no era una vulgar biblista. Se había unido al Grupo de Oxford y hasta el día de su muerte sería conocida como ‘Buchmanita’.

Recibió muchos abusos y algunas persecuciones a causa de lo que informalmente se llamaban sus 'doctrinas perniciosas'.

Yo sabía todo acerca de estas 'doctrinas perniciosas'. Es decir, sabía todo lo que había aparecido en la prensa, o lo que se había susurrado en *Fleet Street*, sobre el Grupo de Oxford.

Creía mucho de lo que oía. Para entonces todo mi temperamento estaba en sintonía con el ataque. Buscaba debilidades en la situación de cualquier persona o compañía, no buscaba fortalezas.

Un día, mientras estaba en la antesala donde trabajaba la Sra. Duce, esperando ver al director general, le hice partícipe de mis opiniones sobre unos tipos que, a mi juicio, obstaculizaban el esfuerzo bélico. Dije que esos hombres debían ser fusilados, como cualquier otro individuo que, cuando su país estaba en peligro, se mostraba obstructivo e inútil.

La Sra. Duce dejó de escribir a máquina. Dijo: “Tiene todo el derecho a decir eso, Peter, siempre que usted mismo haga todo lo posible por ayudar”. Debí de quedarme un poco perplejo, porque entonces me dijo: “¿Ha sido lo más útil posible aquí últimamente? ¿Se lo ha preguntado alguna vez?”.

Le contesté que creía que sí.

El siguiente acontecimiento fue el timbre del teléfono en mi mesa, un jueves hacia el mediodía.

“¿Está libre un momento, Peter?”, dijo la voz de la Sra. Duce.



“Sí”, dije.

“Entonces baje un momento, ¿le parece? Tengo algo para usted”».

Esa mañana, la Sra. Duce sugirió a Howard en su despacho que conociera a un tal Sr. Garth Lean.

«No tenía ninguna intención de meterme en el asunto. Así que le pregunté a la Sra. Duce: “¿Quién es Garth Lean?”».

“Es uno de mis amigos del Grupo de Oxford, y creo que podrá ayudarle”, respondió la Sra. Duce.

“Muy amable de su parte”, dije yo, “pero, esa no es mi línea de país, como bien sabe. No soy una persona religiosa. Soy agnóstico y ese tipo de cosas no me interesan mucho”.

“Es una lástima”, replicó la Sra. Duce. Salí de la habitación.

Cuando subí a mi escritorio, un nuevo pensamiento, potente y atractivo, estimuló mi imaginación. Después de todo, ésta era la oportunidad que había estado esperando. Gran parte de *Fleet Street* ya abusaba del Grupo de Oxford, o de los ‘Buchmanitas’, como prefieren llamarlos los periodistas, diciendo que eran chantajistas, proalemanes y todo lo demás. Nadie se había atrevido aún a publicar la historia en esa forma.

Si pudiera aprovechar la oferta de la Sra. Duce de presentarme a Lean, podría sacar a la luz todo el asunto.

Bajé de nuevo a la oficina de la Sra. Duce. “He cambiado de opinión”, le dije. “Me gustaría ver a su amigo ‘Bath Green’ o como quiera que se llame”.

La Sra. Duce arregló que yo almorzara con Lean en un piso del *Temple* ese mismo día».

El almuerzo de Howard con Lean fue un encuentro interesante:

«No me impresionó muy favorablemente. Físicamente es un tipo desgredado, con una cabeza que se está quedando calva y una risa, que ahora me divierte, pero que entonces me irritaba sobremanera. Puedo ver que dos cosas, más que ninguna otra, me impresionaron desfavorablemente de Garth Lean.

La primera era que hablaba de Dios con respeto, pero sin vergüenza. Esto me predisponía contra cualquiera. Detestaba ese tipo de situaciones.

La segunda fue que, cuando le hablé de mi problema de tener que empezar y reconstruir mi columna periodística, no se mostró especialmente comprensivo al respecto».

A Howard no le gustaba mucho Edith Duce, ni le interesaba Lean. Su propósito con ambos era malicioso y en cierto modo deshonesto. Esto debió ser evidente para ellos. Pero sorprendentemente no les desanimó, a pesar de que Howard regaló a Lean en ese momento uno de los primeros ejemplares de *Guilty Men* con la siguiente inscripción: "Este libro es malhumorado como yo".

«Ese día, durante el almuerzo en el *Temple*, Lean me dijo que él creía en Dios. Le dije que yo no.

Me preguntó: "¿Por qué no?". Por alguna razón, me resultó difícil dar una respuesta convincente a esa simple pregunta (yo, tan escurridizo de lengua que podía sostenerme con los ministros del Gabinete).

Tragué un bocado de comida para tomarme un tiempo de reflexión. Luego le dije: "Bueno, ¿por qué usted cree en Él?".

Este hombre contestó: "Es tan absurdo discutir sobre si existe Dios como quedarse mirando un interruptor de la luz eléctrica y discutir si al girarlo se encenderá la luz. Uno dice que sí. El otro dice que no. El final de la discusión es girar el interruptor y ver".

Le pregunté a Lean qué quería decir. Me dijo que la manera de ver si Dios estaba allí era ponerle a prueba. Sostuvo que Dios hablaría con cada persona que estuviera dispuesta a escuchar y obedecer.

Le dije que eso me parecía descabellado. Pero yo sabía que él creía lo que me decía. Vivía a un ritmo más rápido que yo, y tenía en sus ojos una paz que yo anhelaba, pero que nunca había alcanzado.

Cuando volví a decirle que no creía en Dios, sonrió y dijo: "En ese caso, no le importará escucharle, ¿verdad? Porque, de todos modos, no esperará oír nada"».

Por increíble que parezca, Howard accedió a probarlo. Lo hizo porque "sabía que Garth Lean me preguntaría si había escuchado a Dios. Y quería ganarme la confianza de Lean y de los demás, para saber toda la verdad sobre ellos".

«El almuerzo llegó a su fin. "Nos despedimos. Tenía la intención de exponer al Grupo de Oxford en una dramática primicia periodística. Sugerí reunirme de nuevo con Garth Lean".

Howard se reunió de nuevo con Lean. Esta vez en la sede del Grupo de Oxford en Londres. La llegada de Howard fue recibida con sentimientos encontrados. Algunos colegas de Lean habían intentado convencerle de que cancelara la invitación. Conocedores del historial de Howard, pensaban que cualquier cosa que escribiera sería hostil. Les resultaba imposible creer que el interés de Howard fuera sincero. En esto tenían razón. Lean insistió en que Howard fuera recibido.

«Pronto me di cuenta de un hecho. Esta gente podía desagradarte, pero si observabas la escena con una mente abierta, no podías desconfiar de ellos. La buena voluntad irradiaba por todas las habitaciones y personas de la casa. Había un aire estimulante en el lugar».

Para Howard fue una sorpresa. Esperaba encontrar pruebas que corroboraran los rumores que había oído en *Fleet Street*. No encontró ninguna. No se puede decir que no las buscara. Permaneció varios días y noches en la sede; conoció a todo el mundo; hizo preguntas; mantuvo los ojos abiertos; recordó todo lo que se dijo. Se marchó convencido de que el Grupo de Oxford no era para él, pero igualmente seguro de que lo que había oído hablar de ellos era falso.

Aquel agosto, la columna de William Hickey en el *Daily Express* atacó cuatro veces al Grupo de Oxford. Esta columna fue escrita entonces por Tom Dribere<sup>1</sup>, que se había establecido por primera vez en el *Daily Express* doce años antes, escribiendo el primer ataque público contra el Dr. Buchman y el Grupo. La política de Howard no era contradecir a su propio periódico, pero sintió que no podía dejar pasar el asunto después de su nueva información:

«Después de leer lo que se dijo, me pareció justo que se escribiera la otra cara del asunto. Me pareció mejor, en interés del buen periodismo y de la verdad, que se presentaran las dos caras del cuadro y que el público juzgara entre ellas».

En consecuencia, Howard escribió su ‘Respuesta a Hickey’:

Toda buena sidra proviene de manzanas apestosas. Y algunas cosas buenas surgen incluso de la guerra.

Una cosa limpia que emerge de la suciedad de este conflicto es un aumento de la tolerancia. Los judíos ya no son noticia en Gran Bretaña. El sentimiento antisemita se ha desvanecido. Además, el odio histérico hacia todos los extranjeros que se apoderó del país -no hace mucho- se está apaciguando.

Muchas personas han participado en esta transformación. Y entre los líderes de esta cruzada por el juego limpio para judíos y extranjeros se encuentra William Hickey.

Gran parte del vigor de la mente de este hombre, gran parte del fuego de su voz y la furia de su pluma, se han volcado en la defensa de estas afligidas

---

<sup>1</sup> Más tarde fue diputado laborista por Barking.

criaturas. Como apóstol de la tolerancia, se ha ganado la gratitud de cientos y la admiración de miles, incluido yo mismo.

Por eso me sorprende y me consterna verle iniciar ahora una salvaje persecución de un sector de nuestra comunidad, a causa de sus creencias. Me refiero al ataque sostenido de William Hickey contra el Grupo de Oxford, o 'Buchmanitas', como él prefiere llamarlos.

Parece evidente que William Hickey siente un profundo odio por esta gente. Hace acusaciones oscuras y amargas contra ellos.

No hay nada nuevo en estas historias. Mucha gente en *Fleet Street* me las ha mencionado. Yo mismo transmití las historias: Y las creí.

Pero entonces hice algo al respecto que, por lo que veo, pocas personas de *Fleet Street* se han molestado en hacer. Me hice cargo de investigarlos.

Busqué al Grupo de Oxford. Fui a su sede. Me hice amigo de la gente de allí. Hice todo lo posible para establecer la veracidad o falsedad de los cargos presentados contra ellos por eminentes periodistas.

Ahora William Hickey dice que el Grupo de Oxford engaña a la gente sencilla y crédula. Que "se lo han implantado".

Así que debo exponer mis condiciones para la tarea de investigar las acusaciones contra ellos. No me considero ni inocente ni ingenuo. Durante años me he ganado la vida tratando con políticos. Los he entrevistado para ganarme el pan. Toda mi vida ha consistido en sacar la verdad a los diputados y ministros de la Corona reacios a revelarla. Declaro que, como resultado de mis experiencias con políticos, nunca comienzo una entrevista sin esperar que se intente 'imponer algo en mí'. Estoy al acecho.

Una vez expuestos estos hechos, debo hacer constar que, tras varias semanas de minuciosa investigación, mediante conversaciones, repreguntas, así como solicitando y teniendo acceso a cartas y archivos, he llegado a la firme convicción de que no hay base alguna de verdad en la acusación de pacifismo o de pronazismo (consciente o inconsciente) formulada contra el Grupo de Oxford.

Si hubiera encontrado pruebas de pro-nazismo, las habría revelado en el periódico y habría dado detalles al Ministerio del Interior. En lugar de ello, considero justo exponer las conclusiones a las que llegué.

Miles de hombres y mujeres del Grupo de Oxford pertenecen a los servicios de combate. Muchos de ellos están en los escuadrones de caza que actualmente luchan contra los bombarderos nazis.

Los miembros del Grupo de Oxford que trabajan en fábricas dedicadas a la producción de guerra, se esfuerzan por reducir las fricciones entre patronos y empleados, por resolver los conflictos mediante negociaciones amistosas -en lugar de huelgas- y por aumentar la producción en sus fábricas. En muchos casos están teniendo un éxito notable.

Sería inútil que les presentara estos hechos como cuestiones de oído o pruebas de segunda mano. He tenido en mis manos e inspeccionado informes confidenciales de directores de fábrica, delegados de taller y artesanos comunes y corrientes, algunos fechados tan recientemente como la semana pasada, testimonios que a mi juicio están fuera de toda duda.

Dejo constancia de mi opinión de que el Grupo de Oxford está haciendo todo lo posible para aumentar la unidad, la fuerza y la capacidad del país. Y lo están haciendo bien.

Ahora me preguntarán: “Oye -Peter Howard- ¿eres miembro del Grupo de Oxford?”.

Mi respuesta es que considero que los estándares que persigue el Grupo de Oxford son difíciles de alcanzar por mí. Pero me gustaría alcanzarlos. Intentaré alcanzarlos.

Dos de ellos son la honestidad absoluta y el altruismo absoluto.

No creo que estos objetivos merezcan las burlas y las mofas de nadie. Desde luego, no merecen las mías.

Y es una verdadera tristeza para mí ver a un hombre, con el poder y la capacidad de William Hickey, gastar sus fuerzas en el odio al Grupo de Oxford.

Para sorpresa de Howard, el artículo no apareció en el *Daily Express*. Su director, Arthur Christiansen, dijo francamente a Howard que le parecía mejor periodismo atacar al Grupo de Oxford (Rearme Moral) que publicar ambas partes. Howard se encontraba ahora en una posición difícil. Estaba seguro de que la gente del RM era honesta en sus creencias, y que si eran ciertas, nada más importaba tanto. Pero sabía que la hostilidad a la que se enfrentaría si admitía esto era enorme:

«Temía el desprecio o el ridículo. Puede parecerle extraño que estuviera dispuesto a enviar un artículo escrito al director del *Express* diciendo lo que hice y que, al mismo tiempo, me negara a hablar de ello. Pero así fue. Era como un espectador en un partido de fútbol. Estaba dispuesto a animar al equipo impopular cuando estaba seguro de que nadie miraba. Incluso estaba convencido de que ese bando tendría que ganar al final. Pero estaba demasiado cómodo en mi abrigo de piel, con mi petaca de whisky y mis bocadillos en el bolsillo, como para ponerme los pantalones cortos y salir al barro y al barullo, y unirme yo mismo al partido».

Los artículos de Peter Howard siguieron llegando al *Express*. Al principio no había nada diferente en su estilo, pero sí en su actitud personal:

«La mayoría de los seres humanos, si tienen la oportunidad, persiguen a los que difieren de ellos. Ciertamente, yo he tenido la oportunidad de permitirme la persecución en esta columna. Y la he aprovechado. Me he dedicado a patear e insultar a todo el mundo, a derribar a los políticos y a darles palizas. Debo añadir que, al final, mis nudillos han quedado intactos y las cabezas de los políticos no se han doblado. De hecho, todo sigue igual.

Ahora, con los años, me estoy volviendo menos duro. Mojo mi pluma en miel, no en rencor. Mi violencia ha disminuido. Espero seducir con las suaves notas

de la flauta en los casos en los que no logré aterrorizar con los grandes golpes del tambor».

Y así podría haber sido para Peter Howard. Pero había en él una sensación de urgencia, un sentido del destino -llámenlo como quieran- que le empujaba hacia adelante. Pero eso no bastó para transformar a un periodista agnóstico en un cristiano revolucionario apasionado. Howard sintió que estaba frente a una gran experiencia, que sólo podría alcanzar mediante una decisión de la voluntad. Esa decisión la había tomado, no en el ajetreo de *Fleet Street*, ni en el glamour de una reunión de masas, sino a solas, en una pequeña habitación de Londres:

«Volví a mi pequeña habitación del último piso de *Northumberland Avenue*. Volví a leer aquellas cuatro normas absolutas de honradez, pureza, desinterés y amor con las consignas que alguien, llámese Dios o como se quiera, había puesto en mi mente tan luminosamente aquella mañana. Me dije: “Bueno, prueba una vez. Si no funciona, nadie tiene por qué saberlo. No pasa nada”. Sin embargo, había algo en mí que me decía que si lo hacía, las cosas nunca volverían a ser como antes.

En esa habitación me puse de rodillas. Y recé algo así: “Dios, o quienquiera que seas, si estás ahí, haré lo que me digas si me das la fuerza para hacerlo. Pero no puedo hacer estas cosas a menos que me ayudes”.

Desde ese momento en que por primera vez en mi vida decidí darle una oportunidad a Dios, si Él estuviese ahí, para que me hablase, para ser realmente honesto conmigo mismo sobre las cosas que Él me decía, mi vida se transformó.

¿Quiero decir que desde ese instante me volví perfecto? Por supuesto que no. Ni mucho menos. Tropiezo y avanzo a tientas por el camino espinoso y estrecho, marcado por las huellas ensangrentadas de la historia. Hay muchas caídas y muchas dificultades. Pablo y Bunyan y muchos otros escribieron sobre ese viaje, trazando el camino para nosotros, hombres corrientes.

Es una experiencia humana estimulante que se nos conceda un sentido del destino, que se nos ofrezca un lugar distintivo en un ejército grande y creciente que marcha bajo Dios para reconstruir el mundo. Y cada uno de nosotros puede tenerlo».

Los resultados de esta experiencia en la vida de Howard fueron múltiples. Pidió perdón a su hermano John por sus celos y devolvió el dinero que debía en Oxford y al Comité de Becas de Educación por no haberse convertido en profesor como había prometido. Se fue a Suffolk y fue completamente sincero con su mujer. Fue lo más difícil de hacer. Doë, sin que él lo supiera, ya había conocido el Reino Moral a través de la lectura de un libro. Si no hubiera sido por su comprensión y su aliento, no cabe

duda de que Howard nunca habría podido enfrentarse a decirle la verdad. Ya había aplazado la decisión varias veces. Fue de camino a la estación -una fría mañana de lunes- cuando Doë se volvió hacia su marido y le dijo: «Peter, hayas hecho lo que hayas hecho, sabes que siempre te querré».

Howard escribió más tarde:

«Nuestro matrimonio se ha transformado. Nuestras vidas se han transformado. Hemos encontrado juntos, después de todos estos años de vida matrimonial, una aventura más rápida y satisfactoria que cualquiera de las que esperábamos o experimentamos cuando cruzamos aquella pasarela hacia el muelle de Dover, una pareja en luna de miel con el rubor y la llama sobre nosotros, dos días después de nuestra boda.

Hoy conocemos la respuesta a todas esas cosas, grandes y pequeñas, que pueden manchar o ensombrecer la felicidad del matrimonio y de la vida.

Se nos ha dado una unidad que no depende de la apariencia ni de la riqueza, ni de la salud, ni de los estados de ánimo, ni de ninguna intimidad física que los años puedan destrozarse y anquilosarse.

Sabemos que Dios nos comprende a los dos y nos ama a los dos más plenamente de lo que podemos hacerlo nosotros mismos. No es el plan de Dios que el matrimonio sea fastidioso, aburrido o tumultuoso. Su plan es que el matrimonio comience como una relación humana libre y gozosa y que permanezca así».

Aunque Howard habló a menudo a lo largo de su vida de los resultados de aquella decisión que tomó en el Club Constitucional, no fueron la parte más importante de su experiencia. De eso habló pocas veces. Sin embargo, fue ese milagro de la fe lo que le importó más que cualquier otra parte de su vida. Era esa fe la que iba a sostenerle a través de las tormentas que iban a azotarlo con más fuerza que ninguna otra que hubiera atravesado antes. Garth Lean, que fue quien más vio a Howard en aquella época, lo describió así:

«El cambio que transformó a Peter Howard, de un brillante periodista en un no menos brillante líder del Rearme Moral, desconcertó a muchos.

Tuvo una experiencia sencilla, pero trascendental, del poder de Cristo, comparable a la de Wesley en la habitación de Aldersgate, o a la de San Ignacio en la habitación de los enfermos de Loyola: una experiencia que Howard iba a poner a disposición -más tarde- para miles de personas en muchos países».

Esta era la única explicación posible. ¿Cómo, si no, podía un joven de treinta y tres años que se interesaba poco por los del RM, que nunca había conocido a Frank Buchman y que no creía en Dios, cambiar de repente y tan completamente?

«Siempre estaba buscando algo. Llámenlo como quieran. Es difícil ponerle un nombre. Yo lo llamé Felicidad. Mirando hacia atrás, creo que buscaba una pasión maestra, un gran ideal al que pudiera entregarme por completo, que me diera un motivo y una fuerza para vivir y por el que pudiera rehacer el mundo.

Lo busqué en mi trabajo, en mi hogar, en mis ambiciones. Y aunque recibí mucho de todas estas cosas, y también les di mucho, la plenitud del deseo de mi corazón permaneció insatisfecha.

Ahora tengo la tonta, pero satisfactoria sensación de haber hecho un nuevo descubrimiento. Me siento como Watt cuando vio saltar la tapa de la tetera, o como Newton cuando vio caer la manzana al suelo.

Lo que he descubierto, la verdad sobre el sentido de la vida, el corazón mismo de todo el cuerpo de la creación estaba ahí todo el tiempo, como la fuerza de la gravedad o la energía del vapor. Pero yo, yo he llegado al secreto.

¿Creerán los demás en mi secreto? No todos. Pero yo he sido tocado por una mano que sé que está ahí, aunque otros lo nieguen o se nieguen a verla.

Tengo fe en el futuro de la humanidad. Creo que, a partir de esta guerra, incluso durante esta guerra, pueden aparecer en la tierra nuevas formas, formas de vida más finas y espléndidas.

Sin embargo, ahora sé que no hay ninguna esperanza de un futuro mejor en el mundo, a menos que este mensaje sea aprendido por millones de hombres y mujeres, en toda la superficie de la tierra.

Este es el único remedio para los males de la tierra. Creo que estos males se curarán.

Esta es la única luz, el único destello o resplandor de esperanza para el futuro. Hay muchos reflejos de la vida, muchas lunas de engaño y deleite. Este es el único sol verdadero y resplandeciente. Esta gran luz está siendo cuidada. Una minoría vela por ella, cuidando su llama.

Dentro de poco esa llama se extenderá por toda la tierra, incendiando los rastrojos, abriendo su rápido camino de continente en continente, calentando los corazones e iluminando los rincones oscuros de los espíritus de los hombres».

La reacción en *Fleet Street*, cuando empezaron a filtrarse las noticias de la decisión de Howard, fue electrizante. «¡Dios mío!», exclamó Percy Cudlipp, entonces editor del *Daily Herald*, a su informador, «¿quién será el siguiente?». Algunos se mostraban hostiles, otros incrédulos, otros más se burlaban. «Howard se ha



ablandado. El Beaver no aguantará mucho más esta dulzura y ligereza». Otros se alegraron, pero pocos se atrevieron a decirlo.

En Westminster la reacción fue más positiva:

«Una diputada a la que yo le caía mal, y que durante años no me había dirigido la palabra, se paró en seco en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes cuando me vio: “Santo cielo, Peter Howard”, dijo, “¿qué has estado haciendo? Pareces diez años más joven”».

En casa, en Suffolk, el efecto sobre la familia de Howard no fue menos estremecedor:

De Doë para P. D. H.

Cariño, me cuesta un poco acostumbrarme a ti. Me había hecho tanto a la idea de que ciertas cosas que hacías continuarían mientras estuviéramos juntos - burlarte de mí en público, emborracharte tres veces al año, poner tu cara de enfado cuando te pedía dinero- que no acabo de acostumbrarme a perderlas. Me desequilibra. Había construido una técnica para tratar con ellas y esto se ha estropeado y estoy un poco perdida. No seas tan amable conmigo. Sólo me volví ordenada porque tú eras desordenado. No debo volverme descuidada o complacida porque tú no estás ahí para obligarme a ser mejor con tus maneras.

De repente, Howard encontró tiempo para sus hijos. En lugar de la habitual cucharada de cerveza los domingos por la mañana, los llevaba a la escuela dominical. Había una paz, una felicidad y una alegría que los niños podían sentir y a las que podían responder, sin entender cómo había sucedido. Sus escritos en los periódicos *Express* eran diferentes.

«La Marcha del Tiempo» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 27 de octubre de 1940

Es fácil ceder al rencor y a la decepción cuando examinamos las actividades actuales de nuestro antiguo aliado, Francia. Es fácil calificar a los franceses de traidores y cobardes cuando vemos a los miserables gobernantes de esa república caída, comiendo sapos en la mesa de sus señores nazis.

Pero recuerden esto. Tenemos una deuda con los franceses. Durante muchos meses lucharon duro en esta guerra. Nunca hubiéramos podido retirar a todos nuestros soldados de Dunkerque si los hombres de Francia no hubieran, en el momento de su partida, repelido la embestida nazi. Mientras los últimos de

nuestros soldados embarcaban, los hombres de Francia mantenían la retaguardia.

Y tuvimos en tan alta estima el papel desempeñado por los marinos franceses en aquella ocasión, que condecoramos al almirante francés al mando de la operación.

Todo británico, cuyo familiar o amigo haya salido sano y salvo de Dunkerque, debería recordar con gratitud a la Francia de ayer.

Hoy, en lugar de insultos y necias recriminaciones, deberíamos estudiar las razones de la desintegración de Francia, para que nosotros, en estos días de prueba y ensayo, podamos sacar provecho de la lección.

¿Qué causó el derrumbamiento en ruinas de todo el tejido de Francia, esa nación cuya estructura parecía tan sólida y cuyas torres parecían capaces de resistir durante años los embates de la tiranía?

La razón fue la decadencia, sigilosa y prolongada, de los cimientos mismos del Estado.

«La Marcha del Tiempo» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 1 de diciembre de 1940

La complacencia es la droga del diablo. Produce la degeneración grasa de un pueblo. El invierno pasado, nuestra actitud complaciente ante los acontecimientos, la autosatisfacción con que esperamos a que los alemanes se resquebrajaran y se derrumbaran, sin esforzarnos al máximo para provocar esa situación, nos hizo perder la batalla de Francia.

Debemos tener cuidado, no sea que este invierno caigamos por segunda vez en la misma trampa.

Debemos afrontar el hecho de que, como nación, tenemos tendencia a ser demasiado complacientes. Esta tendencia se manifiesta a veces en las declaraciones -demasiado optimistas- de los ministros o en el tono con que los locutores de la BBC dan la noticia de un éxito. Se ve en las columnas de los periódicos y se oye en las conversaciones privadas en torno a miles de mesas familiares.

Así que no olvidemos, ni por un instante, la enorme naturaleza de la tarea que tenemos ante nosotros. Si bien podemos alzar el corazón ante cada éxito que se nos presente, abstengámonos de celebrar -durante semanas- cada pequeño triunfo. Aplaudamos, pero no nos mofemos. Repitámonos a nosotros mismos, al levantarnos cada mañana y antes de acostarnos cada noche:

"Ama no para presumir,  
Ama para no jactarse,  
La tristeza llega a aquel  
El que más habla".

«Gente que Encuentro» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 15 de diciembre de 1940

Permítanme decir aquí, que, durante el invierno pasado, fui culpable de ofrecer un consejo fatuo al público. Antes de que comenzaran los bombardeos aéreos, propugné que se redujera el número de bomberos auxiliares y de otros trabajadores remunerados de la A. R. P., que en aquella época vagaban ociosamente por las calles de nuestras ciudades.

Era un punto de vista miope. Afortunadamente para todos nosotros, las autoridades hicieron caso omiso. Desde que los gorilas voladores de Goering comenzaron su trabajo, los bomberos y los trabajadores de la A. R. P. se han comportado con espléndida habilidad y valentía.

«La Marcha del Tiempo» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 22 de diciembre de 1940

¿Qué significa la Navidad para muchos de nosotros? Si somos honestos, admitiremos que en muchos casos hemos perdido el carácter religioso de la celebración.

En muchos hogares, la Navidad ha llegado a significar habanos, champaña, pavos, budín de ciruelas y pasteles de carne picada: mucho para beber y demasiado para comer.

¿Cómo deberíamos celebrar esta Navidad de guerra?

El *Sunday Express* sugiere que esta Navidad todas las mujeres, niños y hombres de las islas celebren la Navidad comiendo un poco menos en lugar de mucho más.

«La Marcha del Tiempo» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 5 de enero de 1941

Los británicos nunca, nunca, nunca se equivocarán. Ese es el nuevo lema que parece que hemos adoptado mientras dure esta guerra.

Muchos de nosotros estamos obsesionados con una obcecada complacencia acerca de nuestra propia infalibilidad, y manchados con la estúpida creencia de que es de débiles admitir que hemos caído en el error.

Nuestras mentes están embotadas por la estúpida doctrina de que, como siempre ganamos la última batalla, se nos puede excusar la lentitud y la incompetencia en nuestro camino hacia la victoria.

¿Debemos esperar siempre a haber sufrido, sangrado y haber sido llevados al borde de la catástrofe antes de esforzarnos?

«Gente que Encuentro» por P. D. H.  
*Sunday Express*, 9 de marzo de 1941

Los sistemas políticos, los esquemas y los sueños, no solucionan gran cosa. ¿Estarán de acuerdo conmigo en que, la única cura real para la condición de las cosas en el mundo de hoy es un cambio fundamental en el corazón y los hábitos de grandes masas de personas, en todos los países del mundo, incluyendo el nuestro?

Las naciones continuarán desangrándose y pereciendo hasta que se establezca en ellas una concepción más noble de su deber hacia el prójimo. Puede hacerse. Debe hacerse, si queremos obtener algún beneficio duradero como resultado de esta guerra que estamos librando contra Hitler. Hay mucha gente en Gran Bretaña que considera que se logrará un mejor espíritu en esta nación si pueden deshacerse de la gente que actualmente nos gobierna y asumir ellos mismos el trabajo.

Puedo hablar con autoridad sobre este tema. Solía animarme con la convicción de que nuestra fortuna seguiría decayendo hasta el día en que Peter Howard ocupara algún puesto de poder y autoridad en los consejos de la nación. Este partido de Peter Howard continuó siendo un partido de uno, y sigo en libertad.

¿Vamos a empezar ahora a construir una nueva Gran Bretaña, en el espíritu de la fe y la tolerancia? ¿O vamos a avanzar hacia una era de 'razón' que no tiene pelos en la lengua y declara que Dios es todo un mito y que el hombre depende de sus propios esfuerzos para salvarse y ser feliz (los mismos esfuerzos en los que ha confiado durante los últimos veinte años)?

Durante estos meses, después de haber izado su bandera, Howard obtuvo una mayor respuesta del público y un mayor número de cartas sin precedentes en su carrera:

«Dejé constancia de estos hechos, ya que algunas personas han sugerido tontamente que en *Fleet Street* un hombre que adopta como norma las normas cristianas del RM es automáticamente un periodista menos eficaz. Durante meses, después de que declarara mi asociación con el RM, mi trabajo siguió apareciendo en el periódico y recibió los elogios de la dirección. Naturalmente, no intenté escribir sobre el RM, pues no se me hubiera permitido hacerlo.

Fueron días difíciles. En mi propio periódico, los columnistas escribían párrafos con la insinuación de que el RM era pronazi. A los secretarios de la oficina se les dijo que no se toleraría a los miembros del RM. Se advirtió a otras personas que no hablaran del RM conmigo.

Por supuesto, estos intentos de crear dificultades añadieron sal a la sopa, por lo que respecta a la vida en *Fleet Street*. La mayoría de la gente se reía de estas amonestaciones, como yo mismo. Ciertamente, nadie les prestaba mucha atención.

Llego al momento en que esta campaña alcanzó su punto álgido. Parte de mi deber era escribir la columna del editorial del *Sunday Express*. Un sábado mi editorial fue elogiado por el director, que me había sugerido el tema de la columna. Mi editorial se publicó.

Horas más tarde, por casualidad, descubrí que el director había escrito en secreto otro editorial. Comenzaba contando cómo, cuando los alemanes entraron en París, un empleado desleal les había abierto la puerta de la redacción de un periódico. Hablaba de traidores e infiltrados y terminaba pidiendo que los trabajadores a tiempo completo del RM fueran enrolados en el ejército.

Este editorial contenía afirmaciones que yo sabía que eran falsas. Se lo dije a mi editor. A la mañana siguiente, el periódico llegó igual a las mesas de desayuno de 1.000.000 de personas.

Se ejerció presión desde otros sectores. Un editor y un ministro del Gabinete llevaron a Howard a almorzar y le dijeron que tenían información de que inmediatamente que los Estados Unidos entraran en guerra, el Dr. Buchman, fundador del Grupo de Oxford y del Rearme Moral, sería arrestado. Howard les pidió que presentaran sus pruebas. Se negaron a hacerlo. «Viene de una fuente demasiado alta», dijeron.

Howard sabía que el presidente Roosevelt había apoyado el programa de RM en los Estados Unidos, así que descartó las insinuaciones de sus anfitriones.

«Decidí escribir un libro exponiendo la verdad sobre el RM. Pedí permiso al *Express* para publicarlo. La respuesta que obtuve fue una que el *Express* estaba legalmente autorizado a dar, en concreto, que podía escribir un libro sobre cualquier otro tema que quisiera, pero no sobre el RM. Si quería escribir sobre eso, tendría que dejar el *Express*.

Era una gran decisión la que debía tomar. Pero había algo en mí que decía que, la publicación de la verdad sobre un gran movimiento mundial, era más importante que el destino de un periodista, incluso de un periodista tan importante para mí como yo. Así que, con pesar, cogí mi sombrero de la percha y dije *aurevoir a Fleet Street*».

La decisión que hizo que Howard dejara el *Express* no fue tomada por lord Beaverbrook, que por entonces estaba plenamente ocupado construyendo aviones para la batalla de Inglaterra, ni por E. J. Robertson, que se encontraba enfermo, sino por el subdirector general, Leslie (Dick) Elummer<sup>1</sup>, que se había opuesto durante mucho tiempo al RM. Años más tarde, Lord Beaverbrook le dijo a Howard que estaba preocupado por lo ocurrido. Después intentó recuperar a Howard. Nunca lo

---

<sup>1</sup> Más tarde Sir Leslie Plummer, diputado por Deptford.

consiguió. Al final de su vida, Beaverbrook no quería lograrlo. Reconoció que Howard estaba hecho para otro trabajo.

La salida de Howard de *Fleet Street* sorprendió a sus amigos. Su llegada a las filas del Rearme Moral sorprendió a todos. Traía consigo una personalidad huracanada que arrasaba con los conceptos aceptados. Si *Fleet Street* pensó que Howard había perdido su dinamismo en cuanto salió de los edificios del *Express*, se equivocaron. Incrementó esa cualidad hasta el día de su muerte. Pero inmediatamente tuvo que pensar en cómo mantener a su familia:

«Cuando salí del edificio del *Express* por última vez, bajé las escaleras y salí al tráfico de *Fleet Street*. Había vivido, dormido, soñado y respirado por mi trabajo. Ahora me había quedado sin trabajo. Caminé hasta la estación de *Liverpool Street*, subí a un vagón de tren y viajé a Suffolk. Mi intención era cultivar la tierra.

Nuestros amigos granjeros nos dijeron que pasarían cinco años antes de que *Hill Farm* pudiera hacerse rentable. Pero en ese tiempo mi salario del *Express* llegó sin parar. Ahora, de repente, todas nuestras circunstancias habían cambiado. Mi trabajo y mi sueldo habían desaparecido de la noche a la mañana. Yo sabía un poco de teoría, pero casi nada de la práctica de la agricultura.

Hay una gran diferencia entre un hombre con un trabajo muy bien pagado en *Fleet Street*, que posee una granja y tiene mucho dinero para gastar en ella, y un ex-periodista con una vieja granja que está perdiendo dinero rápidamente y que es el único medio de vida para él, su mujer y sus hijos.

Mientras viajaba hacia el este, en dirección a Suffolk, en la esquina de mi vagón de tercera clase, sentí la punzada del miedo. Me enfrentaba al eterno, eterno, interminable problema del hombre: cómo arrancar un medio de vida del obstinado vientre de la tierra. ¿Sería la tierra mi ama o mi sierva? ¿Me doblegaría la vieja granja o la doblegaría yo? Sabía que una de estas dos cosas tenía que ocurrir».

## Capítulo 9

En los albores de Suffolk  
Cuando los caballos iban a arar  
Con su aliento de trompetas gemelas  
Mis hombros no se inclinaban  
Como ahora, bajo la carga

Sabíamos que el sol  
Desde las cumbres del cielo debe caer  
Que el otoño sigue al verano  
Que lo que nace debe morir  
Nos reíamos y no nos preguntábamos por qué no

Las hojas están fuera de los setos  
La escarcha está en pleno vuelo  
Los vientos con más fuerza soplan  
Reímos, saltamos, cantamos,  
Sin importar lo que las estaciones traigan

Venga el invierno, venga el tiempo salvaje  
Venga la envidia del enemigo  
Aunque las amistades sonrían y apuñalen  
Seguiremos adelante  
Sabemos que la victoria es nuestra

P. D. H. 1963

Era primavera de 1941, cuando Peter Howard bajó del tren en la estación de Lavenham para volver a casa. A su paso por el pueblo, y a lo largo de la carretera de *Brent Eleigh*, pudo ver los primeros retoños de color verde pálido brotando en los setos. Aquí una primula, allá una violeta silvestre, y por todas partes la tierra comenzaba a moverse con vida. Después del segundo puente, giró a la derecha, por el camino de la granja. El camino era áspero y lleno de agujeros, con charcos y piedras sueltas.

En la cresta de la colina, vio las primeras sombras oscuras de los graneros de paja y los de la propia casa:

«Había una atmósfera de gloria desaparecida en el lugar, una gloria que había desaparecido de tantas granjas y explotaciones británicas durante una época de enriquecimiento rápido que despreciaba y descuidaba la agricultura, una gloria que podía restaurarse.

La granja tenía la sombra de la antigua nobleza, aunque muchas de las habitaciones estaban cubiertas con capas y capas de papel pintado chillón, ocultando las vigas de roble que había debajo.

Aquella noche en la granja, con los niños acostados arriba en una habitación desnuda con vigas de roble, Doë y yo acampamos en la cocina sin muebles, cocinando estofado en una estufa de primus.

En los viejos tiempos de *Fleet Street*, a menudo cenábamos en el Savoy a medianoche, entre las luces y el perfume, la pintura y el vino y la música de una época rica y artificial.

Ahora nos llevábamos el estofado a la boca con una cuchara, con una lámpara de aceite colocada en una mesa de pino como compañera, un ratón inquisitivo metía la nariz por una rendija de la antigua pared de la granja y nos espiaba. Le lancé una cucharada y fallé.

Nos réimos juntos, Doë y yo, y subimos al piso de arriba, contemplando a la luz de la lámpara a nuestros tres hijos que dibujaban las suaves y profundas respiraciones del sueño. ¿Qué dirían de la decisión que habíamos tomado cuando tuvieran edad suficiente para comprenderla?

Sentíamos un tirón de miedo en el corazón y también un latido de resolución. Aquella noche, antes de acostarnos, nos arrodillamos y rezamos a Dios para que nos diera fuerza y valor».

Los Howard iban a necesitar fuerza y valor. “*Innocent Men / Hombres Inocentes*” se publicó en abril. Vendió 155.000 ejemplares, pero Howard no recibió dinero por él. Como con todos sus libros y obras de teatro en adelante, donó sus derechos de autor al Rearme Moral.

La reacción de *Fleet Street* fue una mezcla de asombro, furia y cierta admiración a regañadientes. Beaverbrook invitó a Michael Foot y Frank Owen a cenar a Cherkley. Allí tenía un ejemplar de “Hombres Inocentes” y lo leyeron esa noche. Foot y Owen se enfadaron por el título.

Foot telefoneó a Doë Howard a Suffolk y le dijo lo que pensaba. Duró veinte minutos, pero Doë estaba demasiado paralizada para colgar el teléfono. Foot y Owen se reunieron con Howard para almorzar en un pub de *Fleet Street* y le sugirieron que, en aras de un ‘desinterés absoluto’, tal vez no quisiera cobrar



más derechos de autor por “*Guilty Men / Hombres Culpables*”, una sugerencia que recogió Philip Jordan en su columna del *News Chronicle*. Howard les aseguró que prefería el acuerdo financiero original. Era su único ingreso.

Cassandra<sup>1</sup>, del *Daily Mirror*, lamentó la salida de «un canalla superdotado con mucho de Adán», ahora convertido en el «reverendo Howard, arrojando su alma al mostrador donde apesta como un bacalao que ha estado demasiado tiempo fuera del agua salada». Pero el autor del artículo a toda página en el *Sunday Pictorial* comentó: «Es un hombre valiente. Le admiro por ello”.

La reacción general en *Fleet Street* fue muy parecida. «Peter Howard está loco. No tiene dinero propio. Ha trabajado durante años para establecerse en el *Express*. Beaverbrook lo consideraba uno de sus chicos más brillantes. Sin duda habría conseguido un trabajo ejecutivo en poco tiempo. Y lo echa todo por la borda y se va al frío por culpa de ese RM, sea lo que sea».

Otros fueron más desagradables. Acusaron a Howard de traición, no de locura. Dijeron que era pacifista, comunista, fascista y deshonesto. Estas acusaciones periodísticas molestaron a su familia. Sus padres, que habían estado tan orgullosos de él, ahora se avergonzaban de él. Su madre escribió:

Camino de Wealden,  
*Little Common*.  
Abril 1941

Ambos estamos profundamente angustiados por ti y tus asuntos. Tenemos la fuerte sensación de que estás preocupado y de que las cosas no van bien. Los Buchmanitas te han absorbido, pero antes de que estés completamente perdido, ¿podemos hacer algo para rescatarte? En una etapa tan terrible de los asuntos mundiales, no dejes que el orgullo ni nada se interponga en tu camino. Estaríamos encantados de ayudarte a recuperar el control de ti mismo, que nos parece que has perdido por completo.

Esta carta está escrita con verdadera angustia, que me ha estado carcomiendo el corazón.

Te queremos mucho,

Mamá

---

<sup>1</sup> Sir William Connor

El único miembro de su familia que parecía entenderlo era su abuela, Gracie:

53B, *St. Anne's Crescent*,  
Lewes.  
Domingo, 20 de abril de 1941

Querido Peter: Gracias por tu libro. Lo he leído. Lo releeré con profundo interés.

La idea de la orientación y la ayuda de Dios no es nueva. Seguramente no podríamos haber vivido sin ella estos últimos años. Es real y vital para nosotros. Tal vez hayas recibido una llamada especial de Dios, y si es así debes obedecerla e ir a donde Él te ordene. Ha llegado a muchos en los últimos años, y qué privilegio ser elegido de esta manera.

Ojalá pudiéramos vernos de vez en cuando. Hoy estamos bajo el sol primaveral, lo que nos hace esperar que el verano no esté lejos, y que traiga la victoria y la paz una vez más.

Siempre estás en mis pensamientos,  
*Grannie/Abuelita*

Con pocos amigos a los que acudir y sin dinero, Howard tuvo que hacer rendir la granja *Hill*:

«Como yo no sabía hacer nada mejor, a veces les decía a los hombres que araran cuando el tiempo hacía que la tierra no estuviera en condiciones de ser arada, o les ordenaba que aplastaran el maíz joven... cuando hacerlo habría perjudicado a los cultivos.

Cuando les daba esas órdenes se miraban los unos a los otros, pero eran demasiado educados para contestar. Se iban a los campos y volvían a verme al cabo de media hora, más o menos, con el comentario: «Hoy no puedo trabajar, patrón».

Los setos se habían extendido hasta el terreno, diez y quince metros en algunos lugares.

Los bordeábamos y nos sentábamos tenazmente en nuestros tractores, desde el amanecer hasta el anochecer, arrancando los pesados motores, con las manos agrietadas y llenas de ampollas, cuando los primeros destellos de luz brillaban en la oscuridad, cambiando la gasolina por el aceite cuando el motor se calentaba después de unos minutos de trabajo; y trabajando sin descanso durante todo el día, con los cuerpos doloridos por los humos y las vibraciones,

helados por el viento y la lluvia que soplaba desde el Mar del Norte, pero animados por los surcos de buena tierra colocados en hileras ordenadas detrás de nosotros, donde antes había estado el desierto.

Por las tardes, trabajábamos para restaurar la vieja gloria de la granja. Dieciséis capas de papel brillante pintado fueron arrancadas de una habitación antes de que llegáramos a lo que había debajo: una copia de un periódico, fechado en 1832, con un relato de cómo un toro se desbocó en *Bury St. Edmunds* y mató a un perro antes de ser dominado, y la belleza férrea de las vigas de roble con las marcas del azadón todavía en ellas.

Descubrimos una antigua chimenea, y encontramos, en una esquina de la misma, el signo del maestro constructor que había rayado con compases al terminar el trabajo siglos atrás.

Doë y yo tuvimos que ponernos manos a la obra en tareas que nunca habíamos hecho antes. Planificamos y construimos nuestro primer edificio nuevo, marcando y midiendo sus cimientos con palos y cuerdas sobre la empapada hierba del prado una oscura mañana. Hundimos los postes de las esquinas, inclinamos el tejado, aserramos las vigas y el entablado, y nuestras manos y mentes, poco acostumbradas, quedaron perplejas y magulladas en casi todas las pequeñas operaciones.

No sé cómo se levantó aquel edificio. Pero sigue en pie. Doë y yo cometimos muchos errores, pero aprendimos de cada uno de ellos.

Pronto aprendimos la amarga lección de la vaca guapa, de piel brillante y ubres hinchadas, que mira orgullosa a los tratantes y a los subastadores en el mercado local. Te la llevas a casa y a los pocos días descubres por qué estaba a la venta un animal tan bonito.

Planeábamos aumentar nuestro rebaño de vacas para que fertilizaran los hambrientos campos, que llevaban una década oliendo poco a estiércol y eran accidentados y difíciles de arar.

Talamos, cortamos y aserramos el crecimiento selvático de un cuarto de siglo. La quemábamos a nuestras espaldas, y el polvo del carbón de los fuegos se quedaba pegado en el sudor de nuestras frentes y manos.

Llegaron las máquinas de vapor y rompieron, con cultivos profundos, la dura capa de arcilla que años de arado superficial a la misma profundidad habían dejado bajo la superficie de muchos de nuestros campos.

Me vienen a la memoria tantos recuerdos de aquellos primeros días de nuestra aventura agrícola, y la mayoría son de Doë.

Ella había vivido toda su vida en las ciudades. Su ropa y sus sombreros venían a menudo de París, que era la capital europea que mejor conocía. Llevaba el pelo rizado, recogido y las uñas de un delicado y casi humano tono rosa.

Temía la vida en el campo. Temía que la convirtiera en un vegetal.

La vida en la granja sacó de su vaina, donde la vida en *Fleet Street* la había depositado, todo el acero brillante e inconquistable del espíritu de Doë.

La veo ahora, con el sudor goteando de su frente sobre la tierra ardiente del verano, escardando, escardando, escardando hasta que llegaba el momento de preparar la cena.

La veo en un viejo *mackintosh*, con un saco atado a la cabeza y los hombros, el cuerpo inclinado hacia delante, como una flecha, contra la lluvia horizontal de diciembre, rescatando gallinas de los gallineros inundados y trayendo a casa triunfalmente un puñado de huevos para nuestra comida de invierno.

La veo erguida, frotándose con una mano la espalda dolorida y la otra apartándose el pelo que le había caído en los ojos.

La recuerdo mejor por las tardes, cuando el trabajo del día estaba hecho, cuando había que afrontar y planificar nuevas dificultades, cuando a veces parecía difícil continuar, saber si saldríamos adelante, cuando la tentación era vender la casa con beneficio, cosa que podríamos haber hecho, y salir adelante.

Doë nunca vaciló. Miró firme, fría y recta desde el principio. Tenía la intrepidez de corazón y la confianza en Dios que hace difícil para otros mantener en secreto sus temores o mantenerlos.

Hoy, las manos de Doë están astilladas, agrietadas y manchadas. Sin embargo, me parecen más bonitas que en los tiempos de las manicuras caras y perfumadas del *West End* londinense, más bonitas en el sentido de más queridas. Porque son las manos de un espíritu maduro que se ha mantenido firme en los días grises. Ha luchado y triunfado en la batalla de la adversidad».

En esa batalla participaron todos. Philip, Anne y Anthony se acostaban en la cama por la noche y escuchaban el constante raspar, raspar, raspar de un cuchillo que despegaba el último trozo de yeso de las vigas de roble. Pero por las mañanas, o en las calurosas tardes de verano, salían a arrancar cardos y zarzas de los cultivos.

Al principio había pocos ayudantes. Estaban Fuller, el encargado de la granja; Fred, el jinete, y Tommy Beeton. Tommy había subido la colina en bicicleta y le había pedido trabajo a Peter Howard. Howard le dijo que pensaba dirigir el lugar sobre la base de la honestidad absoluta entre jefe y trabajador. Tommy aceptó el trabajo. Unas semanas más tarde, se presentó ante Howard y le devolvió la cuerda y demás

material que se había llevado. Lo que no pudo devolver, se ofreció a pagarlo con su salario. Howard aceptó. Fue el comienzo de una amistad para toda la vida:

«La cara y los brazos de Tom están curtidos por el sol, lavados por la lluvia y endurecidos por el viento de muchas estaciones. No sabe escribir ni deletrear tan bien como un maestro de escuela, pero comprende el latido vivo de la tierra, la crianza de los animales desde su concepción, pasando por la madurez hasta el mercado, la cría y la muerte, el ritmo de cada campo desde el arado y la siembra hasta la cosecha. Está acostumbrado a equilibrar el repentino desastre de un día con el patrón constante de años y siglos. De forma desconocida para él, lleva parte de la sabiduría de Dios como instinto en sus huesos.

Sus manos son gruesas y fuertes, con el cálido tacto de la madera de la corteza de los árboles bajo el sol cuando las agarras. Son capaces de tomar un gran peso y levantarlo sobre sus hombros, y de tejer paja delicadamente en un tejado, aunque soplen fuertes vientos, de realizar operaciones con su navaja en cerdos y otros animales rápidamente, sin dolor, sin errores y sin anestesia, o de arreglar muchos tipos de maquinaria al rojo vivo en campo abierto, puede que en invierno y a menudo solo».

De Tom, Howard aprendió los secretos de la tierra. Esto fue más valioso para él que cualquier universidad agrícola. Le enseñó no sólo qué hacer, sino cuándo hacerlo. Poco a poco, Howard empezó a abrirse camino. El 'viejo Thorpe'<sup>1</sup>, de *Lavenham Park*, enviaba dos hombres y una carga de nabos: «Seguro que ese joven está en apuros. Vayan y ayúdenlo», les decía. La generosidad era grande. Nadie decía mucho, pero todos sabían que Howard estaba en apuros. Comprendían la preocupación y el trabajo que decidirían el futuro de *Hill Farm*.

En el verano de 1941, no era fácil imaginar cómo acabaría la guerra. En Suffolk, muchos suponían que los alemanes invadirían. Todos los letrados fueron retirados. No podías preguntar tu camino en *East Anglia*, incluso si eras bien conocido. Nadie decía nada. La Guardia Nacional tenía un gran apoyo en Lavenham y Howard era miembro de ella.

«Esperábamos que los nazis intentaran una invasión. Hombres, mujeres y niños, todos nosotros, queríamos luchar. Sin embargo, no teníamos con qué luchar. En nuestra parte de Suffolk teníamos siete rifles y 120 cartuchos para defender un frente de once millas de largo y cuatro de profundidad.

Cada noche, cuando Doë y yo poníamos a los niños en la cama, decían: «Mamá, papá, ¿vienen los alemanes?». Nos mirábamos por encima de sus cabezas y les hacíamos alguna broma como respuesta.

---

<sup>1</sup> El Sr. W. E. Thorpe, un vecino agricultor

Todas las noches, después de su trabajo, hombres y mujeres se reunían en todos los condados del este y fabricaban bombas caseras con alquitrán, gas y algodón. Teníamos que encender el algodón con un fósforo y luego arrojar el artefacto debajo de un tanque que avanzaba con la esperanza de que se incendiara.

Cavamos trincheras y escondites en la maleza junto a todas las carreteras que salían de la costa, para que los nazis no nos vieran antes de lanzarles nuestras bombas caseras.

Organizábamos lugares de encuentro en los bosques, por si nuestro campo era invadido.

Escondimos comida en lugares donde los alemanes no pudieran encontrarla.

Planificamos prender fuego a nuestros pajares y quemar todo lo que fuera útil para el enemigo en la línea de su avance.

Vigilábamos, durante toda la noche, en las torres de las iglesias, en los cruces de caminos y en todos los puntos importantes, por si los nazis empezaban a caer sobre nosotros en paracaídas desde el cielo».

La Guardia Nacional a menudo hacía de *Hill Farm* la base de sus operaciones. No era raro que los niños vieran salir a un soldado de una lechería del establo: «Ssh, soy un soldado británico», o de un pajar -con la cara cubierta de paja-: «Soy un alemán», lo que les hacía correr despavoridos hacia la casa.

Sólo había una ametralladora en un campo de tiro a las afueras de Lavenham. Era aquí donde la Guardia Nacional se reunía para las prácticas de tiro. Muchos de ellos eran adolescentes que ansiaban ‘probar suerte’. Howard y Pryke<sup>1</sup> eran los responsables de los platos. Una tarde de verano, cuando cesaron los disparos, fueron a retirar las dianas. De repente, la ametralladora situada detrás de ellos abrió fuego con una descarga de balas. Pryke y Howard cayeron de bruces. ¡Las balas no les dieron por centímetros! Oyeron al sargento gritarle al joven de la ametralladora: «¿Qué demonios estás haciendo?». «Pero usted dijo que podía intentarlo», respondió el chico. «Dije que la semana que viene», rugió el sargento. Errores de este tipo eran demasiado comunes.

Durante la guerra, los hombres y mujeres del *Rearme Moral* ingresaron en las Fuerzas Armadas. Sólo quedaron once hombres para mantener la organización en Gran Bretaña. Estos fueron clasificados como ‘evangelistas laicos’ y, como tales, estaban exentos del servicio militar. El Sr. Ernest Brown, entonces ministro de Trabajo, había creado esta categoría para todos los trabajadores religiosos no ordenados, por el valor que él le otorgaba a su servicio a la nación.

---

<sup>1</sup> Teniente Reg Pryke de Lavenham

Después de que el Sr. Bevin se convirtiera en ministro de Trabajo, en 1940, anunció que iba a llamar a filas a los hombres del RM. Esto significaba que trataría al Rearme Moral de forma diferente que a cualquier otro cuerpo cristiano. Los arzobispos de Canterbury y York, y los jefes de todas las iglesias libres protestaron, pero Bevin se mantuvo firme en su opinión. La resultante 'batalla de los once hombres' fue una en la que Howard se vio inmediatamente involucrado. Dejó la granja al completo cuidado de Doë, en un momento crítico, y se fue a Londres. Para Doë la responsabilidad era enorme. No tenía experiencia en agricultura, ni conocía mucho de Inglaterra.

De P. D. H. para Doë

4, *Hay's Mews*,  
Londres, W.1  
Agosto de 1941

Hasta ahora, casi cuarenta diputados están comprometidos con nuestra causa. El número crece cada día. No cabe la menor duda, cualquiera que sea el resultado de la cuestión inmediata, de que se está produciendo un avance constante y sustancial en casi todo el país.

Sea correcto o incorrecto, pero ciertamente es verdad, a menudo me encuentro echándote de menos con verdadero dolor. Al menos es alegre estar tan profundamente enamorado después de tantos años de matrimonio, con muchos más por venir. Tienes mi corazón y vivo contigo en pensamiento y espíritu, aunque ahora nos separe la distancia.

La radio ha dicho esta mañana que los agricultores pueden solicitar ayuda para la cosecha al comandante militar local. Creo que tú serías la persona más indicada para hacerlo.

De P. D. H. para Doë

Londres, W.1  
Agosto de 1941

Una granja es una de las pocas empresas en las que un hombre y su esposa pueden participar plenamente. A diferencia de casi cualquier otra empresa, tú y yo podemos trabajar en equipo en cada decisión y en cada operación. Alguien tiene que elaborar la nueva filosofía para la tierra, poniendo en lugar de sacar. El servicio primero y la perfección en cada detalle.

También siento, querida Doë, por primera vez, que tenemos una gran tarea que podemos aprender juntos desde el principio -la estructura y el conocimiento necesarios para cultivar la tierra-, cuánto trigo por acre hay que sembrar, cómo gestionar el ordeño a la perfección de principio a fin, etc. Será

muy divertido y, por una vez, marcharemos realmente a la par en igualdad de condiciones en la misma misión.

De P. D. H. para Doë

Londres W.1  
Agosto de 1941

Las pérdidas de la granja en nuestro primer año fueron de 1.200 libras. Yo había calculado 1.000 libras. El efecto es que nuestra deuda con la gente del impuesto sobre la renta -de 500 libras- está prácticamente eliminada. En las cuentas van las 316 libras que gastamos en semillas el año pasado y de las que nos estamos beneficiando en la cosecha de este año. Clemetson<sup>1</sup> calculó que perdimos casi 600 libras en ganado el año pasado.

Espero que este año obtengamos resultados.

De hecho, las pérdidas en la granja aumentaron constantemente. Hasta 1943 no empezaron a llegar los primeros beneficios.

De P. D. H. para Doë

Londres W.1  
10 de septiembre de 1941

Gracias por tus cartas, que me fortalecen y animan mucho.

Lamento que hayas tenido la impresión de que estaba preocupado por el dinero. Ahora estoy convencido de que con una gestión cuidadosa podemos vivir de los beneficios de la granja. Pero, por supuesto, debemos ser prudentes. En cualquier caso, intentaré ganar algo este invierno escribiendo.

El martes 7 de octubre de 1941, el Sr. Bevin participó en un debate de dos horas y media en la Cámara de los Comunes sobre el tema de los 'once hombres'. Ciento setenta y cuatro diputados habían firmado una moción de apoyo al RM. El debate fue grave, apasionado y, en algunos casos, venenoso. Pero el Sr. Bevin había dicho al Gabinete que, si era derrotado, dimitiría. Las autoridades se quedaron a las puertas y el Sr. Bevin se salió con la suya. En el debate, Bevin acusó a los 'once hombres' de ser objetores de conciencia y no 'evangelistas laicos'. Dijo que consideraba la protesta pública en su favor como una 'presión antidemocrática'.

---

<sup>1</sup> Contador de Howard



De P. D. H. para Doë

Londres W.1  
8 de octubre de 1941

Adjunto un relato literal de lo que ocurrió ayer en el Parlamento. Es exactamente como *The Times* publicó la noticia esta mañana.

Por supuesto, la línea de Bevin en el asunto abre una cuestión mucho más amplia que la de los ‘once hombres’, poniendo en tela de juicio como lo hace todo el trabajo pasado, presente y futuro. Es el ataque más grave que se nos ha hecho en toda nuestra historia. Sin embargo, en cierto sentido, es un ataque que, en la mente de las personas justas, puede ser fácilmente derrotado. Porque su trabajo es conocido por multitud de personas en todo el mundo. Y aunque a algunos les disguste la manera o el método, nadie cuestionaría que se trata de un trabajo religioso en el nivel espiritual más profundo.

Es grave que un ministro británico exprese en público una opinión que millones de personas reconocen que se basa en información errónea. Es tanto más grave porque afecta a muchas personas que, como yo, deben su fe a un contacto cercano al nervio del corazón del RM. Y no podremos volver a estar tranquilos hasta que esa sentencia sea revocada y de forma tan pública como fue pronunciada.

De P. D. H. para Doë

Londres W.1  
Octubre de 1941

El Consejo Federal de la Iglesia Libre aprobó ayer una resolución unánime y firme en nuestro favor. Este organismo representa a unos cuatro millones de personas. Una acción de este tipo -que ahora se emprende- está destinada a surtir efecto.

Por otra parte, se ha recibido una carta del jefe del ministerio que se ocupa de este asunto, de uno de nuestros amigos, redactada en términos de tal obstinación y rigidez que parece evidente que nada, excepto una fuerte presión, podrá desviarle.

La prensa había dado amplia cobertura a esta controversia. Se había dedicado mucho espacio a Bevin y a los críticos de los ‘once hombres’, pero apenas nada a sus oponentes. En su momento, Howard respondió a estas críticas, pero sus artículos nunca fueron publicados. Así que empezó a escribir un libro que trataba el tema en detalle. Finalmente se tituló “*Fighters Ever / Siempre Luchadores*”, y vendió más de 330.000 ejemplares. Se publicó en noviembre de 1941.

De P. D. H. para Doë

Londres W.1  
Octubre de 1941

Creo que el libro va bien. Es un trabajo duro y difícil, pero, en conjunto, la producción es más madura y, ciertamente, tan interesante como *Hombres Inocentes*. Tan pronto como esté en formato de bolsillo, tendrás que leerlo y darme tus consejos y comentarios sobre él: 28.000 palabras, algo más de la mitad que *Hombres Inocentes*, y se venderá a 6 dracmas. En un momento dado pensamos que podría llamarse *Hombres Peligrosos*, pero luego lo descartamos, y creo que lo mejor hasta la fecha es "*Our Defence is Sure / Nuestra Defensa es Cierta*".

Un día juntos, tú y yo, escribiremos un libro. Trabajaremos en él por la noche, a la luz de una lámpara o de una vela. Le dedicaremos tiempo y será un documento pulido, vigoroso y cálido.

David Robertson, diputado por Streatham, me llamó ayer de repente. Era simplemente para decir que había querido hablar en nuestro nombre, pero no pudo captar la atención del presidente de la Cámara. Le entristecía que el asunto hubiera salido como había salido, y que Bevin había cometido el error fundamental y fatal de no comprender hasta qué punto se sentía mucha gente al respecto.

Mi propia sensación sobre los hombres del parlamento es que, mientras unos pocos hermanos más débiles se han dejado llevar por el aire caldeado, la mayoría de nuestros partidarios se han visto consolidados por los acontecimientos. Es extraño decirlo, pero tengo la sensación de que obtuvimos una victoria la semana pasada, o cuando quiera que fuera (he perdido la noción del tiempo estos últimos días). Supongo que a los apóstoles les debió costar ver la crucifixión como una victoria. Sin embargo, lo fue. De la misma manera, a partir de lo que humanamente fue un rechazo por parte de los hombres, siento que pueden venir avances como resultado del duro paseo en la Cámara de los Comunes.

Howard regresó a su granja de Suffolk. Llegaron ocho campesinas para ayudar en el trabajo de la granja. Vivían en la casa y se convirtieron, durante aquellos últimos años de la guerra, en parte de la familia Howard. Algunas de ellas perdieron a sus hermanos, padres o amigos durante aquellos meses. El trabajo era arduo incluso para los hombres, en la tierra arcillosa de Suffolk, pero para las mujeres era desesperadamente pesado. Se hicieron fuertes y se acostumbraron a la intemperie. La granja se ensanchó para dar cabida a las nuevas trabajadoras. A pesar de la aglomeración, la casa nunca perdió la sensación de hogar o bienvenida que Peter y Doë Howard habían creado.

Los granjeros, que llegaban temprano a ordeñar, desayunaban antes de volver a casa. Howard asumía la carga. Se levantaba temprano, a las tres o las cuatro de la mañana. Si quería que le hicieran un trabajo, siempre estaba allí media hora antes y sólo se marchaba cuando los demás se habían ido a casa. En la oscuridad de la madrugada se le podía ver, como una gran sombra, recorriendo los edificios para comprobar que todo iba bien.

Más tarde, cuando rara vez estaba en casa, se ofrecía para dar de comer a sus hombres durante el fin de semana. Le traía a la memoria los primeros años de lucha, cuando parecía que nunca llegaría a fin de mes. Encontró paz y dirección entre sus animales.

A finales de diciembre de 1941, se produjo un nuevo acontecimiento en Suffolk en tiempos de guerra:

«Todos los hombres sanos fueron convocados a la municipalidad. En el suelo había grandes cajas de madera. De ellas nos dieron a cada uno un fusil y veinte cartuchos de munición. Por primera vez, desde Dunkerque, sentíamos que teníamos algo con lo que contraatacar si venían los nazis. Nuestros corazones cantaban una nueva canción. Es una sensación que recordaré todos mis días.

Estos rifles fueron las primeras armas que llegaron -desde los EE. UU.- a los condados del este. Fue como si un amigo hubiera puesto de repente un arma en nuestras manos en un momento en que estábamos entre la espada y la pared y no nos quedaba más que la fe».

En febrero de 1942, siete oficiales estadounidenses llegaron a Inglaterra para preparar la llegada de la Octava Fuerza Aérea. Construyeron muchos de sus aeródromos en *East Anglia*:

«Muchos de ellos se situaron en las mejores tierras de cultivo de Gran Bretaña. En algunas partes de los condados orientales de Inglaterra se cultivan más cosechas por acre que en cualquier otra zona del mundo. Y los topógrafos, enviados por el ministerio del Aire, para elegir las bases, escogieron terrenos lo más llanos posible. Pero la tierra llana es la mejor tierra de cultivo, la más fácil de cultivar con caballo y tractor, y los mejores agricultores la ocupan.

Agricultores cuyas familias habían poseído y cultivado la misma tierra durante muchas generaciones se encontraron de repente desposeídos. Tuvieron que esperar hasta tres o cuatro años para recibir la indemnización del Gobierno, y cuando ésta llegó estaba muy por debajo del valor de mercado de sus explotaciones. Pero no hubo quejas.

Pronto hubo hectáreas de hormigón, donde antes había hectáreas de maíz. Al anochecer, solíamos recorrer las pistas desiertas del perímetro en un coche

con armas deportivas apuntando por las ventanillas y disparábamos a las perdices cuando volvían a casa a descansar.

Los primeros norteamericanos que llegaban nos miraban asombrados mientras, con aspecto de pandilleros, pasábamos en la penumbra.

Pocos de nosotros en *East Anglia* habíamos estado en Estados Unidos. Pero los Estados Unidos vinieron a nosotros. Los vimos llegar en el momento de nuestra desesperada necesidad: decenas de miles de hombres jóvenes, despreocupados, alegres, confiados y valientes».

Los niños de *East Anglia* apenas comprendían el peligro de aquellos meses. En cambio, la emoción de los convoyes de soldados americanos, de los que con un grito de «¿algún chicle, amigo?» podías conseguir algún que otro paquete de chicles, parecía mucho más importante. Las fiestas de Navidad, las primeras que vivía un niño de la guerra, se celebraban en las bases aéreas norteamericanas. Los tres hijos de Peter Howard estaban entre los que tuvieron la suerte de ir:

«Había un árbol enorme, adornos, juegos, un regalo para cada invitado, cualquier cantidad de caramelos, que los hombres de la base habían guardado especialmente de sus raciones, y sobre todo grandes cantidades de helado.

Cuando los *jeeps* y los camiones regresaban a los pueblos en la oscuridad, los niños salían de ellos con los ojos brillantes como estrellas y las mejillas rojas como acebos de la emoción. “Mira lo que me han regalado nuestros tíos americanos. Oh, mamá, ha sido maravilloso”».

Para Philip, Anne y Anthony Howard -como para todos aquellos niños- era difícil imaginar que los grandes bombarderos que zumbaban sobre sus cabezas, en dirección a Alemania, estaban llenos de aquellos jóvenes americanos que les habían agasajado la noche anterior, algunos de los cuales nunca volverían. Los niños se subían a las grandes pilas de paja del patio y se quedaban tumbados contando los aviones mientras volaban hacia el este. Luego, cuando oían el ruido de los bombarderos que regresaban, volvían corriendo a su escondite de paja y contaban los que volvían. A menudo había aviones dañados, con un ala rota o un motor averiado, y siempre faltaba alguno. Con una pesadez y una tristeza inexplicables galopaban de vuelta a casa en el crepúsculo».

Algunos amigos de Peter Howard le instaron a que enviara a sus hijos a la seguridad de Canadá o Estados Unidos, junto con los miles de personas que ahora iban para allá. Se negó a hacerlo. El tema se había decidido por él la primera semana después de conocer al RM. En aquel momento, amigos de la prensa le ofrecieron dinero para que su familia cruzara el Atlántico. Él había decidido que se quedarían donde estaban. Otras personas de su pueblo no pudieron escapar. Pensó que le correspondía a él dar ejemplo. Y seguía pensando lo mismo.

En pleno bombardeo de Londres, la noche de *East Anglian* se llenó de batallas en el cielo. Luego vinieron los bombardeos, con bombas y minas lanzadas desde los aviones que huían sobre una campiña desprevenida. Una mina terrestre fue lanzada a cien metros de la granja y derribó todas las ventanas, pero el viejo edificio *Tudor* se estremeció y volvió a su sitio. Por último, estaban los V1, '*Doodlebugs o buzz-bombs*', con sus luces intermitentes y sus agudos silbidos. A veces los motores se apagaban antes de llegar a Londres y caían silenciosamente en la oscuridad. Más a menudo se paraban y volvían a arrancar. En esa eterna pausa, los niños permanecían inmóviles en la cama con los dedos en las orejas. Anthony Howard era el filósofo en esas ocasiones: "Ya no sirve de nada llorar", decía. "Ha estallado y estamos a salvo".

Howard no evitaba las dificultades y no quería que sus hijos lo hicieran. Había en él una pasión por afrontar la realidad del miedo, la mala comida, la falta de agua caliente. Inventaba nombres mágicos para algún plato poco atractivo y así conseguía que sus hijos lo comieran. Los enviaba todos los días a la escuela de Lavenham, en poni y trineo, y volvían así hiciera el tiempo que hiciera, a menudo trayendo consigo a un amigo que se sumaba a los que ya estaban alrededor de la mesa del comedor. Los niños lavaban y secaban los platos, para quince personas, después de la comida y los guardaban antes de que se permitieran los juegos. La disciplina provocaba quejas ocasionales, pero no lamentaciones.

En la casa reinaba la alegría y la tranquilidad. A Howard le gustaba divertirse, pero le desagradaban profundamente los ruidos fuertes, los golpes en las puertas, el ruido de los pies al correr por la casa o las risas agudas. Si lo oía, marchaba hacia el culpable y le regañaba. A la mañana siguiente volvía a mencionarlo, y no solía ocurrir dos veces.

Habiendo sido él mismo tan impuntual de joven, se volvió extremadamente puntual. No se servía ninguna comida hasta que todos estaban presentes. Los que llegaban tarde se ganaban la ira y la indignación de los hambrientos. El propio Howard se quitaba la ropa de trabajo y llegaba puntual a todas las comidas. Lo mismo ocurría con sus citas o deberes en tiempos de guerra.

Sin embargo, aquellos años, con todas las sombras de la guerra, trajeron consigo mucha alegría. El trabajo agrícola era pesado; las pérdidas de la granja en los dos primeros años fueron de 2.615 libras, pero él nunca mostró su ansiedad o preocupación a sus hijos. Era un padre maravilloso. Después del trabajo organizaba juegos estimulantes: "caza del leopardo", "patear la lata", "escondite". La energía con la que se jugaba era total. Howard no creía en 'jugar a perder' por el bien de los niños. Insistía en que todos debían jugar para ganar, y así lo hacían. Debía de estar agotado, pero nunca lo demostró. En las competiciones de carreras, saltaba sobre su pierna buena, mientras los niños corrían a su lado. Era un experto en el arte del salto y podía recorrer casi dos metros y medio a la vez. Ganó una carrera de saltos con sus hijos hasta que éstos entraron en la adolescencia.

En las largas tardes de invierno inventaba y contaba fascinantes historias de animales. Todos los personajes eran muy conocidos en la granja. Más tarde, cuando

sus hijos se fueron al internado, escribía estas historias por fascículos cada semana. Y más tarde, las utilizó para escribir una pantomima para sus nietos.

Combinaba su estricta disciplina con una inusual profundidad de comprensión. Era fácil hablar con él y, sin embargo, podía caminar kilómetros por el campo contigo sin decir nada. Su amor por el campo era enorme, pero ya no quería refugiarse en él:

«Cuando la compré, la granja estaba clasificada como ‘C’. Ese es el grado más bajo de las granjas de mi vecindario, el grado en el que las granjas son arrebatadas a los granjeros y gestionadas en interés nacional por el Comité Ejecutivo de Guerra. Pero como yo era un hombre joven, me dieron una oportunidad. Esperaron a ver qué podía hacer.

Un día, unos señores se acercaron a la puerta de nuestra granja en un coche. Eran miembros del Comité Ejecutivo de Guerra y habían venido a inspeccionar nuestras tierras. Caminamos juntos, de campo en campo, en silencio. A veces me hacían preguntas sobre el cultivo de los campos y tomaban notas en una libretita. Luego me dieron la mano y se marcharon. Un mes más tarde recibí la siguiente carta:

Estimado señor: El Comité Ejecutivo, con el asesoramiento del Comité de Distrito correspondiente, se complace en elevar la clasificación de su granja a ‘A’ y en expresar su agradecimiento por los esfuerzos realizados para lograr este resultado.

Atentamente,  
(Firmado)  
Oficial Ejecutivo.

La calificación 'A' es la más alta que se puede obtener en este distrito. Doë y yo nos miramos al otro lado de la mesa. Lo habíamos conseguido. Sabíamos que fuera lo que fuera de nosotros en el futuro, viviéramos en el campo o en las ciudades, ricos o pobres, enfermos o sanos, las cosas nunca volverían a ser iguales para nosotros».

La experiencia que Howard adquirió en esta batalla y en la victoria final sobre la tierra fue inestimable. Le hizo capaz durante el resto de su vida de dar instrucciones precisas y competentes a sus hombres, a menudo desde una distancia de varios miles de kilómetros.

En 1965, el año en que Howard murió, los beneficios de la granja habían ascendido a más de 6.000 libras. Y dos años más tarde habían alcanzado más de 9.000 libras. En 1943, el principal interés de Howard era poder proporcionar más alimentos a Gran Bretaña, en un momento en que los necesitaba desesperadamente:

«Este pedazo de tierra ha luchado con muchas generaciones antes de que yo entrara en escena, y luchará con muchas más después de que yo me haya ido. No conoce el descanso, y quienes la sirven no pueden permitirse una pausa en su trabajo».

Durante los años de la guerra, cientos de personas visitaron *Hill Farm*. Algunas de ellas habían leído los libros de Howard. Todos habían oído que había un espíritu único en el lugar, y muchos de ellos se contagiaron de ese espíritu.

La llegada de prisioneros de guerra alemanes para trabajar en las granjas británicas creó bastante revuelo. Los campesinos son tradicionalmente reticentes. Para los niños Howard fue aterrador. Habían oído que los alemanes eran ‘enemigos’. Y ahora se dirigían a *Hill Farm*. Cuando Rüdi y Willi bajaron del camión, al pie del camino de entrada a la granja, aquella primera mañana, debieron de encontrar alarmantes aquellos tres pequeños pares de ojos oscuros que les miraban fijamente. Trabajaban en silencio y a la perfección. Siguiendo instrucciones del comandante de la prisión, no debían darles de comer, ni entrar en la casa. Hablaban poco inglés y automáticamente pensaron que nadie querría hablar con ellos. En lugar de eso, Howard se propuso hacerse amigo de ambos. Tardó muchos meses. Howard escribió y pidió permiso para darles una comida caliente cada día. Se lo concedieron. Willi y Rüdi necesitaban comida. Comían con hambre.

A veces, en las mañanas de primavera, mientras Willi y Rüdi aporcaban las largas hileras de remolacha azucarera, los niños iban a observarlos. De repente, oían el ruido de un avión alemán. Lo reconocían antes que nadie, pues eran aviadores. Rápidamente, se volvían y tomaban a Anne bajo un brazo y a Anthony bajo el otro. «*Schnell, schnell*», decían, y corrían hacia la zanja. «Silencio», decían. Los niños permanecían inmóviles mientras la sombra negra cruzaba el campo. Luego, con un alivio salvaje, corrían riendo de vuelta al trabajo, mientras Willi y Rüdi los seguían meneando la cabeza y sonriendo. La ironía de la situación no era notoria para los niños. Pero Howard estaba agradecido.

El 7 de septiembre de 1944, John, el único hermano de Peter Howard, fue uno de los paracaidistas que partieron hacia Arnhem:

«Una mañana de otoño, me dirigía a mi trabajo por un camino secreto y perfumado de setos, endurecido por el paso de generaciones de botas agrícolas.

Tomé mi rastrillo de cuatro puntas y empecé a palear estiércol negro y húmedo del corral del ganado hacia las carrozas.

Aquella mañana no canté en mi trabajo. A medida que mi espalda empezaba a dolerme al ritmo del trabajo, también me dolía el corazón con una sensación de aprensión y presentimiento. Por encima de mi cabeza, hora tras hora, en formación estable, los remolcadores y planeadores volaban hacia el este, en dirección a Arnhem. En uno de ellos iba mi joven y único hermano.

Me preguntaba si John contemplaría la granja a su paso. Conocía el lugar y le encantaba. Había cazado perdices aquí y había recorrido los campos conmigo. Unas semanas antes me había escrito preguntándome si podía venir a trabajar aquí cuando terminara la guerra.

Me lo imaginaba tan alegre y valiente, mientras enderezaba mi dolorida espalda en el corral del ganado y, apoyado en mi horquilla, forzaba la vista para ver pasar la cabalgata aérea.

Sus ojos eran verde azulados y su pelo dorado. Luchó durante toda la guerra: soldado raso en la artillería, comandos de asalto en las islas del canal y en Lofoten, alistado en el Real Regimiento de Sussex, herido en Alamein, ahora capitán de la División Aerotransportada camino de Arnhem. «Hará falta algo más que un nazi para atrapar me», dijo la última vez que lo vi.

John nunca volvió de Arnhem. La mayoría de su compañía murió. Estaban en el punto álgido de la lucha. John estaba furioso por la muerte de sus amigos. Fue visto por última vez, por un explorador británico, a tres kilómetros de nuestro perímetro, escondido en una zanja y disparando al enemigo. El explorador le preguntó si no volvería al perímetro. «Estoy muy bien donde estoy, gracias», respondió John. Así que el explorador le dio unas galletas y un trozo de queso y lo dejó solo en su zanja, con el enemigo a su alrededor.

Cuesta creer que alguien tan joven y vehemente pueda estar tan tranquilo y quieto. Muchos de nosotros, en tantas tierras, tenemos hoy recuerdos sencillos y entrañables como éste, perlas de gran precio enhebradas en la cuerda eterna de la memoria, sobre alguien a quien hemos amado y perdido por un tiempo.

Para mí, el peor dolor de una despedida así es pensar en lo diferente que debería haber actuado si hubiéramos podido volver a estar juntos. Si no hubiera dicho aquello... Si no hubiera hecho esto... Si tan sólo... Quería tanto al chico y a menudo se lo demostré tan mal».

El dolor de Howard por la pérdida de su hermano era compartido por Willi y Rüdi. Les costó decir lo que sentían. Pero lo hicieron en un inglés entrecortado: «Lo sentimos».

A finales de 1944, Willi y Rüdi se habían convertido en parte de la familia. Era una amistad firme. Afortunadamente, la guerra parecía llegar a su fin. Parecía que los prisioneros alemanes pronto regresarían a casa. Howard escribió a la Oficina de Guerra y preguntó si Willi y Rüdi podían ser invitados a pasar el día de Navidad en *Hill Farm*. Era una petición sin precedentes. Tras largos retrasos, el permiso fue concedido.



Para la familia Howard, sería la última Navidad que celebrarían juntos en dos años. Los preparativos fueron emocionantes. Se tejieron cálidos pasamontañas y calcetines para Willi y Rüdi, se decoró el árbol con manzanas rojas al estilo alemán y los niños aprendieron la letra de *Stille Nacht* (Noche de Paz). Invitaron a todos los granjeros y a sus esposas, y vinieron las campesinas, los vecinos y todos aquellos a quienes los Howard habían conocido durante los años de la guerra.

Siempre recordarán el asombro de Willi y Rüdi al entrar en aquel cálido salón de la granja. Les costaba creer que no fuera un sueño, mientras se sentaban torpemente a la mesa a comer en una vajilla de porcelana y plata que hacía tiempo que habían olvidado. Después de cenar, se sentaron junto al árbol y escribieron sus primeras cartas a sus familias en Alemania Oriental. Luego abrieron los regalos y escucharon los villancicos. Poco a poco empezaron a cantar en alemán. Era la primera vez que los niños veían llorar a un hombre adulto.

Willi y Rüdi abandonaron Gran Bretaña poco después. Escribieron dos veces cuando llegaron a casa, y luego ya no. Pero contaron a sus amigos: «Hay una granja en Inglaterra que es diferente de cualquier otra que conocemos. Fue la primera vez en que no nos sentimos prisioneros».

En mayo de 1945 llegó el Día de la Victoria en Europa, y en julio, las elecciones generales en las que Winston Churchill fue derrotado y un gobierno laborista llegó al poder. Peter Howard había votado a Churchill. Si John Howard hubiera estado vivo, habría votado por Attlee:

«John puso sus esperanzas políticas para el futuro en el Partido Laborista. Y me dijo por qué. Solía decirme algo así: “Al menos sé lo que defiende el Partido Laborista. Defienden un trato justo para ti y para mí, con comida, una casa y un trabajo para todos los que quieran hacerlo. Defienden que todo el mundo tenga las mismas oportunidades y una distribución más equitativa de la riqueza del mundo, no habanos en el Ritz y hambre en Rhondda, no pato en Berkeley y paro en Barrow. No sé si serán capaces de dárnoslo”.

Recuerdo que una vez dijo con nostalgia, mientras daba caladas a una pipa que le quedaba demasiado grande: “Había un espíritu maravilloso en el campo desierto con el Octavo Ejército, sabes. Sentías una verdadera camaradería en las armas. Ese es el espíritu que queremos cuando termine la guerra, pero supongo que es imposible en tiempos de paz”.

Ahora los laboristas están en el poder en Gran Bretaña, el partido en el que estaban puestas las esperanzas políticas de John. Ese partido, como partido en el poder, lleva consigo los sueños y los corazones no sólo de los ‘Johns’ que murieron por la libertad en mares, tierras y cielos extranjeros, sino también

de los 'Toms', 'Dicks' y 'Harrys', de todos los matices de convicción política, que vuelven a casa para construir el nuevo mundo que queremos.

El cinismo está muy extendido entre los británicos, la creencia de que las guerras son quizás inevitables, que nunca podremos conseguir el tipo de mundo que anhelamos que disfruten nuestros hijos, que la humanidad está atrapada como una bestia muda en una trampa, condenada para siempre a soportar cierta incertidumbre y desesperación.

No acepto esta política de derrota. Creo que el Laborismo británico tiene hoy una de las oportunidades más doradas que las masas populares hayan confiado jamás a un partido, una oportunidad resplandeciente en un momento en que las dificultades y los peligros son tan oscuros como nunca antes en nuestra larga historia. Pero no creo que el hecho de que el Laborismo esté en el poder sea suficiente por sí mismo para inaugurar el milenio.

No. Los laboristas nos gobiernan, pero ¿qué idea gobernará a los laboristas? ¿Serán los laboristas guiados por Dios para reconstruir el mundo, o los laboristas guiados por la nariz para reconstruir el desastre?».

En 194, Peter Howard publicó dos libros. El primero, *Ideas Have Legs* / Las Ideas Tienen Piernas, había sido escrito, pulido y reescrito a lo largo de los años en la granja, y fue un éxito inmediato y duradero. Innumerables personas de todo el mundo debieron a ese libro un nuevo comienzo en la vida. El otro libro era *Men on Trial* / Hombres a Prueba, una colección de retratos de líderes políticos que se enfrentaban a la paz.

Howard terminó Hombres a Prueba en septiembre, justo a tiempo para emprender su primer viaje a los Estados Unidos. Iba al encuentro de un hombre al que aún no conocía, pero que ya había marcado su vida más que ningún otro ser humano. El hombre se llamaba Frank Buchman.

## Capítulo 10

El otoño de 1945 significó el reencuentro para miles de familias. Para Peter Howard fue el comienzo de veinte años de trabajo, de los cuales no iba a pasar más que unos pocos meses en casa con su mujer y su familia. No fue por elección propia. Odiaba dejarlos. Pero era su compromiso. Decía: «Mi vida no es mía». A partir de entonces, su tiempo y sus energías se dedicaron incesantemente a los demás.

Howard partió hacia los Estados Unidos con tres amigos: George Light, presidente del Club Nacional de Sindicatos; Roland Wilson, secretario del Rearme Moral en Gran Bretaña, y Andrew Strang. Zarparon de Fowey a bordo del buque *Liberty David B. Johnstone*, que transportaba unos treinta pasajeros y un cargamento de loza a Portland, Maine. Doë bajó a Cornualles para despedir a su marido. Para Doë la despedida fue dolorosa. Las condiciones en Gran Bretaña después de la guerra eran difíciles. La mayoría de las familias por fin tenían a sus hombres volviendo a casa para ayudarles. Doë tenía tres hijos y una granja que administrar sola. Peter Howard le escribía casi todos los días.

De P. D. H. para Doë

A bordo del barco  
Septiembre 1945

El mar está a 2.000 brazas de profundidad debajo de mí mientras te escribo. Es fácil hablar de 3.000 millas de océano, pero es difícil comprender su inmensidad hasta que se navega por él día tras día. Los pájaros nos han seguido desde Fowey.

Navegamos por una ruta llamada el Gran Círculo, que, debido a la redondez de la tierra, es 130 millas más rápida que una ruta directa de punto a punto. Tuvimos un día bastante duro y tuvimos que cambiar el rumbo dos veces porque el barco empezó a balancearse mucho.

El capitán sigue hablando de ti y piensa que eres maravillosa. Por supuesto, yo también. No hace falta que te diga lo mucho que pienso en ti. Vivo cada hora contigo y soy capaz de imaginarme los sonidos, las vistas y los olores de la granja a lo largo de cada día. Cierro los ojos y espero verte caminando por la terraza hacia mí en cualquier momento.

Mi hogar es un lugar infinitamente precioso, y tú has construido uno tan maravilloso. Créeme, te calienta el corazón y te hace sentir parte de él por muy lejos que vayas.

De P. D. H. para Doë

A bordo del barco  
Septiembre 1945

Es un maravilloso don de Dios que, con todo el dolor de la separación, puedas estar más cerca de los que amas, a través de 3.000 millas de océano, que muchos que se sientan juntos junto a la misma chimenea.

En este barco, de veintiún soldados que regresan a casa de la esfera europea, cinco vuelven para divorciarse de sus esposas. Cada noche, el sobrecargo viene al camarote a buscar medicinas, ya que su trabajo consiste en inyectar y dosificar los casos de enfermedades venéreas a bordo. A juzgar por las apariencias, son bastantes. Un hombre lleva cuatro años y dos meses en el extranjero y regresa con 1,30 dólares en el bolsillo. Todos calculan el futuro en efectivo. Piensan en todo en términos de dólares. A pesar de todo, son simpáticos, jóvenes, vigorosos e independientes.

La lista de víctimas mortales ha sido más ligera para las democracias en esta guerra que en la anterior. Pero el peaje moral ha sido infinitamente más pesado. Millones de personas ya no creen que el mal esté mal.

El Partido Laborista surgió del amor, no del odio. Su verdadera línea de batalla es el amor contra el odio, la fraternidad contra la amargura, el plan de Dios contra el intelectualismo del hombre, el control de Dios contra el control de clase. Sin cambio nada se modificará, salvo el ritmo con el que los problemas se multiplican y dividen a la humanidad. El RM representa una acción más rápida, hombres radicalmente transformados y un abordaje más determinado.

Creo que tendremos que enfrentarnos al hecho de que, a pesar de haber pateado los poderes dictatoriales en la guerra de las armas, la propia democracia está en declive. Hoy hay menos democracia verdadera en el mundo que en cualquier otro momento de los últimos cien años. En la guerra, el Parlamento podía tomar decisiones rápidas, contundentes y unidas porque el peligro era tal que los individuos y los partidos sacrificaban su propio interés. Pero la paz ha apagado la chispa del desinterés que encendió el peligro.

Es interesante cómo todos los aspirantes a dictadores ofrecen cambiar la libertad personal de los hombres por el bienestar material. Este espíritu de codicia es fatal para la democracia y los dictadores lo saben y lo utilizan. La

democracia es un modo de vida. Se rompe si en algún lugar hay un fuerte egoísmo sectorial que se esfuerza por mejorarse a sí mismo a expensas del conjunto. Cuando el bienestar material se convierte en el primer objetivo de muchos corazones, la libertad está prácticamente perdida.

El objetivo del laborismo era el poder. Poder es todo lo que los laboristas han conseguido hasta ahora. El gobierno laborista se mantendrá o caerá en función de si crea o no un nuevo clima moral en Gran Bretaña.

Lo contrario del Rearme Moral es la desmoralización. Y la desmoralización avanza rápidamente por Europa y el mundo. Las naciones se hundirán más rápidamente ante la marcha de la desmoralización que antes de la marcha de los ejércitos. El RM no es sólo la diferencia entre lo agradable y lo desagradable. Es la diferencia entre la vida y la muerte.

Te doy las gracias, Doë. Tu corazón y tu hogar se extienden por todo el mundo. Bueno, estamos muy cerca de arribar, así que pronto debo cerrar esta carta. Recuerda a mis padres y a Pamela el 17 de septiembre, aniversario de Arnhem.

. . .

Howard llegó a los Estados Unidos el 16 de septiembre de 1945. Primero fue a la isla Mackinac, en Michigan, para reunirse con el Dr. Frank Buchman.

El encuentro entre Buchman y Howard fue sorprendente. Los dos hombres eran tan diferentes en edad, antecedentes y perspectivas. Buchman esperaba encontrar en Howard a un joven y descarado periodista de *Fleet Street*. Encontró una calidad y profundidad que no esperaba. Howard esperaba encontrar en Buchman a un anciano serio y enfermo, pues Buchman tenía sesenta y siete años, y dos años antes había sufrido un derrame cerebral que le había dejado secuelas físicas. En cambio, encontró un ingenio, una energía y una realidad que le asombraron. Buchman puso a Howard a trabajar de inmediato. Se quedó en Mackinac sólo unos días. Durante los seis meses que pasó en los Estados Unidos y Canadá, recorrió más de veinte de las principales ciudades.

De P. D. H. para Doë

Montreal  
Septiembre de 1954

Literalmente, desde que llegamos, no he tenido un momento para mí, hasta ahora. Ha sido un tiempo maravilloso, pero el trabajo más duro que haya hecho hasta hoy.

Esta tierra es de una abundancia asombrosa. Fluye leche y miel. El hotel provinciano, de segunda categoría, ofrece comidas y un servicio que hoy en día no se podrían encontrar en ningún lugar de Londres.

Portland, Maine, donde desembarcamos, es rocosa. La llaman la costa rocosa de Maine. Paradójicamente, después de haber escuchado relatos un tanto elogiosos, de los miembros de la tripulación, sobre el clima americano, estuvimos anclados fuera del puerto durante un tiempo considerable a causa de la niebla.

Fue divertido pasar la noche en vela en el tren de camino a Nueva York. Viajamos a través de Nueva Inglaterra. Allí todos los nombres eran ingleses. Imagínate cómo se me encogió el corazón cuando llegamos a Haverhill y oí al portero cantar el nombre con la genuina pronunciación de *East Anglian*. El vagón en el que nos sentamos era casi exactamente igual a los vagones salón de *Liverpool Street*, sólo que con aire acondicionado y agua caliente, toallas y jabón en el lavabo, lo que fue de gran ayuda. Son estas pequeñas cosas las que causan una impresión tan fuerte al llegar por primera vez a los Estados Unidos.

Nueva York es una ciudad de acero, estupenda y diabólica. El clima, tanto allí como en Washington, es inimaginable: un calor húmedo que hace que uno se despierte sudando y permanezca así durante todo el día. La mayoría de los edificios tienen aire acondicionado.

La cima del edificio *Empire State* es como estar en equilibrio en el pináculo del diente más alto de todos, en medio de una inmensa boca de vapor abierta. Ahí se comprende la fuerza de la tentación de Cristo. «Todas las ciudades del mundo se extienden bajo tus pies»; el *Queen Mary*, en el muelle, parece un pequeño barco de vapor de juguete; edificios dos o tres veces más altos que la columna de Nelson, parecen insignificantes faroles en las calles de abajo; autos, como una procesión de disciplinadas hormigas moviéndose y deteniéndose en las grietas del polvo, que son calles mucho más anchas que Whitehall. «Todas las ciudades del mundo para ti si te arrojas y me adoras», dijo Satanás. En cierto sentido, Nueva York lo ha hecho. Riqueza inimaginable, pero una calidad metálica, incluso en la arquitectura, y en los rostros de los ciudadanos: impulso, empuje, velocidad, dinero. Sobre todo dinero. Para los que quieren adorar a Mammon, Nueva York es su Meca. Es la bomba atómica de la humanidad. Su empuje, su energía, su fuerza son colosales, casi increíbles. En cierto modo, ahora mismo es como una pesadilla hecha realidad. Pero podría ser un centro neurálgico para hacer realidad los sueños de la humanidad.

El pueblo estadounidense es maravilloso: directo, vital, amable. No se andan con tonterías y poseen una intensa sagacidad, unida a una ingenuidad de lo más divertida.

Estoy enviando algunos regalos para los niños. Sugiero el juego de ilusionismo para el cumpleaños de Philip, lápices de colores para el cumpleaños de Anne, y la bolsa suiza y los palos para construir banderas como regalos inmediatos para Anne y Ant. Estaré pensando en ellos.

De P. D. H. para Doë

Washington D. C.  
Octubre de 1945

Washington te encantará cuando la veas. Es asombrosamente parecida a París, con sus amplios y hermosos bulevares y sus viejas casas georgianas blancas, construidas al fondo y muy espaciadas.

Canadá es una tierra diferente, una tierra asombrosa, con ilimitadas extensiones aún inexploradas, o al menos sin explotar. Once millones de personas viviendo en una tierra capaz de albergar a 250 millones. Kilómetros de selva virgen pintada en grandes franjas de ocre, rojo y dorado por la escarcha del otoño.

Cuando estás lejos de tu país, empiezas a amarlo, y a amar a su gente, mucho más que antes.

De P. D. H. para Doë

Isla Mackinac  
8 de octubre de 1945

Estoy en la cama a altas horas de la noche, sentado con la almohadilla en la rodilla y mi lucecita encendida, aprovechando la ocasión para enviarte unas palabras con un francés que vuela el jueves.

Típico de Buchman, es que estando aquí a las 4.00 de la tarde del sábado, y con un grupo de gente que puede tener que decidir sobre todo el futuro, y sin que nadie tenga claro qué hacer con ellos, dijo: «Peter, encárgate de la reunión». Y volviéndose hacia mí enérgicamente: «Todo depende de cómo lo manejes». Luego se marchó. Era la primera vez que me quedaba con todo el 'bebé' en el regazo durante dos horas seguidas.

El próximo sábado tenemos un gran acontecimiento en *Grand Rapids*. Tengo que hablar ante 3.000 personas en la municipalidad. Me siento cansado, pues es un programa bastante ajetreado.

Que Dios te bendiga a ti, a los niños y a toda la familia. Te echo mucho de menos, como sabes, todos los días.

De P. D. H. para Doë

Isla Mackinac  
11 de octubre de 1945

Buchman nunca pierde el tiempo atemperando el viento al cordero esquilado. No le interesa. Sus comentarios a veces harían pasar por el techo de disgusto a quienes se han quejado de dureza, y sin embargo no hay dureza en ellos.

Está deseoso de conocerte. Escucha con la máxima atención todo lo que puedo contarle de ti y de los niños. El otro día se me acercó y me dijo: «Bueno, Peter, tú serás el Drummond de esta generación para las naciones». Le dije: «Frank, debes ayudarme». Él contestó, «Sí, lo haré. Lo haré». Está encantado con Hombres a Prueba. Dijo: «Francamente, tenía dudas. No veía cómo iba a funcionar. Pensaba que sería un libro más. Pero está inspirado. Es un tratado de estadismo para las naciones. Es perfecto».

Anteanoche fui a un partido de fútbol. Era un partido de instituto y nos sentamos en medio de unos 8.000 adolescentes, ninguno de ellos tendría más de diecisiete años, diría yo. Todos ellos podrían haber estado paseando por Piccadilly de noche, con caras de cinco varas de profundidad. Algunas con pestañas postizas. Los chicos, muchos de ellos, de la edad de nuestro Philip, eran salvajes como halcones. Varios de ellos estaban borrachos. Me han dicho que los más jóvenes han caído muy rápido en el sexo, la bebida e incluso las drogas. Sin embargo, su frescura y su espíritu entusiasta son conmovedores. Son tan nostálgicos y están tan hambrientos de amor y dirección por parte de una generación mayor que ha perdido el rumbo.

Peter Howard escribió a su madre por su cumpleaños y le envió un ejemplar de su libro *Las Ideas Tienen Piernas* y un poema que había escrito para ella. Aún no había noticias definitivas de su hermano John, pero se le daba por muerto.

De Evangeline Howard para P. D. H.

Camino de Wealden,  
*Bexhill-on-Sea*  
Noviembre, 1946

Tu hermoso poema me ha dado mucha alegría. Supongo que ninguna otra madre habrá tenido un homenaje tan bonito y, me temo, no merecido... pero no importa, me ha levantado el corazón.

Hoy es el Día del Armisticio, pero no soporto escuchar todos los servicios, así que te escribiré a ti mejor. Nunca dejamos de pensar en John, pero nunca hablamos de él. Pienso en él todo el tiempo, pero si se ha ido antes que yo al otro mundo, será encantador encontrarnos. En cualquier caso, creo, y siempre he estado segura de que todo lo que pasa, pasa de alguna manera para bien, pero cómo uno se rebela a veces contra este bien.



El libro, que he leído dos veces, es por lejos, lo mejor que has hecho. Tu padre está de acuerdo conmigo. Es un libro maravilloso, y creo que hará mucho bien. Debería hacerlo. En cualquier caso, no prestaré nuestro propio ejemplar con tu preciosa dedicatoria, pero compraré tres ejemplares y los prestaré.

Estoy contigo en cuerpo y alma en hacer todo lo posible para salvar a los queridos niños de otra guerra. ¿De qué ha servido la muerte de nuestro querido John? Pero me pregunto si se ahorrará muchos problemas. El mundo está en un estado terrible. Bueno, no te preocupes. Pronto llegará la primavera.

Te amamos,  
Mamá

Esta carta llenó de alegría a Howard. Desde 1940, su madre había estado intentando, con todas sus influencias, apartar a su hijo de su compromiso con el RM. Cuando él y Doë la visitaban en Bexhill, ella se ponía tan violenta que Howard decidió, por un tiempo, que sería mejor cortar por lo sano y no visitarla. Nunca perdió su profundo amor por ella, pero sabía que no habría paz hasta que ella aceptara que su compromiso con Dios estaba por encima de su compromiso con ella. Con el tiempo, ella lo aceptó.

Evangeline Howard, que a menudo había creído las críticas vertidas contra su hijo, se vio animada a cambiar de opinión por una carta que apareció en *The Times* -el 29 de diciembre de 1945-. Los firmantes eran Lord Ammon, vicepresidente de la Cámara de los Lores; Harold E. Clay, presidente del Partido Laborista de Londres; Lord Courthope, presidente de la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras; el obispo de Lichfield; Sir Lynden Macassey, presidente de *Reuter's*; Sir Cyril Norwood, presidente del *St. John's College* de Oxford; y Sir David Ross, rector del *Oriel College* de Oxford. La carta describía un informe secreto compilado por la oficina central de la Gestapo en 1939 y enviado a todas las unidades de la Gestapo en 1942. En él se advertía a los miembros de la Gestapo contra el trabajo del RM en Europa. Este informe había sido capturado durante el avance aliado en Alsacia.

«El informe completo», escribieron los autores de la carta, «disipa finalmente las tergiversaciones generalizadas que han circulado contra este movimiento cristiano».

A la luz de esta carta, Evangeline Howard estaba dispuesta a admitir que se había equivocado.

El 5 de diciembre de 1945 se celebró en Somerby, Leicestershire, una misa en memoria de los hombres del 10 Batallón del Regimiento de Paracaidistas que habían caído en Arnhem. Este pequeño pueblo había sido el lugar donde los hombres se habían entrenado antes de partir hacia Arnhem. Peter Howard no pudo asistir, pero su esposa, Doë, le representó.

De Doë para P. D. H.

*Hill Farm*

6 de diciembre de 1945

Quería enviarte esto antes del 17 de diciembre. Una manera extraña, quizás, de celebrar un aniversario de boda. Pero me parece que este año, separados como estamos, el día de nuestra boda no es tanto una ocasión para alegrarnos como para comprometernos a utilizar nuestro vínculo en favor de las familias del mundo, los quebrantados, los afligidos, los desamparados. El sacrificio de John es un estímulo constante para que ambos lo demos todo.

Me sentí orgullosa de pertenecer a su familia, al contemplar los rostros de quienes habían luchado con él. Y estaban orgullosos de John y de todos los demás.

Cuando llegamos a la pequeña iglesia de piedras doradas, entraba una procesión de familiares de los caídos que habían llegado en carabanas especiales. Habían venido de todas partes del país. En su mayoría vestidos de negro, ricos y muy pobres, algunos llevaban pequeñas coronas y ramos de flores, cuidadosamente envueltos en papel. Hombres del Regimiento de Paracaidistas, con sus boinas de color vino, se alineaban en el camino. En un momento, no quedaba un asiento libre en la diminuta iglesia con techo de vigas y cabezas talladas en cada extremo de las vigas. En la nave exterior, los hombres del regimiento se sentaron todos juntos. Durante su entrenamiento en el verano de 1944, debieron de venir aquí domingo tras domingo y sentarse en los mismos asientos. John debe haber venido aquí.

Nos pusimos de pie para el himno nacional. Y luego cantamos himnos. Entonces el mayor general Urquhart caminó hacia un lado de la iglesia, mientras todos nos girábamos para mirarlo, y sacó la banderilla de la lápida. Solo una cruz dorada sobre negro y los emblemas de los paracaidistas. Algún día debes verla. Es algo sencillo y hermoso.

La puerta se abrió lentamente y sonó la 'Última Posta'. Y cada corazón en esa iglesia llena se quebrantó. Se oían los sollozos y se podía sentir el dolor y el coste. De alguna manera, todo el lugar parecía demasiado pequeño para contener el dolor. Algunos rostros destacaban. Un padre alto, de pelo gris y buen aspecto, erguido, con la mirada al frente, sin una lágrima en los ojos y, sin embargo, con la agonía de un hijo muerto en el rostro. Un joven oficial paracaidista con el pelo rizado y la barbilla medio desencajada, agarrándose al respaldo del banco para hacer fuerza. Un joven de doce años, con el pelo lino y un largo abrigo negro, que tampoco lloraba, pero tenía una mirada herida, una profunda miseria en los ojos. Y a su lado su madre, una mujer adinerada vestida de negro y pieles, anciana, corpulenta y que lloraba sin molestarse en secarse las lágrimas. La trompeta parecía durar horas. Luego rezamos y cantamos 'Por todos los santos'. Salimos hombro con hombro con la gente que se movía a un lado para poner sus coronas bajo la lápida.

De P. D. H. para Doë

10 de diciembre de 1945

Me entristece no poder celebrar juntos el día de nuestra boda, mi cumpleaños, la Navidad, el cumpleaños de Ant y nuestra particular Nochevieja, pero con todo ello me siento extrañamente cerca y tremendamente agradecido.

El 17 de diciembre fue el decimotercer aniversario de boda de los Howard. Era imposible enviar muchos regalos desde Gran Bretaña a los Estados Unidos, pero en su lugar Doë escribió una carta: «A un marido que está en la guerra»:

«Cuando no te conocía, Inglaterra significaba mucho para mí. Pero no lo mismo que significa hoy.

Inglaterra, en mis primeros días, significaba sobre todo, Nursie, delgada y nacida en Londres, con su acento *cockney* que, por alguna razón inexplicable, nunca captamos. Se habría tirado debajo de un tren por nosotros. Abofeteó a mi hermana un mes antes de su boda, y a mí al día siguiente de conocerte. Sin embargo, siempre estuvo en el centro de nuestros corazones: una roca en tiempos difíciles, con las agallas de una División de las *Highlands* y la firmeza de un comandante de *convoy*. Treinta años dando la vida por los hijos de otros. Eso es parte de Inglaterra.

Luego, Inglaterra significó pasajeros de trenes de P. & O. pasando por nuestra casa de Marsella. Mujeres bellas en finos zapatos, paños de *voile* gris pálido, ojos pálidos, efecto pastel por todas partes. Los hombres, altos, de pana y cómodamente relajados. Parecían tan seguros de para qué estaban en el mundo. Y en paz, porque hacían lo que sentían que debían hacer en la vida.

Inglaterra también significaba atravesar el sucio canal cuando estabas seguro de que no valía la pena pasar un mes bajo la lluvia en una playa fría... y cabalgar en *Rotten Row*, con sus moños negros, a gusto y en paz, yo, la enésima generación de niñas que rebotaban y jadeaban al otro lado de una rienda.

Más tarde crecí. En mi época de estudiante no era muy pro-inglesa. Me burlaba, junto a otras personas, de la juventud inglesa... retrógrada y con ganas de jugar a la pelota. “Por qué, a los quince años aprobábamos exámenes que ellos sólo conseguían pasar en Oxford. Lo importante era la mente. La lucidez de la mente francesa. No los juegos. ¿De qué servían?”

(Recuerdo que durante Dunkerque rezaba -yo que nunca rezaba- para que el trabajo en equipo, las agallas, el carácter que había nacido en esos chicos ingleses mientras jugaban a esos despreciables juegos, nos sacara adelante y nos salvara, a mí y a mis hijos, de algo peor que la muerte).

Eso era un poco de Inglaterra hace tiempo.

¿Y qué significa Inglaterra ahora? Nuestro hogar es Inglaterra, con sus vigas de roble tan fuertes y torneadas, su gran chimenea *Tudor*, donde tantas veces nos hemos sentado. Y alrededor de la cual ahora hemos aprendido a rezar, y a pedir a Dios que nos indique el camino a seguir.

Inglaterra también son los ondulados campos de Suffolk, con el marrón oscuro del arado y el plateado de los rastrojos, el verde de la remolacha y el dorado del maíz.

Inglaterra es cada rincón de Londres, en el que hemos estado juntos, y eso es la mayor parte de esa ciudad tan querida.

Y, hace tan poco tiempo, y sin embargo parecen siglos, la noche de victoria sobre Japón frente al palacio, mi brazo entre los tuyos, y esa sólida familia, amada y uniendo a un imperio, en el balcón envuelta en rojo, saludando, y cada saludo nos hacía estar aún más seguros de que aquí, en una familia unida, y en millones de familias como ella, reside la esperanza del mundo.

Nuestros tres hijos son lo mejor de Inglaterra para mí, con sus ojos oscuros y sus mejillas rosadas, su diversión y su libertad. Philip, con su sensibilidad por los clásicos y su sentido de la justicia. Anne, con su corazón dedicado a los débiles y desvalidos, sus sentimientos apasionados por toda causa perdida. Anthony, con su amor por la tierra y por todos los oficios de la agricultura, su determinación de perro de presa de no abandonar nunca un trabajo o una carrera hasta terminarla.

Por encima de todo, tú eres Inglaterra para mí, con tu fuerza y tu constancia, tu lealtad y tu valor, la forma en que has puesto tu mano en el arado y nunca volverás atrás. Que tu surco sea cada vez más recto, cada vez más profundo. Y que a medida que te conviertas, día a día, en el hombre que Dios quiere que seas, Inglaterra se convierta en la nación que Dios quiere que sea.

Tú eres Inglaterra, tú al que yo amo. E Inglaterra se ha convertido para siempre en el tejido mismo de mi corazón y de mi ser».

Peter Howard pasó la Navidad en Los Ángeles. El día de San Esteban, fue con Frank Buchman a reunirse con seis hombres del RM que regresaban del servicio en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Howard describió más tarde aquella reunión:

«Frank Buchman estaba en el aeródromo americano cuando llegaron. Estaba con una multitud de amigos, bajo el resplandor del reflector y las sombras de la luna. A través de la pista de cemento se acercaron a él, y allí permanecieron -juntos en silencio- durante un minuto entero. Apenas se dijeron una palabra. Pero las lágrimas rodaban por el rostro de Frank Buchman, y no era el único. Luego se volvió hacia los automóviles que lo esperaban diciendo: “Bueno, ya están en casa. Y ahora sigamos con la lucha”».

De P. D. H. para Doë

Los Angeles  
30 de diciembre de 1945

Mañana me pongo a trabajar para escribir un libro que se llamará *That Man Frank Buchman* / Ese Hombre Frank Buchman. No será una biografía exhaustiva. Humanamente, me siento inadecuado y las circunstancias son extremadamente difíciles. No tengo a nadie que trabaje conmigo, ni ayuda de secretaría regular o adecuada, ni una habitación tranquila. El lugar es un caos durante dieciocho horas de las veinticuatro.

Necesito aprender las lecciones de la vida, preferiblemente de Dios. Si no, de los errores, pero debo aprenderlas con humildad, con ilusión y recordando siempre que, mientras esté en este mundo, habrá infinitamente más que aprender de lo que ya sé.

Ayer fui al *Breakfast Club* de Los Ángeles. Era una suerte de cena y desayuno de remo en Oxford. Asistieron 600 hombres y mujeres. También una multitud de coristas con poca ropa y rosas rosas, así como un capellán que contaba historias cómicas y vulgares sobre la iglesia por los micrófonos. A continuación, dio grandes cánticos de aliento -sobre las canciones de la vieja escuela- después de haber recibido una paliza en el campo de fútbol, que representan el verdadero sentimiento de amistad y amor. Había una multitud de viejos que se autodenominan '*The Roosters* / Los Gallos', que se sentaron juntos y barruntaron todo lo que pasaba y lanzaron pomelos a la gente. Había dos bailarinas desnudas. Pruébalas en el desayuno con jamón y huevos. Había un hombre que tocaba el xilófono y una chica que tocaba la concertina. Había un coro de voces masculinas; el presidente de la universidad de California también dando ánimos, y dos hombres siendo iniciados en el *Breakfast Club*. Se les vendaron los ojos y se les hizo hundir las manos en un plato de huevos crudos mientras se les colocaba encima un trozo de jamón cocido.

El 16 de enero tengo previsto hablar allí, y si 'Los Gallos' me lanzan algo, se sorprenderán de lo que recibirán a cambio.

Ayer Buchman dijo de repente: «Peter ven». Así que me puse el abrigo y fui. Llegamos a un concierto sinfónico donde tocaba Rubinstein. Desde luego, el piano hizo unos crujidos tremendos. Una vez dejó literalmente el suelo y aterrizó con ambas manos en el teclado. Creo que yo sería un buen pianista si pudiera aterrizar mis manos en el lugar correcto.

De P. D. H. para Doë

Los Ángeles  
3 de enero de 1946

Estoy trabajando duro en el libro. Me levanto a las cinco y trabajo hasta las ocho. Es el único momento del día en que la casa está razonablemente

tranquila. Bajo las escaleras, donde he encontrado un fuego de gas, lo enciendo y me pongo a trabajar. Escribo aproximadamente un capítulo al día y espero terminar un borrador preliminar hacia el 22 de enero.

Buchman es totalmente impersonal en su corrección. Nunca sientes que tenga algo que ver con el asunto, pero es totalmente franco en lo que siente. Si la gente habla demasiado, se lo dice. Si vuelven a hacerlo, no les deja hablar más.

Una de las expresiones favoritas de Buchman es: «Maldita sea...puedes irte». Y añade: «Si a veces no dijera “maldita sea”, Peter, no me harían ni caso».

Seguimos llevando una vida bastante ajetreada. Hoy ha habido un almuerzo para la municipalidad, en el que he intervenido. Mañana pasaré la mañana con Flannery, que escribió el libro "*Assignment to Berlin / Misión en Berlín*". Por la tarde me entrevistará para la radio.

El 1 de enero, Buchman y todos nosotros desayunamos a las seis y media, y salimos a las siete y media, en automóvil, hacia Pasadena, donde a las nueve y cuarto comenzó el Desfile de las Rosas de Año Nuevo. Después, al gran partido de fútbol de la *Rose Bowl* entre Alabama, el mejor equipo del este, y la universidad del Sur de California, campeona del oeste.

Te hubiera encantado un chico. Pesaba 300 libras, según el programa. No hacía otra cosa que saltar sobre los hombres cuando alguno marcaba y agitar las piernas en el aire. El 'Viejo Padre Tiempo' salió en el descanso y el público gritó irónicamente: «Aquí está el nuevo defensa del sur de California», que estaba siendo derrotado. Parecía más un teatro que un partido.

Puso de manifiesto un comercialismo deslumbrante. Aquí ya no hay más diversión que en las botellas de licor, o en las batallas por el dólar o el dominio. Se tiene la sensación de un pueblo poderoso en descenso. La aristocracia de segunda generación es demasiado blanda o demasiado dura. Tendremos que crear una nueva aristocracia.

De P. D. H. para Doë

Los Angeles

8 de enero de 1946

La última media milla de una carrera es a veces la que saca lo mejor de un pura sangre. Tú eres una pura sangre y estamos en la última media milla de la carrera. Estábamos listos para correr cuando nos despedimos en Fowey. Tú con tu vestido gris y tus ojos profundos, que tanto me gustan. Ha sido una carrera bien llevada y ahora estamos tan cerca del reencuentro.

Personalmente, estoy muy agotado, tanto física como espiritualmente. Este escrito que ahora avanza es la última resistencia de Custer. A veces me siento

como si un gigante me hubiera metido una paja en el estómago y me hubiera estado chupando las tripas constantemente durante los últimos meses. No siempre encuentras aquí el frescor y el rebote que tan maravillosamente te reaniman en la granja.

El entrevistador en la emisión de radio dijo de repente: «Y Sr. Howard, ¿en qué consiste el Rearme Moral?». Tuve que responder en el acto y dije: «Bueno, es la respuesta de la democracia al totalitarismo de cualquier tipo. No se trata de una organización, sino de un organismo que actúa eficazmente en todo el mundo y que se extiende, como la levadura, por los cuerpos de sesenta naciones para elevar la vida y el pensamiento de la gente. Está dando a la democracia lo que le faltaba entre las dos guerras: una ideología inspirada. Algunos piensan que se trata de una nueva religión. No es nada de eso. De hecho, es una nueva fuerza que por fin da cuerpo a las ideas que sabemos que son correctas y las pone en marcha. Reúne a todas las personas de buena voluntad para cambiar, unirse y luchar por un futuro libre».

Una noche cené en un sitio donde dicen que, si no estás encantado no tienes que pagar nada; paga lo que creas que vale la comida. Al salir hay un gran cartel que dice: «La comida para el alma también es importante». Hay luces de colores, un pozo de los deseos que las señoras mayores abren a cinco céntimos cada vez, lluvia artificial que cae sobre el techo cada cinco minutos para hacerte sentir que estás al aire libre, una capilla donde puedes meditar y un órgano que toca música *juke* y “*The Old Rugged Cross*”. El interior está decorado con palmeras y loros. Cuando le conocí, el propietario me dijo con orgullo: «Nunca has visto un lugar así en ninguna otra parte, ¿verdad?». Tuve que admitir que no. Comentó: «No hay nada igual en el mundo». Luego me descontó un tanto de la cuenta.

De P. D. H. para Doë

Los Angeles

15 de enero de 1946

Inglaterra necesita hoy más amigos que nunca en la historia, y tiene menos. Ha sido muy saludable descubrir cuánta gente nos odia y desprecia. Cuando era todopoderosa, muchos no se atrevían a expresar sus sentimientos, pero ahora no es así.

El libro va rápido. Otra tema es lo bien que salga. Cuando recibas esto habré terminado el primer borrador. Es corto, unas 25.000 palabras escritas hasta ahora, y diferente de todo lo que he intentado antes. Es casi una historia de hechos reales.

De P. D. H. para Doë

Los Angeles  
1 de febrero de 1946

En ocasiones anteriores, me has dicho que mi comportamiento en los conciertos sinfónicos no es todo lo bueno que debiera.

Pues bien, anoche fui al concierto con Artur Rodzinski<sup>1</sup> y tomé nota de cómo comportarme, así que en el futuro te haré más caso.

Nos sentamos en medio de la platea de la orquesta. Las piezas eran: *suite* de la música incidental de la obra de Maeterlinck "Los Novios". A Rodzinski le dio un ataque de estornudos a mitad de la pieza, se levantó el sombrero y estornudó en él varias veces, y luego se rió a carcajadas, así que todo el mundo dijo: «Ssh, ssh». Al final comentó: «Bueno, se puede decir que esta música no hace daño a nadie».

La siguiente pieza fue la sinfonía en si bemol mayor de Chausson. Rodzinski dice que es muy difícil de tocar. Dirigió desde su asiento con mucha violencia y animó a la orquesta, con gritos bastante fuertes. Cuando el trompetista tocaba un solo sombrío, comentó con voz sonora: «Le dispararía a ese trompetista si fuese mío».

La pieza que siguió fue el concierto para violín y orquesta en re mayor de Tchaikovski. El violinista era Isaac Stem, un pupilo de veinticinco años. «*Fiddle-de-dee, fiddle-de-dee, fiddle-de-dee*», dijo Rodzinski en voz alta, al compás de todos los pasajes solistas. Me dijo cuánto faltaba. «Cinco minutos más, Dios mío. Dos minutos más. Cuarenta segundos, pom, pom, te pom. Veinte segundos. Cuatro segundos. Termina».

Cuando se reunía con la orquesta y los solistas, entre bastidores, todos gritaban en distintos idiomas. Le hablé de un músico que se había jubilado hacía diez años. «Un hombre así no tiene nada por lo que jubilarse y comete un error al volver de la jubilación. Qué cabeza dura. No tiene nada dentro», fueron los comentarios de Rodzinski.

El borrador del libro ya está en manos de los editores. Me siento bastante acabado y tengo ganas de irme unos días. El barco será como el paraíso.

El domingo pasado estaba sentado al sol en el porche dictando una o dos cartas. Buchman estaba a mi lado. Pasaron unos chicos jugando al fútbol. «Vaya, recuerdo haber hecho eso mismo como si fuera ayer», dijo Buchman. «¿Te gustaba el fútbol?» le pregunté. «Sí», dijo Buchman. «Sabes, me ha encantado mi vida».

---

<sup>1</sup> Director de la Orquesta Filarmónica de Nueva York



De P. D. H. para Doë

En el tren al este  
12 de febrero, I 946

Enviaré esto desde Chicago, adonde llegaremos mañana. Los últimos días en Los Ángeles fueron muy agitados. El domingo fue el día de la despedida con Buchman. Wood<sup>1</sup> me ayudó a empacar por la mañana. Cruzaremos juntos el 28 de febrero, en el primer barco que consigamos.

Buchman dio un almuerzo para mí el último día. Fue muy generoso en lo que dijo: «Nacidos del Espíritu y viviendo de la gracia abundante. Se necesita algo excepcional. Puedo decir que yo mismo he aprendido algo nuevo, desde que Peter se unió a mí, del significado de vivir por gracia». Más tarde, en una gran reunión en el aula magna de la universidad, dijo: «Peter Howard ha hecho nacer la concepción de la ideología en los Estados Unidos. Es difícil expresar con palabras lo que el país le debe. Ha llevado consigo una experiencia viva de Jesucristo a todas partes».

Llegó con una multitud a la estación para despedirse. Durante los últimos tres meses apenas me he separado de él. Creo que hemos compartido casi todas las comidas. He llegado a comprenderle y a quererle mucho. No es en absoluto un santo, en el sentido piadoso de la palabra. Algunas de sus palabras y maneras chocarían a algunos de nuestros amigos. Es curioso que la personalidad de Buchman, como tal, no sea siempre agradable, pero es un ejemplo vivo de cómo el poder del Espíritu Santo trasciende la personalidad humana.

En la estación cantamos "*Auld Lang Syne*" y me quedé en la ventanilla del tren muy conmovido. Es extraño, porque no hay nada en el mundo que haya deseado tanto en mi vida como volver a verte.

Emprendí este viaje hacia ti, incluso, con más ganas, de hecho con muchas más ganas, que en mi viaje de bodas a Marsella. Es algo maravilloso después de trece años, ¿verdad?. Estos meses lejos de ti me han hecho darme cuenta de lo vital que eres para mí.

Siento que ningún inglés ha visto los Estados Unidos como yo. Buchman ha abierto las puertas de las casas de todos sus amigos, en todas partes. Desde el principio, ha confiado en mí y me ha acogido por completo. Si alguna vez le pregunté qué debía decir en alguna ocasión -y debo de haber pronunciado al menos 150 discursos desde que llegué a Estados Unidos-, me contestó: «Nunca intentaría hacer el discurso por ti».

---

<sup>1</sup> Sr. A. Lawson Wood de Aberdeenshire; más tarde subsecretario de Rearme Moral, Gran Bretaña.

Howard visitó Washington, de nuevo, de camino a Inglaterra y fue recibido por el presidente Truman en la Casa Blanca. Era uno de aquellos sobre los que Howard había escrito en *Hombres a Prueba*:

«Algunos dicen que Truman se verá superado en su trato con hombres de la talla internacional de Churchill y Stalin. Yo no estoy tan seguro. Yo predigo que Truman será un estadista formidable, más allá de lo esperado. Porque tiene una inmensa fuente de fuerza. Es un hombre de principios inquebrantables.

Su historia reciente ofrece un ejemplo de primera clase sobre su constancia y coraje. Durante sus investigaciones sobre el estado de la industria americana entró en contacto con los trabajadores del *Rearme Moral*. Llegó a la conclusión de que “no hay un solo cuello de botella industrial que no pudiera romperse, en cuestión de semanas, si a este grupo se le diera luz verde para avanzar a todo vapor”.

Ciertos sectores de la prensa estadounidense iniciaron una campaña de difamación contra el *Rearme Moral*, y se hizo todo lo posible para que Truman retirara el apoyo que había dado a ese trabajo. En lugar de ello, reunió a los periodistas estadounidenses y emitió una declaración, parte de la cual decía: “He dedicado mucho tiempo y reflexión a este asunto y he llegado a la clara convicción de que los problemas para los que el programa del *Rearme Moral* está encontrando una solución eficaz son los más urgentes de todo nuestro panorama productivo”. El camino más fácil habría sido permanecer en silencio.

Ahora Truman tiene la ardua tarea de mostrar a las naciones ganadoras que, tras la victoria, pueden tener que cargar con sistemas totalitarios que fueron a derrotar a la guerra. No sólo tiene que ayudar a construir la nueva maquinaria de la armonía nacional e internacional, sino también conseguir que la opinión pública vea que sin un nuevo espíritu en el motor habrá más averías».

El presidente Truman escuchó a Howard con gran interés. Howard zarpó hacia Inglaterra a finales de febrero a bordo del *Queen Elizabeth*. En Southampton, Doë y sus dos hijos pequeños fueron a recibirle.

Era una brumosa mañana de marzo cuando la sombra de aquel enorme barco apareció frente a Southampton. La alegría de reencontrarse fue indescriptible. Anne y Anthony recibieron la primera banana que habían visto en su vida. Intentaron comérsela con la cáscara. Durante el viaje a Londres en el barco-tren, había tanto que contar, y aún más que las palabras no podían expresar.

Pero Howard no iba a estar mucho tiempo en casa. En el verano de 1946, Frank Buchman volvió a Europa por primera vez desde la guerra. Los preparativos de la visita fueron inmensos y llevaron a Howard por toda Europa durante muchos meses.

En otoño de 1946, Anne y Anthony fueron enviados a un internado: Anthony, con Philip, a *Cheam School*, y Anne, a un colegio de Bexhill. La escuela de Bexhill no fue un éxito, y Anne escribió cartas a su casa pidiendo que la sacaran de allí. A principios de 1947, Peter Howard fue a verla. Estaba a punto de marcharse de nuevo a los Estados Unidos, esta vez con Doë. En el auto, mientras volvían a la escuela, Anne le explicó que no podía soportar que la dejaran allí, con sus padres en el extranjero y muy descontenta. Para Howard fue una decisión difícil. «Cometimos un error al enviarte aquí. Lo lamento. Pero si te alejas de esto, huirás de todo el resto de tu vida».

Fue el comienzo de tres años miserables para Anne. Pero fue una sabia decisión. Cuando los Howard se marcharon a los Estados Unidos, escribieron regularmente a sus hijos. Cada semana les llegaba un cuento a la escuela. Philip, Anne y Anthony no tenían nada de particular. Aunque las cartas de sus padres, desde los Estados Unidos, estaban llenas de lugares y personas interesantes, las respuestas eran las típicas de los escolares de todo el mundo:

De Anne para P. D. H.

*Bexhill-on-Sea*

Siento haber estado tan triste cuando te fuiste. Debe haber sido horrible para ti. Me encantó verte. Pienso en ti todas las noches.

Soy la décima en mi grado y en un pupitre. Díselo a mamá y enséñale esta carta. Me he hecho amiga de casi todos los de mi clase.

Tengo tu foto y miro tu cara cada vez que escribo.

Te quiero mucho,

Anne

De Anthony a P. D. H.

*Escuela Cheam*

Te alegrará saber que los ratones han muerto. Philip se lleva su gallina a casa. Yo voy a traer un gato.

Espero que a veces te den pudín de Yorkshire.

Con amor,

Ant.

De Philip para P. D. H. y Doë

*Escuela Cheam*

Quedé quinto de nueve en latín, y tercero en matemáticas.

Ayer tuvimos una batalla de lujo, aunque el resultado fue indeciso. Entramos en el fuerte enemigo pero nos retiraron porque las Sombras Negras atacaban por la retaguardia. Estoy al mando de una batería de cañones.

Ayer tuvimos una conferencia sobre buceo. El conferenciante trajo consigo todo su equipo de buceo, varios cartuchos de dinamita y otros explosivos. Nos contó que en una escuela de Kent, donde había dado una conferencia, se le había caído un cartucho de gelatina (que tiene el doble de potencia explosiva que la dinamita), pero esto no pareció desanimarle y siguió lanzando la gelatina al aire y atrapándola.

Ya no me quedan mermeladas ni caramelos.

Más de la mitad de la escuela recibió visitas ayer. Uno de ellos me regaló un helado de chocolate y otro me llevó a tomar el té con su madre y su padre.

Con cariño,

Philip

Los Howard pasaron la Navidad de 1947 en Richmond, Virginia.

De P. D. H. a sus hijos

Diciembre de 1947

Cruzamos la estrecha franja de Virginia occidental que se extiende entre Ohio y Pensilvania. La llaman la región de *Panhandle* porque es como el extremo de un sartén. Aquí la industria es la minería del carbón a cielo abierto. A lo largo de kilómetros y kilómetros de carretera, la tierra ha sido removida por grandes máquinas y se puede ver la viga de carbón, de unos seis metros de profundidad y tres de grosor, con camiones que la transportan a Pittsburg. Atravesamos Pittsburg, una de las grandes ciudades siderúrgicas del mundo. Llegamos a ella al anochecer. A lo largo de más de quince millas fuera de la ciudad, los árboles y los campos estaban cubiertos de una película de polvo y hollín procedente de los hornos. Las llamas se elevan por encima de las chimeneas en oleadas y ondas. Su reflejo se proyecta en la superficie aceitosa y oscura del río y parece como si todo el lugar estuviera ardiendo.

P. D. H.

Washington D.C.

Enero de 1948

Los Estados Unidos son la tierra de la libertad. La raíz de la libertad es la elección de hacer lo que es correcto. La elección de hacer lo que está mal no conduce a la libertad, sino a la explotación y, finalmente, a la esclavitud. Creo que las transigencias con las normas morales son el enemigo mortal de la libertad.

## Capítulo 11

**E**n los años inmediatamente posteriores a la guerra, gran parte del trabajo del Rearme Moral en Europa se concentró en Francia, Alemania e Italia, e incluyó conferencias en *Mountain House*, *Caux-sur-Montreux*. El canciller Adenauer<sup>1</sup> diría más tarde que este trabajo había salvado al Ruhr del comunismo, y tanto él como Robert Schuman<sup>2</sup> afirmaron que el RM había desempeñado un papel importante en la reconciliación de sus dos países. De Gasperi<sup>3</sup>, de Italia, también rindió homenaje a su papel en la reunificación de Europa. Peter Howard pasó gran parte de su tiempo, de 1946 a 1950, trabajando en estos países.

Durante estos años, las relaciones entre Buchman y Howard experimentaron un serio cambio:

«De un día para otro, Buchman echó el cerrojo y trancó todas las puertas y ventanas de nuestra relación. Nada de lo que yo hacía estaba bien. En público y en privado, dentro y fuera de temporada, fui reprendido y atacado. Buchman estaba decidido a que yo recurriera sólo a Dios y a ninguna autoridad humana como fundamento de mi vida.

Una vez, en una comida a la que estaban convocados muchos invitados importantes, me pidieron que me sentara en la mesa de Buchman. Cuando Buchman llegó y me vio allí, de inmediato, y en voz alta, dijo: «Llévenselo. No me sentaré a la mesa con él. No lo quiero entre estas personas».

Este incidente fue típico de nuestra relación en aquella época, y las cosas continuaron así durante casi cuatro años.

Una vez le pregunté a Buchman: “¿Cuánto tiempo seguiré en este estado de oscuridad y desesperación?”. Buchman respondió: “Simplemente no lo sé. Es tu decisión, no la mía”.

---

<sup>1</sup> Canciller de la República Federal de Alemania de 1949 a 1963.

<sup>2</sup> Primer Ministro y Ministro de Asuntos Exteriores de Francia.

<sup>3</sup> Ministro de Asuntos Exteriores y Primer Ministro de Italia.

Para Howard, fueron años activos, pero años en el desierto. Buchman no le invitó a estar con él e incluso le cuestionó si debía volver a escribir. Pocos hombres, quizá, habrían atravesado esos años y permanecido fieles a su vocación. Sin embargo, Howard pasó por muchos momentos de desesperación. Sin la fe y el apoyo de Doë, habría sido el final de su vida con el RM.

La aparente dureza con la que Buchman trató a Howard en este periodo era, en realidad, una medida de su confianza en él. Buchman era un genio leyendo y comprendiendo a los hombres. Howard le había pedido ayuda. Vio en Howard la posibilidad de un gran liderazgo, unido a debilidades de orgullo, engreimiento y dependencia de la aprobación del hombre. Buchman quería producir un hombre cuya espada estuviera afilada y cuya vida estuviera liberada de todo apego humano.

Para Buchman los riesgos que corría con Howard, y el dolor que se causaba a sí mismo al hacerlo, eran grandes. Lo aceptó como una parte normal de la vida. «He tenido que estar dispuesto», dijo una vez, «a arriesgar todas las relaciones de la vida, día y noche, siete días a la semana, durante los últimos cuarenta años. De lo contrario, nuestro trabajo en el mundo no estaría donde está hoy».

La ruptura entre Buchman y Howard iba a durar cuatro años. Más tarde le diría a Howard: «Peter, confío en ti para que me des el correctivo que necesito. Soy como todo el mundo. Necesito corrección todos los días de mi vida, pero muy pocas personas tienen el cuidado y el sentido común de dármele».

Quienes conocieron a Peter Howard en los últimos años de su vida comprenderán que esos cuatro años sombríos con Buchman hicieron posibles los logros del futuro. Como el propio Howard citaba a menudo: «No hay corona sin cruz».

De P. D. H. para Doë

*Mountain House, Caux*  
1949

Ayer pensé en ti durante todo el día y en que tu encuentro con los niños estuviera rebosante de felicidad. Me alegro de que estén juntos, será un tiempo maravilloso.

Aquí, las nubes se cernían sobre el lago y llovía. Al otro lado del lago parecían rompientes contra la pared de un acantilado, con los vientos arremolinando las nubes contra los lados de las paredes rocosas. No es tu tipo de tiempo, pero me ha refrescado.

Siento mucho haber hecho que nuestra despedida fuera triste. Simplemente no podía soportar la idea de quedarme solo aquí y no ver a los niños, y pasar el resto de mi vida en una rutina que, humanamente, como sabes, no me encanta.

Mi corazón está plenamente en paz y Dios me utiliza profundamente en la vida de las personas. Sin embargo, es cierto que mis temores se superponen tan a menudo a mis esperanzas. Mis expectativas de futuro están aprisionadas por mi experiencia del pasado y siento que la fuerza creativa que hay en mí se desvanece poco a poco a medida que pasan los meses.

No me hago ilusiones de que, aparte de Dios, ya no pueda hacer nada con mi vida. Sé, por ejemplo, que aunque volviera a dedicarme a la prensa o a la política, el antiguo estilo y la lucha han desaparecido, y con razón. Tengo una personalidad dominante y necesito un fuerte dominio del Espíritu.

Los viejos amigos de Howard no ignoraban su estado. Christiansen y Robertson -del *Daily Express*-, por consejo de Beaverbrook, invitaron a Howard a las oficinas del *Daily Express*.

De P. D. H. para F. N. D. B.

Londres

Para resumir, me ofrecieron 2.000 libras al año por un artículo al mes en el *Daily Express* sobre el país. Además un perfil de uno de los estadistas en el *Sunday Express*, una vez cada dos o tres semanas, y un artículo sobre asuntos mundiales en el *Evening Standard*. Robertson dijo entonces: «Voy a decirte algo que no pensaba decirte cuando llegaste. ¿Has pensado alguna vez en ser editor?». Le dije a Robertson: «No hables así. Vas a poner nervioso a Chris». (Christiansen era entonces editor del *Daily Express*.) Robertson dijo que querían que alguien se hiciera cargo del *Sunday Express* dentro de un año más o menos. Y eso parece ser lo que tienen en mente para mí.

Más tarde, Lord Beaverbrook invitó a Howard a Cherkley.

De P. D. H. para F. N. D. B.

Londres

La propuesta de Beaverbrook era de 2.500 libras al año más 500 libras de impuestos por un artículo semanal en sus periódicos. Dijo que yo podía tener completa libertad de expresión, excepto que no debía haber difamación y que no debía haber propaganda continua para el Reino Moral. «Quiero que entiendas esto, Peter», dijo. «Estoy totalmente a favor del Reino Moral. Puede que te cueste creerlo, pero es así. Le deseo un gran éxito, pero no quiero convertirme en propagandista del Reino Moral, ni de la iglesia católica, ni

del comunismo, ni del socialismo, ni del conservatismo, ni siquiera de la iglesia presbiteriana, a la que pertenezco. Tengo el mismo aprecio por el Rearme Moral que por la iglesia presbiteriana, salvo que creo que el Rearme Moral está mucho mejor dirigido».

Por la tarde me enseñó su granja de Cherkley. Me llevó en su coche a ver su campo de heno. Antes de despedirse me dijo: «La tuya es una historia asombrosa, ¿verdad, Peter?».

Howard estuvo tentado de aceptar la oferta de Beaverbrook. Pero no lo hizo. El dinero habría sido suficientemente útil, la amistad en aquel momento habría sido de oro. Pero Howard estaba atado a un destino que no comprendía del todo y en el que ni siquiera creía en aquel momento. También se sentía atrapado por los cambios que había visto en otros hombres y situaciones.

Howard escribió en 1950:

«Una fría noche de invierno, un veterano dirigente comunista, Max Bladeck, ocupó la presidencia en una reunión sindical. Es un hombre pequeño, muy luchador, de ojos penetrantes, frente intelectual y pecho atormentado por la silicosis. Es jefe del comité de empresa de una de las mayores minas de carbón del Ruhr, y lleva veinticinco años afiliado al Partido Comunista. La reunión se celebró en una cervecería.

Cuando llegaron los hombres del Rearme Moral, en medio del humo, las copas y las luces, se encontraron con que Bladeck había dispuesto que algunos de los más hábiles oradores comunistas de su distrito los demolieran. Seis de ellos hablaron uno tras otro.

Pasaron al ataque. Hablaron durante una hora sobre el tema de que en el corazón de cada capitalista hay un fascista y que las naciones occidentales están preparando la próxima guerra mundial. Citaron a Marx sobre la necesidad de cambiar el sistema, y la sentencia de Stalin de que los burgueses nunca habían antepuesto los principios a los beneficios. Señalando la historia de las iglesias, declararon que el cristianismo había intentado durante 2.000 años construir un mundo nuevo y había fracasado. Ahora les tocaba a ellos.

Los hombres del RM tomaron la palabra. Uno de ellos, un trabajador de Lancashire, empezó admitiendo que su propio país, Gran Bretaña, había cometido errores en ocasiones. Los alemanes captaron su interés.

«Todo el mundo» -añadió este hombre- «quiere que el otro cambie. Todas las naciones quieren que la otra cambie. Sin embargo, todo el mundo está esperando a que el otro empiece». En ese momento empezaron a escuchar, y por toda la sala se oían gritos de «¡Escuchen, escuchen!».



«Sin embargo», continuó el portavoz, «el mejor lugar para empezar es uno mismo. ¿Por qué no empezar con nuestra propia clase, nuestra propia raza, nuestra propia nación, y luego llevarlo al mundo?».

A través del aire lleno de humo, en medio de un tenso silencio, un trabajador de los astilleros de Clydeside declaró: «El movimiento laborista nunca ha sido tan poderoso ni ha estado tan dividido. Hemos aprendido a dividir el átomo. Pero no hemos aprendido a unir a la humanidad. El movimiento laborista lleva dentro las semillas de su propia derrota, a menos que aprenda a cambiar la naturaleza humana. La naturaleza humana puede cambiar. Debe cambiarse a una escala colosal».

Se presentó a un industrial canadiense. Su cambio de actitud hacia el trabajo sorprendió a los comunistas. La reunión duró cuatro horas. Ningún hombre abandonó la sala.

Batallas como ésta se libraban a diario en el Ruhr. Semana tras semana, durante meses, los hombres del RM se reunían con los mineros en sus casas y en las minas. Como resultado, cientos de trabajadores y sus líderes fueron a Caux, donde se celebraba la Asamblea Mundial por el Rearme Moral. Entre ellos iban Bladeck y otro veterano comunista, Paul Kurowski.

En Caux estos hombres vieron una demostración viva de una ideología basada en el cambio, el cambio no para una clase sino para todas las clases. «Durante veinticinco años he cantado la Internacional con todo mi corazón y todas mis fuerzas», dijo Kurowski, después de algunos días en Caux, «pero ésta es la primera vez que la he visto encarnada».

Empezaron a cambiar. Pero el cambio nunca es cómodo, ni para un comunista, ni para un capitalista, ni para nadie. Implica enfrentarse a normas morales absolutas. Implica ser diferente en casa. Puede exigir romper con hábitos personales o puntos de vista apreciados durante mucho tiempo.

Bladeck y Kurowski hablaron hasta bien entrada la noche. Se defendían con cada disparo en el casillero marxista. Pero siempre les sostuvo el afecto de sus nuevos amigos y la implacable lógica de la ideología del RM.

Finalmente, Kurowski expuso su conclusión: «Cualquiera que no siga las normas absolutas de honestidad, pureza, altruismo y amor es un traidor a su clase y a su nación».

Mientras tanto, de vuelta en el Ruhr, el Partido Comunista de Alemania Occidental recibió informes de que Bladeck y Kurowski estaban empezando a aceptar la ideología del Rearme Moral. El Partido se alarmó. Enviaron a uno de sus miembros de mayor confianza, Willi Benedens, para llevarse a Bladeck y Kurowski de vuelta a casa.

Benedens era secretario político de distrito del partido comunista. Había sido apartado de las fuerzas aéreas de Hitler porque sus convicciones se volvieron sospechosas y había sido enviado al Frente Oriental, donde perdió las dos piernas.

¿Qué ocurrió cuando llegó a Caux? Se puede describir mejor con sus propias palabras: «Luché amargamente contra mis amigos que fueron a Caux y que eran dirigentes del Partido Comunista», dijo Benedens. «Pero cuando llegué allí, encontré aquello por lo que había luchado durante años: la sociedad sin clases».

Benedens, Kurowski y Bladeck regresaron juntos al Ruhr. Fueron convocados ante la Ejecutiva del Partido Comunista. Dieron una explicación sencilla. «Hemos encontrado», dijeron, «una ideología más grande que el comunismo».

El Partido Comunista de Alemania Occidental estaba en un dilema. Durante años, la doctrina leninista había sido que el comunismo se infiltrara en la estructura de la sociedad y la cambiara. Sin embargo, aquí había hombres, no débiles, sino el núcleo duro del partido, que fueron a Caux, y ellos mismos cambiaron.

Mientras tanto, los tres hombres habían convocado una reunión de los baluartes del partido. En una descripción de esta reunión escribieron: «La cosa estaba que arde. Pero el discurso más largo tiene que parar en algún momento. Diez hombres pueden cantar juntos, pero no pueden hablar juntos. Cuando diez hombres hablan a la vez, no se sabe lo que dice nadie. Cuando hablamos de Caux, las voces se hicieron más bajas. Pronto estaban todos escuchando, silenciosos y pensativos».

El periódico comunista oficial de Alemania Occidental, *Freies Volk*, publicó, el 6 de octubre de 1949, un importante artículo escrito por el presidente del comité regional del partido en el Ruhr, Hugo Paul, sobre el Rearme Moral. Decía: «La peligrosa actividad del Rearme Moral ha sido subestimada por el Ejecutivo Regional del Partido. Estos hombres de Caux han estado recomendando al Partido que se familiarice con las nuevas ideas revolucionarias mundiales».

Los hombres de Caux se mantuvieron firmes. Se les unieron marxistas experimentados de Essen, Dortmund y otras partes del Ruhr.

Mientras tanto, Bladeck, Kurowski y Benedens habían ganado la reelección a sus comités de empresa con mayorías crecientes frente a los duros ataques».

En mayo de 1949, Howard volvió a salir de casa para ayudar con su trabajo en Alemania. Esta vez viajó por Holanda.

De P. D. H. para Doë

Colonia  
Mayo de 1949

Muchas gracias por el amor y el cuidado de tu embalaje y también por la comida. Aquí vale más que los rubíes. Vine feliz en el tren todo el día de ayer. Tuve un 'no fumador' de segunda clase para mí solo, durante todo el trayecto, desde el Garfio hasta aquí. Cuando nos acercábamos a Colonia, saqué la cabeza por la ventanilla para ver la catedral.

El viaje a Berlín ya está en marcha. Volaremos desde Frankfurt mañana por la mañana. Nos quedaremos en Berlín una semana.

Me encantó el viaje en tren por Holanda. Es increíble ver lo bien que los holandeses han cuidado su suelo. En la mayoría de los lugares, donde la superficie se agrieta más de unos centímetros, se puede ver arena debajo. Hay árboles y vallas de caña por todas partes para evitar la erosión del viento.

Había decenas de hectáreas de tulipanes y otras flores, ríos de color que fluían por el paisaje. Los molinos de viento rodaban y ondeaban por todas partes, y me llamó la atención lo mucho que utilizan la energía eólica para pequeños trabajos de transporte. A menudo veía molinos de viento de sólo dos o tres metros de altura palpitando en la esquina de algún campo para elevar agua a un abrevadero para el ganado o algo por el estilo.

Los campos holandeses llevan por todas partes la marca de una agricultura astuta y laboriosa. Vi a un hombre en un campo de unas tres hectáreas. Iba de un lado a otro, de la punta del pie al talón en sus zuecos, con las manos a la espalda. No quería caballos pesados ni tractores en su tierra para ese trabajo. Eran las diez cuando me crucé con él y no levantó la vista mientras pasaba el tren. Había cubierto un tercio de acre.

El centro de Rotterdam ha desaparecido, pero no se puede comparar con lugares como Gladbach o Colonia, que son un 6% llanos.

La catedral de Colonia es estupenda y un sueño de belleza. Las bombas han destrozado sus pináculos, y a cientos de metros de altura hay agujeros a través de los cuales mira el cielo. Las bombas también han destrozado el suelo de la catedral y han abierto bóvedas y cimientos que nadie sabía que estaban allí.

Esta mañana abrí una puerta cerrada y caminé por el suelo que pisó Carlomagno. Nuestro joven camarero en este hotel fue cuatro años prisionero de guerra en Inglaterra, un chico simpático que habla bien inglés. Me dijo: «Quiero volver a Inglaterra. Todos los sueños que tenía para mi país se han hecho añicos. Quiero ser rico, pero aquí no se puede ganar dinero y no hay más futuro que el de trabajar la tierra. La gente se hace rica si trabaja con la cabeza, no con las manos».

Anoche, cuando subí a mi habitación, encontré a la camarera con toda mi comida en el suelo, revisándola.

La voluntad de recuperación es tremenda. Los británicos están causando mucha amargura con su política de desmantelamiento, que los alemanes consideran basada en el miedo a la competencia. Miles de hombres se quedan sin trabajo por este procedimiento. Pero mientras los aliados derriban fábricas y edificios sin cesar, permiten a los alemanes construir fábricas y edificios nuevos porque no figuran en ninguna lista de Whitehall o Washington. El resultado, como me señaló Jung, el segundo hombre de I. G. Farben, es probable que, tras unos años de miseria, Alemania se dote de una planta industrial tan actualizada que pueda hacer perder puntos a otras plantas del mundo. Los sindicalistas marxistas culpan a las democracias de no haberles ayudado más eficazmente en su lucha contra Hitler. Los empresarios piensan que han hecho más por sus empleados que los norteamericanos.

En relación a popularidad de las autoridades de la Ocupación, está primero la de los estadounidenses, luego la de los británicos y después la de los franceses. Los franceses viven del campo. Los británicos son fríos y correctos. Los norteamericanos amables y opulentos.

De P. D. H. para Doë

Berlín  
16 de mayo de 1949

Volamos desde Frankfurt. El viaje fue un poco accidentado y fue la única vez desde que te dejé, que me alegré de que no estuvieras conmigo. Aterrizamos en el aeropuerto de Tempelhof, tan lleno de recuerdos. La inmensa plaza exterior construida en 1936.

Nos alojamos en una magnífica casa que da al lago. Pertenece al ministro de Finanzas, que actualmente está en la cárcel. Es una sensación espeluznante estar en su casa, con sus cuadros, libros y alfombras, y poblada por los fantasmas de Goebbels, Goering e incluso el propio Hitler, que a menudo se encontraban en estas habitaciones.

Estando a cargo de los norteamericanos, fuimos recibidos en *Temp elhof* por un capitán Lake, que nos escoltó a través de la aduana como *vips* y nos trajo aquí en autos militares. No pasamos apuros.

Berlín, curiosamente, es una ciudad más ganadora que antes. Tiene más corazón, aunque sea un corazón roto. La destrucción es demasiado grande para comprenderla. Desde la guerra, sólo se ha construido un edificio nuevo: unos grandes almacenes para mujeres. Perdieron 250.000 en dos noches de bombardeos en Dresde. Pero aquí también hubo combates callejeros, y tres

millones y medio de personas viven en una ciudad muerta y embrujada. Hay 50.000 mujeres dedicadas a remover escombros en Berlín.

Nos llevó un nazi sin arrepentimientos. Odia a los rusos, odia a los aliados. Sólo espera la visión de una Alemania recién resucitada. Dijo con apasionada convicción: «Alemania nunca volverá a hacer otra guerra». Pero cuando pasamos por la Cancillería destrozada, le dije: «¿Es ahí donde encontraron el cuerpo de Hitler?». Se encogió de hombros y dijo: «Si lo encontraron. Si está muerto». Aquí hay millones como él. La juventud de Alemania es nihilista. Si no la capturamos, algún nuevo *Fiihrer* puede hacerlo, o un fuerte grupo minoritario lo hará.

Goering nunca reconstruyó el *Reichstag* incendiado. Lo dejó como un cascarón en la ciudad favorita de Hitler para recordar a los hombres la inutilidad de la democracia y la maldad de la oposición al régimen nazi. Ese armazón del *Reichstag* sigue en pie y es el edificio mejor conservado de la zona. Las casas se yerguen como esqueletos a lo largo de kilómetros y kilómetros. Cuando sopla un viento fuerte, nuevos trozos de obra caen sobre los montones de abajo para enterrar aún más profundamente a los muertos que aún yacen allí.

Ayer fue el 01 de mayo. Al otro lado de la Puerta de Brandemburgo, los rusos habían colgado una enorme pancarta que decía: «No queremos que Berlín se convierta en un sacrificio para esos belicistas que hablan alemán pero piensan en términos de bombas atómicas y dólares».

Condujimos por la autopista donde solían celebrarse los mítines multitudinarios y nos llevaron al estadio olímpico, que está intacto. Es un estadio colosal, construido en un año y con capacidad para 100.000 personas.

Nunca antes en la historia hubo algo tan rápido como el ascenso de la dinastía de Hitler y tan poderoso como su caída. Aquí, en Berlín, se puede ver la siembra del viento y la cosecha del torbellino.

De P. D. H. para Doë

Berlín

Mayo de 1949

Este ha sido un viaje asombroso. Desearía de todo corazón que estuvieras con nosotros. La respuesta al más alto nivel de la nación es algo que nunca había visto antes. Hemos sido recibidos por el Gabinete, las máximas autoridades cívicas, los jefes de los sindicatos, los católicos y la prensa. Tuvimos una conferencia de prensa organizada por los alemanes en el Club de Prensa. Artículos de primera en todos los periódicos.

En una fiesta, que duró hasta las dos de la madrugada, vinieron los miembros de la ejecutiva del SPD (el poderoso Partido Marxista-Socialista de Alemania), los actores y actrices de Berlín.

Fuimos a dirigirnos a las juventudes del SPD en su escuela de formación. Se trata de una vasta y lúgubre morada victoriana donde solía vivir Himmler. Al final de nuestra sesión, el presidente dijo: «Dudo de la guerra de clases. Los socialistas deben poner toda la vida sobre una nueva base. El Rearme Moral contiene las grandes verdades del humanismo, del cristianismo y del socialismo». Los estudiantes estaban entusiasmados y nos han pedido que volvamos. Habían hecho venir a un numeroso grupo de jóvenes del sector ruso para que nos escucharan.

Anoche me llegaron -por fin- las primeras cartas que he recibido desde que me fui. Entre ellas estaba la de Buchman desde Caux. Tu confianza a lo largo de los años ha sido una viga para mi vida y Dios sabe dónde estaría hoy sin ella. Pero no debes temer por mí. Mi primera reacción a la carta fue un cierto entumecimiento, como el de un cerdo en Elmswell cuando le pasan las tijeras por la cabeza, pero se me pasó en unos minutos, y tanto anoche como esta mañana, tengo verdadera paz en el corazón. A veces pienso: «Bueno, no sirvo para nada, ni a los hombres ni a las bestias. He terminado con todo lo que vale la pena y cuanto antes me muera, mejor».

La carta de Buchman señalaba sin rodeos algunos de los defectos de Howard. Elmswell es la fábrica de tocino cerca de *Hill Farm*.

De P. D. H. para Doë

Berlín  
Mayo de 1949

El cielo es azul claro y a través de él, noche y día, a intervalos de dos minutos, rugen los enormes aviones del puente aéreo.

Mi corazón ha estado mucho con ustedes, pensando en el regreso a la escuela del querido Ant y de Anne. Anne disfrutará de este último trimestre. Ant está rompiendo el cascarón de la niñez a la juventud. Es doloroso pero alegre para él. A menudo anhelo evitarles a mis hijos algunas de las dificultades de la vida, pero, por supuesto, no puedo hacerlo.

Han sido unos días fascinantes. Hemos trabajado casi exclusivamente con los trabajadores y los sindicatos. El alcalde es Reuther. Habla cuatro idiomas y fue el primer comisario de Lenin en la zona del Volga. Lenin lo tildó de demasiado independiente. Reuther, que ayer nos ofreció una recepción, admira enormemente a Lenin pero piensa que Stalin es un pobre pez. Es optimista y no es tonto. Piensa que la fachada del Kremlin es muy delgada y

que existe la posibilidad real de que todo el frente se resquebraje repentinamente. Personalmente, creo que esto no es así.

Conocimos al jefe de UGO, el sindicato, que ha sido trabajador agrícola, policía, marinero y diputado. Una de sus primeras observaciones fue: «No quiero a Wesley de Gran Bretaña, ni al Padre Divino de los Estados Unidos». Estos hombres odian la religión porque no saben lo que es. Responden, al mismo tiempo, a una calidad de corazón, de vida y a normas absolutas. Reciben un concepto ideológico. Este hombre terminó preguntando. «¿Cómo puedo encontrar en mi corazón la paz para discernir lo que es correcto?». Sacó del bolsillo un billete de veinte marcos para dárnoslo.

Ha sido curioso en este viaje a Berlín que, aunque la respuesta ha sido colosal y los alemanes han respondido mucho a las palabras de Irène Laure, sobre las faltas de Francia, y a las palabras de Jaeger<sup>1</sup> sobre las deficiencias de Gran Bretaña, no hubo ni un susurro, por parte de ningún alemán, del sentido de la responsabilidad por el pasado o el presente. Muchos de los que vimos habían sufrido bajo Hitler y pensaban que habían hecho más que la mayoría de nosotros. Otros pensaban que Hitler se había vuelto loco y les había llevado al desastre, pero el hecho de que hubiera fracasado era la principal crítica que le hacían. Un hombre consideraba irrazonable que los holandeses, cuatro años después de la guerra, siguieran dolidos por la violación de su nación, y dijo que los alemanes podrían tener que llevar el comercio a otros países, si los holandeses persistían en su actitud. Es una batalla para romper el núcleo de orgullo de cada nación, supongo.

*Madame* Irène Laure, que estaba en Berlín con Howard, había sido -durante muchos años- diputada por Marsella, miembro de directiva del Partido Socialista y jefa de las mujeres socialistas de su país. Durante la guerra, fue una figura destacada de la Resistencia francesa. Howard escribió:

«Su hijo fue torturado para obligarla a revelar secretos de la Resistencia. Ella se negó. Pero su corazón se rompió y el odio ocupó su lugar. “Sólo tenía un deseo: destruir a todos los alemanes”, dijo ella.

La invitaron a Caux. Fue con escepticismo, pero pensando que serían unas buenas vacaciones para ella y su hijo. El primer día escuchó a algunos alemanes dirigirse a la asamblea, pero estos alemanes se enfrentaban honestamente a los errores del pasado y a la necesidad de cambio de su propia nación.

La francesa estaba revuelta. Durante tres semanas, como ella dice, “intenté encontrar la pulga entre la paja”. No había pulga. Era la realidad. El hierro del odio se fundió. Ella cambió. Fue a Alemania, vivió en las casas de los alemanes

---

<sup>1</sup> Sr. William Jaeger, trabajó para el RM durante treinta años con la mano de obra y la industria de todo el mundo.

y habló a millones de personas por radio y en reuniones multitudinarias. Habló en siete de los parlamentos de los estados de Alemania Occidental.

Irène dice: “¿Pueden imaginar el tremendo cambio que operó en mí para ir a Alemania? En mi corazón había deseado las ruinas como las que vi allí. Soy madre y abuela, soy socialista y toda mi vida he hablado de fraternidad, y sin embargo había deseado esa destrucción. Tuve que pedir perdón por mi odio a aquellas personas que vivían en las ruinas. Tuve que pedir perdón a esas 50.000 mujeres a las que vi grises de fatiga, limpiando los escombros en Berlín”.

“No olvido las ruinas de mi país, ni de otros países que los alemanes invadieron. Para nada. Pero lo que pude hacer fue enfrentarme a mi propio odio y pedir perdón por él. El cambio en mí provocó el cambio en muchos alemanes”».

En Berlín llegó un telegrama invitando a todos los miembros del partido, excepto a Howard, para reunirse con Buchman en Suiza. Howard volvió a casa. En las vacaciones acampó en la granja con sus hijos.

De P. D. H. a sus padres:

Queridos mamá y papá, durante los últimos cuatro días he estado haciendo algo que no había hecho en veinte años. He dormido al aire libre en una tienda con los niños.

Hace veinte años dormía como un perro toda la noche en la naturaleza. Ahora ya no es así. Pero descanso con profunda paz en mi corazón, escuchando los sonidos de la noche a mi alrededor.

En *Abbott's Hall*<sup>1</sup> hay muchos ruiseñores. Cantan durante toda la noche, y cuando el viento está en silencio, se puede oír el latido de sus notas más profundas, y comprender la fuerza del cuerpo que un pequeño pájaro utiliza para cantar un tono tan alto y variado.

En algún lugar lejano, creo que tal vez en Waldingfield, se oye una iglesia dando las horas. Por lo demás, no hay nada, salvo el aleteo de la lona en la brisa, los pasos de la lluvia y el viento pulsando las cuerdas de los árboles.

Mi corazón viajó muchos años y kilómetros mientras descansaba en la noche. Recordé el Cherrybrook y el Dart, y las truchas de papá -rojas y plateadas- entre los juncos al final del día. Recordaba al viejo granjero *White* y a la

---

<sup>1</sup> Una de las casas de *Hill Farm*



señorita Redstone jugando a las cartas y acusándolos de hacer trampas cuando papá retorció la frente. Recordaba las largas esperas con mamá junto a las teteras que se negaban a hervir con la leña húmeda antes de que papá llegara dando zancadas sobre el páramo, apenas una o dos horas después de que se le hubiera esperado.

Recordaba tantos días de intensa felicidad juntos en Cumberland, Dartmoor, Escocia, Gales e incluso en lugares menos salvajes como Brighton o Bexhill-on-Sea.

A medida que me hago mayor no siento esa tremenda oleada de felicidad ante los olores y sonidos del río, y ante los colores de las montañas y los páramos. Pero, de un modo extraño, los momentos que pasamos en estos lugares me producen una satisfacción más profunda que antes.

Estando acostados en la noche, muchas cosas parecían encajar en su sitio. Pensaba mucho en el viejo John, y a veces me parecía que estaba muy cerca de mí. Bajo las estrellas parece haber más espacio y certidumbre que a la luz del día, y cada vez estaba más seguro de que estos años aquí son una pequeña parte de una gran historia.

La juventud y la edad, el fracaso y el éxito, no importan mucho... excepto que Dios está ahí y nos ama, y perdona a los que son como yo, incluso cuando nos perdonamos unos a otros.

Por las mañanas dejaba a los niños durmiendo en la tienda y salía -todos los días- a la luz del sol. Los conejos se alejaban delante de mí dejando tras de sí estelas de hierba verde en el color plata del rocío. En lo alto del olmo, un viejo cuervo me gritaba. Di de comer a los bueyes y regresé al campamento para avivar el fuego y preparar el desayuno antes de la jornada de trabajo.

Peter Howard no volvió a tener noticias de Frank Buchman hasta febrero de 1950. Recibió una invitación para reunirse con Buchman en Roma. Pasó por Lille y París.

De P. D. H. para Doë

Paris

18 de febrero de 1950

La estancia en Lille ha sido maravillosa. Tuvimos una rueda de prensa única, de las mejores en resultados que he conocido. Cuarenta periodistas y sus esposas estaban allí, y tuvimos informes positivos en todos los periódicos de Lille, excepto en el comunista de esta mañana.

Luego fuimos recibidos por el cardenal en su palacio. Habló durante unos veinte minutos y terminó diciendo: «Me alegra poder decirles que apruebo su trabajo y voy a pedir a Dios que lo bendiga».

De P. D. H. para Doë

Rumbo a Roma

19 de febrero

¿Dónde crees que estoy? Estoy sentado en bata, en la habitación libre del apartamento de Tante Marie<sup>1</sup> en Montecarlo, con el sol de la mañana entrando por la ventana.

A medida que nos acercábamos a Mónaco, no podía acordarme de la dirección. Pero cuando llegamos a Niza, a la una de la tarde de ayer, busqué en la guía local y, alabado sea Dios, su nombre estaba allí. La llamé inmediatamente. No podía creer que fuera yo, y preguntó frenéticamente por ti. Luego me pidió que fuera de inmediato. Así que tomé el autobús en la parte alta de la Corniche. Tante Marie estaba allí en la parada para recibirme, y ella y Audrey (la compañera) -han cambiado muy poco- me lo han hecho pasar de maravilla.

Nunca hemos vuelto a tu casa desde que nos casamos, y no he podido evitar recordar, mientras conducía sin ti por la Provenza, cuánto había deseado construir la vida perfecta contigo la última vez que fui allí para casarme contigo, y cuánto había planeado y esperado hacer contigo y para ti, y cuántas veces no lo he conseguido. Pero para mí, estos años, con todos los sueños desvanecidos y las esperanzas rotas, han sido un desfile de aventuras interminables que me han traído una felicidad, más allá de lo que jamás esperé, cuando emprendimos el viaje. Y te lo agradezco de todo corazón. Eres una esposa maravillosa para mí, y el futuro está lleno de alegría contigo para compartirlo.

De P. D. H. para Doë

Roma

Febrero de 1950

Estamos viviendo en la antigua Academia Militar Italiana, justo al lado de San Pedro.

En Roma, sigue habiendo mucha riqueza y mucha inteligencia. Los pobres son muy pobres y los ricos son muy ricos. Pero hay pocos signos de una nación

---

<sup>1</sup> Tía de Doë, a quien los Howard no habían visto desde antes de la guerra.

conquistada hasta que te adentras en la devastada campiña que quedó destrozada durante la retirada alemana hacia el norte.

Anoche fuimos en automóvil a ver el Coliseo, a la luz de la luna. Era extraño estar en los lugares donde guardaban a los leones y también a los cristianos. Había asientos para más de medio millón de personas, y todos podían ver mejor lo que ocurría que la mayoría de la gente en un partido de fútbol moderno. También estuvimos fuera del Vaticano y vimos las luces encendidas. Están excavando bajo el altar de San Pedro. Se dice que allí han encontrado los huesos del Santo.

Resulta espeluznante estar en la gran plaza donde Musso solía pronunciar sus discursos y mirar hacia el pequeño balcón desierto desde el que resonaban los truenos de aquel hombre de poder, con el eco de "*Il Duce. Il Duce*", de la multitud. Ahora está desnudo y destartado. Las multitudes pasan sin levantar la vista. Es interesante lo rápido que pueden caer estos hombres de poder. Musso dominaba esta escena tan plenamente como cualquier dictador domina cualquier nación hoy en día, pero ahora se ha ido en un soplo de viento y todavía estamos en ello.

Fue en Roma donde Howard encontró la libertad y el compromiso que había buscado durante cuatro dolorosos años:

«No pude forjar una amistad con Buchman intentando hacer lo que creía que le complacería. Luchaba con fuerza, con una ferocidad que parecía irrazonable pero que funcionaba, contra la debilidad de quienes intentaban depositar su confianza en él como hombre. Pero si yo lo daba todo en una batalla, me encontraba en natural y espoleante camaradería a su lado. Creía que éste era el vínculo normal de todos los que aman a Dios. Yo no podía ganarme su amistad. La daba libremente a los corazones luchadores que le rodeaban. Bien o mal, decía lo que sentía, y esperaba que todos hicieran lo mismo.

“Salado con el fuego de la disciplina”, era una frase que amaba y repetía. Citaba las palabras de William Penn que resuenan a través de los tiempos: “Los hombres deben elegir ser gobernados por Dios o condenarse a ser gobernados por tiranos”. Sabía que esto era cierto no sólo para las naciones que luchan por mantener su libertad, sino también para todo hombre que quiera liberarse de la tiranía de la dictadura en el hogar, o de la esclavitud de la derrota por vicio o hábito».

Aquella Pascua en Roma, Howard tuvo dos pensamientos claros: «Vive la pureza absoluta por amor a Dios. El corazón de esta idea será tu hogar permanente para el resto de tu vida».

«Esto representaba para mí el mismo recorte de toda seguridad humana al que se enfrentó Buchman cuando renunció a su trabajo remunerado. Podía significar no volver nunca más a mi casa, ni a mi país. Significaba estar dispuesto a todo lo que Dios exigiera».

De P. D. H. para Doë

Roma

Marzo de 1950

Llevo muchos días intentando -en vano- sentarme ante mi máquina de escribir y enviar el relato de nuestra estancia en San Pedro, cuando vimos al papa llevado en gloria en su trono, nuestra visita a las catacumbas y a *Villa d'Este*, pero la vida ha sido para mí un no parar desde las cinco y media hasta medianoche, la mayoría de los días.

En cierto modo, este viaje ha significado para mí algo parecido a la experiencia que Buchman tuvo en la Región de los Lagos. Y aunque no me ha dado sus cualidades, me ha dado su nivel de compromiso. Espero mantenerme en esa línea.

Pensando en el futuro, sé que una experiencia de la cruz es el único cemento de nuestro trabajo. Cualquier división en nuestro propio trabajo, o en cualquier otro, ha venido por la negativa a afrontarla. Acaba con el miedo y el favor. Ahora necesitamos personas que no hagan otra cosa que proporcionar un núcleo a Dios para el resto de sus vidas, hombres que lo hagan todo juntos y nada solos.

Una cosa clara para mí es que si no estamos ganando a los hombres para la experiencia más profunda no estamos viviendo una ideología. Esto no significa que puedas llevar a todos a la vez, pero que siempre estén llegando algunos contigo. Buchman es muy directo y tiene los pies en la tierra, y no se amilana ante aquellos a quienes no les gusta.

He estado pensando mucho en los jóvenes. Mi corazón está con ellos. Siento que muchos de ellos, si no la mayoría, nunca han conocido esta experiencia más profunda de la cruz, en la que se entrega la voluntad propia. Lo que se obtiene es una filosofía férrea, adornada y encantada por la atracción de la juventud, que ha decidido salirse con la suya en muchos puntos y grita "dictadura" si alguien intenta detenerla. No debemos permitir que los adultos repriman, asfixien o estereotipen a la juventud. Del mismo modo, debemos cambiar este espíritu en algunos de los jóvenes que piensan que están prestando al mundo un servicio pionero mediante la rebelión y el descaro.

De P. D. H. para Doë

Roma  
Marzo de 1950

Mi trabajo principal es con los jóvenes. Los jóvenes están hambrientos de diversión y también de la verdad espiritual más profunda que se pueda dar. Lo que les retiene no es lo que se dice, sino la calidad de vida: normas morales absolutas en todo momento. No puedes permitirte una palabra o un momento fuera de lugar. Si lo haces, los pierdes. Es interesante que la gente que se burla de ellos, les sigue la corriente y les hace bromas pesadas por miedo a ser considerados devotos, al final los pierden.

Para Howard esto marcó un antes y un después en su vida. También le hizo volver al lado de Buchman: «Caminaba por un pasadizo y la voz de Buchman dijo: “Como en los viejos tiempos, ¿verdad, Peter?”. Eso fue todo».

De P. D. H. para Doë

Roma  
16 de marzo de 1950

En los últimos días en Roma he pasado los mejores momentos de mi vida con Buchman. No ha pasado nada dramático. He hablado con él en los términos más completos y sencillos sobre todo el futuro del trabajo. La forma en que se ha movido a de la situación aquí es una lección. Es muy divertido. «Aleluya», dijo el otro día. Y cuando uno de los jóvenes estadounidenses puso cara de asombro, Buchman añadió: «Ese es nuestro grito universitario».

De P. D. H. para Doë

Roma  
17 de marzo de 1950

Ayer, después de la merienda, toda la gente se fue al cine y yo me quedé cuidando a Buchman. Hablamos de todo el pasado. Le dije que sentía que era culpa mía no haber vivido a su lado y haber huido de él. «Sí, sentí que lo habías hecho», dijo Buchman. «Creo que todo ha sido culpa mía. Podía haberte facilitado las cosas. Podía haber hablado contigo desde el principio, pero me faltaron las fuerzas o tal vez no era el momento». Le dije que a veces llegabas a un punto en el que, sin pecado consciente, no sabías dónde ni cómo volver atrás. «Lo entiendo», dijo Buchman, «y lo sentí en ti, pero siempre y en todo momento supe que cambiarías».

Buchman cree que algunos jóvenes han llegado a pensar que ellos son lo más importante, que conocen todas las respuestas, y que su trabajo es ayudarnos rebelándose contra la autoridad de los mayores tan pública y frecuentemente como sea posible. Ayer envió el siguiente telegrama a uno de los centros: «Los

jóvenes no lo son todo. Si no quieren trabajar como los demás, envíenlos a casa. Con mis mejores saludos, Frank».

Aquellos días en Roma fueron para Howard el comienzo de once años de extenuante trabajo con Buchman. Dios estaba en el centro de la relación y ninguna falsa lealtad al hombre. Esta experiencia no fue solo personal. Liberó a Howard para un liderazgo que iba a influir en muchas naciones, así como en innumerables personas. No tenía el glamour del poder personal. No estaba al mando de ningún país. Pero se convirtió en una fuerza potente y relámpago en la batalla del bien contra el mal, de Dios Todopoderoso contra el hombre todopoderoso.

### LA PRIMAVERA

La primavera, con su color, su calor y su aroma,  
Temporada de brotes y renacimiento,  
Anuncia la cosecha para la tierra.  
Y así como Dios dibujó en el cielo  
Su arco de mística simetría  
Un pacto de majestad,  
Para que los hombres no teman más un diluvio  
Como símbolo de la ira de Dios  
Así, año tras año, envía la primavera,  
La promesa y el perdón se mezclan,  
Mientras Cristo eterno desde la Cruz  
La generosidad otorga de la pérdida total.  
La tierra quebrada, fría y estancada  
Se anima con milagros de nacimiento,  
Y los espíritus, rotos, contritos, fríos,  
Se curan con múltiples bendiciones,  
Mientras las esperanzas, los corazones y las cosechas  
Se agitan con la renovación de la primavera.  
En Pascua, el poder, la alegría,  
Corren descalzas como un niño  
Por la tierra en jolgorio.  
En Pascua, la alegría, el poder,  
Se elevan como la savia. Es la hora mágica,  
Cuando la esperanza se calienta con la certeza  
De milagros que veremos,  
De la cosecha en los campos de nuevo  
Y cosecha en los corazones de los hombres  
El Reino de Dios después del sudor y el dolor.  
Sí, la muerte se convierte en algo maravilloso  
Entre la cruz y el azafrán en primavera.  
La belleza es libre para caminar  
Y difundir la gloria del Señor.

Los rígidos cuellos blancos de la escarcha  
Se derriten de los setos, y, en relieve  
Con flores de primavera y anémonas,  
Las túnicas de Pascua calientan cada día.  
La primavera toca con el dobladillo de su vestido  
Los matorrales mientras los adorna;  
Con verde y flores cubre la espina  
Que coronó a un rey un amargo amanecer.  
El petirrojo, con el pecho tan rojo  
Como brotó la sangre de aquella cabeza inclinada,  
Con pico y garras su diminuto telar,  
Teje y reteje su sencillo hogar.  
Hojas de esqueleto y pelo de caballo  
La tela y los cimientos llevan,  
Con artesanía su oración perfecta.  
Los pajares se elevan en medio del murmullo  
Y el bullicio del tambor hambriento.  
La esbelta y plateada paja del trigo,  
Como cabello rubio como la ceniza alrededor de tus pies,  
Con oro de paja de avena y marrón de paja de frijol,  
Para construir la próspera ciudad de stackyard.  
Mientras del tambor se llenan los sacos  
Con grano para el ganado y para moler  
El mismo grano de maíz  
Que Jesús comió un sábado por la mañana.  
Y desde entonces, se dice,  
Un bebé en el trigo es colocado.  
Envuelto en paja, en cada grano  
Se le ve resucitar de la muerte.

En primavera el jinete conduce su arado  
Y hace los surcos hilera a hilera,  
Como las ondas de una marea creciente  
Por el campo cabalgan  
Luego aporca para matar la cizaña y la mala hierba,  
Con taladros para sembrar las semillas hinchadas.  
Y algunas caerán y nunca crecerán,  
arreatadas de inmediato por el gallo o el cuervo.  
Y otras caerán en suelo pedregoso;  
Así, sin raíces, marchitas se encontrarán  
En el resplandor del sol. Y algunos se ahogarán  
Entre cardos, garras del diablo y espinos.  
Y algunos brillarán con el oro de la cosecha  
Cien veces más,  
Tal como hace dos mil años  
El Hijo del Hombre lo predijo.  
Camina por la tierra el día de Pascua,

Dando vida a la fertilidad.  
En primavera el mar obedece la voluntad  
De Aquel que susurró "Paz, estate quieto".  
El océano arrugado se arrodilla y se arrastra  
Contra los muros de nuestra isla,  
Y las gaviotas surcan el cielo,  
Ejerciendo su antigua agricultura  
Para recoger frutos del mar entre las cuevas  
Y estanques rebosantes de olas  
Y camarones y peces en concha  
De cada celda esmaltada y retorcida.  
Los sonidos, los olores y el misterio  
Que les hacía tener hambre de mar,  
Aquellos pescadores de Galilea  
Y en la orilla del mar apareció Cristo,  
Mientras Pedro pescaba y otros temían  
Aquella primera Pascua infalible  
Que le dijo al mundo que Cristo no había muerto.

Oh, el cielo es la tierra y la tierra es el cielo  
Saber que Cristo Rey ha resucitado,  
Saber que el cuento de Pascua es verdad  
Que Jesús hace nuevas todas las cosas  
Tierra, océano, hombres y naciones también.  
Cristo ha resucitado  
De la tumba en la tierra al trono en el cielo.  
El mundo es nuevo, nuestros pecados perdonados.  
¡Aleluya!



## Capítulo 12

A partir de 1950, Peter Howard trabajó al lado de Buchman. Estuvo con él en Caux aquel verano, cuando llegó el primer grupo representativo que salió de Japón – por primera vez - desde la guerra. Escribió entonces:

«El grupo de setenta y seis personas incluía a los gobernadores de siete prefecturas; diputados de todos los partidos; alcaldes de varias ciudades, incluidas Hiroshima y Nagasaki; hombres de negocios; líderes sindicales; y destacadas personalidades de la educación, la prensa y la radio.

Antes de partir, el primer ministro, Sr. Yoshida, les dijo: “En 1870, un grupo representativo de japoneses viajó a Occidente. A su regreso cambiaron el curso de la vida japonesa. Creo que cuando esta delegación regrese, ustedes también abrirán una nueva página en nuestra historia”.

En Caux, los japoneses comenzaron a trazar entre ellos el secreto de la unidad de su nación. Uno de los delegados era el Sr. Eiji Suzuki, jefe de policía de Osaka. Su mujer dijo que nunca sabe si volverá sano y salvo cuando sale de casa por la mañana. Es un hombre corpulento, con la máscara de dureza que exige su trabajo. Uno de sus enemigos acérrimos era otro miembro de la delegación, Katsuji Nakajima, dirigente del Sindicato de Metalúrgicos de Japón.

Nakajima es poco más de la mitad del tamaño del jefe de policía, pero está lleno de garra. Estaba en Hiroshima cuando cayó la bomba y lleva las marcas de ello hasta el día de hoy. Detestaba tanto al jefe de policía que, durante todo el trayecto en avión, no le dirigió la palabra.

Sus ojos chispeaban con fuego detrás de sus gafas. Pero el agua de las lágrimas apagó el fuego cuando un día fue a ver al jefe de policía a Caux y le pidió perdón por su odio.

Al día siguiente, el jefe de policía pidió perdón al Sr. Nakajima por su odio a los socialistas y comunistas. Dijo: “He sido vencido por su tremendo espíritu”.

Alguien de otro país, que había vivido durante años en Japón y conoce la gran reserva y el orgullo propio de su pueblo, dijo que si no hubiera visto esto con sus propios ojos nunca lo habría creído posible. Uno de los miembros de la Dieta japonesa lo describió como “el mayor regalo que se le podía hacer a Japón. Responde al odio que amenaza con desgarrar Japón con una guerra civil”.

Los japoneses resumieron el significado de su viaje en una declaración que apareció en *The Observer*. Dijeron: “Rusia ha avanzado en Asia porque el gobierno soviético comprende el arte de la guerra ideológica. Lucha por las mentes de los hombres. Hacemos un llamado a los gobiernos y pueblos de Occidente para que hagan lo mismo, para que se hagan expertos en la filosofía y la práctica del Reino Moral, que es la ideología del futuro. Entonces toda Asia escuchará”.

Cuando los japoneses llegaron a Washington aquel julio, fueron los primeros japoneses de la historia en dirigirse a las dos Cámaras del Congreso. Howard escribió:

«El discurso del Sr. Kuriyama<sup>1</sup> fue interrumpido por un fuerte aplauso. Los senadores se levantaron hacia él cuando terminó su discurso. Dijo: “Fuimos a Caux en busca del verdadero contenido de la democracia. Encontramos la ideología que alimentará la democracia en Japón”. Luego continuó: “Sentimos, sinceramente, el gran error de Japón. Hemos roto una amistad casi centenaria entre nuestros dos países”. El Senado y las tribunas guardaron un silencio sepulcral, profundamente conmovidos por sus disculpas.

“La paz y la buena voluntad pueden volver, incluso después de los acontecimientos más terribles”, comentó el *New York Times*. Los alcaldes de Hiroshima y Nagasaki se encontraban ayer entre los visitantes al Congreso. Si sentían que ellos también tenían algo que perdonar, habían logrado ese milagro. Por un momento se pudo ver, fuera de la oscuridad actual, los años en que todos los hombres podrán ser hermanos”.

---

<sup>1</sup> Sr. Chojiro Kuriyama, Miembro del Partido del Gobierno de la Dieta Japonesa.

En los dos años siguientes, Howard pasó muchos meses en los Estados Unidos. El dolor de separarse de su familia crecía con los años. Su hijo, Philip, ganó una beca para Eton. Luego a Oxford. Pero su padre rara vez podía visitarlo. Se perdió todos los acontecimientos del último semestre de Philip en Eton y los posteriores en Oxford. Lo mismo ocurrió con Anne y Anthony. Y, sobre todo, para Doë, que cuidó de los niños y les dio su apoyo y ánimo a través de tres mil millas de océano.

De P. D. H. para Doë

EE.UU.

1951

Siempre es un infierno decir adiós. Debo decir que estuve a punto de llorar cuando vi llorar a Ant. Es un muchacho muy querido y sólo desearía haber podido hacer más con él y por él. Su corazón, como el mío, odia despedirse de sus seres queridos. Por alguna razón esta despedida de todos ustedes ha sido dura. Me doy cuenta de que otras vacaciones han llegado y se han ido con sólo el más breve de los tiempos como una familia.

Howard estaba en los Estados Unidos con una segunda delegación japonesa.

De P. D. H. para Doë

Nueva York

3 de mayo de 1951

Acabamos de estar en Washington con la delegación japonesa. Nos dieron de almorzar en la sala donde agasajaron a MacArthur. El lugar estaba tan lleno que Joe Martin, el orador, no pudo conseguir una silla cuando llegó tarde.

De P. D. H. para Doë

Nueva York

Mayo de 1951

Llamé a Beaverbrook esta mañana. Acababa de llegar en el *Queen Elizabeth*. Me enteré de que estaba allí y llamé al Waldorf. B. se quedó estupefacto de que yo supiera tan pronto que estaba en la ciudad. Le hablé de Mackinac y me dijo: «Vaya donde vaya me entero de tus andanzas». Mencionó a Kerr-Jarrett, que es el custodio de *St. James*, Jamaica, y estaba en Washington. «¿Sabes lo que es un custodio?», preguntó. «Lord Gran Verdugo», dije. Se rió fuerte y largamente. «Quiero verte y te estaré esperando», dijo.

De P. D. H. para Doë

Isla Mackinac  
1 de junio de 1951

El hombre del *New York Times* llegó ayer al amanecer y Buchman se lució con él. Su frase inicial fue: «Me pagan por ser cínico». Tras lo cual Buchman, al presentárselo a todo el mundo, comentó: «No le des nada positivo. Dale todo lo negativo. Eso es lo que quiere». El tipo estaba muy cautivado por todo esto.

El I.N.S. telefoneó desde Detroit en el transcurso del día y me hizo su corresponsal pagado para la asamblea. Es el primer trabajo remunerado que tengo desde Beaverbrook. Tengo que escribir 250 palabras por la mañana y por la noche, lo cual no es demasiado desesperante, y me darán 100 libras, lo cual es poco, diría yo. Pero ¿cuánto vale el pan cuando no tienes trigo? La A. P. quiere 150 palabras y esto también me corresponde a mí y parte sin pagar. La A. P. de la isla se queda con los dólares y nosotros hacemos el trabajo, pero al menos llega a millones de personas.

Es una alegría, y también una lección, tener la oportunidad de ver a Buchman cuando organiza una asamblea como ésta. Anteanoche tuvo dolores muy fuertes. Estuvo en agonía durante un tiempo. Su único comentario fue: «Siempre me ocurre algo así justo antes de los grandes acontecimientos. Supongo que es para hacerme totalmente dependiente de Dios». Su oración aquella noche fue: «Haz de mí un hombre mejor. Y gracias por el dolor que purifica y fortalece. Amén».

La azucena está a punto de florecer aquí. La primavera llega tarde.

De P. D. H. para Doë

Detroit  
23 de junio de 1951

Llegué inesperadamente -de la noche a la mañana- a Detroit y vi un espectáculo extraordinario en el andén cuando desembarcamos. John L. Lewis, que espera amalgamar el sindicato local 600 de Fords (75.000 miembros) con el suyo, llegaba para dirigirse a ellos. Había una banda de música y una multitud de sindicalistas, la mayoría de ellos con sombreros en los que se leía "solidaridad", que ya estaban allí para dar la bienvenida al gran hombre. Cuando llegó, todos cantaron al son de "Gloria, gloria, aleluya" la letra de "Solidaridad para siempre. La unión nos hace uno".

John L. es un hombre hastiado, de rostro pálido, mucho más pequeño de lo que yo me había imaginado y un típico galés. Podría haber salido directamente del Rhondda. La bienvenida le estimuló, pero parecía un solitario leoncito amarillo sacado de un libro infantil.

Ahora estamos en el aeropuerto esperando un avión. Eddy Rickenbacker<sup>1</sup> tiene una reunión mañana en Miami, con 200 de sus ejecutivos de 87 ciudades y nos han telefonado para pedirnos que les hablemos del RM.

El interés por todas las líneas aéreas con base en Miami era intenso desde que, a principios de ese año, se resolviera -por sorpresa- el litigio de *National Airlines*. Howard escribió en aquel momento:

«A principios de 1951 se podría haber comprado el fondo de comercio de nuestra aerolínea por mil dólares», dijo uno de los miembros del Consejo de *National Airlines*. “Hoy no se podría comprar ni por millones”.

Una disputa que había durado años provocó una de las huelgas más largas de la historia de las aerolíneas, y que estaba a punto de provocar otra “se detuvo en seco, como resultado del Rearme Moral”. Así lo afirma W. T. 'Slim' Babbitt, vicepresidente de la Asociación de Pilotos de Líneas Aéreas de los Estados Unidos (ALPA).

Dos hombres estaban en el centro de esta disputa. Uno era el propio Babbitt, el otro G. T. Baker, presidente de *National Airlines*.

“Éramos dos enemigos mortales”, dice 'Slim' Babbitt.

Baker es duro y cuadrado, un hombre que se ha abierto camino desde el suelo hasta la cima de una gran empresa industrial. En esa lucha se volvió despiadado.

'Slim' Babbitt es astuto y realista. Es experto en el arte de la negociación industrial y ha luchado sin miedo ni favoritismos por los intereses de los pilotos.

Los problemas empezaron hace muchos años, y la desconfianza, el miedo y el odio fueron en aumento. Las cosas llegaron a un punto crítico en febrero de 1948, cuando Baker despidió a un piloto sin darle, como creían los pilotos, una oportunidad justa de exponer su caso. Los pilotos de *National* se declararon en huelga. Baker intentó seguir adelante introduciendo pilotos no sindicados.

Los pilotos del sindicato contraatacaron de muchas maneras. Los aviones desplegaron banderolas sobre Miami que decían: “No vuelas con *National*”. En los hoteles se distribuyeron cajas de fósforos con el mismo lema. Se formaron piquetes en las oficinas de *National Airlines* y se advirtió a los pasajeros de que los aviones de *National* eran inseguros.

---

<sup>1</sup> Presidente de *Eastern Airlines*

Baker presentó una demanda de £5.000.000 contra ellos por difamar a su compañía. Al cabo de diez meses intervino la Junta de Aeronáutica Civil. Ordenaron una investigación para estudiar el desmembramiento de *National Airlines* y el reparto de sus servicios entre otras aerolíneas.

Finalmente, Baker aceptó que los pilotos del ALPA volvieran a su trabajo. Pero, de hecho, el periodo entre 1948 y 1951 fue, citando a 'Slim' Babbitt, “mucho peor que la huelga en sí”.

Babbitt afirma que en ese periodo la Asociación de Pilotos gastó cientos de miles de dólares en sus esfuerzos por arruinar a Baker.

Baker comenta: “Eso es el doble para mí”.

A finales de 1950, Babbitt y los pilotos decidieron cerrar *National Airlines* y dejar a Baker fuera del negocio para siempre. La orden de desmembramiento de la Junta de Aeronáutica Civil seguía pendiente, y en diciembre de 1950, Babbitt convocó a los pilotos de *National* a una votación de huelga, que en su mente significaba el fin de las aerolíneas.

Es en este punto cuando Rearme Moral entra en la historia. Un hombre de negocios de Florida, que conocía el Rearme Moral, pero no a Baker, decidió que ambos debían unirse. Los ejecutivos de las aerolíneas le dijeron que le sería imposible ver a Baker. Pero el empresario no se desanimó. Fue directamente al despacho de Baker e insistió.

Baker dijo más tarde de esta entrevista: “Estaba esperando la artimaña, pero nunca llegó”. Aquella tarde, Baker entraba en el despacho de su vicepresidente cada quince o veinte minutos. Su mente había empezado a moverse a un nuevo nivel. Dijo: “No hemos sido honestos. Siempre he pensado que soy un tipo honesto, pero la honestidad absoluta es algo diferente”.

‘Slim’ Babbitt se enteró de la nueva actitud de Baker. No creyó ni una palabra. Envió a algunos de los pilotos negociadores a ver qué pasaba.

Llegaron sin esperar ver a Baker, pero en cuanto éste se enteró de que estaban allí, mandó llamar a los pilotos para que subieran a su despacho. Nunca antes habían estado allí. Uno de ellos telefoneó a Babbitt y le dijo: “¿Dónde crees que estamos? Baker no está en la sala en este momento, pero nosotros estamos en su despacho, fumando sus puros. Estamos a metro y medio del suelo y Baker está en el techo y no podemos bajarlo”.

Baker propuso a Babbitt que la mediación sobre la huelga pendiente, fijada para el 2 de enero por la Junta Nacional de Mediación, se pospusiera hasta después de la asamblea de Rearme Moral que se estaba celebrando en Washington durante los primeros días de enero de 1951, y que Babbitt y

algunos de los pilotos asistieran a la asamblea con Baker y algunos de sus altos ejecutivos.

Babbitt se mostró receloso. Pero finalmente accedió. “Fui estrictamente para curiosear”, dice. No se alojaría en el mismo hotel de Washington que Baker y los demás delegados.

Pero se reunieron después de la representación de una de las obras del RM. Salvo en la sala del tribunal, era la primera vez que los hombres se conocían personalmente. Fueron a una habitación de hotel y hablaron. “Llegamos más lejos en tres horas de lo que habíamos llegado en los tres años anteriores”, dijeron más tarde. Babbitt y Baker empezaron a hablar de la situación mundial. Luego hubo una pausa. Baker dijo de repente: “Me he equivocado”. Empezó a contarle a Babbitt los lugares en los que creía que no había hecho lo correcto en su trato con los pilotos. “No culpó a los pilotos ni una sola vez”, dijo Babbitt, “en ningún punto”.

Babbitt admitió a Baker que había “soñado” muchas de las trece quejas de la huelga que estaban en cuestión, como parte de la campaña para arruinar a Baker.

Baker y sus ejecutivos, Babbitt y los pilotos volaron de vuelta a Florida. Babbitt envió un telegrama a la asamblea de Rearme Moral en ese momento: “Ahora estamos ocupados en la mecánica de cortar las cuerdas que han retrasado tanto a *National Airlines*, como a sus pilotos, para que los dos sean libres de avanzar como un equipo para construir una aerolínea con un potencial ilimitado para ambas partes. Hasta que tenga más información, me referiré al RM como una medicina milagrosa que hace de la gente verdaderos seres humanos”.

En marzo anunciaron su acuerdo a la prensa. La Junta de Aeronáutica Civil retiró la orden de desintegración que tenía pendiente. Los bancos, que durante años se habían mostrado reacios a adelantar dinero a *National*, prestaron lo suficiente para comprar varios aviones nuevos.

Estos acontecimientos fueron noticia de primera plana en los Estados Unidos. El *Miami Herald* tituló su historia: “El Rearme Moral marca el comienzo de una era de entendimiento”.

La resolución de la disputa entre Baker y Babbitt no significó, por supuesto, que todos los agravios se terminaran para siempre en *National*. Significó que se rompió un cuello de botella industrial que estaba matando a la línea.

D. W. Rentzel, Presidente de la Junta de Aeronáutica Civil, hizo la siguiente declaración pública: “Para quienes conocen la larga historia de amargas y enconadas disputas, la transformación de la actitud de las partes ha sido prácticamente milagrosa”».

De P. D. H. para Doë

Hotel Columbus, Miami  
25 de junio de 1951

Estuvimos con 250 ejecutivos de Rickenbacker durante dos horas y cuarto. Al final todos se levantaron y aplaudieron como locos, lo que con este calor probablemente era puro alivio de que la cosa hubiera terminado.

Tus ánimos y tus reflexiones sobre mis escritos significan, y han significado, mucho para mí. Para ser sincero, siempre siento que escribo mejor de lo que lo hago. Escribir lo mejor posible requiere tiempo y sudor. Es difícil hacerlo a la carrera. De algún modo, tengo que planificar mi vida de modo que cada día escriba durante una hora más o menos. Sobre la marcha parece imposible, pero algún día lo conseguiremos juntos.

De P. D. H. para Doë

Chicago  
27 de junio de 1951

Hoy hemos almorzado temprano con el profesor Moon. Es uno de los hombres del sector nuclear. Nos ha entretenido, a veinticinco de nosotros, en el mismo bloque de edificios donde en 1942 se produjo la primera reacción en cadena de energía nuclear. Sus invitados eran principalmente japoneses, algunos de los cuales lo habían perdido todo en Hiroshima y Nagasaki. Moon habló; también el jefe del cuerpo estudiantil de la Universidad de Osaka y tres profesores de la Universidad de Chicago. También tu humilde esposo y el jefe de 30.000 obreros textiles de Japón. Luego fuimos recibidos por el alcalde. Más tarde salimos en televisión. A las cinco de la tarde salimos para una temprana cena en una moderna fábrica del lado norte. Luego a una reunión pública, a la que vendrá la prensa. Luego a la cama, espero.

De P. D. H. para Doë

Detroit  
1 de julio de 1951

Anoche hacía mucho calor en Detroit, 96 grados. Estaba cansado, Barrett<sup>1</sup> volaba a casa y tú estabas muy lejos. De repente me sentí muy solo. Entonces, subió al autobús que va de la estación aérea a la ciudad un pequeño niño negro de unos ocho años. Se sentó a mi lado. Había volado desde Hotsprings, Arkansas, donde llevaba hospitalizado desde enero. Estaba entusiasmado por volver a ver a su madre. A decir verdad, me recordaba mucho a Ant con sus modales. Cuando le pregunté su nombre me contestó: «Me llaman Gee-wizz». En fin, este niño no paraba de charlar. Me animó considerablemente.

---

<sup>1</sup> Sr. R. M. S. Barrett de Edimburgo. Trabajó con el RM desde 1932.



De P. D. H. para Doë

17 de julio de 1951

Vuelvo alegremente en tren a *St. Ignace*. En el avión de hoy viajaba la mayor parte del Consejo de Administración de *Chicago and Southern Airlines*, que acaba de fusionarse con Delta. Me pidieron que pasara a la cabina cerca del asiento del piloto, donde ellos estaban sentados. Empezaron diciendo con bastante crudeza que no les convencía del todo el RM. Les respondí con la misma vehemencia que no me convencía en absoluto *C. & S. Airlines*, pero que al menos la estaba probando para ver cómo funcionaba. Entonces pasamos una hora muy valiosa.

El tren acababa de pasar un pantano del que se elevaba una nube de patos silvestres, que volaban como flechas mientras nos poníamos a nivel. Luego una vista trágica, un lugar que una vez debió haber sido un magnífico rancho, excavado en la inmensidad del bosque, de al menos doce edificios y una bonita casa, que habían sido abandonados. Los tejados de los edificios se han desplomado como sombreros sobre la ruina. Se puede ver donde antes estaban los campos y las vallas. Pero ahora el bosque está invadiendo todo de nuevo y en unos años, supongo, todo eso habrá desaparecido.

De P. D. H. para Doë

Miami

Enero de 1952

Una gran cosa ocurrió en la huelga de autobuses aquí. Pawley<sup>1</sup> telegrafió desde Portugal, adonde voló con Lovett<sup>2</sup> para la reunión de la OTAN, pidiéndonos a mí y a Newton que aceptáramos y transmitiéramos a los demás su agradecimiento por la «magnífica ayuda del RM en la resolución de la huelga de autobuses de Miami». En la medida en que puede atribuirse un mérito humano, éste corresponde a Buchman, que tuvo toda la idea y luchó por llevarla a cabo. Dios ha obrado sus maravillas.

Buchman va a ser operado. Hoy ingresa en el hospital y pasado mañana será operado. Me dijo: «Gracias por todo. No te veré en unos días y si este es el final, ¿por qué, qué es eso? Hay vida después de la muerte».

Esta noche tenemos otra reunión de formación de la que soy responsable. Nunca he estado tan agotado físicamente. Nuestra gente aquí necesita aprender que el RM no es una idea que uno promueve. Es gente con una pasión revolucionaria por corregir lo que está mal, una pasión revolucionaria que lo consume todo, como la pasión revolucionaria de cualquiera de los *ismos*, pero que trae el cambio a través del cambio en la naturaleza humana,

---

<sup>1</sup> Sr. William D. Pawley, Presidente de la *Miami Bus Company* y Embajador de Estados Unidos en Brasil y Perú.

<sup>2</sup> Sr. Robert A. Lovett, Secretario de Defensa

no en el cielo ni en el imaginario, sino con los pies en la tierra y haciendo frente a los problemas reales del momento.

De P. D. H. para Doë

7 de marzo de 1952

Acabo de llegar de cortarme el pelo con un barbero griego. También quería cortarme las cejas, pero se lo impedí. Me dijo con un fuerte acento griego: «Hermano, sin duda estás perdiendo el pelo». Pensé que iba a venderme un tónico capilar, pero en lugar de eso me dijo que me lo cepillara tres veces al día con un cepillo duro. Señalando su propia calva, añadió: "Yo no he hecho eso".

Abandonó Corinto hace treinta años, siendo un joven de veinticuatro. En 1930 había ahorrado lo suficiente para volver a casa cuando llegó la crisis. Lo perdió todo. Estuvo un mes en el hospital porque el shock estuvo a punto de volverle loco. "A veces me pregunto si ya estoy bien", me dijo sonriendo y agitando una navaja de afeitar. Nunca ha vuelto. Su padre murió. Su madre tiene ochenta años y anhela verlo antes de morir. Le envía latas de mantequilla y espera volver este año.

Lo único que me entristece es la última mitad de Philip en Eton. Daría mis dientes posteriores por oírle hablar el 4 de junio y todas las demás cosas asociadas con el clímax de sus años en Eton.

De P. D. H. para Doë

Miami

18 de marzo de 1952

Todavía tenemos que luchar contra una mentalidad organizativa muy arraigada. Existe la curiosa convicción de que mediante la actividad organizada cambiarán las personas y cambiarán las naciones. Si la actividad organizada lo lograra, hace tiempo que la ONU habría sido eficaz. Por supuesto, es un procedimiento mucho más barato que la Cruz.

Anoche estuve paseando por el campo de golf. Jugué dos hoyos con Campbell<sup>1</sup> con un hierro del número cuatro al anochecer y vi una pareja de cardenales, de un rojo intenso con pequeñas crestas. También un pájaro carpintero de vivos colores.

Es agradable sentarme un rato contigo. Casi puedo creer que si hablo me responderás.

---

<sup>1</sup> Dr. Paul Campbell, en la plantilla del Hospital Henry Ford, Detroit, 1938-42. Más tarde fue el médico personal del Dr. Buchman.

De P. D. H. para Doë

Allentown ( Hogar del F. N. D. B.)

7 de abril de 1952

Llegamos ayer después de un agradable viaje de seis horas en tren. Los precios en el ferrocarril aquí son malísimos -3 dólares por una cena insignificante y 1,65 por un té y un sándwich.

Buchman hablaba esta mañana de su madre y de su padre. Es conmovedor lo mucho que sigue significando el recuerdo de su familia. Dijo: «Papá era un hombre sorprendentemente guapo. Se jubiló a los cuarenta y uno y murió a los ochenta y uno. Era un gran horticultor. Aún quedan algunos de sus manzanos. Mi abuela, Greenwalt, vestía sus propias sedas y corsés importados. Era el equivalente a ir en un Cadillac hoy en día. Su casa en el campo era el lugar donde mejor dormía de todo el mundo. Alguna vez me hubiera gustado jubilarme allí, pero ahora no». Luego, mirando la foto de su madre, comentó: «Deja la luz encendida. Me gusta mirarla».

De P. D. H. para Doë

Nueva York

Abril de 1952

Me siento muy unido a todos ustedes, y camino a su lado a través de los días. La casa debe de estar preciosa. Por favor, envíame unas breves palabras sobre el progreso con los cerdos, corderos y ovejas.

Estoy en el trabajo de mi vida, aunque llegué tarde a él. Es maravilloso ser llamado a servir a Dios para reconstruir el mundo. Hoy nos enfrentamos a un colapso de la civilización. No es un problema nacional. Es el problema de los hombres que no sacrifican su egoísmo, sus planes y sus puntos de vista porque están comprometidos en sus propias vidas.

Una de las cosas que hace que algunas personas se aparten de Buchman es su ataque sin reservas contra el mal. Nunca deja pasar una, ya sea en la cocina o en una conferencia. Yo mismo aprecio esa cualidad.

De P. D. H. para Doë

Nueva York

21 de abril de 1952

El viernes llegó una señora con una caja grande de caramelos para Buchman y otra para mí. Buchman dijo: «No abras la tuya. Guárdala para Doë». Así lo hice.

Buchman está en plena forma. Alguien fue a verle ayer y lloró amargamente por sus errores de los últimos años, y por cómo sentían que habían traicionado

la confianza que Buchman había depositado en ellos. Pero todo lo que Buchman dijo fue: «Oh, soy un fracaso sin remedio. No he hecho lo que debía con todos ustedes, etc.». Esto hizo que la persona en cuestión se sintiera peor que nunca. La oración de Buchman después fue: «Dios perdona a este viejo hipócrita. Buenas noches».

También dijo: «La unidad crece cuando los hombres tienen un propósito común que significa más para ellos que sus propios planes y objetivos egoístas. En Washington hay muchas reglas especiales para gente especial. Esa es la esencia de la filosofía de la corrupción. A menudo comienza con la ambición, pero termina en la explotación. La paga del pecado es la muerte del prójimo, a diferencia de la libertad de la cruz, que es la muerte del yo. Los hombres que han llevado a las naciones más lejos del mal camino sienten con mayor intensidad la suerte que tienen las naciones de contar con ellos. Necesitamos un nuevo concepto de liderazgo».

Lo cierto es que estamos librando una batalla por los Estados Unidos. Algunos sólo piensan en los resultados. Es el error que tan fácilmente cometen los hombres acostumbrados a los movimientos de masas. Ningún éxito organizativo es un sustituto adecuado de una experiencia viva de Dios.

De P. D. H. para Doë

Allentown  
25 de abril de 1952

Ayer conduje pasando por la casa en la que nació Buchman en Pennsburg, que ahora es un pequeño almacén de ramos generales. No es muy diferente de la casa de Maidenhead, donde un personaje de peor reputación vio por primera vez la luz del día. También vimos el hotel del padre de Buchman, un edificio cuadrado de cinco plantas y estilo antiguo, justo al lado de la estación de ferrocarril.

De P. D. H. para Doë

Chicago  
21 de mayo de 1952

Llegamos a Chicago ayer por la mañana, después de una buena noche de tren, aunque bastante movida. Me alojo en casa del coronel Robert McCormick y su esposa, famosos por su trabajo en el *Chicago Tribune*. Estoy sentado en la cama escribiéndoles esto en una habitación que tiene una gran placa de bronce en la puerta: «Winston Churchill». Es la habitación donde el gran hombre convaleció tras ser atropellado por un taxi, antes de la guerra. La Sra. McCormick es una dama encantadora y habla mucho de su marido, al que se refiere todo el tiempo como 'El Coronel'.

‘El Coronel’ se educó en Inglaterra en el colegio Ludgrove. Más tarde estudió en Groton y Yale. Dice que los ingleses le enseñaron el secreto del patriotismo. Su favorito para la presidencia es Taft. El de ella es MacArthur, a quien conocen bien desde hace varios años. «Es cierto que es viejo», dice ella, «y también Churchill. Churchill, después de todo, es un bebedor empedernido, cosa que MacArthur no es». Luego añadió: «No le digas a ‘El Coronel’ que he dicho que estoy a favor de MacArthur o me cortarían el cuello de oreja a oreja».

De P. D. H. para Doë

Isla Mackinac  
27 de mayo de 1952

Hemos estado trabajando duro. Buchman ha estado repasando su emisión. He estado escribiendo mil palabras para el *Chicago Herald American* sobre el tema de Buchman. El editor del periódico estuvo en la cena de Chicago. Es un personaje agudo y sabio llamado Harry Reutlinger. Se me acercó antes de que empezara la cena y me dijo: «Quiero decirte una cosa. Si no me gusta esta cena me iré». Le dije: «Quiero decirte otra cosa. Si no me gusta también me iré». Por alguna razón esto le gustó y más tarde le dijo a Campbell que me consideraba como su hermano de sangre.

En julio de 1952, Howard se encontraba en Washington con un trabajador portuario británico que había sido uno de los que planearon la huelga "Beaverbrae" de 1949, que según *The Times* había costado a Gran Bretaña 217.000.000 de libras esterlinas. Estaban en una reunión privada con senadores y congresistas:

«Los senadores preguntaron al estibador inglés qué le había hecho convertirse en comunista. Él respondió: “Tenía una hija. No tenía suficiente para comer porque éramos demasiado pobres. Murió. Aquella noche vino a mi casa un cura, rezó conmigo y me dijo que la niña sería enterrada gratuitamente. Esa misma noche, los comunistas vinieron a mi casa y me dijeron: ‘Quédate con nosotros y destrozaremos el sistema’. Esa noche me afilié al Partido”.

Los estadounidenses le preguntaron entonces por su formación en el comunismo. Les dijo que le habían enseñado a proporcionar mujeres a los hombres que las querían. Cómo encontrar dinero y utilizarlo para corromper y ganar individuos. Cómo promover los celos, el odio, la frustración y la división y separar a los hombres de buena voluntad unos de otros a través del orgullo o de su indulgencia privada. Luego contó cómo había cambiado y por qué luchaba. Cómo él y toda su familia, que se había reunido, volvieron a la iglesia católica.

Al final de una larga velada, los senadores dijeron: “Buenas noches”. El estibador respondió: “Un momento. Me han hecho muchas preguntas.

¿Puedo hacerle una o dos?” Los senadores se sorprendieron, pero aceptaron. El estibador dijo entonces: “Todos ustedes han hablado mucho del comunismo esta noche. ¿Cuántos de ustedes se han sentado alguna vez con un comunista y lo han cambiado?” No hubo respuesta. Luego dijo: “¿Cuántos de ustedes saben cómo sentarse con una persona difícil que no es comunista y cambiarla?”. Tampoco hubo respuesta. El inglés dijo: “Cuando la democracia aprenda ese secreto, la democracia ganará el mundo”».

En septiembre Howard estuvo en San Francisco con Buchman y un grupo numeroso. Allí se iba a firmar el Tratado de Paz con Japón, y cinco de los siete signatarios japoneses cenaron con Buchman la noche anterior a la inauguración de la conferencia. Cuando Robert Schuman, que representaba a Francia, se enteró de que el estibador londinense se reunía con Harry Bridges y sus estibadores, le dijo a Buchman: «Ah, el mundo no es lo bastante grande para ti». Y añadió: «Ustedes hicieron la paz con Japón dos años antes de que nosotros la firmáramos».

De P. D. H. para Doë

San Francisco  
9 de septiembre de 1952

Cada día desayuno fruta, frambuesas frescas, higos negros, uvas, duraznos. Me recuerda mucho nuestro maravilloso viaje por Francia; luego tenemos una breve conferencia con Buchman y vamos a las reuniones de la asamblea con los delegados de la paz. Realmente hemos sido los únicos en preocuparnos por los japoneses. Sus opiniones pueden resumirse en Suzuki, líder del Partido del Gobierno en la Cámara Alta, que dijo ayer, cuando finalmente se firmó el Tratado: «Lo que he oído sobre el RM esta semana es mucho más importante que el Tratado. Será la base de mi informe cuando regrese a Japón».

El discurso de Pearson<sup>1</sup> en la asamblea fue el único que mostró alguna comprensión de lo que realmente sienten los japoneses. Dijo: «No debemos olvidar que los propios japoneses han sufrido mucho». Lo dijo con calidez. Y esa tarde Yoshida le llamó. Es asombroso lo que hace la más simple acción constructiva.

El senador Wiley, uno de los signatarios estadounidenses del Tratado, que habló en el *Commonwealth Club* a mediados de semana, me llamó al verme sentado a unas mesas de distancia, me pidió un ejemplar de *The World Rebuilt* / El Mundo Reconstruido (de P. D. H.) y dedicó los primeros cinco minutos de su discurso a hablar de la abundancia y el RM. Dijo: «Debemos enfrentarnos a la realidad. He hablado en Europa con Eisenhower sobre el

---

<sup>1</sup> Lester Pearson, Ministro de Asuntos Exteriores y posteriormente Primer Ministro de Canadá

RM. Esta fuerza está cambiando la marea del comunismo y construyendo la unidad entre clases y naciones en el mundo».

La municipalidad de San Francisco envió una copia de *The World Rebuilt*, con una carta, a cada delegado de la conferencia. Esto enfureció a hombres como Younger<sup>1</sup>, el subsecretario británico, que dijo: «No me gusta Howard. No me gusta el RM».

Algunas cosas sobresalen de la conferencia. La mayoría de los estadistas son bebés ideológicos, y algunos de ellos también tienen intereses creados en su propio egoísmo. Es un hecho significativo, pero difícilmente creíble que, en el primer banquete de anoche, ni Acheson<sup>2</sup>, ni Spender<sup>3</sup>, ni el gobernador Warren<sup>4</sup>, que todos hablaron, mencionaran siquiera a Japón, aunque Yoshida fue el último orador de la sobremesa y todos los japoneses sentían vivamente su primera recepción en la familia de naciones. Acheson pronunció un discurso sobre la 'ropa interior sucia'. Spender, el australiano, es mejor hombre, pero toda la intervención fue de mala calidad.

Gromykos<sup>5</sup> pronunció un discurso con mucha pasión y franca sinceridad, pero su línea se centró casi por completo en las adquisiciones territoriales y la política de poder, más que en la puja por las mentes y las voluntades de los hombres, que era el espíritu de Lenin.

Otra cosa que uno siente es que las naciones libres están tan en rebelión contra la voluntad de Dios, como el bloque comunista. Piensan que hacer lo que te plazca es una buena respuesta frente a hacer lo que te dicen. No lo es. Y en términos fríos, claros y objetivos, las filosofías desmoralizadas de Occidente han causado tanto sufrimiento humano como las filosofías militantes de Oriente.

De P. D. H. para Doë

San Francisco  
10 de septiembre de 1952

Buchman vio a Alger Hiss<sup>6</sup>, uno de los estadounidenses, cruzando el vestíbulo del hotel Mark Hopkins. Es el chico de ojos azules de todos los diplomáticos aliados. Buchman se dio la vuelta y dijo con apasionada convicción: "Cuidado con ese hombre. No tengas nada que ver con él. Hay algo muy malo en él".

---

<sup>1</sup> Kenneth Younger, diputado laborista por Grimsby 1945-59; Secretario de Estado de Asuntos Exteriores 1950-51.

<sup>2</sup> Dean Acheson, secretario de Estado estadounidense 1949-53.

<sup>3</sup> Sir Percy Spender, vicepresidente de la Conferencia Japonesa del Tratado de Paz 1951; embajador de Australia en EEUU 1951-58.

<sup>4</sup> Gobernador Earl Warren, gobernador de California 1943-53; presidente del Tribunal Supremo de EEUU desde 1953-.

<sup>5</sup> Andrei Gromyko, diplomático soviético, posteriormente ministro de Asuntos Exteriores.

<sup>6</sup> Alger Hiss, secretario general de la Conferencia de San Francisco.

Fueron años agotadores para Howard. Buchman estaba enfermo la mayor parte del tiempo, y Howard viajaba de aquí para allá, a menudo solo, y con poco dinero, aterrizando cada día en una ciudad distinta para hablar y atender a la prensa o la radio. Las amistades que forjó durante esos años le duraron toda la vida.

Peter Howard no era lo que la mayoría de los estadounidenses se imaginan como típicamente británico. Era demasiado franco y vivaz para eso. Su diagnóstico era firme, a veces dolorosamente firme. Y creía aún más en la cura. Cometió muchos errores, pero aprendió de ellos sin rencor. Era impaciente, pero aprendió a convertir esa impaciencia en una búsqueda apasionada del bien, en lugar de una irritación con las personas.

Llegó a comprender los puntos fuertes y débiles de los Estados Unidos y a amar a su pueblo, independientemente de ambos.



## Capítulo 13

EL TAJ MAHAL DE NOCHE Y DE DÍA  
En nuestro aniversario número 20

Perla en la niebla, duermes contra la luna  
Tan vasta, tan fría, tan antigua en tus sueños;  
Con forma de delicada concha, al calor del mediodía.  
Tu cúpula lisa como la nieve aún brilla.

Un recuerdo de mármol del amor pasado,  
De risas que el clima de los años  
Ha congelado en piedra-contrá el cielo  
Tus diamantes como lágrimas brillan.

Y veinte mil hombres con sudor moldearon  
Ese mármol en hoja durante veinte años,  
Un follaje de amor, para que los hombres no olviden  
A través de los siglos tu dolor.

Ni mármol ni luz de luna marcan nuestros días.  
Para nosotros el sendero sin tiempo donde todo es pérdida  
De diamantes y delicias, de caminos sembrados de perlas -  
Y ganancia, la Cruz eterna.

Pero en este segundo fugaz de nuestra vida  
Mira tus estrellas mientras yo despliego mi promesa.  
No cambiaría un momento con mi esposa  
Por todo el Taj - en oro.

En octubre de 1952, Howard viajó por primera vez a Asia, donde permaneció siete meses con Buchman en Ceilán, India y Pakistán. La invitación había partido de dirigentes de esos países<sup>1</sup> que conocían a Buchman y su trabajo. La invitación a la India decía en parte:

«Estamos convencidos de que la verdadera esperanza de lograr un cambio duradero en las condiciones sociales y económicas, y de instaurar la paz en el mundo, reside en la multiplicación de resultados prácticos como los que creemos que se han logrado mediante el Rearme Moral: un nuevo incentivo para la industria, el cambio de actitud tanto de capitalistas como de comunistas, la sustitución de la desconfianza, el rencor y el odio entre individuos y grupos por la comprensión y la cooperación. Consideramos que ese rearme moral de las naciones es la necesidad del momento y la esperanza del futuro».

Buchman había sido informado de que veinte o treinta personas eran todas las que podían viajar convenientemente juntas al subcontinente. Como era de esperar, decidió llevar consigo a doscientas personas y tres obras de teatro. Howard se encargó de la organización práctica de la gira. Primero fue a Bombay, mientras que Buchman y el grupo principal se dirigieron a Ceilán.

De P. D. H. para Doë

Bombay

13 de octubre de 1952

Anoche nos llevaron en coche a la playa de Juhu, a unos ocho kilómetros al norte de Bombay, y al ponerse el sol fuimos a nadar en un mar que parece un baño caliente. En la playa había hombres dando latigazos y niños pequeños dando volteretas y haciendo maromas; una banda tocando instrumentos de percusión; madres con cuadrillas de niños construyendo círculos en la arena con flores de colores; y gente montando a caballo. Estaba tan abarrotada como la playa de Brighton, pero mucho más llena de vida y risas. Es extraordinario sentir la calidez de corazón de esta gente.

En el aeropuerto nos recibieron con ramos de flores, y nos alojamos en casa de tus amigos, los Gandhys.

En la playa, unos niños vendían cocos que abrían y que uno se bebía, algo muy cálido, muy distinto a lo que se puede encontrar en *Hampstead Heath*. Vemos buitres posados en un árbol, en medio de esta ciudad repleta de tranvías, coches y autobuses.

---

<sup>1</sup> La invitación a Ceilán fue firmada por el primer ministro, Sr. Dudley Senanayake, cuatro miembros de su Gabinete y otros dirigentes representativos. La de la India fue enviada por dieciocho dirigentes, entre ellos el Sr. G. L. Nanda, que más tarde actuó como primer ministro en dos ocasiones, el Sr. J. R. D. Tata, y el Sr. Khandubhai Desai, presidente del Congreso Nacional de Sindicatos.

De P. D. H. para Doë

Bombay  
14 de octubre de 1952

Todo el mundo en este país está inmensamente dispuesto, pero nadie está comprometido. Los dirigentes de la ciudad han creado varios comités de recepción, finanzas y recreación. El presidente de la *Scindia Steamship Line* presidió anoche la reunión del comité de organización en la sala de juntas de su compañía.

Alguien me dijo con tristeza durante el almuerzo: «Antes era Bombay, la bella. Ahora es Bombay, la ciudad de la suciedad y la enfermedad». Más de un millón de personas viven aquí con más de diez personas en una habitación y con un calor tropical. Pasas por encima de madres y niños dormidos en las calles. Los padres, según nos dijo el jefe de los intocables, mutilan deliberadamente los miembros de sus bebés para que, cuando crezcan, puedan mendigar mejor.

Este es el país de los pesimistas. Todo el mundo parece conocer treinta buenas razones por las que no lo hará y por las que esto no puede ser. El activismo unido a la inercia, una vez que se han hecho los preparativos, parece una característica en la India. La respuesta es cambiar a los hombres.

De P. D. H. para Doë

Bombay  
16 de octubre de 1952

El cumpleaños de nuestra Anne. Qué abundantemente bueno es Dios con nosotros.

Ayer almorcé con el Consejo de Administración de Tata, y tuve una excelente entrevista con Frank Moraes, editor de *The Times of India*. Cuando entré me dijo: «Estuve en Oxford con usted. La primera palabra amistosa que tuve en Inglaterra fue su informe sobre mi discurso en el sindicato».

En una fiesta celebrada anoche, el médico personal de Gandhi dijo: «Veo que no están haciendo planes, sino tratando de encajar ustedes mismos y todo el mundo en el Plan».

De P. D. H. para Doë

Bombay  
17 de octubre de 1952

Estamos en el aire, rumbo a Colombo. La llanura central de la India es una vista magnífica desde el cielo. Cada centímetro de tierra parece estar

cultivado. Yo esperaba sobre todo selva, pero hay campos, campos muy pequeños.

Todo ha funcionado maravillosamente en Bombay. Tenemos la perspectiva de un teatro de primera clase con capacidad para 844 personas, un tren especial que nos llevará por toda la India y un comité de finanzas que realmente parece esperar financiarlo todo.

De P. D. H. para Doë

Colombo  
30 de octubre de 1952

Ayer salí al amanecer y no llegué a casa hasta medianoche.

Fuimos invitados por el ministro de Agricultura a una demostración de trasplante de arroz. Había mil mujeres metidas hasta las rodillas, en el barro blando de los campos, plantando arroz a mano. Aumenta el rendimiento en un tanto por ciento, pero debido al trabajo y al tiempo que lleva, la mayoría de los agricultores han dejado de hacerlo. Mil mujeres trabajaron cincuenta acres en un día.

Recorrimos sesenta millas a través del país más hermoso que se pueda imaginar: palmeras, arbustos de té, arboledas de caucho, ríos caudalosos y, todo el tiempo, el verde profundo y vivo de los arrozales jóvenes. Viajamos en el auto con el ministro y paramos a las 8 de la mañana para desayunar con un agricultor, incluido el té casero más delicioso. Luego nos dirigimos a la concentración.

Había un arco de bienvenida para nosotros. La procesión estaba encabezada por doce elefantes con túnicas de muchos colores. Luego venían treinta y seis bailarinas de Kandy, con gloriosos tocados plateados que se extendían desde la cabeza como la cola de un pavo real y con una correa de cuero suelta, de unos dos metros de largo, que silbaba y se agitaba al viento mientras bailaban. Debajo llevan lo que parecen ser largos *jerseys* de lana blanca. Llevan cascabeles atados a los dedos de los pies. Bailan, bailan y bailan, salvajemente, rítmicamente, frenéticamente. Bailan la danza de la liebre y del leopardo. Bailaron delante de nosotros, en medio de miles de aldeanos que habían acudido a vernos, durante casi un kilómetro y medio por la polvorienta carretera bañada por el sol. Les acompañaba una banda de chicos vestidos como los piratas de Peter Pan, con enormes tambores largos de cuero que golpeaban con las manos. Y mientras golpeaban, cantaban canciones silvestres y con las manos que les quedaban libres agitaban castañuelas en el aire.

Buchman habló por radio a las mil mujeres que trabajaban en el campo. Dijo: «Hay suficiente arroz en el mundo para todas las necesidades. Ceilán es una

nación libre. La felicito por su libertad. Puede enseñar a toda Asia cómo ser libre. Los estómagos vacíos se llenarán de comida. Las manos vacías con trabajo. Y los corazones vacíos con una idea que realmente satisfaga». A los trabajadores les encantó. También a los hombres del Gabinete. Luego nos dieron de almorzar en hojas de banana: el curry era tan picante que te hacía pensar que habías masticado el extremo equivocado de un habano, y leche de coco recién sacada de su fruto seco.

Siete ministros del gabinete asistieron anoche al estreno de la obra. El jefe de los trabajadores portuarios de Bombay dijo: «Esta obra podría cambiar a todos los trabajadores de la India». La respuesta es abrumadora. Estamos teniendo que doblar el viernes, el sábado y el domingo y hacer dos funciones al día, lo que supone un esfuerzo con este calor.

De P. D. H. para Doë

Colombo

5 de noviembre de 1952

Esta tarde hablaremos con los trabajadores portuarios. Aquí cobran 80 rupias (unas 6 libras esterlinas) al mes. Tienen que mantener a sus familias con esto. Nacen endeudados, viven endeudados y mueren endeudados. Pero tienen el corazón muy abierto. Nuestra batalla es centrar nuestro trabajo todo el tiempo en los hombres y las situaciones que realmente afectarán ideológicamente a Ceilán y a Asia.

Buchman había visitado la India muchas veces, la primera en 1915, cuando entabló amistad con Mahatma Gandhi. El Mahatma dijo que el RM era «lo mejor que ha surgido de Occidente». Buchman habló de su amistad con Gandhi cuando el grupo llegó a Bombay.

De P. D. H. para Doë

Bombay

15 de noviembre de 1952

Cuando atracamos había un enorme cartel: «Bienvenido el RM», y media ciudad había salido a recibirnos: el alcalde, el sheriff, Tata y cientos de personas más.

Por la tarde, la ciudad dio a Buchman una bienvenida pública en los jardines colgantes de Bombay. Fue un acto precioso. El panorama era magnífico. Los jardines colgantes están en *Malabar Hill* y la bahía se extiende gloriosamente hacia el rojizo y dorado de un atardecer tropical.

Buchman describió cómo Gandhi y él caminaron hacia la puesta de sol. «Era como caminar con Aristóteles. Él era un gran espíritu. Vive y vivirá para siempre. Ahora se necesita algo más». Al terminar, se hizo un silencio sepulcral. El alcalde dijo: «El RM es la punta de lanza y el ancla de todas las aspiraciones humanas».

Tuvimos la obra por la noche. Justo cuando íbamos a empezar, la música falló. Así que tuve que ir a hablar sin saber durante cuánto tiempo tendría que hacerlo. Al cabo de cinco minutos, para mi gran alivio, alguien susurró a través del telón: "Todo está bien". El ministro Principal de la Provincia, Desai<sup>1</sup>, habló al final. Estuvo magnífico. Dijo: «Cuando estás firmemente convencido de que tienes razón tienes que vigilar que no te vuelvas santurrón y así dificultar que los demás cambien».

De P. D. H. para Doë

Bombay

18 de noviembre de 1952

Anoche, después de la obra, cenamos en la colina a las afueras de la ciudad donde vivía tu familia. Es precioso. Cenamos con un hombre que posee cinco autos grandes. Tiene un patrimonio fabuloso. Vive con cuatro hermanos, y todas sus familias, en una casa lo suficientemente grande como para que vivan en ella 112 personas, que es el número de las que viven allí. Narayan<sup>2</sup>, el gran socialista, también estaba presente. Nos dijo, cerca de la medianoche, que está convencido de que la economía nunca responderá al comunismo. Se formó en una granja frutícola californiana. Hace poco estuvo en huelga de hambre porque cree que el gobierno de Nehru ha faltado a su palabra con los socialistas. Nehru le escribió una carta de disculpa al cabo de diez días.

La mayoría de la gente aquí no entiende la ideología. Están convencidos de que ningún país hindú puede llegar a ser comunista. También hay una monumental arrogancia, que el mundo occidental tiene que pedalear duro para vencer. Están tan seguros -y tan agradecidos- de que ellos son mejores que los demás hombres.

De P. D. H. para Doë

Bombay

23 de noviembre de 1952

Ayer hubo una proyección especial de la obra para la empresa Tata. El Consejo de Administración se sentó en primera fila. Por la noche, J. R. D. y su esposa ofrecieron una cena a Buchman. Viven en una casa llamada "*The Cairn*". Está

---

<sup>1</sup> Morarji Desai, posteriormente Viceprimer Ministro de la India

<sup>2</sup> Jaya Prakash Narayan, fundador del Partido Socialista Indio

situada en la cima de la ciudad, desde donde se divisa la maravillosa extensión de la bahía y el destello de las luces de la ciudad.

Uno de los industriales del lugar resumió así la situación: «Nehru es el único hombre que mantiene unido al Partido del Congreso. Si algo le ocurre, habrá al menos diez años de política de grupos disidentes en la India. Cada grupo representará la ambición personal de algún hombre. Después de eso puede que crezcamos. El hecho es que aquí obtuvimos nuestra libertad muy barata. Yo solía, al igual que mis amigos, rebelarme y manifestarme para sacar a los británicos de la India. Pero adquirimos una magnífica empresa en marcha. Esa es la verdad».

Doy esta opinión porque es común. No cabe la menor duda de que si Inglaterra diera una ideología contestataria como política nacional declarada, la India la aceptaría. Tampoco hay duda de que las políticas británicas de posguerra no han hecho ganar a la India más de lo que lo hicieron las políticas de preguerra, aunque el Partido Laborista siga siendo considerado aquí como el gran libertador.

De P. D. H. para Doë

Bombay

25 de noviembre de 1952

La reunión masiva fue un éxito. Eran 7.000 personas agachadas en el suelo, con Buchman cubierto de guirnaldas en la plataforma: el lino blanco de los miles presentes contra la tierra roja y marrón, las estrellas y una media luna temprana que navegaban en un cielo pálido, cometas que giraban en círculos sobre sus cabezas, los árboles verdes y las casas que rodeaban los diez acres de parque público donde se celebraba la reunión, con cabezas asomando por todas las ventanas, grupos de niños apilados contra la plataforma en la parte delantera y sus dientes brillando en la oscuridad mientras reían y apreciaban los cantos.

De P. D. H. para Doë

Bombay

27 de noviembre de 1952

Spyros Skouras vino anoche a la obra. Cuando se enteró de que yo estaba casado con una griega, su alegría no tuvo límites. «Debes aprender a hacer el amor en griego», dijo. «Es el idioma más maravilloso del mundo para hacer el amor». Se sentó en primera fila, absolutamente embelesado y dio todo el dinero que llevaba encima.

De P. D. H. para Doë

29 de noviembre de 1952

Día de San Andrés

Esta mañana el *Chronicle* y el *Free Press* salieron con suplementos de seis páginas sobre el RM. Frank Moraes vino a ver a Buchman. Habló de escuchar a Dios y dijo muy sencillamente: «No sé por qué, pero siento una especie de resistencia al RM». Buchman dijo: «¿Para qué conservar tu resistencia? Para aprender de ella». Entonces Moraes dijo: «En China tienen magníficas obras de teatro. Nunca pude descubrir lo que había detrás de ellas. ¿Qué hay detrás de tus obras de teatro?». Así que esta noche viene al teatro a ver.

De P. D. H. para Doë

2 de diciembre de 1952

En el tren

Dentro de un minuto el tren arrancará de un salto y un tirón, así que aprovecha mi escrito si puedes. Pasamos un día magnífico en Ahmedabad. La despedida de Bombay fue ruidosa. Los trabajadores portuarios, los hombres de negocios y los obreros acudieron en masa, y Buchman iba tan cargado de guirnaldas que le costaba caminar.

A las seis y media -en Ahmedabad- todos los indios golpeaban emocionados la puerta del carruaje de Buchman diciendo: «Que salga. Que salga». Desayunamos en un palacio. Pertenece a un rey del algodón. Su hermana es la jefa del sindicato de trabajadores. Cuando tuvieron una huelga brutal Gandhi los llevó a ambos al Ashram y la resolvió. Se construyó un sindicato que es un modelo para la India. Después del desayuno hablamos con los hombres reunidos en la sala del sindicato. Luego fuimos al Ashram de Gandhi y al río por el que Buchman y Gandhi habían paseado. Todos sus libros, papeles y esteras siguen allí.

Al atardecer, bandadas de gansos salvajes pasaron volando contra la luna. Era un espectáculo maravilloso.

De P. D. H. para Doë

Taj Mahal, Agra

3 de diciembre de 1952

Anoche vimos el Taj Mahal a la luz de la luna. Está tan reciente como el queso fresco. Parece como si lo hubieran terminado ayer. Está tallado en bloques macizos de mármol, y en su estado original estaba decorado con diamantes y oro. A lo largo de los siglos (se terminó en 1631) los reyes quitaron los diamantes y sustituyeron el oro por metal. Su construcción llevó veintitrés años y 20.000 hombres. El arquitecto y los albañiles fueron asesinados al final para que no pudieran repetir la obra. Es el monumento a una esposa muy



querida. Está enterrada en la bóveda bajo el pináculo central de la cúpula. El rey planeó construirse un monumento similar al otro lado del río, pero su hijo, horrorizado por el gasto, encarceló a su padre, que finalmente murió. Entonces el hijo lo enterró en el Taj Mahal junto a su amada esposa.

Buchman estaba ayer realmente furioso cuando vio a un gran número de los nuestros caminando bajo el sol sin sombrero a pesar de las múltiples advertencias. Buchman se dirigió a mí, que estaba cerca, y me quitó varias capas de piel, además de regañarme por no haber descansado. «Te cansarás demasiado», me dijo. Como hemos estado trabajando sin descanso, desde las 6 de la mañana hasta pasada la medianoche, y como, en gran parte es por su culpa, pues he estado dirigiendo muchas de las reuniones, me pareció que ya había llegado al punto de su predicción. Le dijo algo interesante a uno de los británicos que no tenía sombrero: «Tú consientes lo que no se debe consentir. Eso es británico».

De P. D. H. para Doë

Delhi

5 de diciembre de 1952

Estamos en *Jaipur House*, uno de los grandes palacios de los que se ha hecho cargo el Gobierno. No tenía ni un palo ni una piedra, pero Nehru dio la orden y ha sido amueblado y puesto a nuestra disposición.

Buchman se dirigió al Parlamento anoche. 550 personas acudieron a escucharle.

De P. D. H. para Doë

Hotel Cecil, Delhi

8 de diciembre de 1952

Esta mañana temprano llegó una citación para ver al primer ministro (Nehru). Vestía una alta toga gris, con rosa, gorra de Gandhi y pantalones blancos. Le dimos, diría yo, exactamente lo que no esperaba. Es tan sólido como un puñado de anguilas, pero se mostró más que cortés. La gente que le rodea está tan asustada como los colegiales ante el director. Sería cómico si no se tratara de una nación tan grande. Él preguntó: «¿Cómo les va?». Le dijimos que la respuesta, especialmente por parte de los trabajadores, es abrumadora, pero que estamos aquí para aprender de una nación que puede tener que liderar el mundo. Se quedó en silencio. Luego dijo: «Cuando la gente dice ese tipo de cosas me asusta». Nosotros dijimos: «Puede asustar, pero puede ser verdad». Dijo que el problema era que todas las personas que hablaban de Gandhiji no vivían de acuerdo con sus principios -se limitaban a hablar de una vida sin importancia. No es que sean hipócritas, salvo la hipocresía normal de los políticos, dijo muy serio. Luego contó una larga historia de cómo cuando Alejandro Magno abandonó el norte de la India hubo

guerra. Un general consiguió dispersar a los ejércitos rivales mediante una astuta diplomacia y luego mandó llamar a su rival derrotado, le concedió todos los honores y le entregó todo su territorio, así como el de su rival. Esta historia es inquietante, sobre todo porque la prensa está llena de noticias sobre las nuevas carreteras que los chinos están construyendo en el Tíbet. Sólo se sabe que hay seis automóviles en el Tíbet.

Hoy se ha presentado en el Parlamento una moción por la que se hace una gran carretera desde Delhi hasta la frontera tibetana. La ruta nacional número uno. «La victoria», dijo Nehru, «no es necesariamente el objetivo final de la guerra. Puedes perder tu objetivo después de la victoria o puedes ganarlo después de la derrota. Una fuerza moral sólo significa inteligencia a largo plazo en interés propio». Sobre esta base, India será en pocos años comunista o una dictadura militar.

De P. D. H. para Doë

Delhi

10 de diciembre de 1952

Lady Crippsi<sup>1</sup> vino a ver a Buchman ayer a la hora del té, estuvimos solo los tres. Después me dijo: «Quería verlo por mí misma. No hay ni una pizca de vanidad en ese hombre. Es algo muy raro. Es gentil».

De P. D. H. para Doë

Delhi

12 de diciembre de 1952

La Sra. Laskin<sup>2</sup> declaró, en su conferencia de prensa en Ahmedabad, que el RM es un movimiento de ricos y enemigo de las clases trabajadoras.

Esta mañana Buchman llevó a seis de nosotros para que fuéramos recibidos por el presidente de la India. Buchman le habló de su primera orientación con Gandhi. Luego fuimos a firmar los libros en nuestras diferentes embajadas. El embajador tailandés le dijo a Buchman: «Siento que al conocerle me encuentro con un nuevo Buda». Buchman respondió: «Sólo soy un viejo pecador vuelto a la vida».

---

<sup>1</sup> Viuda de Sir Stafford Cripps.

<sup>2</sup> Esposa de Harold Laski.

De P. D. H. para Doë

Delhi

13 de diciembre de 1952

Acabamos de almorzar con el ministro de Sanidad y varios diputados de la zona de Madrás. Hablaron de la declaración de la Sra. Laski, ante la cual nuestros trabajadores estuvieron a punto de estallar. Uno de los diputados se refirió a Sudáfrica en estos términos: «Una crítica al RM es que ustedes han trabajado durante tanto tiempo en Sudáfrica, pero miren el desorden racial de ese país». Yo dije: «Gandhiji fue uno de los grandes hombres de la historia. ¿No sería totalmente injusto decir que Gandhiji había fracasado porque la India de hoy no estaba totalmente unida?». Se armó tal alboroto que literalmente me metí debajo de la mesa, lo que les hizo reír a carcajadas. Por cierto, era la primera vez que, en el calor del momento, oía a los indios ser realmente sinceros sobre el estado de su nación. Nehru fue honesto sobre la brecha entre la tradición y la realidad, pero su propia vida, me temo, es parte del problema.

En diciembre de 1952, Frank Buchman fue condecorado por el Gobierno alemán por su trabajo en la unión de Francia y Alemania tras la guerra.

De P. D. H. para Doë

Delhi

18 de diciembre de 1952

El honor que recibió Buchman -la Gran Cruz de la Orden del Mérito- es el más alto que puede conceder la República con excepción de uno. Volviendo al automóvil muy cansado, Buchman dijo: «Bueno, este es mi regalo de Navidad para toda nuestra gente». Era un hombre humilde aceptando una condecoración para sus amigos y dando la gloria a Dios.

La Casa de Jaipur lucía magnífica. El Encargado de Negocios alemán habló bien. Buchman aceptó el honor. Luego habló el embajador francés. A continuación, el vicepresidente del Parlamento indio se puso en pie de un salto.

Las embajadas de Birmania, Japón, Tailandia, Finlandia, Afganistán, Pakistán, Dinamarca, Nepal, Estados Unidos, Reino Unido, Ceilán, y otros países, estuvieron representadas en la ceremonia. Asistieron muchos indios distinguidos, entre ellos el jefe de los servicios de inteligencia, miembros del gabinete y líderes laboristas. Todos los camareros de *Jaipur House* pasaron para presentar sus respetos a Buchman. Uno dijo: «Te pareces tanto a nuestro padre Gandhi».

El vigésimo aniversario de boda de Peter Howard fue el 17 de diciembre. Estaba en Delhi.

De P. D. H. para Doë

Delhi

19 de diciembre de 1952

Esta mañana apareció mi querido ratoncito en el correo, muy maltratado y dañado por fuera, pero intacto y hermoso por dentro. Lo quiero tanto - nuestra porcelana de bodas. Un millón de gracias. No dejo de mirarlo y me está observando desde la esquina de esta carta. Es una belleza y una alegría para siempre. ¡Qué bien saben hacer porcelana esos daneses!

Mañana cumpla cuarenta y cuatro años. Dios prometió en mi cumpleaños cuarenta que los mejores años estaban cerca. Hasta ahora se ha demostrado maravillosa y tremendamente cierto. Me entristece, para ser sincero, haberme perdido todos los aniversarios florecientes: el tuyo, el nuestro, el mío, el de Philip, el de Anne, el de Ant dos veces, el de Pascua y el de Navidad. Pero me siento tan cerca y tan parte de todos ustedes.

De P. D. H. para Doë

Delhi

26 de diciembre de 1952

Hemos pasado una Navidad maravillosa. En Nochebuena hubo una fiesta en *Jaipur House* en cuanto terminó la obra. Comimos pavo y pudding de ciruelas. ¡Qué delicia y el lugar había sido decorado maravillosamente! Había un árbol de navidad y un pesebre. Después de la comida cantamos villancicos. Debo decir que mientras las velas brillaban suavemente y las estrellas de la India brillaban claramente fuera, pensé en la hora que era en casa (las 5.30 contigo y la 1 p.m. aquí) y me pregunté si tú también estarías cantando. A las 11.58 llegó el embajador francés para desearle una feliz navidad a Buchman.

Nos levantamos al amanecer del día de navidad para preparar una presentación a gran escala en el teatro: villancicos y, por último, "*The Cowboy's Christmas* / La Navidad del Vaquero". El teatro estaba lleno de hindúes, musulmanes, diplomáticos y parlamentarios. Un hindú dijo después: «Me ha dado una idea totalmente nueva de cómo deben ser los cristianos». Al final de "*The Cowboy's Christmas*", aunque se había bajado el telón, las personas acudieron por centenares tras bambalinas y desfilaron ante el pesebre durante veinte minutos.

El plan quinquenal de la India para 380 millones de personas, si tiene éxito, dará un nuevo rumbo a toda Asia. Nanda, el ministro de Planeamiento, me dijo anoche: «A menos que encontremos una respuesta a la corrupción, la división y la confusión, fracasaremos con nuestro Plan».

De P. D. H. para Doë

Delhi

28 de diciembre de 1952

Esta mañana tenemos un suplemento a doble página en *The Hindustan Times*. El viceministro de Correos y Telégrafos me dijo muy seriamente anoche, durante la cena: «Uno de nuestro Gabinete está detrás del Telón de Acero (ministro de Sanidad). Me dio a entender que había encontrado pruebas de falta de plena libertad allí. Me sorprendió porque hablan tanto de democracia».

La herencia de esperanza espiritual que ha dejado Gandhi es una gran ventaja. Pero, un inconveniente colosal es el hecho de que los propios *gandhianos* no han producido, en términos de unidad o de reformas sociales y económicas, las cosas que Gandhi defendía. Como decía ayer un periodista cínico: «Hemos tenido aquí, durante cuarenta años, a un hombre que quizá sea el más grande del siglo. Habló de las cosas de las que tú hablas, pero sólo un capitalista, Bajaj, cambió». (Muchos de los capitalistas que apoyaron a Gandhi son unos rufianes redomados.) No estamos dispuestos a esperar más para la drástica revolución económica que se necesita".

Es un punto sobre el que debemos reflexionar de cara al futuro de nuestro propio trabajo, cómo multiplicar la profundidad del cambio, sobre todo en los ricos. Tienen que transmitir un mensaje mundial cuando dejen de rendir culto al dinero.

De P. D. H. para Doë

Lucknow

11 de enero de 1953

Terminamos gloriosamente en Delhi. El presidente del *Punjab National Bank* se disculpó ante todos los dirigentes sindicales por la forma injusta en que se han aplicado algunas de las normas del banco. Los dirigentes sindicales dijeron que querían hacer del RM la base de sus relaciones con el banco. El director de la sucursal principal de Delhi fue cínico. A la mañana siguiente, varios de sus propios empleados llegaron a su habitación con dinero que habían robado y se lo devolvieron. Vino a comer al Cecil con los bolsillos abultados de rupias.

Anoche, en el andén de Delhi, los dirigentes del sindicato estaban allí para despedirse. Nos contaron que aquel día uno de sus hombres había hecho algo que merecía el despido inmediato. En lugar de intentar encubrirlo, lo había admitido. El presidente le mandó llamar, le dijo que él mismo había cometido algunos errores en su momento y lo mandó de vuelta a su trabajo.

De P. D. H. para Doë

Hyderabad  
15 de enero de 1953

La situación en la India es desesperadamente grave: nepotismo, corrupción, confusión, división. Los comunistas se han atrincherado mucho más de lo que los gobernantes están dispuestos a admitir. Están explotando enérgicamente el comunitarismo -la demanda de estados separados para cada lengua separada que, al parecer, existe desde hace mucho tiempo-. Ya han conseguido separar el Estado de Andhra en torno a Madrás.

Las masas amaban a Gandhi, que era su símbolo de libertad, pero se están desenamorando rápidamente de sus seguidores, que utilizan las armas para calmar la violencia y que, desde luego, no viven como él.

De P. D. H. para Doë

Hyderabad  
16 de enero de 1953

Anoche se representó la obra en el Pandal, un gran espacio abierto de tierra con paredes de esteras y un techo sostenido por varas de bambú de dieciséis pies, situadas a pocos metros unas de otras. Durante todo el día se celebra aquí la reunión anual del Congreso. Para resumirlo mejor, el organizador del Congreso dijo tras el espectáculo, que terminó a las 11.50 p.m.: «Había 15.000 personas en el Pandal. Acudió mucha gente que no viene a las reuniones del Congreso. La flor y nata del Estado de Hyderabad estaba allí».

De P. D. H. para Doë

Hyderabad  
18 de enero de 1953

Esta mañana fuimos a la última sesión plenaria del Congreso. Hablamos a las 7.30 con Nanda<sup>1</sup>. Describió la actitud de Nehru hacia nosotros como recelosa, al principio, luego tolerante y ahora positiva.

Hay que pagar mil rupias para sentarse en los asientos delanteros de este Congreso, pero a nosotros nos pusieron en la plataforma, donde estuvimos en cuclillas durante tres horas y media a pocos metros de Nehru. Cuando nos vio, abandonó su silla y se acercó a menos de un metro de nosotros y expulsó furiosamente a los periodistas y fotógrafos que nos entorpecían la vista para que pudiéramos ver mejor. A partir de entonces, tradujo cada presentación que hacía al inglés y al hindi.

---

<sup>1</sup> Gulzarilal Nanda, ministro de Planificación, Riego y Energía 1952-57

De P. D. H. para Doë

Madrás  
23 de enero de 1953

Gandhi dijo una vez: «¿Cómo puedo esperar unir a una nación si no puedo unir a las treinta personas que viven conmigo?». Un argumento sensato que ha demostrado ser cierto desde su partida.

De P. D. H. para Doë

Madrás  
27 de enero de 1953

Ayer nos invitaron a todos a la recepción del Gobernador. Un acontecimiento glorioso, con mesas de mantel blanco, sirvientes vestidos de escarlata y paños dorados, y una banda tocando alegre música bajo los árboles.

Para mi asombro, mientras tomaba té tranquilamente bajo un árbol, vi que la multitud se separaba a izquierda y derecha y que Rajaji<sup>1</sup>, el primer ministro, venía directamente hacia mí. «Vamos a sentarnos. Quiero hablar», me dijo. Encontramos sillas y nos sentamos. Tratamos muchos puntos: La edad de Frank, por qué no les gustamos a los comunistas, cuál es exactamente nuestro programa en la ciudad, etcétera. Me dijo: «Alguien está intentando perjudicarles en Delhi. Puede que pienses que es mejor seguir adelante y no prestar atención. Pero si pudieras aclararles lo que realmente hacen, sería mucho más fácil». Me preguntó por la obra. De reojo vi a Sir R. K. Chettiar, vicerrector de la universidad y quien fuera uno de los primeros cancilleres de Hacienda de la India tras la liberación. Sugerí a Rajaji que le preguntara. Así lo hizo y, sin dudar, Sir R. K. dijo: «Una obra excelente. Tiene la respuesta a todas nuestras dificultades industriales en la India». Luego, tras una pausa, «Tiene la respuesta a nuestras divisiones en la India».

Entonces llegó el momento de una exhibición de danza india en un escenario especialmente construido. Los sirvientes le llamaron: «Rajaji», y me despedí. «No, ven, quiero hablar un poco más», dijo. Caminamos despacio entre la multitud. Luego insistió en llevarme con él a la primera fila, donde nos sentamos durante la representación, que duró hora y media. Habló de los bailes. «Se supone que tienen tres mil años, pero parece que vivimos en una mala época. Las cosas buenas van hacia atrás», dijo. No es así", le dije.

De P. D. H. para Doë

Madrás  
28 de enero de 1953

---

<sup>1</sup> Shri C. Rajagopalachari, primer Gobernador General de la India independiente.

Los estudios de cine nos han acogido ahora a lo grande. Los estudios *Vauhini* nos construyeron un escenario de tamaño natural en un estudio donde caben mil personas. Les cuesta 4.500 rupias al día no rodar en el plató que han puesto a nuestra disposición. El director dijo: «La necesidad de cambio es urgente. Por eso lo estamos haciendo».

De P. D. H. para Doë

Madrás  
3 de febrero de 1953

Pasé toda la mañana con los gandhianos. Gandhi, por cierto, al aterrizar en Europa y ser abordado por la prensa acerca de su vestimenta (fue la ocasión en que Churchill se refirió a él como un "faquir desnudo", comentario que aún se recuerda y se cita aquí) hizo un buen chiste. Dijo: "Aquí la moda son los trajes *plus-fours*<sup>1</sup>. Yo prefiero *minus-fours*".

De P. D. H. para Doë

Madrás  
8 de febrero de 1953

Anoche hablé con la prensa. Empezamos a las seis de la tarde. Hablé durante veinticinco minutos. Dijeron que tenían que irse a las siete, pero de hecho se fueron a las ocho y treinta y cinco. Había algunos comunistas. Uno de ellos, secretario de Goenka<sup>2</sup>, el propietario, dijo: «Habla de reportajes honestos. Tenemos noticias de un hombre que está en el hospital después de haber sido tratado brutalmente por el RM. ¿Debemos suprimir esta noticia?». Le contesté: «Las noticias de la verdad no deben suprimirse, pero un periodista que dio una noticia así al periódico, sin comprobarla, debería ser despedido por inexacto e incompetente». Se enfadó mucho y dijo que la agresión había tenido lugar en presencia de policías y reporteros, a lo que un anciano que estaba en la esquina comentó: «Según mi experiencia, las agresiones de esa naturaleza no tienen lugar en presencia de policías y reporteros».

Más tarde, cuando hablé de la responsabilidad que los hombres de prensa como yo teníamos por el estado del mundo, el comunista se levantó y dijo: «Es la primera vez que oigo hablar así a un periodista occidental. Todos vienen aquí a decirnos cuánta razón tienen ellos y cuán equivocados estamos nosotros». Me estrujó la mano y tiene una cita conmigo mañana. Así que ya veremos.

---

<sup>1</sup> Los "*plus-fours*" son pantalones anchos y cortos que se abrochan por debajo de las rodillas y que la gente solía llevar para cazar o jugar al golf.

<sup>2</sup> Shri Ramnath Goenka, director del periódico; director general de *Indian Express Group of Newspapers*



De P. D. H. para Doë

Madrás  
10 de febrero de 1953

El compañero comunista de nuestra reunión periodística de hace dos noches me ha enviado esta mañana una carta con una fotografía realmente insólita de Gandhi. Dice: «Su charla fue iluminadora y enaltecedora, y me conmovió mucho».

De P. D. H. para Doë

Madrás  
14 de febrero de 1953

Reddi, el director de los estudios *Vauhini*, llegó al hotel a las cuatro con un guionista. Empezaron a hablar. Estaba claro que planeaban recortar el RM para adaptarlo a sus necesidades. De repente, Buchman estalló: «Se equivocan. Ustedes creen que conocen el tema, pero no es así. Vine aquí con esperanza. Me han dejado con un signo de interrogación. Todo se ha diluido». Cuando Reddi explicó que su guionista había sido maestro de escuela, Buchman dijo: «Pero tú no lo hiciste. ¿A cuántos cambiaste en la escuela?». «A ninguno». «Ya decía yo. Precisamente. Tienes buenas intenciones, al menos eso creo, pero no sabes transmitirlos. No sabes hacerlo». Es esclarecedor lo franco que puede ser Buchman bajo convicción e igualmente muy comprensivo. Yo diría que en estos días la franqueza está en primer plano.

De P. D. H. para Doë

Madrás  
17 de febrero de 1953

Ayer almorzamos con Ramnath Goenka. Después me dijo que hasta 1947 había luchado como un demonio para conseguir la libertad de la India. Dijo «maldito infierno». «Enseñamos a millones a engañar, a pasar hambre, a desobedecer», dijo. «Pero ahora que tenemos nuestra libertad han recordado las lecciones. Debemos tener una nueva filosofía nacional o nos volveremos comunistas».

De P. D. H. para Doë

Mysore  
2 de marzo de 1953

Ayer pasamos un día maravilloso. Vinimos en automóvil, nos adentramos en la selva, vimos ciervos y pavos reales. Somos huéspedes del Maharajá de Mysore. Me han invitado a tomar el té esta tarde y acabo de regresar de una ceremonia única en la vida.

Hace unas semanas nació un heredero del Maharajá. Es la primera vez que esto ocurre en ochenta y ocho años. Esta mañana, el bebé ha sido presentado al pueblo en una ceremonia de Estado en el gran *Durbar Hall*. Éramos los únicos occidentales presentes. Nos sentamos en la tribuna especial. Es una ceremonia religiosa hindú, así que todos nos quitamos los zapatos. Se atraviesa una inmensa galería abovedada de mármol, de unos cien metros de largo, que da a la luz del sol. Nos escoltaban dos gigantes de dos metros y medio de altura, guardias del Maharajá con uniformes rojos y turbantes blancos y espadas al descubierto.

Toda la multitud estaba en cucullas con sus turbantes de muchos colores y sus magníficas vestimentas, doradas, blancas, plateadas, azafrañadas, rojas, verdes y de un gris resplandeciente. Los sacerdotes venían semidesnudos con cuencos y toallas ceremoniales. El perfumista de la corte esparcía incienso. Los músicos tocaban sus melodías silvestres, palpitantes y aullantes.

Detrás de las galerías con cortinas se veían asomarse los ojos brillantes de las damas de la corte. Finalmente, el Maharajá en persona desapareció y, tras una pausa, sacó al bebé y lo presentó al pueblo con sus dos pequeñas hijas trotando a su lado. Toda la multitud se levantó y ovacionó. Una salva de cuarenta y dos cañonazos empezó a dispararse fuera del palacio y en seguida terminó la escena. Duró una hora y cuarto.

De P. D. H. para Doë

Madrás

5 de marzo de 1953

Un indio, que fue secretario personal de Buchman cuando estuvo aquí en 1916, vino ayer a tomar el té acompañado de un editor. Ahora es un sacerdote anglo-católico, con una cuerda en el medio y muy divertido. Cuando el editor habló de los parásitos que no se ganan el pan de cada día, dijo: «Parásitos, parásitos. No entras en tu oficina hasta las diez, escribes hasta las once. Luego sales y no vuelves. Te pasas el resto del día bebiendo y cobras grandes sumas de dinero por hacerlo. Parásitos». Ante lo cual el editor soltó una carcajada genuina y dijo: «Me tiene acorralado».

De P. D. H. para Doë

Calcuta

15 de marzo de 1953

El gobernador acudió anoche al espectáculo con mucha pompa y ceremonia. Después fue a una cena al aire libre en el palacio del Nizam de Hyderabad. Nunca se ha quedado ni una noche en él, y ha sido tomado por el gobierno. Durante la cena, el gobernador me dijo de Nehru (que, al parecer, le ha advertido que no nos haga ningún escándalo público): «Es un hombre tan

recto que, si se le mete una idea equivocada en la cabeza, tarda mucho tiempo en volver a sacársela». Dijo de Foss Westcott, el antiguo Metropolitano<sup>1</sup>: «Si hubiera habido cien ingleses como él en la India, ésta sería hoy un dominio». Al director de un periódico de aquí le dijo: «He oído las canciones y los discursos, y he visto la obra. Las multitudes acuden en masa al RM porque les ofrece lo que la gente está deseando y lo hace de forma sencilla». Y añadió: «Es la única forma de salvar a la India. Tenemos un dicho bengalí que dice que por mucho unguento que untes no curas la enfermedad. Damos un poco más de arroz por aquí, un poco más de legislación por allá, pero eso no es más que un unguento. El RM cura realmente la enfermedad».

De P. D. H. para Doë

Calcuta

19 de marzo de 1953

Anoche cenamos con el Metropolitano<sup>1</sup>, un indio llamado Mukerjee<sup>2</sup>. Es un amigo afectuoso y dijo: «Si los británicos hubieran vivido esta fe, la India habría cambiado. No cabe duda». Cuando llegó la independencia, a la iglesia de aquí le cortaron de golpe diez millones de rupias al año de sus ingresos estatales. El vicedirector del *Scottish Union College*, que también estaba en la cena, dijo: «Por supuesto, hace veinte años solíamos tener gente que se convertía, pero esto ya no ocurre. Las circunstancias económicas han cambiado tanto».

De P. D. H. para Doë

Calcuta

20 de marzo de 1953

Hoy fuimos a la Universidad de los Estudiantes. Un misionero encargado dijo: «En mi universidad no hay comunismo». Fuimos recibidos por una multitud que nos gritaba: «Váyanse RM», y agitaban banderas rojas con lemas pintados que decían que éramos pro-Hitler, Franco, Churchill, Ike, el viejo Tío Tom Cobbley y todo eso. Entramos en la sala y la muchedumbre se abalanzó sobre nosotros. Tuve que empezar diciendo: «Entiendo todos los insultos. Me hace sentir como en casa. Me gané la vida durante años haciendo lo mismo». Fue una insinuación más astuta de lo que yo creía, ya que más tarde resultó que muchos de los asistentes habían sido pagados para disolver la reunión y procedían de otras universidades. Entonces les pregunté si era probable que el gobierno francés más un gobierno alemán, de los que casi todos habían sido encarcelados durante el régimen de Hitler, condecoraran a un hombre que era

---

<sup>1</sup> Obispo con autoridad sobre los obispos de una provincia, en particular en las Iglesias ortodoxas, con un rango superior al de arzobispo e inferior al de patriarca.

<sup>2</sup> Reverendísimo Arabindo Nath Mukerjee, obispo de Delhi 1947-50; obispo de Calcuta y Metropolitano de India, Pakistán, Birmania y Ceilán 1950-62.

pro-fascista. La pregunta les puso los pelos de punta y se pusieron a gritar. Pero yo tengo una voz fuerte y una convicción firme, y utilicé ambas al máximo. Al final se conmovieron y callaron.

De P. D. H. para Doë

Calcuta  
21 de marzo de 1953

Tenemos un programa muy completo: té con un indio y un cóctel con los británicos. Es interesante lo del cóctel británico; Buchman no está invitado. Se rio de ello, pero le duele. Yo no quería ir, pero él me dijo que lo hiciera. Me dijo: «Siempre son iguales. Nunca me dejan conocer a ninguno de sus amigos».

De P. D. H. para Doë

Calcuta  
9 de abril de 1953

Una señora inglesa me preguntó ayer durante el té por qué pensaba que nunca había cambiado a sus amigos en Inglaterra. Le contesté: «Porque no se puede cocinar bacalao frío echándole agua tibia por encima».

La ‘Llama del Bosque’ ha salido. ¿No es un nombre maravilloso? Es un árbol alto con delicadas hojas verdes que de repente estallan en una masa de flores escarlata. Visto desde lejos a través del resplandor de la bruma solar, realmente parece como si la selva estuviera en llamas.

De P. D. H. para Doë

Calcuta  
11 de abril de 1953

Acabo de comer con dos editores de libros. Uno era gordo y bonachón. Dijo que el comunismo no es un peligro en la India. Citó a André Gide. Le dije que Gide había vivido toda la vida de forma torcida, y que cuando yo lo hice me costaba ver con claridad. Él replicó diciendo que India es sin duda la nación más honesta del mundo en la actualidad. Le contesté que estaba totalmente de acuerdo y que como el Sr. Nanda nos había dicho en Delhi que su Plan Quinquenal podía naufragar por la corrupción de la gente, eso demostraba dónde vivía el resto del mundo.

El otro entendió el punto. Citó un viejo proverbio bengalí: «Quien roba dinero, va a la cárcel». Dijo que la versión actualizada es: «El que ha estado en la cárcel, ahora roba el dinero». Se refiere a los que estuvieron en la cárcel durante la lucha por la independencia.

De P. D. H. para Doë

En el tren  
13 de abril de 1953

Atravesamos, kilómetro tras kilómetro, un paisaje rural pardo grisáceo. Vemos los bueyes amasando el grano, dos camellos cruzando un río, búfalos de agua, pavos reales y la vida enjambrada y desbordante de las aldeas.

Uno de los hombres que vino a despedirnos a Calcuta tenía lágrimas rodando por sus mejillas que salpicaban el polvo al despedirse. Uno de los jóvenes industriales indios dijo que había renunciado a su rencor hacia los británicos, se había sincerado con su padre, había corregido una mala relación con una chica y había dado la paga de un mes a el RM. «Y eso es sólo mi comienzo».

De P. D. H. para Doë

Cachemira  
16 de abril de 1953

Tenemos que aprender a planificar para llegar a los millones de personas que están detrás del Telón de Acero. Nos guste o no, Rusia y China son hoy las únicas naciones que han llenado los corazones de millones de personas con un sentido de participación en la construcción de algo nuevo. ¿Qué otra nación hace siquiera el intento de hacerlo?

Puede que el desafío del comunismo quede registrado como la mayor bendición de principios del siglo XX, porque desafió la voluntad dormida de Occidente y del mundo. Tuvieron que sostener el odio y la conquista de clase para mantener encendido el fuego revolucionario, pero no intentan satisfacer las necesidades más profundas de los hombres.

La única esperanza segura de la democracia es conseguir que el mundo entero reconstruya a los hombres y a las naciones. Las masas comunistas podrían ser las primeras en responder a este concepto si vieran que es una realidad en la vida de los dirigentes de la democracia.

De P. D. H. para Doë

Cachemira  
1 de mayo de 1953

Lanzarán sus gorras desde lo alto de la Torre Magdalena esta mañana, igual que cuando yo era un muchacho. Incluso la mención de mayo todavía me produce un cosquilleo en la sangre, pero eso es probablemente porque, con suerte y un avión, puede que nos volvamos a encontrar en el alegre mes de mayo.

De hecho, Howard regresó a Gran Bretaña en mayo. Estuvo en Londres con su familia para la coronación del 2 de junio. El viaje a la India le hizo replantearse todas sus viejas ideas. Su vida y sus escritos se verían afectados para siempre.

## Capítulo 14

«Después de perder el sentido de un Cristo personal, el peor mal que le puede ocurrir a un cristiano es no tener sentido de nada más. Crecer en la creencia complaciente de que Dios no tiene nada que hacer en este gran mundo doliente de seres humanos, excepto ocuparse de unas pocas almas salvadas, es la negación de toda religión. La primera gran época en la vida de un cristiano, después del asombro y la maravilla de su amanecer, es cuando irrumpe en su mente algún sentido de que Cristo tiene un propósito para la humanidad, un propósito más allá de él y sus necesidades, más allá de las iglesias y sus credos, más allá del cielo y sus santos -un propósito que abarca a cada hombre y mujer nacidos, a cada raza y nación formada, que se refiere no sólo a su bien espiritual sino a su bienestar en todas partes, su progreso, su salud, su trabajo, su salario, su felicidad en este mundo presente.»

Subrayado por P. D. H. en su ejemplar de *The Greatest Thing in the World* / Lo Más Grandioso del Mundo, de Henry Drummond.

La primera visita de Peter Howard a Asia le hizo cada vez más consciente de la necesidad de dar respuesta a los vastos problemas de los continentes. No se trataba sólo de problemas materiales, sino de los más profundos, como la división y la corrupción en el corazón de las naciones que había visitado. Esto, se dio cuenta, requeriría una acción mayor de la que había previsto:

«Un número muy reducido de personas en todo el mundo vive para cambiar la mentalidad de naciones y continentes. Estamos en la fase de lanzamiento de un avance mundial. Depende de si captamos la forma de pensar y de vivir que hará que lo que hagamos sea lo más relevante en el gobierno de los Gabinetes».

La expansión del pensamiento de Howard en esta época le llevó a empezar a escribir para el teatro. Nunca antes lo había intentado. Escribió su primera obra en 1953, una obra para un periódico, *The Real News* / Las Noticias Verdaderas. En los doce años siguientes escribió catorce obras. Dijo al respecto:

«Algunos escriben por dinero. Algunos por la fama. Algunos, aunque muy pocos, por arte. Sienten la belleza en sus entrañas, que tienen que mostrar a los demás con la pintura y la actuación de profesionales cualificados en el escenario y la pantalla. Algunos simplemente escriben por diversión.

Estas razones no son más. Mi tinta es sudor. No me hace ninguna gracia sumergirme en ese recipiente. La fama no es para mí y no cobro derechos de autor por mis obras. Todas las ganancias se destinan a obras de caridad.

Escribo para predicar. Escribo para hacer propaganda. Escribo con un mensaje y por ninguna otra razón. No crean a los que dicen que el teatro no es lugar para un hombre con un mensaje de algún tipo. Algunos escritores dan su mensaje sin saber que lo hacen. Un hombre que escribe como si la vida no tuviera sentido es un hombre con un mensaje fuerte.

Mis obras son obras de propaganda. Las escribo para dar a la gente un propósito. El propósito es claro. El objetivo es simple. Es animar a las personas a aceptar el crecimiento del carácter que es esencial para que la civilización sobreviva. Es ayudar a todos los que quieren la paz en el mundo a estar dispuestos a pagar el precio de la paz en sus propias personalidades. Es acabar con la censura de la virtud que crea una sociedad viciosa. Es alistar a todos, en todas partes, en una revolución para reconstruir el mundo».

Howard describió su trabajo como un «desafío a una generación perversa pero fascinante». Harold Hobson<sup>1</sup> lo reconoció en su forma más literal cuando escribió, durante la representación de una de las obras de Howard en el *Westminster Theatre*: «No creo que haya hoy ningún teatro en Londres, con la honrosa excepción del Westminster, que se atreva a sugerir que la homosexualidad es un pecado. Todos ellos, desde *Temple Bar* hasta *Sloane Square*, temerían la burla con la que se recibiría un juicio tan poco convencional».

En el extranjero, a menudo se era más consciente de lo que Howard pretendía hacer. Gabriel Marcel, filósofo, crítico y dramaturgo francés, escribió: «Las numerosas obras dramáticas que Peter Howard produjo fueron para él el medio más eficaz de renovar y resucitar la vida interior del individuo. En este sentido, su trabajo puede compararse con el de Brecht, pues, para ambos, se trata de formar un nuevo tipo de hombre, uno marxista, el otro adiestrado a los dictados de una conciencia cristiana». Egon Karter, distinguido director suizo del Teatro *Komodie* de Basilea, añadió: «Peter Howard ha demostrado cómo puede crearse un verdadero teatro del pueblo. Ha dejado atrás el drama psicológico de Ibsen y Sartre, y ha hecho del escenario una plataforma no para una discusión sobre la autorrealización, sino, para sostener un espejo frente al hombre para que se vea a sí mismo con claridad. Es una terapia de choque para la razón y el corazón humanos».

---

<sup>1</sup> Crítico de Teatro del *Sunday Times* desde 1947.



Las obras de Howard no buscaban la confrontación, sino el cambio de personas y situaciones concretas. «El secretario de los mineros de un pozo de Northumberland vino a ver *Music at Midnight* / Música a la Medianoche, de Howard, en 1962», escribe K. D. Belden en *The Story of the Westminster Theatre* / La Historia del Teatro Westminster. «Su mina estaba en estado crítico. Un millar de familias dependían de ella para subsistir, pero estaba amenazada de cierre porque no podía pagar sus gastos. Sólo se extraían 1.700 toneladas de carbón al día, y perdía 39s. 6d. la tonelada. El secretario de los mineros quedó impresionado y conmovido por la filosofía de la obra. Volvió a reflexionar sobre ella. Entonces decidió aplicarla en su mina. En lugar de mantener un estado de guerra en marcha, convocó a todos los elementos de la mina a cooperar para aumentar la producción, reducir el absentismo y mejorar la calidad del trabajo. Cuando *Music at Midnight* llegó al *Theatre Royal* de Newcastle upon Tyne, en su gira unos meses más tarde, pudo invitar a parte del reparto a la mina el día en que la producción alcanzó las 2.500 toneladas diarias. Unos meses más tarde superó las 3.000 toneladas diarias, y la mina sigue produciendo».

Las obras empezaron a satisfacer la necesidad que Howard había visto en la India: la necesidad de desafiar e inspirar a comunistas y no comunistas por igual. Cuando a través del muro del jardín -una historia de dos familias, que representan los mundos comunista y no comunista, que viven a ambos lados de un muro que sólo existía en sus prejuicios- se presentó en Italia, se observó que la prensa comunista estaba tan entusiasmada como su homóloga católica. *L'Unita*, el diario comunista, escribió:

«Peter Howard está metido hasta el cuello en la realidad de nuestro tiempo y comprometido en una intensa batalla para lograr una disminución de la tensión internacional. Al principio, en Roma, el público estaba compuesto por los habituales del teatro, los burgueses frequentadores de cada primera noche. De hecho, poco a poco, con el paso de los días, el público romano se fue haciendo más selectivo, apareciendo -a cada día- más trabajadores en el teatro.

Así que, por primera vez en Italia, la compañía decidió prestar una atención especial a los trabajadores. En Roma se dedicó una noche entera a las organizaciones democráticas, y el mismo principio se repitió en Toscana, en Umbría y en Emilia. En todas partes, los trabajadores respondieron a la invitación del teatro. Una obra popular y un éxito popular.

En las oficinas de *L'Unita* se puede conseguir un número limitado de entradas para las dos representaciones. El periódico las guarda para sus lectores y suscriptores".

En 1955, Howard escribió una obra musical titulada *The Vanishing Island* / La Isla que Desaparece, contaba con 244 personas de veinticuatro países, recorrió más de 80.000 millas por los Estados Unidos, Asia, África y Europa. Era la primera vez que el RM intentaba una ofensiva de tal envergadura, y, como tal, creó mucha

controversia. La respuesta fue inmediata, al igual que las críticas. Esta delegación mundial marcó un punto de inflexión en la historia del Movimiento. Traspasó viejos conceptos y abordó públicamente cuestiones nacionales.

En Filipinas, por primera vez desde la guerra, los japoneses hablaron al pueblo filipino. Howard escribió:

«En el verde césped del paseo marítimo de Manila murieron 6.000 filipinos en la última guerra. De las aguas grises e inquietas de la bahía de Manila surgen los cascos y mástiles de los setenta y tres buques japoneses que allí se hundieron. Bajo esos mares descansan los japoneses muertos, junto con muchos de los muchachos estadounidenses de los 150 aviones perdidos al hundir esos buques.

Los japoneses, que se encontraban entre los que hablaban desde el escenario tras la presentación de *The Vanishing Island* cada noche, acapararon los titulares en Manila. Niro Hoshijima, asesor del Gabinete japonés, uno de los seis plenipotenciarios que firmaron el Tratado de Paz para su país, pidió perdón al pueblo filipino por los agravios que Japón había cometido. Dijo: "En Japón debemos pagar indemnizaciones. Pero las reparaciones no son suficientes. En primer lugar, debemos disculparnos humildemente por el pasado. Por eso mi primer ministro me instó a venir a esta misión. Por favor, perdónennos. El Rearme Moral ya está construyendo un nuevo Japón y con el Rearme Moral toda Asia puede unirse".

Se podían oír los murmullos airados de los filipinos cuando se oyó por primera vez la lengua japonesa a través de la pasarela. Luego, cuando se tradujeron las palabras, se oyeron jadeos seguidos de un vendaval de aplausos.

Después, muchos filipinos se acercaron para estrecharle la mano. Algunos lloraban. Uno de ellos dijo: "Mis muñecas siempre llevarán las marcas de las esposas japonesas, pero esta noche les he perdonado"».

Esto no ocurrió por casualidad, como recuerda Vincent Evans<sup>1</sup>:

«Howard había traído consigo -desde Tokio- a un grupo de japoneses que querían disculparse ante el pueblo de Filipinas por algunas de las salvajadas que habían tenido lugar allí durante la guerra. Durante más o menos una hora, Howard se sentó con estos japoneses tan refinados, ayudándoles a comprender la desolación que la guerra había traído a estas pequeñas y alegres islas que ahora estaban rodeadas por los maltrechos y oxidados cascos de los barcos estadounidenses y japoneses. Poco a poco fue ganándose su simpatía, que trascendía la fría precisión de las palabras rebuscadas - y un tanto temerosas- que los japoneses habían querido pronunciar ante la inmensa audiencia de sus antiguos enemigos».

---

<sup>1</sup> Antiguo colega de *Fleet Street*, últimamente subeditor Jefe de Asuntos Exteriores, *News Chronic*

La idea de ideología de Howard no era una teoría, ni simplemente un plan de acción. Significaba tratar con los hombres:

«Algunos piensan que la ideología es amabilidad, lo que conocemos como hermandad, unas pocas esquinas golpeadas aquí y allá y eso es todo. Se necesita más que eso. Eso es tan egoísta como el hombre que prefiere sus cigarrillos, sus bebidas y sus mujeres a la salvación de su nación.

Puede haber egoísmo en la preocupación por el pecado personal. No tiene nada que ver con la ideología a menos que esté relacionado con el cambio de las personas. Algunas personas retroceden ante el mayor desafío. Siempre estarán ahí, exigiendo la comunión humana a un nivel bajo. Esto ha arrastrado a la mayoría de las grandes religiones a la ineficacia, y es el compromiso moral lo que está detrás de ello».

Howard se ocupó directamente de este compromiso moral. En él vio semillas de destrucción para las naciones. Lo condenaba sin rodeos: «No tiene sentido andarse con rodeos». Tenía la inusual costumbre de decir a la gente a la cara lo que pensaba y luego callarse. Su concepción del trabajo del RM se expresa mejor en sus propias palabras:

«Hay dos corrientes de pensamiento que pueden llamarse la de los 'enclavistas' y la de los 'libertadores'. Los partidarios de los enclaves quieren crear una comunidad en la que las grandes verdades de la moral y de Dios se mantengan seguras y en la que, en medio de un planeta que ha dado la espalda a esas cosas, puedan seguir viviendo e inducir a otros a vivir de la manera que les parezca mejor.

Los libertadores están fuera, noche y día, con las espadas relampagueantes, decididos a recuperar del mundo moderno la propiedad de Dios que los materialistas, los intelectuales, los fascistas y los comunistas han robado, intentado destruir y ocultado. Luchan, cantan, se arrastran, corren, zigzaguean, abriéndose camino por donde pueden. Viven del territorio en el que se mueven. Los poderes establecidos les odian. Las manos de los poderosos están contra ellos. Millones los aman. No todos les comprenden. Se lanzan a crear una revolución por la que Dios será más autoritario para todos que la esposa, el marido, el hijo, la riqueza, la posición, Mao Tse-tung, Krushchev o incluso el Sr. Kennedy.

Quizá necesitemos tanto enclavistas como libertadores. Lo cierto es que los libertadores necesitan ahora despojarse de toda acción no esencial de sus vidas, apegarse unos a otros con una honestidad mucho menos glutinosa y más absoluta, salvaguardar la salud, la fuerza, el tiempo y la pasión, procurar que cada arma puesta en uso tenga una profesionalidad y un pulido que les permita tener más posibilidades de avanzar ante la mirada de una tierra que empieza a prestar una atención muy seria a sus actividades».

Howard era un libertador. A esa cualidad añadió realismo y astucia. No se dejó influir ni por la respuesta del público ni a la inversa. El RM empezó a ser reconocido por algunos gobiernos como un activo importante. A menudo se intentó aprovecharse de ello. Howard siempre se negó:

«Si permitiera que el RM se convirtiera en la herramienta de la política exterior británica o de cualquier otro país, perdería inmediatamente su eficacia. El RM ayuda a todas las personas que aman a Dios a amar más a su país, no menos. Pero también proporciona a las naciones un objetivo mundial más allá del mero reconocimiento y supremacía nacionalistas, sin el cual las naciones de hoy están abocadas al aislamiento y al riesgo de deserción de sus nacionales. Personalmente, sigo convencido de que nuestra única gran esperanza es la aceptación de una idea mucho más amplia que el mero interés nacional.

Mi propio trabajo, así como el énfasis de este, se vería alterado y restringido si estuviera bajo las órdenes de cualquier gobierno».

En esto tenía razón. Sabía que la fuerza del RM reside en que no tiene política, aunque muchos políticos estén comprometidos con él; que no apoya a ningún gobierno, aunque muchos gobiernos lo acojan con satisfacción. De este modo puede liberarse del control del hombre.

Para Buchman y Howard, era el colmo de la insensatez llegar a una situación y seguir adelante con su programa si había algún problema local urgente que resolver. Suprimían cualquier programa para ocuparse del problema en cuestión. Los periódicos habían entrenado a Howard en la realidad de cumplir los plazos y encontrar noticias. El RM le formó para detectar objetivos morales en la vida de una nación y cumplirlos.

No siempre era popular sugerir que las necesidades de una nación eran morales, además de las obvias de vivienda, alimentación y ropa, pero Howard persistió:

«Me opongo rotundamente a la filosofía de que Dios ya no actúa mediante la transformación del individuo, sino sólo a través de operaciones sociales, como la agitación por los derechos civiles en los Estados Unidos, los movimientos contra el apartheid en Sudáfrica y la propagación del comunismo, que, aunque impíos, crean una atmósfera que ayudará a que la fe avance.

Creo que todas las personas en la tierra tienen algo de Rearme Moral en su interior. Y en esa perspectiva creo que está la esperanza de la humanidad.

Estoy muy en contra de los cristianos que dicen que porque Cristo redime podemos seguir desentendiéndonos de la historia y viviendo como estamos.

Una gran sociedad no nacerá nunca de buenas obras que esperan utilizar la industria y la agricultura para llenar la barriga y la mano, el plato y el

monedero, pero dejan la voluntad propia intacta y los corazones vacíos de amor y de fe. La acción política, económica y social por sí sola nunca tocará el centro del mal. Tampoco lo hará la perezosa y tímida autosatisfacción por nuestras perfecciones personales y nacionales.

Estamos en medio de una lucha sin escrúpulos por el alma y el carácter del mundo. La cuestión que se decidirá en este siglo es si será la tierra de Dios o el infierno del hombre».

Howard creía que una prueba de la ideología era la pasión con que se vivía:

«No hace mucho, en una fiesta de la embajada, conocí a un importante diplomático ruso. Me confundió con un diplomático británico. Me preguntó si conocía a alguno de los delegados de la conferencia de desarme de Ginebra. Le respondí que sí. Entonces el ruso me dijo con fuerza: “Los soviéticos tenemos una gran ventaja sobre ustedes en el mundo occidental. Tenemos una ideología fuerte para cambiar el mundo. Ustedes tienen una ideología muy débil”. Le respondí: “¿Tenemos alguna ideología?” Se rio a carcajadas. Dijo: “No. No tienen ninguna. No saben hacia dónde quieren que vaya el mundo”.

Entonces tuve un poco de mala suerte. El embajador de Etiopía, que me conocía, vino y preguntó por Frank Buchman. En cuanto se fue, el ruso se volvió contra mí y me dijo: “¿Rearme Moral? Ustedes están contra nosotros”. Le dije que no lo diría así en absoluto. Preguntó cuál era nuestra postura.

Le dije que sabíamos que el mundo tenía que hacer una revolución si quería salvarse de la guerra. Yo respetaba la sinceridad de millones de comunistas. Pero pensaba que sus ideas eran anticuadas.

Se enfadó mucho. Me preguntó por qué. Le dije que la teoría de la lucha de clases, llevada a su conclusión lógica, debía desembocar en una guerra atómica entre grandes grupos de poder. Le dije que el comunismo nunca había crecido filosóficamente para adaptarse a la nueva situación creada por el avance de la energía nuclear. Es una visión de la Edad de Piedra en la era del átomo.

El ruso me dijo: “¿Cuál es su respuesta?”. Le dije que el Rearme Moral era una revolución mundial más grande que el comunismo, porque no excluía a ninguna clase, color o etnia, sino que los alistaba a todos para el gran objetivo de que toda la humanidad pueda aceptar rehacer el mundo y reconstruir toda la sociedad humana.

El ruso me preguntó cómo funcionaba. Le conté muchas historias. Luego me dijo: “Si puedes cambiar a los hombres, mi marxismo está obsoleto. Hemos

tenido cuarenta años de socialismo en los territorios soviéticos - pero no hemos sido capaces de curar el egoísmo y dar a los hombres un nuevo motivo”.

En ese momento se nos acercó una chica ofreciéndonos cigarrillos de todo tipo. Me ofreció un poco y le dije: “No, muchas gracias”. El ruso se burló de mí y me preguntó: “¿Hay alguna norma que prohíba fumar en el RM?”. Le contesté: “No, pero cada céntimo que tengo es para mi revolución. No gastaría ni un céntimo en tabaco”. Se quedó perplejo. Dijo: “¿Significa tanto para ti?”. Yo le dije: “¿Por qué rayos los comunistas piensan que son los únicos que se sacrifican por su revolución?”.

Fuimos al jardín y alrededor había una mesa cargada de bebidas. Había de todo. El ruso me dijo: “Sírrete. No te la van a cobrar”. Le dije: “Muchas gracias”, y me tomé una Coca-Cola. Me preguntó: “¿Hay alguna norma que prohíba beber en el RM?”. Le dije: “No, pero cuando estoy con un hombre como tú, prefiero tener la cabeza despejada”. Se rio. Me cayó bien.

Me preguntó cómo empezó mi revolución. Le hablé de normas absolutas de honradez, pureza, altruismo y amor. El ruso me dijo: “Te diré dos cosas”. Miró a su alrededor. “Fumo casi cien cigarrillos al día y no puedo parar. ¿Puedes ayudarme?”. Luego dijo: “Nosotros, los soviéticos, sabemos que, aparte del comunismo, el Rearme Moral es la única fuerza que funciona ideológicamente en todo el mundo”».

La pasión con que Howard abordaba su tema hizo que algunos le acusaran de pensar que el RM era la única respuesta posible. Él respondió:

«No creo que el Rearme Moral tenga el monopolio de la reconstrucción del mundo. No soy ni tan engreído ni tan ciego. Sí creo que el espíritu de Dios en el corazón de los hombres es la única fuerza que hará avanzar a la humanidad».

Howard se dio cuenta de que este espíritu era demasiado escaso, incluso entre quienes profesaban tenerlo:

«Del mismo modo que las congregaciones de Occidente influyen a menudo en sus sacerdotes y ministros, y los reducen a su culto de la riqueza, la popularidad, la impureza y la falta de pasión, algunas buenas personas han adoptado el traje del mundo y se han obsesionado con el sexo y el éxito. Me ayuda a reflexionar sobre lo que Dios debe pensar de nosotros. Imagino que cuando Él llora, ve el colosal abismo que hay entre mi percepción de lo que debo hacer y ser y Su concepción de lo que estoy destinado a ser. Esto me ayuda en mi trato con los demás».

Buchman se había negado a que Howard dependiera de la aprobación humana. Al propio Buchman le habían ofrecido una vez grandes sumas de dinero en los Estados Unidos para que convirtiera su trabajo en una organización popular. Una oferta que rechazó de inmediato. Con el creciente avance del RM, Howard comprendió la facilidad con que esta idea podía atraer e influir en la gente. Sabía del peligro que conllevaba. Después de la muerte de Buchman escribió:

«El Rearme Moral es como una roca y, estoy convencido, demostrará ser la piedra angular de un mundo nuevo. Buchman dijo: “Lo único que hay que hacer en tiempos de crisis es cambiar a las personas”. Me preocupa profundamente que comprendamos y aceptemos esta verdad, que fue el motor de la vida de Buchman.

Parece que estamos llegando a las masas en muchos países, pero tenemos que estar muy atentos para que no nos convirtamos en un movimiento tan enamorado de la respuesta de las masas que sólo busquemos el aplauso de las multitudes y que, cuando ese aplauso no llegue, desarrollemos un anticomunismo, una autojustificación y autodefensa que no son de Dios, sino que, de hecho, son anti-Dios. Creo que a medida que Dios nos confía las masas, tenemos que dejarle penetrar más profundamente y purificar nuestras vidas de forma más rotunda, en lugar de permitir que el éxito nos haga recurrir cada vez más a la confianza en el aplauso.

Un hombre me escribe: “La cuestión de luchar por el gobierno de Dios en las personas, en lugar de utilizar a las personas para lograr un propósito nacido de la ambición, es muy fundamental. De lo contrario, nos gusta tanto el aplauso de la multitud que trabajamos para conseguir que las multitudes aplaudan, en lugar de cambiar a las personas”».

Howard continuó:

«Creo que esta impureza, que nos impulsa a buscar el aprecio de todo el mundo, puede, si no se cura y no se afronta, resultar en una estrategia nacional desastrosa. Nadie estuvo más atento que Buchman a las nuevas formas de llegar a millones de personas. Nadie se regocijaba más que él ante las maravillas. Pero siempre buscaba caminos inesperados. Se negaba resueltamente a dar un paso a menos que sintiera el sello y el anillo de Dios al darlo. Y nunca, nunca, nunca, nunca cedió en su pasión por cambiar a todas las personas que conocía, y porque las personas cambiadas fueran el resultado de todo lo que hacía. Todavía recuerdo su definición de las palabras más grandes de la lengua inglesa: "*Make and keep me pure inside*" (Hazme y mantenme puro por dentro). Esto significa curar no sólo la impureza personal, sino también la áspera resistencia a la cruz, que construye relaciones con aquellos que nos adularán y alabarán, y construye división con aquellos que nos desafían a lo más alto.

La pasión es buena, pero la pasión también necesita amigos firmes a su lado para ver que es pasión guiada por Dios. Si vivimos eso, creo -'¿Me convierto así en tu enemigo porque te digo la verdad?'- podría convertirse para nosotros en la sal normal de nuestra vida».

Buchman también enseñó a Howard a ser escrupuloso con el dinero. En muchos sentidos, Howard ya lo era. Él mismo tenía poco dinero, sólo lo que le proporcionaba su granja de Suffolk. Con lo que tenía era generoso, a veces impulsivamente. Pero con el dinero que le daba el RM a base de sacrificios, era extremadamente cuidadoso. Ni fumaba ni bebía. No gastaba el dinero de los demás de esa manera. Siguió recortando y racionalizando la administración del RM para evitar cualquier posible despilfarro. No le gustaban los gastos innecesarios.

La vida de Howard estaba abierta a todo el mundo. No había nada privado en ella. Trataba con la misma preocupación y franqueza a su secretaria, a sus trabajadores agrícolas o a un periodista hostil. Creía en la inclusión de todos en su vida.

En Miami, en una conferencia para el RM, un delegado de Costa Rica conoció a Peter Howard por primera vez. Escribió en el momento de la muerte de Howard:

«En aquel entonces yo era un anciano de sesenta y ocho años, nuevo en los círculos del RM, que había acudido por primera vez a una convención internacional. Era un perfecto desconocido para los dirigentes y se suponía que no merecía mucha atención por parte de nadie. Sin embargo, Peter Howard se me acercó y me invitó a asistir a la reunión de los que estaban haciendo la programación del día.

Aunque llevaba cincuenta años investigando cómo ayudar a la humanidad, éste era mi primer contacto directo con el RM. De hecho, me encantó ver cómo podía recibir orientación de Dios para servir a la humanidad, y para que ellos encontraran su propia chispa en sus corazones, para cambiar el mundo.

Me levanté a la mañana siguiente antes de las 4 a.m. para estar en el lugar lo antes posible. Estaba de pie en el pasillo, esperando a que llegara Peter Howard. Uno de los miembros destacados de la conferencia me miró con sorpresa. Sentí que mi presencia no era esperada ni deseada. Se dio la vuelta y me dijo: "Pezro, ¿qué hace usted aquí?". Comprendí lo que quería decir. Esto no es asunto suyo, ¿cómo se atreve a venir a entrometerse? Le contesté: En efecto, estoy tan sorprendido como usted, señor, de estar aquí, y no sé por qué estoy aquí. Por favor, pregúntele a Peter Howard y hágamelo saber. Fue él quien me invitó. Me di cuenta de que no debería haber contestado de esa manera, pero en ese momento entró Peter Howard, señaló un asiento en la primera fila y la broma terminó"».



Ahí terminaba la gracia para mucha gente. Porque Howard creía que, si tenías algo que decir, que no incluía a todo el mundo, entonces apenas merecía la pena decirlo. Sin embargo, no tenía nada de sentimental, como recuerda su secretaria:

«Una vez confundí dos cartas y las metí en sobres equivocados, con resultados bastante vergonzosos, e intenté disculparme por ello. Me dijo: “Si pudiera, me gustaría tener una secretaria que fuera a la vez eficiente y cristiana, pero si tuviera que elegir, preferiría una cristiana”. Me di cuenta de que para él el cristianismo estaba lejos de ser meramente el de ir a la iglesia los domingos, que yo había rechazado en mi juventud. Esperaba que la fe significara para mí lo mismo que para él.

Insistía en la puntualidad. Una vez me dejó atrás en una ciudad alemana completamente desconocida porque llegué dos minutos tarde al lugar donde dijo que me recogerían. Afortunadamente, en un automóvil que pasaba había alguien que me reconoció y me llevó. Cuando me vio, me dijo que no podía llegar tarde a su cita por mi culpa, y que aprendería algo de ello. Y así fue».

A medida que aumentaban las responsabilidades de Howard, su fe se profundizaba y su vida se ampliaba. Quizá por eso Buchman le pedía cada vez más. A Howard le costó su tiempo, su energía y su orgullo. Sobre todo, le costó las muchas ocasiones que le hubiera gustado pasar con su familia. Cuando su madre murió en 1953, él estaba en el extranjero. Volvió a casa para consolar a su padre, ciego desde hacía casi seis años.

De P. D. H. para Doë

Sussex

17 de agosto de 1953

Papá no durmió bien anoche y nos fuimos a las 8 de la mañana a Cheering, a unas cuarenta millas de aquí, donde enterramos a mamá. Debo decir que es un lugar precioso, un jardín. La corona de flores enviada por Buchman estaba sobre el ataúd. Puse un ramo de rosas rojas nuestras y de los niños. Sólo dos de los amigos de mamá estaban allí, ya que el aviso sólo apareció en *The Times* esta mañana. Papá estuvo maravilloso. Dos lágrimas cayeron de sus pobres ojos ciegos a mitad de la ceremonia. Por lo demás, aunque temblaba mucho, estuvo bien y entregó su corazón de un modo maravilloso. Cuando volvimos aquí me preguntó si se había portado bien y me dijo que mi apoyo lo había significado todo para él.

En 1960, mientras Howard estaba en Los Ángeles, recibió la noticia de la muerte de su padre. No pudo regresar a casa.

De P. D. H. para A.

Los Angeles  
6 de febrero de 1960

Durante mi estancia aquí me llegó la noticia de que mi querido padre nos había dejado repentinamente. Había estado ciego los últimos once años de su vida, y yo nunca le había oído ni un gemido, ni un susurro de queja. Buchman se enteró de la noticia, y ese mismo día apareció en mi habitación un hermoso jarrón de majestuosas flores blancas. Debajo había una tarjeta:

«A un padre valiente  
Que vuelve a ver en la Vida Eterna  
y para la esposa que le brindó los más tiernos cuidados.  
Con devoción,  
Frank»

De regreso a Washington volé a Tucson<sup>1</sup>, donde llegué a las once de la mañana. Campbell se reunió conmigo. Luego fuimos a dar nuestras noticias a Buchman y nos dedicamos a redactar cartas hasta bien entrada la noche.

Durante la cena, que nos sirvieron en su habitación a Campbell y a mí, Buchman me hizo hablar de mi padre. Me dijo: «Me gustaría pasar media hora recordando a tu padre contigo». Así que, durante media hora, tuvimos un anticipo del cielo en aquella habitación, donde mi padre, y también nuestro Padre Celestial, estaban realmente muy unidos. Buchman recordaba cómo, cuando falleció su madre, se encontraba en la India. Viajaba en un vagón de tren, y durante toda la noche el vagón se llenó de luz. Dijo: «Bueno, no todo el mundo entiende estas cosas, pero se podía leer un periódico con esa luz». Dijo: «Dios estará con Peter con gran poder hoy y durante toda la noche». Luego, Buchman, con gran convicción, pronunció muy despacio todo el Salmo 23. Y finalmente, «Con todos los recuerdos felices que tenemos del padre: los juegos, las lágrimas, el amor que tenía por Peter y por su hermano. Quédate con Anne, Ant y Philip. Haz de ellos grandes hombres y mujeres en Cristo Jesús». Cuando esto terminó, Buchman dijo: «Ahora haremos algo más de trabajo».

Aunque los padres de Howard se habían reconciliado con el trabajo de su hijo en el RM, nunca llegaron a entenderlo del todo. Así que no le dejaron nada. Los tesoros de la familia fueron a parar a otros. Aunque esto le dolía, no era un hombre que guardara rencor. Tras la muerte de su madre, había ofrecido a E. C. H. un hogar en *Hill Farm*, pero se lo negaron. Desde entonces, casi todas las semanas, Howard se encargaba de que le enviaran paquetes de comida a su padre desde Suffolk. El cuidado de los ancianos era algo muy cercano al corazón de Howard. Dio a su querida "Nanny George" y también a la "Nursie" de Doë un hogar en su granja durante los últimos años de sus vidas. Pero no había hogar para Howard. El resto de su vida transcurrió en la carretera.

---

<sup>1</sup> Tucson, Arizona, EUA

## Capítulo 15

«Echo de menos a Frank Buchman, pero de una forma curiosa. Le echo de menos porque siempre fue un hombre que decía la verdad sin miedo ni favoritismos y como Dios le daba a entender. Fue un buen camarada mío a lo largo de los años y, durante mucho tiempo, antes de morir, me hizo el cumplido de hacerme responsable de cualquier cosa que saliera mal en cualquier parte del mundo en relación con nuestro trabajo, independientemente de que yo supiera o no algo al respecto. Creía que un hombre como yo, como cristiano, debía asumir toda la responsabilidad de su trabajo. En este sentido, me sentí ‘al mando’, en el sentido de que alguien siempre está al mando, durante mucho tiempo antes de que Buchman muriera».

P. D. H. junio de 1963

Frank Buchman murió el 7 de agosto de 1961 en Freudenstadt, en la Selva Negra alemana. Durante todo el verano había empleado su energía para los miles de asistentes a la conferencia de verano en Caux. Cuando partió hacia Alemania, Howard permaneció en Suiza.

De P. D. H. para Doë

Caux

6 de agosto de 1961

Campbell me telefoneó anoche para decirme que Buchman sufrió un severo dolor en el pecho ayer sobre las dos de la tarde. Duró una hora y media. Campbell cree que es grave. Es casi seguro que se trata de un infarto, que en un hombre de esa edad es sin duda grave. Planificaban llevar a Buchman al hospital hoy. Ayer no había habitaciones. Anoche se encontraba bien. No hemos tenido noticias desde entonces y espero otra llamada. Parece que lo único que queda es seguir luchando.

De P. D. H. para Doë

Caux  
9 de agosto de 1961

Parto temprano hacia Freudenstadt. Hay muchas cosas que arreglar, como puedes suponer. Fue un placer hablar contigo por teléfono anoche.

Aquí tuvimos un día agotador, con la prensa merodeando incesantemente y mucha gente de la que ocuparse.

Campbell me telefoneó cerca de las dos del lunes. Salí de inmediato y llegué a Freudenstadt a las diez y media. Permíteme contarte una o dos cosas sobre todo este momento. Buchman se fue de aquí muy, muy cansado. Tenía un espíritu admirable, pero la verdad es que el esfuerzo por conseguir que algunas personas participen en la verdadera lucha ha minado sus fuerzas. Nos dio la más alegre de las despedidas.

Cuando llegó a Freudenstadt le encantó todo: la cocina, los bosques y todo el ambiente de la gente y del lugar. Dijo: «Me gustaría que me enterraran aquí». Lo dijo dos veces. En realidad, había hecho los preparativos para que lo llevaran a Allentown<sup>1</sup>, pero la pregunta del final de su viaje por este mundo estaba muy presente en su mente. Dijo: «No creo que volvamos a Caux».

Hace poco más de una semana mandó a buscar su abrigo de mañana, diciendo que lo necesitaría. Ahora es el traje con el que será enterrado. Hace unos días le dijo a Campbell: «No estoy seguro de que deba volver a Caux. Me he convertido en un obstáculo para el trabajo». Es tan típico de la asombrosa humildad del hombre. Aunque Campbell pensó que estaba bromeando, pronto vio que Buchman lo decía en serio. Le preocupaban las cosas necesarias que había que hacer por él: el trabajo nocturno, la atención física, etcétera.

Cuando hablé con él por teléfono, el día en que sufrió el ataque, estaba de un humor luchador y resplandeciente, preguntando por todos sus amigos. Lleno de planes para el futuro en África y en todo el mundo. Después de comer le sobrevino un fuerte dolor. Duró casi dos horas. Al día siguiente le hicieron un electrocardiograma. Mostró un deterioro masivo del corazón. A lo largo del día, su presión arterial no dejó de bajar. Estaba consciente todo el tiempo, pero en algunos momentos decaía. El príncipe Richard<sup>2</sup> vino por la tarde. Le leyó a Buchman sus salmos favoritos: el 23, el 3 y el 21. Le dijo a Buchman: «Frank, estoy aquí y voy a quedarme». Buchman comprendió y se alegró mucho.

Luchó durante cuarenta minutos para pronunciar sus últimas palabras: «Quiero que Gran Bretaña sea gobernada por hombres gobernados por Dios».

---

<sup>1</sup> Allentown, Pennsylvania, casa de la familia del Dr. Buchman.

<sup>2</sup> Príncipe Ricardo de Hesse

¿Por qué no todo el mundo gobernado por hombres gobernados por Dios? ¿Por qué no dejar que Dios gobierne el mundo entero?». Su presión sanguínea cayó y cayó, y finalmente dejó de respirar.

Una de las últimas cosas que me dijo por teléfono el día anterior fue: «¿Mis estadounidenses te están ayudando a llevar el fin de semana?». (que, efectivamente, no lo estaban haciendo). Lo que Buchman no podía soportar era la falta del compañerismo. Me dijo que creía que debía tomarme una o dos semanas de vacaciones en septiembre. Bendito sea su corazón.

Siempre se tomaba su tiempo para entender lo que intentábamos hacer. Eso es lo que intento hacer yo cada vez más.

Viajé de vuelta aquí en automóvil -toda la noche- y ayer trabajé como un castor. Ahora me voy de nuevo a Freudstadt y volveré a Caux probablemente el viernes por la noche o el sábado a primera hora.

De P. D. H. para Doë

En ruta a Allentown  
*Pan American Airlines*  
15 de agosto de 1961

Es difícil decir lo que me espera en Allentown. Después del almuerzo me invadió una negra ola de depresión, probablemente debido al exceso de cosas que hay que procesar. Sentía que había hecho tantas cosas mal en la vida, nada realmente bien -un pobre tipo de marido en realidad, un fracaso como padre, un escritor de tercera categoría y una parodia de lo que debería ser un verdadero cristiano-. Las abrumadoras responsabilidades de nuestro trabajo, frente al peligro de nuestros tiempos, eran demasiado para mí. Es extraño, porque mi ánimo suele ser optimista, pero fue un golpe casi físico. La fe volvió a encender mi corazón y pasó rápidamente. Todo lo que sentí de mí mismo es muy cierto, pero Dios me utilizará asombrosamente. Los mejores años están por venir.

De P. D. H. para Doë

Allentown  
16 de agosto de 1961

Buchman descansa en paz -en su propia casa- con flores a su alrededor y ramas de pino de la Selva Negra de Freudstadt a sus pies. Hay poca comprensión del trabajo que hizo, y la mayoría de sus viejos amigos del lugar ya no están. El funeral del viernes hará mucho por los Estados Unidos. Haremos nuestro mayor esfuerzo. La misa es a las dos de la tarde y después iremos al cementerio. Intentaré volver vía Inglaterra, pero puede que no sea posible. Estas cosas me cansan más que antes.

De P. D. H. para A.

Allentown

19 de agosto de 1961

Ayer hizo el clima preferido de Buchman. Hubo sol a todas horas. Por la tarde hacía tanto calor como en Asia. Algunos tenían miedo de que los fieles se presentaran con alguna de las controversias que Buchman, por su lucha, llevaba consigo como parte de su equipaje esencial, tanto en la muerte como en la vida.

A las nueve, de repente, la prensa irrumpió en nuestra casa con cámaras y mujeres con pintura de guerra buscando a algunas de las celebridades. Luego volvimos a esta casa y los hombres que iban a llevar a Buchman en su último viaje ensayaron. Llegaron los de la funeraria, despiadados y negociantes. Cuando te enfrentabas a ellos y les decías: «No», hacían lo que querías. Pero todo lo que intentaban hacer era lo incorrecto.

Algunos se preguntaban si la iglesia estaría llena. Se llenó media hora antes de que empezara la misa. La multitud era tan numerosa que tuvimos que esperar casi una hora fuera de la iglesia antes de que la procesión estuviera lista para dirigirse al cementerio de Fairlawn. La procesión se extendió casi tres kilómetros.

Junto a la tumba, nuestros compañeros cantaron "*He lives*" / Él vive, y después de la ceremonia "*The Hallelujah Chorus*" / El Coro del Aleluya. No hundieron el ataúd en la tumba, sino que lo dejaron suspendido justo en la superficie. Así es Estados Unidos. No quieren enfrentarse a la realidad. Pasan por alto la muerte y fingen que las cosas no suceden. Así que mantienen el ataúd en la superficie hasta que toda la gente se ha ido. No me hagan esto a mí. Y en mi entierro quiero bebidas calientes para todos si hace frío, bebidas frías para todos si hace calor (ayer las necesitábamos mucho), y bebidas frías y calientes si el tiempo está más o menos bueno. Buchman dijo que no quería una sensación de luto, sino de triunfo y victoria, y ayer se cumplió.

Tras la muerte de Frank Buchman, Peter Howard se encontró con que gran parte de la responsabilidad del Rearme Moral recaía sobre sus hombros. Hubo mucha hostilidad hacia su trabajo, especialmente en la prensa británica. Una hostilidad que Howard hizo mucho por superar en sus últimos cuatro años de vida. A principios de agosto escribió a Lord Beaverbrook explicándole el trato injusto que había recibido en el *Daily Express*.

De Beaverbrook para P. D. H.

La Capponcina  
Cap d'Ail, Francia  
4 de agosto de 1961

Mi querido Peter, siento mucho que sientas que tienes motivos para quejarte del periódico.

Como sabes, nuestra intención constante a lo largo de los años ha sido dar una presentación justa del movimiento del RM en nuestro tratamiento de las noticias.

La perfección está negada al hombre, por lo que a veces, al informar las noticias, podemos quedarnos cortos en nuestros objetivos.

De P. D. H. para Beaverbrook

14 de agosto de 1961

Gracias.

Te conozco lo suficiente como para comprender que el tono de *The Express* y del *Evening Standard* tras la muerte de Frank Buchman se debió en gran medida a su intervención personal. Derek Marks y John Redfern no sólo fueron justos, sino sensibles y honorables en la forma en que manejaron las cosas. Les he escrito para decírselo.

Fue una alegría para mí que *The Express*, mi antigua casa, fuera el mejor de la prensa británica en su tratamiento del acontecimiento. Sobre todo, porque gran parte de la cosecha de malentendidos que él y nosotros hemos recogido, y seguimos recogiendo en Gran Bretaña, proviene de las semillas sembradas en sus columnas por Driberg en los viejos tiempos. Pero sobrevivimos y prosperamos.

En verdad, Frank Buchman fue uno de los pocos hombres que he conocido en la vida de los que se puede decir que no sólo eran buenos, sino también eficaces. Recuerdo su viejo verso:

«Por desgracia, rara vez o nunca,  
la gente se comporta como debería.  
Porque los buenos son tan duros con los listos,  
Y los listos tan groseros con los buenos».

Puede o no sorprenderte saber que Buchman te habría caído bien. Tenía un sentido del humor en cierto modo parecido al tuyo. Siempre le interesó el hecho de que gran parte de mi capacidad de trabajo, tal como es, se la debo a la formación y la amistad que tú me brindaste.

Él habría sido un periodista de primera fila. Nunca perdió de vista el verdadero sentido de la historia que tenía delante. Ha sido interesante, y lo sigue siendo, saber tan a menudo los hechos reales que la prensa pasa por alto detrás de las historias que publican.

Una cosa que le habría gustado especialmente era su falta de esnobismo. Tenía el genio de tratar a todo el mundo como a un alma real. Un minero o un ministro, un ebanista o un rey eran para él personas con las mismas necesidades que había que satisfacer. Y él las satisfacía.

De Beaverbrook para P. D. H.

La Capponcina  
Cap d'Ail, Francia  
16 de agosto de 1961

Lo siento mucho por ti.

Tu problema me recuerda los problemas de mi vida en 1923, cuando murió Bonar Law.

Le había dado toda mi lealtad. Sus asuntos políticos ocupaban todos mis pensamientos.

Cuando Bonar Law murió, Churchill me dijo: «Te sentaste en un taburete con tres patas: una era la tuya, otra era el *Daily Express* y la tercera era Bonar Law. Has perdido tu pata Bonar Law. No puedes volver a sentarte en tu taburete hasta que hayas fabricado una tercera pata». Me parece que tú estás en la misma situación.

De P. D. H. para Beaverbrook

Caux  
23 de agosto de 1961

Eres un amigo leal. Tu carta, reflexiva e incondicional, me esperaba cuando regresé anoche de Allentown.

Comprendo muy bien lo que te dijo Churchill sobre el taburete de tres patas. Pero la verdad es que yo no tengo el *Daily Express*, no soy, por desgracia, Max Aitken, y Frank Buchman no era Bonar Law. Él nos enseñó, a los hombres como yo, a confiar en Dios antes de poner nuestro peso en cualquier hombre vivo. A lo largo de los años ayudó a hombres como yo a hacer de Dios nuestro punto de referencia, más allá de cualquier lealtad o vínculo humano, y a enfrentarnos a todos los hombres sin favoritismos ni temores. No digo esto de forma moralista porque, como sabes, no soy un hombre moralista. Pero lo cierto es que somos muchos en todo el mundo que, aunque sería absurdo



pretender que no echaremos de menos a Frank Buchman, hemos aprendido con él a luchar por lo correcto de la forma que Dios nos permite ver lo correcto, sin envidias y en unidad. Nuestro trabajo continuará mañana como lo hizo ayer.

La gente está llegando a este lugar desde los confines de la tierra. Esta semana Kishi viene con dieciocho políticos, periodistas y otras personas de Japón. Un avión cargado con 126 personas viene de Brasil y Perú. El primer ministro de Birmania estará aquí dentro de unos días. Mañana llega un avión especial de Estados Unidos. Como ves, tenemos mucho trabajo por delante y lo haremos lo mejor que podamos.

De P. D. H. para Doë

Caux

9 de septiembre de 1961

U Nu llegó de Belgrado, cansado. Sólo durmió una hora la noche antes de partir, y dice que las potencias neutrales lucharon entre sí como tigres. Una cosa es cierta, si Krushchev quiere chantajear al hombre moderno para que dé otro bandazo hacia el mundo comunista, debe mantener la tensión tanto tiempo y con tanta fuerza como pueda. No se atreve a aflojar ni un momento.

Recibimos a U Nu en la sala -a las nueve y cuarenta- con el himno nacional birmano. Luego le dimos ovaltine en su habitación, que pidió especialmente. Anoche estaba asombrado por el tamaño y la fuerza de lo que se encontró. Dijo: «¿Es siempre así?».

Su ayudante me pidió que le diera diez plátanos, nueve tazas de café, mucha fruta y dos vasos a las cuatro de la mañana. Así que fui a esa hora. Hubo algunas dificultades con el tamaño del vaso, pero todo salió bien. El ayuda de cámara y el guardaespaldas prepararon una especie de templo con doce velas y la fruta fue cortada en tamaños adecuados. Luego me retiré a escribir mis múltiples cartas.

De P. D. H. para Doë

Caux

11 de septiembre de 1961

La visita de U Nu fue excelente. El embajador, hermano de Tin Tut, nos contó una buena historia sobre su visita al Papa. U Nu entró primero y luego mandaron llamar a los demás. El hermano de Tin Tut era un poco tímido. El Papa se acercó y le dijo: «¿Me tienes miedo? No te asustes. Soy igual que tú, bajito y gordo».

U Nu abordó directamente al general chino en el almuerzo del último día y le dijo: «Si hubieran limpiado hace años, no tendrían comunismo». Luego, con seriedad: «Llevo diez años diciéndole a Birmania que, si no nos limpiamos, seremos como China continental».

De P. D. H. para Doë

Caux  
Septiembre de 1961

Mi fuerte deseo es quedarme quieto y dejar de esforzarme. Evitar la presión de los hombres que quieren que haga quizá más de lo que debo. Los fuertes lazos familiares que me hacen anhelar pasar contigo y con los que más quiero cada minuto que me queda en esta tierra. Todo lo que puedo hacer entonces es esforzarme al máximo y seguir adelante a tropezones, titubeando, consciente a menudo de que puedo equivocarme de rumbo, pero confiando en Dios. Por alguna razón tenemos lo que me parece el trabajo más responsable de la tierra. Así que ayúdame a hacerlo.

Muchos cuestionaron el liderazgo de Howard en el RM. Les resultaba imposible entender cómo lo había adquirido o por qué lo había aceptado.

De P. H. D para M. H.

Me preguntas por mi liderazgo en el Rearme Moral. Si la prensa me preguntara al respecto, les diría muy sencillamente que, en el momento del funeral de Frank Buchman, quienes habían trabajado juntos durante años decidieron que Howard era el más adecuado para dirigir la situación actual.

Howard desearía mucho que la muerte de Buchman hubiera alterado el compromiso de una multitud de personas que no pueden comprender por qué se describe a un hombre como Howard como “encargado del trabajo del Rearme Moral”, pero que a su vez se niegan a dar un paso al frente y hacerse cargo. Es por esta razón por la que tan pocas personas han estado dispuestas a hacerlo que alguien como yo tiene que convertirse, por el bien del trabajo y por el bien de la comprensión de los hombres mortales, en un faro en el buen barco del RM. Pero, por supuesto, el faro no es el motor, ni el vapor que impulsa el barco.

Si quieres saber de dónde vienen el vapor y el motor, te lo diré cuando vuelva a casa.

Un mes antes de su muerte, en enero de 1965, Peter Howard escribiría:

«No me siento ni un ápice más 'responsable' que cualquier otro que vaya a cargar con la peor parte. Es simplemente que, para bien o para mal, en el mundo moderno alguien tiene que llevar la etiqueta de la responsabilidad final, porque de lo contrario los hombres piensan que no hay responsabilidad y, de hecho, una irresponsabilidad que pueden ignorar o destruir.

Hay un mundo de diferencia entre estar en medio de todo y estar a cargo de todo, porque si estás a cargo sabes que Dios tiene que estar en medio».

En diciembre de 1964 Howard escribió:

«Ojalá pudiéramos olvidarnos de frases como 'al mando'. Muchos parecen pensar que es una especie de ansia de poder. Para mí, significa hacer las cosas sencillas, como dar lo mejor de mí mismo a todas las personas en todo momento, independientemente de cómo me sienta o de cómo se comporten. Significa ser honesto todo el día. Significa rechazar cualquier nota negativa. Significa saber que debemos volver a introducir de alguna manera la disciplina de la cruz de Cristo en nuestros asuntos si queremos seguir adelante».

Howard siguió adelante. Le quedaban cuatro años de vida. Parecía probable que un hombre de su energía y resolución viviera mucho más. Pero repetía una y otra vez: «Debemos darnos prisa. Hay tan poco tiempo». Su vida era una carrera contra el tiempo. Una carrera en la que no decaería; una carrera que debía terminar a toda velocidad. Era imposible pensar en él como un anciano. Cuando escribió su última obra, a los cincuenta y seis años, era la historia de la batalla entre generaciones. Le preguntó a Doë qué le parecía envejecer. Tras su respuesta, dijo: «Es curioso. Tengo cincuenta y seis años. No siento nada de eso. Me siento igual que cuando tenía treinta años».

A los treinta, Peter Howard había sido un hombre de vitalidad y empuje, pero ahora poseía algo más. Seguía disfrutando del olor de la batalla; seguía poseyendo la fuerza para luchar y ganar; pero tenía una profundidad de pensamiento y una fe que superaban con creces a ambas. Se lo debía a Frank Buchman:

«Comprendo la magia de aquel estadounidense de pueblo, cuya personalidad disgustó a muchos, al que se acusó de esnobismo, ambición y engaño, y que en una época de satanización consiguió que personas de todos los rincones del mundo marcharan hacia Dios. Esto es obra del Espíritu Santo y no puede explicarse con 'porqués' y 'cómos' humanos.

Buchman fue utilizado en su generación para dar a millones una visión de Dios que de otro modo les habría faltado; para dar a miles una fe; para dar a decenas de miles un desafío moral, mayor o menor, consciente o inconsciente, que desempeña un papel cada vez mayor en la historia. Estos son hechos, en la medida en que los hombres pueden juzgarlos; resistirán el fuego.

Muchos odiaban el ritmo de Buchman, su sinrazón, su ardiente resolución de abrirse paso y romper. No sólo lo odiaban, sino que lo consideraban equivocado. Y era -y es- la esperanza de nuestro trabajo. Era un hombre con defectos. Pero su fuerza era su 'cristocentrismo', más que su 'estadounidensecentrismo'.

La gente nunca entenderá el secreto de Frank Buchman, a menos que lo juzguen como un revolucionario. Eso es lo que era. No miraba la vida ni a las personas con los mismos ojos que los demás. No pensaba en las personas como negras, blancas, morenas o amarillas, sino como hijos de Dios, con las mismas necesidades a las que la misma respuesta podía satisfacer.

No pensaba en las personas como si fueran de diferentes clases. No creía que un hombre fuera mejor o peor por su riqueza, o por la falta de ella. Simpatizaba con los pobres e hizo todo lo que pudo para ayudarles materialmente y en todos los sentidos, pero estaba lejos de esa condescendencia con la pobreza que niega a los pobres la necesidad de la misma honestidad y pureza que el mundo exige con razón a los ricos.

Durante medio siglo, Buchman avanzó sin miedo, proclamando viejas verdades de formas nuevas, enfrentándose a generaciones decadentes con la decisión de dejar que Dios les limpiara, a ellos y a sus naciones, de arriba abajo. Desafió al estadista y al hombre común con normas que, si se aceptan, significan una revolución en todo lo que piensan y hacen. En el alud de la moralidad y las arenas movedizas de una era de 'licencias', él dio la roca sólida de los valores y la verdad eternos.

Por supuesto que fue perseguido. Hombres con tal mensaje han sido perseguidos a través de los tiempos».

Fue bajo el fuego de la persecución que Peter Howard se dispuso a emprender esta batalla.

# Capítulo 16

## DERECHO DE NACIMIENTO

Gran Bretaña, miles de tus hombres  
te han alabado con su voz y su pluma,  
y millones más han derramado su sangre.  
Tu vida, se la debes a tus muertos.  
Pero ¿quién se levantará ahora y salvará  
tu derecho de nacimiento de una fosa común?

Isla gris, verde y dorada  
cuando la niebla del otoño envuelve tus campos.  
Isla de savia y florecimiento  
cuando la tierra rocía su regazo en primavera.  
Isla de carbón, acantilados y mar,  
de lugares comunes y misterio.

El verde suave de las colinas del sur,  
las formas grises y macilentas de las ciudades del norte,  
las campanas medievales que repican  
y los fuegos de leña en invierno.  
Oh, Gran Bretaña, formamos parte de ti,  
tu latido llena y caliente nuestro corazón.

La gente humilde, anónima y piadosa  
durante siglos arrastraron el yugo.  
Sus obstinados brazos y corazones  
levantaron una nación de la paz y la guerra.  
Trabajaron lealmente mientras morían  
y dejaron un imperio para nuestro orgullo.

Pero ni por su fuerza ni por su poder  
puede Gran Bretaña responder en este momento;  
ni podemos heredar del pasado  
una victoria viva del espíritu  
para aprovechar el momento que queda  
Antes que Gran Bretaña se desmorone bajo cadenas.

Sí, podríamos soportar morir en la guerra,  
muertos por los golpes de la tiranía;  
levantamos nuestras banderas mientras nuestro aliento  
permanece valientes hasta la muerte.  
Mejor caer bajo nuestro escudo,  
la Cruz, que rendirse a un dragón.

Pero es amargo cuando una isla, una vez libre,  
se desgarrar por dentro, y la libertad no ganada se pierde;  
la tierra que desafió a los siglos se convierte en esclava;  
la peste y la ceguera de los hombres pequeños  
vuelven a oscurecer los siglos.

Así que ni por el poder ni por la fuerza  
puede Gran Bretaña resucitar el derecho.  
Sólo el renacimiento puede traer  
la libertad al plebeyo y al rey.  
Dios nos redireccione y perdone.  
Señor, enseña a una nación cómo vivir.

Gran Bretaña, miles de tus hombres  
te han alabado con su voz y su pluma,  
y millones más han derramado su sangre.  
Tu vida, se la debes a tus muertos.  
Pero ¿quién despertará ahora y salvará  
tu derecho de nacimiento de una fosa común?

Peter Howard libró una batalla directa por Gran Bretaña. Luchó en cuestiones nacionales; en escenarios públicos, en anuncios a toda página en la prensa; en discursos; en obras de teatro. Luchó por los jóvenes, por los mayores, por las mujeres, por los directivos y los trabajadores. Luchó también por sus hijos. Estaba dispuesto a sacrificarlo todo, incluso las relaciones familiares que más apreciaba, para ver a su país bajo el control de Dios.

Por ello, algunos le consideraban duro y despiadado. En realidad, era sensible, con unos modales casi victorianos. No iba a ningún sitio sin ser invitado. No recibía hospitalidad sin dar las gracias por carta una o dos horas después de marcharse. No le gustaba la grosería ni el descaro en los jóvenes. Tampoco le gustaban la superioridad y la indiferencia de los mayores. Invitaba generosamente a su casa. Odiaba dejar fuera a la gente, especialmente a los que tenían problemas o estaban necesitados. Por difíciles que le parecieran, los invitaba. Pero no les ofrecía almohadones de comodidad, sino el desafío de una cruz. Hubo quien le exigió que se hiciera más 'humano':

«Soy más vulnerable a las heridas, tengo menos tiempo para adaptarme que la mayoría de la gente. Pero no quiero convertirme en el 'humano' que en nombre de la tolerancia defrauda y excluye a los demás. He visto el brillo en el hombre, he visto cómo parpadeaba y empezaba a desvanecerse. No sé cuál es la vida correcta para los demás. Siempre tengo dudas sobre lo que la gente debe hacer, pero nunca sobre lo que debe ser. La honestidad absoluta es lo correcto para todos. Pienso lo mismo de los otros principios de Cristo.

*The Spectator* dice que soy el Dr. Goebbels. Brebner, antiguo compinche de Brendan Bracken, dice que soy camarada del hermano Kruschew. En realidad, solo soy un viejo periodista de tinta, pero sin dobleces».

Howard no era de los que pensaban que Gran Bretaña estaba acabada o que sería mejor nacer en otra época o en otro país. En abril de 1964 dijo a una audiencia de hombres de negocios en Leeds:

«No elegiría vivir en otra época, ni elegiría en este momento ser otra cosa que un inglés. Porque creo que esta era desconocida será capturada por el coraje en el experimento, la artesanía en la industria, el cuidado de persona a persona. En nuestro país aún abundan estas cualidades de cerebro, mano y corazón. A veces los observadores, que no nos conocen bien, nos subestiman. Esta misma semana he oído a un extranjero decir que nuestro país está acabado. Esta es una forma de locura que ha afligido a tiranos y dictadores a lo largo de los siglos. Lo mejor de Gran Bretaña no es lo que más ruido hace ni lo que más desordena.

El mundo nos ve como una nación de testarudos, no de intelectuales. Pero en realidad, con la majestuosidad de nuestra ascendencia mestiza, somos una nación de profetas, guerreros y poetas.

Un británico vio caer una manzana de un árbol, y esta teoría lanzó un salto histórico en la ciencia y las matemáticas experimentales.

Un británico vio hervir una tetera, y creó una era del vapor que revolucionó la sociedad.

Un británico vio moho en un frasco, y condujo al hombre a la penicilina. Nuestro pueblo partió por primera vez el átomo, inventó los motores a reacción, fue pionero del sindicalismo desde Tolpuddle, acabó con la esclavitud, puso fin a la degradación del trabajo infantil, educó, emancipó y finalmente liberó a millones de nuestros semejantes en Asia, África y otros lugares.

Esta era de aventuras se construyó para hombres como nosotros. Pero nos negamos a hacerla nuestra.

Los ingleses que antes sentían una mancha en su honor más profunda que una herida en su carne, ya no la sienten. La vida familiar no es tan sana como antes. El vicio no es considerado en todas partes como grave. La fe carece de fuerza moldeadora en nuestra generación. 'Hecho en Gran Bretaña' no siempre significa 'bien hecho'. A menudo se sobrepasan los presupuestos en los contratos industriales, y los trabajos no siempre se hacen cuando se han prometido. La palabra de quienes negocian en las mesas del desayuno, las salas de juntas o las mesas de conferencias no siempre es su aval.

La brecha en el liderazgo -ya sea de derechas o de izquierdas- es la brecha del propósito. Todos los partidos se concentran en las cosas, en el materialismo, y descuidan un tema, un motivo para nuestra nación».

En su opinión, los dirigentes políticos eludían este punto vital. En un anuncio a toda página en el *Daily Express* del 22 de diciembre de 1964, escribió:

El primer ministro dijo en Brighton: «Sólo mediante un sentido masivo de dedicación por parte de cada individuo podremos conseguir el propósito nacional que necesitamos». Pero esto es cosechar antes de sembrar. Es pensar al revés. La verdad es que sólo proclamando un propósito nacional que cada individuo pueda entender y amar se creará un 'sentido masivo de dedicación'. Hasta que no se diga a los británicos hacia dónde se dirige la nación, no se dedicarán a avanzar hacia allí.

¿Cuál es nuestro propósito nacional? ¿Cuál es el tema, el objetivo, que captará la mente, inflamará el corazón y pondrá en juego la voluntad del pueblo?

No era pesimista, pero sostenía con Thomas Hardy que «si existe un camino hacia lo mejor, exige una mirada completa a lo peor».

«Gran Bretaña tendrá que decidir si ayuda a moldear un nuevo tipo de sociedad humana, con un nuevo tipo de ser humano que viva en ella, o si se mantiene al margen, llenándose los bolsillos, encogiéndose hasta la insignificancia y esperando lo mejor. Ningún país de la historia ha sido más grande que el nuestro. La imagen de ningún gran país ha sido arrastrada tan bajo tan rápidamente por hombres tan mezquinos.

Actualmente nuestro país es considerado una patraña y un fraude por millones de personas en otros países. ¿No tenemos en nuestra sociedad suficientes hombres libres de los problemas del adulterio, la homosexualidad, la vileza y la embriaguez para gobernarnos y gobernarnos bien?

El terror de nuestros tiempos no es que sean malos, sino que ponen en tela de juicio la existencia misma del bien y del mal, de normas absolutas. Siempre ha habido maldad en Gran Bretaña. Pero es la primera vez en la historia que



personas de otros países, que nos odian, cultivan nuestra decadencia para destruirnos, y cuando hombres honestos de nuestro entorno dicen que el bien y el mal ya no tienen relevancia ni significado.

Los corazones británicos siguen hambrientos de la verdad de Dios. El hombre y la mujer comunes y corrientes, en sus casas o en su trabajo, intranquilos, inarticulados, casi perdidos en la vorágine moderna, responderán por millones a una dirección clara dada por personas convencidas, vengan de pub o de palacio, de la izquierda o de la derecha, de los conservadores o de los laboristas. La nación está esperando a un Churchill moderno, que haga por nuestra moral -en tiempos de paz- lo que hizo por nuestras agallas en tiempos de guerra».

Howard pasó al ataque. Consideró que, si nadie más alzaba la voz en Gran Bretaña, el RM tenía que hacerlo:

«Hay un festival anual en Edimburgo, una ciudad que una vez fue sinónimo de fe y decencia. El festival ha producido buenos espectáculos y entretenimiento. También ha producido un grupo de poetas y dramaturgos que utilizan su talento para arrojar la ausencia de Dios y la suciedad por el torrente nacional, para proclamar que Dios ha muerto, y que el bien y el mal ya no existen. Ha producido una compañía de damas africanas, desnudas hasta la cintura, que se exhiben en sus danzas ante los ojos babeantes de los amantes del arte. Es la típica hipocresía británica que, mientras nos quejamos con razón de los prejuicios de color en otras partes del mundo, pagamos a mujeres negras para que bailen en público de formas que no permitiríamos a las chicas británicas, en nombre de la decencia.

El Festival de Edimburgo ha producido una imagen de que ya no somos una nación cristiana y de que nuestro dios es la carne, con el sexo como fin y objeto».

El alcalde de Edimburgo, Duncan Weatherstone, calificó las declaraciones de Howard de "impertinencia". Y añadió: «Espero que tenga el valor de disculparse».

Lord Harewood, en aquel momento director artístico del Festival, declaró: «El Sr. Howard parece tener una visión muy restringida. Si piensa así, es cosa suya. Todo está en la mente, ya se sabe».

Howard dijo unos días después:

«Me encuentro en el dilema de ofender al alcalde de Edimburgo o a Dios Todopoderoso. Así que, de mala gana, debo arriesgarme al disgusto del gobernante elegido de la tierra.

Amo a mi país. No pretendo que me intimiden para que guarde silencio si decido señalar tendencias en Edimburgo, o en cualquier otro lugar, que en mi opinión pueden destruir la tradición y la libertad que millones de nuestros hermanos, hijos, maridos y padres decidieron preservar luchando en la guerra».

En Londres, el 28 de julio de 1963, Howard dijo:

«Hay una conspiración contra nuestras tradiciones y nuestro poder. La monarquía, la Iglesia y el Parlamento, las sólidas instituciones de nuestros antepasados, están siendo atacadas.

La Familia Real ocupa un lugar especial en el afecto y la lealtad de nuestro pueblo. Su ejemplo podría hacer más que un millón de exhortaciones. Deberían negarse a relacionarse con cualquiera cuyas costumbres se sepa que están degradadas. Si sus consejeros son incapaces de decirles la verdadera naturaleza de algunos que intentan utilizar la amistad en la Corona como tapadera para un compromiso moral, deberían conseguir nuevos consejeros capaces y dispuestos a hacerlo.

El Gobierno debería dejar claro que no va a enaltecer a hombres públicos con hábitos privados vulnerables.

El Parlamento debería ocuparse de la influencia corruptora de la BBC. De algunos programas de la BBC fluye una cloaca espiritual a los hogares de Gran Bretaña. Infecta a la comunidad. Emiten porquería con aire de autoridad intelectual. Es una creencia popular que a todos los jóvenes les gusta la inmoralidad. La verdad suele ser que la generación mayor ha decidido vivir en la suciedad y se excusa con la mentira de que la juventud moderna les exige suciedad y, como los piojos, se siente más a gusto con la inmundicia».

La BBC replicó que daban el mismo tiempo a Dios y al anti-dios. Pero Howard no se dio por satisfecho:

«Los tiempos pueden ser los mismos, pero algunas de las personas a las que se ofrece la libertad del aire para defender a Dios son a menudo hombres caducos, lerdos o incautos que no tienen ni idea de cómo golpear con tanta fuerza y de forma tan entretenida como estos satíricos obscenos. Hacen a Cristo más aburrido que el anticristo. Y no lo es».

Algunos sectores de la Iglesia de Inglaterra se opusieron firmemente a Howard:

De P. D. H. a S. S.

28 de diciembre de 1964

Nunca pensé que en mi vida vería a obispos y sacerdotes de nuestro país eligiéndose a sí mismos como portadores del féretro en el funeral de Dios e invitándonos a unirnos a ellos. Pero en lo fundamental de la fe en Dios y en Sus normas de moralidad, nunca cederemos ni decaeremos. Todavía me duele pensar en todo lo que nuestro país podría hacer y ser en el mundo. Pero la gente me dice: "Gran Bretaña nos está llevando a la nueva moralidad". Con esto se refieren a una racionalización de la fe, de modo que los hombres ya no creen en los milagros ni en la divinidad de Cristo. Se refieren a una interpretación de la libertad que dice que no es correcto sentirse culpable por nada, y que todo lo que la gente quiera hacer está bien que lo haga. Creo que se trata de una interpretación errónea del corazón de la mayoría de los británicos. Pero que Dios nos ayude. Es la imagen que nuestro sistema y algunas de nuestras figuras públicas más ruidosas están dando al mundo moderno.

El obispo de Southwark atacó a Howard y al RM en un programa de televisión. Howard le escribió y le pidió explicaciones:

Estimado Obispo,

15 de julio de 1963

Le escribo para preguntarle seria y sinceramente por qué se toma la molestia de haber hecho una referencia tan ofensiva a mí y a mis amigos. . .

Si no podemos trabajar juntos, como se supone que deben trabajar los cristianos, seguramente al menos sería razonable y justo abstenerse de lanzar, a millones de hogares, insultos a los que parece imposible tener ninguna posibilidad de responder. . .

Como muchos otros, encontré la fe cristiana y volví a la iglesia como resultado de encontrarme con el Rearme Moral. Mientras haya hombres como yo al mando, el trabajo estará arraigado en Cristo.

Estar en desacuerdo con los métodos es una cosa. Queremos aprender a hacerlo mejor. La difusión del desprestigio es otra cosa. Y le agradecería sinceramente que me explicara por qué hay que poner trabas en nuestro camino por un hombre con la influencia que usted posee.

Casa del Obispo  
38, *Tooting Bec Gardens*  
Streatham, S.W.16  
19 de julio de 1963

Estimado Sr. Howard

Gracias por su carta, que aprecio mucho.

No es necesario que le explique detalladamente mi actitud hacia el RM. No cuestiono la sinceridad del RM, pero dudo de su sabiduría, su equilibrio y su ortodoxia. En la entrevista televisiva me pareció necesario llamar la atención sobre estas dudas.

Mi posición puede expresarse de forma sencilla. Me interesa la conversión del Sr. Rachman<sup>1</sup> porque mantengo la fe católica respecto a su salvación eterna. Pero no soy tan ingenuo como para pensar que la situación de la vivienda en Inglaterra puede "cambiarse" "cambiando" al Sr. Rachman y a los de su calaña. Lo que se necesita es un ataque despiadado contra un sistema condenable de derechos de propiedad que es tan corrupto como inmoral. ¿Está dispuesto el RM, con su campaña a favor de normas absolutas, a participar en este ataque? Si es así, estaré encantado de cambiar mi actitud con respecto a su integridad y tendré más respeto por sus partidarios que ocupan cargos en mi diócesis.

Atentamente, etc.  
Mervyn Stockwood

De P. D. H. al Obispo de Southwark

El Rearme Moral no es un partido político, ni una iglesia. Usted tampoco desearía que lo fuéramos. Dicho esto, por supuesto que mi respuesta a su pregunta sobre el Sr. Rachman es que sí lucharía para conseguir su conversión, pero también lucharía como un loco para acabar con las vergonzosas condiciones de la vivienda que hacen posible que hombres como él prosperen. No cedo ante nadie en mi determinación de cambiar la situación material del mundo moderno mediante la ley, la revolución social y económica. Si el Rearme Moral fuera una fuerza reaccionaria, simplemente diseñada para mantener a la gente tranquila y las condiciones como están, créanme que no me quedaría ni un día con él. Lo bien que hagamos nuestro trabajo es cuestión de opinión. Personalmente, creo que podríamos hacerlo mejor. Ciertamente necesitamos y agradecemos ayuda para elevar nuestros objetivos y profundizar en nuestra acción.

---

<sup>1</sup> Estafador de la propiedad, de quien derivó la palabra "*Rachmanismo*".

Creo que hay una necesidad universal de Cristo y que debemos mantener el desafío de Su Cruz al anticristo del totalitarismo, venga de la derecha o de la izquierda.

En una entrevista con el Dr. W. J. Bolt en el *Church of England Newspaper* / Diario Iglesia de Inglaterra, el 19 de junio de 1964, se le preguntó a Peter Howard:

«W. J. B.: ¿Qué tiene que decir el RM a las necesidades más apremiantes de hoy?»

P. D. H.: Si está pensando en la desmoralización generalizada causada por el vicio sexual, la bebida y el juego, afirmamos que Dios, que dio al hombre su cuerpo, su mente y su voluntad, puede guiar y ayudar al hombre a controlarlos. Los cristianos debemos estar ansiosos y alerta para demostrar a otros que carecen de nuestra experiencia y nuestra comprensión que podemos vivir vidas plenas y felices sin indulgencias que, para otros, parecen necesidades indispensables.

W. J. B.: ¿Considera que el RM ha causado alguna impresión sustancial en las iglesias cristianas o en el mundo exterior?»

P. D. H.: No puedo medir el éxito de un plan espiritual por las estadísticas o por la cantidad de publicidad exterior que atrae. Mientras estemos llevando la vida de Cristo y sus normas a una práctica más profunda en la vida del mundo, no nos importa si nuestra organización es o no un éxito numérico o financiero».

De P. D. H. para F. C.

5 de junio de 1963

La vida cristiana es una vida de lucha. Mucha gente tiene la falsa idea de que, si eres guiado por Dios, pierdes todos los sentimientos y te conviertes en una especie de bulto en un tono rosado. Esta no es mi experiencia. Siento las heridas. Siento los señuelos del diablo. Siento el desaliento de las personas pecadoras y las adversidades más que nunca en mi vida. Pero he decidido firmemente, en el poder de Cristo, no dejarme guiar por nada que no sea Dios.

En el seno del Rearme Moral, algunos veían con recelo el ataque abierto de Howard contra la inmoralidad, sobre todo cuando provocaba el disgusto de los líderes eclesiásticos:

De M. para P. D. H.

27 de mayo de 1964

En la actualidad, en el RM tenemos los pies mucho más en la tierra y nos concentramos en fines realizables. «El secreto del éxito es concentrarse en fines finitos», dice Cosimo de Medici. ¿No sería posible cambiar la imagen del

RM de entusiastas ilusos que se contentan con murmurar que «La solución es una nación controlada por Dios», y crear una nueva imagen de realistas que diagnosticaron correctamente el mal, y que anhelaban cooperar con otros grupos bienintencionados ansiosos por detener la decadencia?

Si puedes crear una imagen nueva y, para la gente común, mucho más simpática del RM, prestarás un servicio inestimable.

Howard respondió:

3 de junio de 1964

Tu perspectiva sería la muerte del RM porque tu camino es sin cruz. Quieres despojar al Rearme Moral de su genialidad como respuesta de Dios diseñada para este siglo. Una vez que aceptamos esa posición, no sólo hacemos de la respetabilidad nuestro objetivo, sino que cedemos responsabilidad a cambio de una posible respuesta de aquellos que no hacen mucho de todos modos. Podemos ocuparnos de un montón de asuntos menores y, al mismo tiempo, pasar por alto las necesidades de las personas.

Creo que una de nuestras grandes necesidades es hacer funcionar el Rearme Moral. Verás, nuestros libros, nuestro teatro, nuestras publicaciones, nuestra vida en nuestros hogares no es tan dinámica, tan provechosa, tan real, que sacuda a la nación hasta detenerla. Creo que debemos cooperar con todos los que estén dispuestos a cooperar con nosotros, pero debe ser una cooperación en la tarea de cambiar a las personas y no un entusiasmo ilusorio que piense que los males se detendrán mientras todo el mundo siga igual.

Howard creía que la vara de medir de un cristiano sano o de una iglesia sana era si, de hecho, las personas cambiaban. Dirigiéndose a una conferencia de clérigos y ministros en *Church House*, Westminster, dijo:

«Frank Buchman solía decir: “Si no estás ganando, estás pecando”. Quería decir que, si te llamas cristiano y la gente a tu alrededor no está cambiando, hay algo que no funciona en tu forma de vivir la fe. No hablo de ello como un punto de doctrina. Hablo de ello como una cuestión de experiencia. En mi propia vida, si vivo con rectitud y lo máximo que Dios me muestra, la gente cambia. Si la gente no cambia, hay algún pecado, definido, concreto, que está impidiendo que eso suceda a mi alrededor.

Es cierto para una iglesia. Es cierto para una nación supuestamente cristiana. Es cierto para la cristiandad. Si no estamos ganando, estamos pecando. Si millones de personas no están siendo cambiadas y ganadas a la verdad de Cristo, hay algo mal en la forma en que los cristianos están viviendo su cristianismo.

Todos los no cristianos del mundo deberían preguntarse: ¿En qué están pensando ahora las naciones cristianas? ¿Cuál es su próximo movimiento? ¿Qué dicen? ¿Qué están haciendo? Deberíamos ser el centro de atención en este momento de crisis en lugar de ser un modelo de desunión e ineficacia.

¿Qué significa Dios para el hombre moderno? ¿Un Dios apasionado por ganar el mundo? ¿Un Dios con un plan maestro para cada ser humano del mundo? ¿Un Dios inesperado? ¿Un Dios aventurero? ¿Alguien más interesante, más amoroso, más dinámico que cualquier persona humana que conozcas? No en tu vida.

El Rearme Moral es la propiedad verdadera y tradicional de la iglesia. Toma a un hombre como yo, sin fe; me endereza; me da una amistad con Jesucristo que es la posesión más preciosa de mi vida. Me enseña, tal como soy, a estar a disposición de Dios para Su plan. ¿No es ése el trabajo de la iglesia?».

En su diario, Howard registró una conversación con Lord Beaverbrook. Tuvo lugar en septiembre de 1963:

«Beaverbrook me preguntó: “¿Por qué crees que la religión ha perdido su impacto en la nación?”. Le respondí: “Porque la historia les ha pasado de largo. Porque viven en el pasado”.

Beaverbrook dijo: “Eso es cierto, pero es más que eso. Se han vuelto cómodos. En los viejos tiempos, estaban al ataque, eran luchadores. Nunca dejes que tu público se vuelva demasiado cómodo, Peter”».

Fue un consejo que Howard no olvidó.

. . .

En enero de 1962, la única hija de Howard, Anne, se comprometió con el joven diputado de *East Aberdeenshire*, Patrick Wolrige Gordon. En los meses siguientes, se intentó apartar a Wolrige Gordon de su cargo por su asociación con el RM y, en particular, por su compromiso con la hija de Howard. Este intento fue apoyado por altos cargos del Partido Conservador. Fracasó porque los hombres y mujeres comunes de *East Aberdeenshire* se negaron a someterse a las presiones. En una reunión especial del partido de la circunscripción, dieron al joven diputado una mayoría de tres a uno.

Durante estos meses, Peter Howard estuvo en el extranjero. Nunca fue a *East Aberdeenshire* hasta que terminó la batalla política, con la única intención de ver a su hija, y la casa que ella y su marido estaban comprando. Después, uno de los oponentes de Wolrige Gordon dijo en una reunión del Ejecutivo: «No queremos a

Howard aquí arriba adoctrinándonos y metiendo las narices en nuestros asuntos». Howard no volvió nunca más.

De P. D. H. para Doë

25 de enero de 1962

Gracias por tus tiernos cuidados. Tal vez si yo fuera un santo no sentiría la necesidad de ello. Pero la necesito. Lo siento. Es un poderoso refuerzo en la vida. Hemos vivido años buenos, pero nos esperan años grandes. Me doy cuenta, más que nunca, de la magnitud del patrimonio que es el RM. Es una confianza de Dios. Creo que tú y yo estamos entrando en los mejores años de nuestras vidas. Me siento totalmente no calificado para responder a las necesidades del desafío. Hay un vacío en mis maneras y pensamientos cuando no estás allí. Es extraño, pero parece que hemos sido propulsados a un lugar en el centro de esta lucha mundial. Debemos aprender a vivir con ese conocimiento y con la fe de un niño en Él. Es nuestro único camino y vencerá. A veces me pregunto por qué se nos coloca en una posición en la que tanto parece depender de nosotros, pero ahí está y seguiremos adelante. Debo despojarme de todo lo que no ayude a cambiar a la gente.

Ha sido muy noble de tu parte venir a despedirme. Se me estrujó el corazón al verte a través de la ventanilla del sombrío aeropuerto. Parece que pasamos gran parte de la vida despidiéndonos, pero no importa.

De P. D. H. para Doë

1 de abril de 1962

Anne y Patrick me hacen feliz. Se quieren y eso es mucho de lo que se necesita. Patrick también ama a Dios. Es difícil predecir cómo se desarrollará la batalla de Aberdeen.

De P. D. H. para Doë

Los Angeles  
4 de abril de 1962

Mi corazón está desgarrado por la situación en que se encuentran Patrick y Anne. Deseo hacer mucho, pero puedo hacer poco.

Me sucedió algo extraño cuando hablé en el teatro. La disposición del *Biltmore Bowl* era buena y todo iba bien, pero al ser el último orador de la noche, después de la obra, me encontré de repente con que las rodillas me flaqueaban y los pies se me doblaban. Casi me caigo. Creo que fue el cansancio.



De P. D. H. para Doë

Los Angeles  
5 de abril de 1962

Raro. Ha sido una noche de vigilia. No he podido dormir por pensar en Anne y Patrick. La certeza del amor y la misericordia de Dios llegaron como un torrente. No nos corresponde protegerlos, sino sólo compartir la batalla con ellos.

Mientras escribo esto, se están preparando para lo que seguramente será un calvario en Aberdeen. Yo lo vivo con ellos. La persecución es el fuego que forja a los profetas. No se empieza a medir el amor de Dios hasta que no se experimenta el odio de los enemigos. No hay nada nuevo en todo esto.

Algunos se escandalizan por el veneno de sus enemigos. Viven en un mundo de ensueño la mayor parte del tiempo porque se niegan a enfrentarse a la iniquidad.

El 2 de junio de 1962, Peter y Doë Howard recibieron a más de mil setecientos invitados en *Hill Farm* para la boda de su hija. Howard insistió en que se invitara por igual a amigos y enemigos. El número de invitados creció desmesuradamente, pero Howard no se amedrentó. La víspera de la boda se encargó de que todos los invitados recibieran una comida caliente y la más cálida hospitalidad, aunque algunos no llegaran hasta medianoche.

Entre los periodistas que acudieron a cubrir la boda se encontraba un escocés, Pat Strachan, editor de *The Buchan Observer*. Escribió:

«Los mirlos ensayaban las primeras notas del coro del amanecer sobre *Hill Farm*, Brent Eleigh, una gloriosa mañana de mayo de 1962, cuando Peter Howard se presentó en toda su estatura. Con sumo cuidado, abrió la puerta de la habitación de invitados, cruzó en silencio los escasos metros de suelo hasta la cabecera de la cama y se tomó sin apenas tintinear una taza de té. La puerta se cerró tras él, en silencio, sin que él supiera si su huésped dormía o estaba despierto. Se trata de una antigua costumbre inglesa (según dicen), que resulta deliciosa.

Mientras el huésped saboreaba a sorbos su madrugador refrigerio, llegaron dos furgonetas de la oficina de correos y se detuvieron bajo la ventana de su dormitorio con el correo de la casa: el suyo propio, sin duda, como era de esperar en un hombre con sus intereses en todo el mundo, y el de su única hija, cuya boda iba a celebrarse unos días más tarde.

¡Aquí estaba un hombre, levantado con la alondra, atendiendo a su invitado, y listo para escalar una montaña de correo, incluso antes de que algunos de los pájaros hubieran abierto los ojos, y menos aún afinado! Su invitado, el

escritor, tomaba tranquilamente su té, disfrutaba de la gloriosa mañana y contemplaba la asombrosa escena mientras dos carteros transportaban un saco de correo tras otro desde sus furgonetas hasta el depósito de *Hill Farm*. De hecho, el huésped estaba vestido y listo para el aire matinal antes de que las furgonetas se pusieran en marcha.

Aquella mañana, antes del desayuno, pude comprobar el impacto de la vitalidad de Peter Howard en *Hill Farm*: desde el estanque de peces junto a la granja hasta las amplias hectáreas de los alrededores, todo un tributo a su profundo conocimiento de los fundamentos de la vida. Los que trabajaban para él habían captado su visión de lo que podía ser una granja moderna con esa preocupación adicional por el hombre y la bestia. ‘Un buen maestro’, como uno de ellos reconoció.

En los brevísimos intervalos, Peter Howard daba la impresión de preferir el papel del ‘granjero trabajador’ al del granjero terrateniente o señor de la mansión, evidente en el hecho de que iba vestido para trabajar en la granja y no simplemente para supervisar. Al mismo tiempo, el granjero tenía los ojos puestos en otros horizontes, al este y al oeste, y mucho más allá del ámbito de la ganadería y la comercialización, en una conversación en la que buscaba siempre la comprensión total y, según le vi, relacionaba lo que había visto y oído con lo que estaba viendo y oyendo».

Howard describiría el día de la boda como «el más feliz de mi vida». Había preparado con infinito cuidado todos los detalles: la comida, los entretenimientos para los niños, dónde debían sentarse los invitados, a qué hora debía salir cada vehículo hacia la iglesia, cómo debían recibirse los trenes especiales procedentes de Londres y, sobre todo, cómo debía atenderse a cada persona individualmente.

Había insistido en que su hija escribiera y agradeciera cada regalo en las veinticuatro horas siguientes a recibirlo. A veces esto significaba escribir a mano más de treinta cartas al día. «Para ti puede significar un poco de trabajo duro», decía, «pero para la otra persona lo significa todo. Nunca des por sentada la generosidad». Cuando terminó la boda, todas las personas que habían ayudado ese día recibieron una carta de agradecimiento en el plazo de una semana. Para él era una grosería esperar más.

Los sucesos de East Aberdeenshire habían convencido a Howard de que no todo iba bien en el Partido Conservador. Cuando los asuntos Profumo y Vassall fueron seguidos de cerca -el verano siguiente-, no se sorprendió. Escribió:

«Los acontecimientos parecen insinuar que no siempre es prudente considerar la vida privada de un hombre público como un asunto enteramente suyo. La respuesta no es el macartismo, un estado policial o la prohibición de ocupar altos cargos a los hombres que han cometido errores. Tampoco es la respuesta la protección -de los que están en el poder- de las penas de la locura privada. La respuesta es la honestidad. Los hombres con secretos que ocultar no siempre son capaces de guardar, bajo presión, secretos de Estado. La oscuridad desempeña un papel cada vez más importante en los asuntos nacionales e internacionales. Los gobiernos modernos tienden a tener las mismas normas de honestidad y comportamiento que el pueblo, ni mejores ni peores. Parece un choque para ambos cuando esto sale a la luz.

Algunos creen que es peligroso insistir en un carácter elevado en las altas esferas. Dicen que puede conducir a una dictadura moral, a la imposición de un código de conducta a hombres que no están dispuestos a aceptarlo. Si el bien y el mal no existen, este argumento vale. Si el bien y el mal existen, el argumento desaparece. Y es aún más peligroso aceptar una dictadura de la inmoralidad, la imposición de un código de laxitud moral que destruye antiguas virtudes y convierte en "hecho" lo que los hombres saben que no debe hacerse».

Conservadores y socialistas le escribieron pidiéndole que cesara en sus ataques públicos.

De P. D. H. para un M. P.

14 de junio de 1963

Mi propia dificultad es que muchos de sus colegas, en formas que algunos llamarían 'persecución' y que otros llamarían 'desprecio arrogante', han ayudado durante mucho tiempo a difamar, tergiversar, menospreciar o empantanar con estudiado silencio el trabajo que intentamos hacer. Nos han tratado con desprecio y, en algunos casos, con veneno. No digo esto en términos de queja personal. Lo digo en términos de diagnóstico espiritual, que la actual administración ciertamente necesita y que parece faltarle en gran medida.

Mi creencia es que, al final, nuestra nación se mantendrá o caerá en función de si acepta o rechaza a Dios. Una caza de brujas es un error. Prefiero a Macmillan antes que a McCarthy cualquier día de la semana. Pero un objetivo moral nacional, proclamado y vivido por nuestros dirigentes, es correcto y, en lo que respecta a la imagen pública y, en mi opinión, en lo que respecta a la realidad, ha faltado por completo.

Por sus declaraciones Howard fue acusado de inmiscuirse en política. Él respondió:

«Utilizamos las cuestiones políticas para hacer avanzar el reino de Cristo, y no intentamos utilizar a Cristo para hacer avanzar las cuestiones políticas. Hay una diferencia importante».

Recibió cartas de muchos países de la *Commonwealth*. Una procedía de la India:

De G. para P. D. H. 4 de agosto de 1963  
El asunto Profumo es uno de los temas principales y es triste ver cómo ha empañado gravemente la estima que los indios tienen por Gran Bretaña. Esperábamos este tipo de cosas de algunos países europeos. Pero que un ministro británico se comporte de forma tan... ¡barata! Parece que ya no hay normas morales en Gran Bretaña.

De P. D. H. para G. 8 de agosto de 1963  
Gracias por su interesante carta. No soy un defensor de Gran Bretaña, pero lo más significativo del caso Profumo fue la gran indignación que se produjo en todos los sectores de la vida británica cuando salió a la luz. Hay mucha hipocresía en Gran Bretaña, pero otros países también tienen su dosis de este tranquilizante y energizante.

Personalmente doy gracias a Dios de que Profumo haya dado al menos un pinchazo a la conciencia de la nación y de que todavía se revele una vida tan vigorosa.

A Howard no le gustaban los escándalos. Y en los meses posteriores a Profumo hubo muchos.

De P. D. H. para S. 30 de junio de 1963  
No hay ninguna virtud particular en atacar la inmoralidad y decir: "Qué valientes somos". La cuestión es vivir a la luz de la nación con tanta normalidad y firmeza que en cualquier momento todos los hombres sepan cuál es la batalla que hay que librar y el baluarte que hay que tomar.

Quiero que el *Rearme Moral* sea un barril de hormigas de Dios en los pantalones de la nación, no una crisálida secreta detrás de la puerta del armario.

Howard pensaba que no servía de nada atacar lo que estaba mal si no se creaba también una nueva vida. Sus obras de teatro, producidas en Londres en el *Westminster Theatre*, eran una forma de hacerlo.

De P. D. H. para W. W.

14 de agosto de 1963

Lo que tengo en mente es crear en el mundo del teatro un grupo de actores y actrices que sin miedo, constantemente, y con todo su genio y don profesional, lleven un nuevo espíritu al corazón del mundo de la escena y de la pantalla. No busco actores y actrices que hagan el tipo de obra que se representa en el *Westminster Theatre* y la expliquen a los demás. Busco personas que comprendan realmente la necesidad de una regeneración del arte en la Inglaterra moderna y estén dispuestas a desempeñar su papel en la creación de las obras, la producción de las obras, la interpretación de las obras y la conquista de la nación.

De P. D. H. para A. B.

23 de septiembre de 1963

El arte está destinado a ilustrar los objetivos más elevados de la humanidad, el papel que cada uno puede desempeñar en la consecución de esos objetivos y a mostrar a todos cómo desempeñar ese papel no sólo es posible, sino normal. Un artista debe ser una mezcla entre un cirujano, un médico, un profeta, un poeta y un pastor.

Para muchos artistas era una concepción nueva y extraña, sobre todo en una época de teatro de 'fregaplatos' y libros pornográficos. Creían que el enfoque de Howard significaba que despreciaba a D. H. Lawrence y a Wesker. Howard explicó que no era cierto:

De P. D. H. para P. B.

14 de agosto de 1963

Creo que Lawrence es un gran escritor y su grandeza radica en que fue una pluma pionera. Rompió muchos de los encasillamientos y moldes que habían paralizado a los conformistas durante casi un siglo.

Pero no creo que los hombres con grandes talentos deban utilizarlos para degradar a la humanidad. Mi convicción es que el ser humano no es una bestia. Y si encuentro a personas con grandes dotes literarias y artísticas bestializando con ellas a sus semejantes, me resulta más bien como ver a un cirujano de genio que utiliza su habilidad para cortar carroña podrida por el mero hecho de producir olor y provocar sensación.

La literatura es literatura y no hay fronteras en la pluma. Existen ciertas barreras lingüísticas, pero los traductores sensibles las superan.

Tiene razón en que mi propia escritura ha experimentado una reevaluación radical. Se lo contaré cuando nos veamos. Quizá el mejor consejo que se le dio a un escritor fue el de Arnold Bennett, quien, cuando le preguntaron cómo hacerlo, respondió: «¡Aplique una pluma al papel, un asiento a una silla y permanezca allí hasta obtener resultados!».

Howard comprendía la dificultad de crear buenas obras de teatro y libros. Nunca estuvo satisfecho con los suyos y recibió muchas críticas por ellos. En esto simpatizaba con otros escritores.

De P. D. H. para J. G.

29 de octubre de 1962

Te esperan tus mejores años, los más libres, los más plenos, los más creativos, si sigues la estrella de Dios. Ella brilla de vez en cuando en la vida. Eso lo sé. También sé que, aunque no soy un artista como tú, he pasado por valles de huesos secos donde te sientes tentado a sentir que la vida, el color, el calor y la vitalidad nunca más serán dados a tu genio. Pero así es. Así es. Estos tiempos de sequía, creo, están destinados a aferrarnos a la comprensión de que Dios es la fuente para todos nosotros de todo lo que producimos. Y a Él le gusta que lo entendamos más plenamente una o dos veces en la vida.

Aunque Howard deseaba que las producciones del *Westminster Theatre* fueran perfectas en todos los sentidos, ponía severas condiciones:

«Quiero estar seguro de que cada obra que hagamos cuente con la voluntad y la imaginación del hombre moderno. Todo el mundo dirá: 'Qué bonito'. Todo el mundo dirá: 'Qué gente tan maravillosa son'. Pero dirá alguien: 'Dios mío, nunca me he sentido tan incómodo en mi vida en un teatro'. Si queremos cambiar Gran Bretaña, parte del público debe sentirse así».

De hecho, las obras de Howard cambiaron la vida de miles de británicos y muchas situaciones británicas. Un millar de trabajadores de los astilleros de Clyde y sus familias viajaron para ver su obra *Through the Garden Wall / A través del Muro del Jardín* y los delegados sindicales informaron de que el nuevo clima entre ellos había hecho posible el abandono de prácticas restrictivas muy arraigadas. Fin de semana tras fin de semana se organizaron manifestaciones similares en industrias del noreste, las Midlands, Lancashire y el sur de Gales, con resultados parecidos. El presidente de los trabajadores de la construcción de Coventry declaró públicamente que, en algunas de las obras de las que era responsable, la producción había aumentado hasta un 30% gracias al nuevo enfoque que había encontrado en Westminster.

El *Westminster Theatre* lo logró. Lo hizo sin subvenciones y frente a mucha competencia y oposición. Para Howard, esto hablaba más alto que las palabras.

De P. D. H. a K. B.

27 de octubre de 1964

El teatro ha hecho más para llevar las verdades de Dios a la Gran Bretaña moderna y a otros países que cualquier otra actividad en la que hayamos estado comprometidos.

El trabajo principal de Howard fue siempre su trabajo personal con la gente. Después de las obras de teatro o los discursos, a menudo se quedaba hablando con ella hasta altas horas de la madrugada:

- «Después de mi discurso, una joven me dijo: “¿Quiere sentarse conmigo en el sofá?”. Puede que se me malinterpretara, pero eché un vistazo a la chica y supe que no era eso. Así que me senté con ella. Otras personas salieron al jardín. Me dijo: “Me resulta muy difícil decirles algunas cosas a mi madre y a mi padre”. Le pregunté por qué. Ella respondió: “Bueno, no me entienden. Dígame, ¿está bien que me acueste con hombres antes de casarme? Sólo quiero saber”. No era una pregunta cualquiera, no era una pregunta atrevida. Era la pregunta de un corazón humano hambriento de una chica que no sabía la respuesta. Sus padres me dijeron más tarde: “Por supuesto, la única respuesta es una fe, no sólo una fe personal, sino una fe lo suficientemente fuerte como para cambiar la tendencia de nuestra nación”. Y la madre dijo: “Yo no tengo fe. ¿Qué puedo hacer?”. He ahí el dilema de nuestro tiempo».

De charlas como ésta surgieron sus obras. Quizás fue esta charla la que le llevó a crear al personaje de la adolescente de su última obra, *Happy Deathday* / Feliz Día de tu Muerte, desconcertada en sus relaciones con sus padres y con el ayudante científico de su padre, un papel tan poderoso que dejaba al público en silencio y a menudo sin palabras.

Howard pasó mucho tiempo con niños, y son pocos, de los miles que conoció, los que lo olvidarán. Una de ellas, Mary Lean, hija de Garth Lean, a quien Howard había conocido por primera vez en *Fleet Street*, escribió:

«Tenía doce años cuando murió, así que todos mis recuerdos de él son de niña. Siempre parecía tener tiempo para mí. Cuando llevaba a su hija al altar, por el pasillo de la iglesia de Lavenham, se fijó en mí, que estaba de pie al final de un banco fascinada por mi primera boda, y me dio un codazo en las costillas mientras avanzaba hacia el altar.

Siempre se burló mucho de mí. Una vez, cuando vino a nuestra casa, se pasó un buen rato intentando convencerme de que se me caería el meñique, aunque yo le aseguré que no. En otra ocasión me lo encontré en uno de los largos pasillos de Caux. Inmediatamente saltó por los aires, chasqueando los talones en lo que él llamaba un ‘salto de Navidad’.

Una vez gané algo de dinero que le envié para ayudar a pagar una de sus páginas completas en el *Daily Express*. Le dije que pensaba que haría sentirse muy incómoda a mucha gente. Me contestó:

Querida Mary,

Eres una *humdingerclinkle*, que es una mezcla de Juana de Arco, San Jorge y el Dragón, y lo mejor de tus dos padres. He pagado el dinero.

Siento que pienses que mi página hace que la gente se sienta incómoda. Solía intentar hacer que la gente se sintiera lo más cómoda posible. ¡Entonces conocí a tu padre!

Una vez dio una fiesta para niños. Antes de que te dejaran entrar en la sala tenías que responder a una pregunta imposible. La mía era: "¿Cuántos peces hay en el mar?" Tardamos algún tiempo en darnos cuenta de que debíamos responder: 'No lo sé'.

De alguna manera, a pesar de todo el ajetreo y los negocios de su vida, siempre se las arreglaba para tener tiempo para mí. Me han dicho que una vez decidió tratar a todos los niños como si fueran suyos. Ciertamente me trataba así siempre que me encontraba con él».

Vincent Evans, uno de los amigos de Howard de *Fleet Street*, escribe:

«Una vez estuve en una cama de hospital en Londres. Había perdido la vista. No volvería a recuperar gran parte de ella. Mi carrera como periodista de *Fleet Street* estaba ciertamente acabada y me esperaba un periodo de profunda reevaluación de la vida de mi joven familia. La noche en que el cirujano me dijo que no podía hacer mucho más por mí no fue la más alegre de mi vida.

No tenía motivos para creer que Peter Howard estuviera en Londres. De hecho, sabía que un par de días antes había estado en Sudamérica. La puerta se abrió y oí aquel extraño andar rengueante que cruzaba la habitación y el momento de algo parecido a la desesperación se hizo ligero y vívido.

Cuando se marchó, un par de horas más tarde, Peter dijo una cosa muy sencilla, pero infinitamente cariñosa: "Quería compartir esto contigo". Y yo sabía que, durante el resto de su vida, llevaría en su mente y en su corazón las preocupaciones de personas como yo.

Fue un inmenso regalo de Peter que, en una vida en la que los días a menudo empezaban y terminaban de madrugada, sus pensamientos estuvieran poblados por una cabalgata de amigos.

Al día siguiente de venir a verme al hospital, Peter se había ido de nuevo a otra parte de este mundo que había hecho suyo, pero, en momentos de estrés, una carta, una llamada o un telegrama surgían de la nada y añadían algo nuevo a los días siguientes.



Peter vivió sus propios momentos de tremenda tristeza personal -a menudo causados por lo que él sentía que habían sido sus propios errores y, en ocasiones, cuando veía su propio trabajo destrozado por la locura de otra persona-. Se hundía hasta el fondo de su fe, permanecía allí durante un tiempo y luego empezaba a remontar el vuelo hasta la cima de su certeza. “No poseo nada”, decía. Y empezaba a reconstruir con esos cimientos.

Peter era un hombre alto, delgado, de grandes zancadas, pero muy gentil, que aportaba a las tareas más insignificantes la devoción, la concentración y la energía que la mayoría de nosotros reservamos para los grandes momentos de la vida. Se notaba que, a medida que se cansaba, su cojera se hacía más pronunciada, pero sus ojos profundos y penetrantes giraban en torno a sus compañeros, buscando un poco más de conocimiento de ellos, midiendo sus fuerzas y debilidades y pidiéndoles un poco más de lo que sus mentes y cuerpos estaban preparados para dar. En sus momentos de mayor cansancio, seguía sondeando con tierno cuidado las cosas que alimentarían nuestra fe.

Hay cosas de Peter Howard que permanecen vivas en la memoria: su búsqueda de lo mejor del carácter de cada uno, su atención meticulosa a los detalles de la amistad, su sentido de la diversión impía y la risa desenfadada que la acompañaba, un amor por cada miembro de su familia que a menudo le desgarraba el corazón, y la expansión gradual de ese amor hasta que envolvía al mundo.

Recuerdo el día en que nos presentó, a algunos de nosotros, a un potentado asiático en su palacio dorado. El matrimonio de aquel hombre estaba a punto de romperse por culpa de una lucha política dentro de su propio país y entre sus propios seguidores. Peter sugirió que, en señal de respeto, le hiciéramos el saludo oriental cuando nos presentaran, con la cabeza inclinada y las manos juntas como si rezáramos.

Todos lo hicimos, con la excepción de un oficial de alto rango del ejército británico, que explicó con cierta irascibilidad que era británico, que era cristiano y que ese gesto oriental le era totalmente ajeno. Peter miró al oficial a su manera serena, inspiró, como hacía a veces en momentos de irritación, y dijo: “Mi querido general, si sintiera que, poniéndome de cabeza, pudiera añadir una palgada a la fe de ese hombre, entonces me pondría de cabeza”.

Debo añadir que más tarde, esa misma noche, vi a un humilde y contrito oficial británico practicando el saludo oriental en la soledad del estacionamiento del palacio.

Una de las mayores cualidades de Peter era que podía ver a través de los hombres y sin embargo amarlos. Y esto se debía a que había tratado fielmente los problemas de su propia vida que destruyen las relaciones con la gente. Había desarraigado los celos, las ambiciones, el egoísmo, la búsqueda de riqueza, las impurezas y el egoísmo que traen ira y división a las amistades.

Recuerdo una noche en Londres, después de un largo día de trabajo, un colega de Peter le buscó y quiso sentarse a hablar de sus problemas personales. Era un hombre que se deleitaba en su propio descontento. Peter fue muy firme con él. “Ya hemos hablado de esto una y otra vez”, le dijo. “Tienes la respuesta en tus manos”. Pero otro día, cuando otro hombre estaba atormentado por algo en su vida que no podía vencer, Peter le dedicó su tiempo y su amor con una generosidad que nacía de la necesidad de aquel hombre. Peter desplegab su propia vida ante el hombre, le contaba cómo había resuelto sus propios problemas profundos, y luego le mostraba una nueva visión para salir del fondo de la desesperación y la derrota.

No me cabe duda de que a muchos otros les ocurre lo mismo con Peter: que cuando su instintiva mezquindad y egoísmo amenazan con apoderarse de ellos, el alegre recuerdo de Peter Howard interviene casi exigiéndoles que mantengan su fe. De hecho, no es una exigencia, es el anhelo que siempre sintió de que otras personas encontraran las verdades que él encontró».

Howard pensaba que gran parte de los problemas de la nación se debían a los padres:

«Los padres han olvidado que se necesita más energía creativa para educar bien a los hijos que para traerlos al mundo. En cambio, la vida hogareña en su forma tradicional casi ha desaparecido del país. Las mujeres van a trabajar. Sus hogares están desiertos de día y a veces de noche. Los niños tienen que valerse por sí mismos y buscar su propia diversión.

La cura para el mal comportamiento de los adolescentes es el altruismo de los adultos. No podemos esperar que los jóvenes acepten normas de moralidad que los mayores despreciamos o negamos.

Dios no es ningún caballero. No consta a qué escuela pública asistió, si es que asistió a alguna. Nadie puede decir dónde votó en las elecciones. El color de su piel, la naturaleza de su acento, la longitud de su pelo y el corte de su ropa son todos misterios. Lo que sigue siendo cierto y una cuestión de experiencia es que Él puede, quiere y habla con cualquiera en cualquier momento que esté dispuesto a escuchar. Para los que no tienen fe en Dios, existe el experimento honesto de las normas morales absolutas que con tanta urgencia deseamos que acepten aquellos a quienes criticamos. Las normas morales absolutas son una guía en la vida. Son como la Estrella Polar. Durante siglos, los marineros se han guiado por la Estrella Polar. Es un punto fijo en el cielo. Aún no se tiene constancia de que ningún barco haya alcanzado la Estrella Polar, pero es cierto que en todos los océanos los marineros disciernen a partir de esa estrella cuál es su posición y hacia dónde deben dirigirse. Y unas normas morales absolutas para quienes carecen de fe pueden ser un buen punto de partida si desean desempeñar su papel con todos nosotros en una revolución que cambiará este país y el mundo.

Dios no ha muerto. Dios es el gran progresista. Es mucho más radical que cualquier ruso. Mucho más moderno que cualquier Mod o Roker. Y mucho más interesante que los libros sucios, las fotos asquerosas o incluso la inigualable música pop que hace las delicias de tantos hoy en día en esta Gran Bretaña Beatle.

Me siento un hombre de muchas fragilidades y mucha debilidad. Espero que, antes de morir, haya cambiado hasta quedar irreconocible y que mañana sea totalmente distinto de lo que soy hoy. Así como hoy soy diferente de lo que era ayer. Pero les digo, sinceramente, que cuando empiezo cada día escuchando a Dios, es un momento de entusiasmo y fascinación que no me perdería. Es como un gran banco de peces plateados que se agolpan en tu corazón y en tu mente: nuevas ideas para las personas, nuevos enfoques de los problemas, una visión más profunda del estado de ánimo de la época, decisiones personales costosas y cotidianas que son el precio de hacer avanzar nuestra tarea y nuestra nación. No soy un gran pescador, pero intento atrapar uno o dos de esos peces plateados cuando vuelan de la Mente de Dios a la mente de hombres, mujeres y niños como nosotros».

## Capítulo 17

«Asia esperaba enseñar al mundo el arte de la unidad. Durante años, la India practicó la política de ‘neutralidad’, que fue alabada hasta el cielo por el gigante chino rojo. Ahora ese gigante ha cruzado la frontera de la nación y se ha comido 30.000 millas cuadradas de suelo indio.

Los comunistas dicen que el mundo libre está dividido en sí mismo. Eso es cierto. Pero el mundo comunista no ha sabido responder al odio y la amargura en sus propias filas.

Odiar a Rusia, u odiar a los Estados Unidos, u odiar a otra clase, color, raza o país multiplica el problema y no cura nada. Tanto el mundo libre como el comunista necesitan ayuda, no odio».

P. D. H. 3 de diciembre de 1962

Peter Howard viajó varias veces a Asia.

En octubre de 1961, fue con su hijo Anthony y Lawson Wood (secretario del Dr. Buchman entre 1936 y 1939). Rajmohan Gandhi, hijo de Devadas Gandhi<sup>1</sup> y nieto del Mahatma, se reunió con ellos en Asia. Su padre había enviado a Rajmohan a aprender periodismo a Edimburgo, donde vivía con un médico identificado con el RM desde hacía mucho tiempo:

«Cuarenta años después de que Frank Buchman conociera a su abuelo, Rajmohan Gandhi trabajaba como periodista en Gran Bretaña. Quedó tan impresionado por lo que vio en el trabajo de Frank Buchman que renunció a su empleo y decidió hacer del *Rearme Moral* su vocación. Uno de los líderes de la India le insistió en que su deber estaba en los periódicos. Rajmohan respondió: “Cuando mi abuelo regresó a este país desde Sudáfrica, como abogado, su familia le instó a que continuara con su práctica jurídica. En lugar de ello, dejó a un lado sus planes privados para liberar a nuestro país. Ahora hay una tarea mayor que liberar a un país. Se trata de salvar al mundo entero de la dictadura, la corrupción y la guerra. Voy a poner el *Rearme Moral* en primer lugar”.

---

<sup>1</sup> Editor del *Hindustan Times*

Más de un año después, este mismo líder indio salía de un edificio con Rajmohan Gandhi. Llamaron a un taxi. Rajmohan se hizo a un lado para dejar subir primero al hombre mayor. Pero el hombre mayor insistió en que Rajmohan fuera antes que él, diciendo: “Quiero que vayas tú primero para demostrarte que tenías razón y yo estaba equivocado”».

Los Howard, Gandhi y Wood visitaron Birmania por primera vez invitados por U Nu, que había estado en Caux ese mismo año. Fue en Caux donde se encontró sentado junto a un estibador de Brasil:

«El estibador le contó a U Nu cómo había empezado a cambiar, perdiendo su amor por la violencia y asumiendo la lucha por reconstruir el mundo. “Era un borracho”, dijo, “y eso casi destruyó nuestro hogar”.

“Yo también bebía demasiado”, dijo el primer ministro. “Empecé a los diez años. Luego lo dejé. Pero como era un hombre débil, volví a beber. A los veintiséis años dejé de beber, y puedo decir que hoy preferiría morir antes que beber demasiado”.

El estibador habló de su odio. “¿También lo ha perdido?”, preguntó U Nu. “¿Está seguro de que se ha librado permanentemente de la amargura? ¿No le queda ni una gota?”.

Con cuidado y sensibilidad excavó hasta la raíz de la vida del trabajador portuario, le ayudó a sacar a la superficie las causas de su amargura y a encontrar una cura.

U Nu dijo en Caux: “Si queremos evitar que el comunismo se apodere del mundo, debemos hacer frente a la corrupción, el soborno, la bebida y el ‘donjuanismo’”. Él ha visto los efectos del Rearme Moral en su propio país. En 1961, la Conferencia de la Asociación de abades presidentes, que representa a 7.000 monjes budistas, dedicó gran parte de su sesión anual al RM y, como resultado, cinco abades de alto rango se reunieron con Buchman en Caux con motivo de su octogésimo tercer cumpleaños».

De P. D. H. para Doë

Residencia del Primer Ministro  
Rangún.

26 de octubre de 1961

U Nu desea que le ayudemos a resolver los problemas del país. La situación se complica por el hecho de que la embajada estadounidense, la británica y el ejército birmano estaban en contra de U Nu en las recientes elecciones que ganó su partido. U Nu es ahora tan impopular en algunas partes del país que

no se atreve a ir allí. Los militares respetan a U Nu, pero el resto del gobierno no.

Ninguna bienvenida podría haber sido más cálida que la que nos dieron a nosotros. Fuimos en el vehículo que pusieron a nuestra disposición y vimos la Pagoda de Shwedagon por la noche, cuando el Festival de las Luces estaba a punto de terminar. Todos los santuarios estaban iluminados. Alrededor de los Budas se veían pequeñas lámparas de aceite con oraciones y esperanzas. Muchos rezaban. Muchos salieron de juerga durante el día festivo para soltar galletas, jugar con los niños y masticar la nuez. También presentamos nuestros respetos en el monumento a Aung San y visitamos el Pabellón de la Paz. La noche estaba llena de olores a azafrán, silbidos, bocinazos y carteles de la noche asiática que tanto me gusta.

De P. D. H. para Doë

De camino a Taunggyi  
31 de octubre de 1961

Estamos sobrevolando el terreno selvático donde se libraban los combates durante la Guerra.

U Ba Than, que nos ha escoltado, está asombrado por los progresos que hemos hecho ayer. Vimos a los ancianos de las tribus, a los católicos, que nos servían whisky, al párroco bautista -a la cabeza de la revuelta antigubernamental-, que nos cantaba himnos en taparrabos.

En el lugar donde nos alojamos anoche han tenido cuatro grupos de gobernantes en veinte años: británicos, japoneses, chinos libres y birmanos. Dicen que los chinos libres fueron los peores, después los birmanos. Creen que Japón y Gran Bretaña les trataron mejor que los demás.

De P. D. H. para Doë

Rangún  
3 de noviembre de 1961

Acabamos de regresar de una tierra mágica. Es un lugar llamado Taunggyi a 4.790 pies sobre el nivel del mar y a mil millas de la frontera china, en el Estado de Shan. El gobierno birmano ha expulsado del reino a los príncipes Shan, que eran amigos de los británicos. Los birmanos vagan por las montañas y se abalanzan sobre los indefensos. Cultivan las tierras de amapolas que producen opio, que es una parte valiosa del comercio de este país. Van y vienen entre China y Birmania. La Línea MacMahon se ha ampliado recientemente con una serie de postes de hormigón que marcan la frontera, pero nadie les hace caso. Hay peligro en estas montañas y, desde que

llegamos, hemos estado vigilados por hasta veinte policías armados en *jeeps* cada centímetro y hora de nuestro camino.

Krushchev, Bulganin, Mao Tse-tung han estado aquí. La princesa Alexandra será la próxima invitada. Hasta hace veinte años, la única carretera a Taunggyi era de bueyes y mulas. El edificio más nuevo es un hospital zoológico, regalo de los rusos, atendido por médicos y enfermeras soviéticos con todos los recursos modernos y la palabrería del Estado.

Esta mañana fuimos temprano al lago Esile, donde viven los Inthas. En el centro del lago hay una ciudad sobre palafitos: tiendas, templos, de todo. Hemos presentado nuestros respetos y rendido homenaje a Buda, descalzos. A su alrededor había hoy, literalmente, cientos de regalos de arroz, fruta, velas, dinero, todo ordenado con belleza.

Ayer pasamos más de una hora a los pies de U Narada<sup>1</sup>, el más antiguo de los Sayadaw. Fue una reunión a gran escala, con los ancianos del lugar acucillados junto a nosotros. Dijo que Caux había sido la cumbre de su vida y todos nos rogaron que viniéramos pronto a Taunggyi.

Más temprano, pasamos muy bien con el cacique y los líderes que vinieron -veinticuatro- a hablar con nosotros. Uno de ellos estaba borracho. Resultó que era un miembro del Parlamento que había sido enviado desde el *New College* de Oxford. Reconoció que yo llevaba una corbata de Oxford. Todos se llevaron material impreso que habíamos traído. Todos nos rogaron que volviéramos con refuerzos.

Los rusos, como he dicho, están aquí. Los chinos van y vienen. Los checos estuvieron aquí con bailarines y cantantes en mayo. En mi opinión, si no hacemos algo pronto, esta parte de Birmania caerá en manos de los comunistas. Necesitamos mucha literatura, muchas películas, dinero y personas para este trabajo.

De P. D. H. para Doë

Rangún

5 de noviembre de 1961

U Narada vino a verme a última hora del día. Dos ministros del gabinete habían pedido ayer a 180 de los principales monjes que fueran a verlos. Un monje fue. Esto es muy grave. Es la primera vez en la historia del país que ocurre algo así. La razón es que los secuaces de Rusia y China han estado gastando dinero libremente y gran parte de él va a parar a los recipientes de la indigencia. El asunto fue organizado por ciertos hombres de la secretaría. Los abades superiores no supieron lo que había sucedido hasta después del

---

<sup>1</sup> Secretario de la Asociación de Abades Presidentes que encabezó la delegación a Caux.

acontecimiento. U Narada dice que, si no se soluciona, significaría la caída de U Nu. El odio entre musulmanes y budistas es el resorte principal de la división que se está utilizando. U Nu ha permanecido constantemente fuera de la ciudad. Muchos de los monjes están aquí buscándolo. Dice que quiere verme hoy o mañana, pero el hecho es que estamos en medio de una crisis que podría significar fácilmente la reconstrucción de los asuntos en la cima.

De P. D. H. para Doë

Rangún  
6 de noviembre de 1961

Esta será mi última carta desde Birmania en esta visita. Esta mañana iremos al Ministerio de Asuntos Exteriores. U Narada nos recibirá durante una hora más o menos. Luego a la Embajada Británica a tomar el té. Después volvemos a la casa de huéspedes para despedirnos de las familias del personal que vendrá a vernos. A continuación, cena de Estado. Baile birmano organizado para nosotros por el gobierno. Regreso para escribir informes y cartas para el primer ministro. Saldremos a las 3.30 a.m., en el mismo avión que el primer ministro, hacia Calcuta.

Dile a los granjeros que, si alguna vez piensan que trabajan demasiado, deberían venir a esta aventura.

De P. D. H. para Doë

Calcuta  
8 de noviembre de 1961

Hemos tenido una mañana importante. Algunos de los nuestros no han reflexionado realmente sobre lo que es su trabajo. Un hombre era bastante patético. Dijo: "Una vez tuve pasión, pero se me fue". Le sugerí que la honestidad podría ayudar a recuperarla.

Anoche fuimos a cenar con Kanti Ghosh<sup>1</sup>, el periodista indio. Fue un primer día perfecto en la India. Era Divali, el Festival de las Luces, que celebra el regreso del buen príncipe Rama a la India tras catorce años de exilio en Ceilán. Toda la ciudad parpadeaba y resplandecía de luces. Todos los templos estaban a tope.

Nuestro anfitrión nos ofreció un espectáculo pirotécnico de dos horas antes de comer. Unos de los mejores fuegos artificiales y, sin excepción, los mayores estallidos que yo haya oído a corta distancia. Están hechos en casa por los aldeanos que los sueltan en la mano, y demostraron un valor ante el que me maravillé. El hijo de nuestro anfitrión, de cinco años, no lo hizo, y cada vez

---

<sup>1</sup> Editor de *Amrita Bazar Patrika*, y ex presidente de la Asociación de Periodistas Indios.



que sonaba un estallido se alejaba de su padre y corría gritando hacia el interior. Esto agradó mucho al padre, que me dijo con orgullo: "Ya ves, es un auténtico cobarde". (Igual que algún padre británico diría de su hijo: "Qué valiente es"). Creo que Ghosh pensaba que su hijo daba muestras de una sabiduría precoz en la vida.

Luego volaron hacia Japón

De P. D. H. para Doë

Tokio  
10 de noviembre de 1961

Suiza, Inglaterra, Suiza, Francia, Suiza, Inglaterra, Estados Unidos, Brasil, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Suiza, Italia, Suiza, Italia, Suiza, Inglaterra, Suiza, Alemania, Suiza, Alemania, Suiza, Inglaterra, Estados Unidos, Inglaterra, Suiza, Escocia, Suiza, Escocia, Noruega, Alemania, Suiza, Birmania, India, Japón. Estos son mis viajes en lo que va de año, extraídos de mi diario. Esta mañana estaba cansado, así que he repasado el año para ver por qué. Es el diario que Philip me regaló para Navidad, bendito sea.

De P. D. H. para Doë

Tokio  
11 de noviembre de 1961

Ayer vimos a Yoshida<sup>1</sup>. Tiene una de las casas japonesas más bonitas que he visto. Tiene una gran personalidad. Dijo: "No sé mucho sobre el RM". Le dije: "Olvídese de eso. El RM es todo lo que ha dicho y todo lo que ha expresado aquí. Eso es exactamente por lo que estamos luchando".

La gloria del trabajo en el que estamos inmersos me ha impresionado de nuevo esta mañana. El RM es el elemento de este siglo que Dios recuerda y algunos de los líderes del mundo olvidan. Es la vena de metal de la nación. Cambiará la brújula de la humanidad.

En Japón, Howard y sus amigos fueron los invitados de Masahide Shibusawa y de su padre, Keizo Shibusawa, antiguo ministro de Finanzas y gobernador del Banco de Japón. Otro de sus anfitriones fue Saburo Chiba, presidente del Comité de Seguridad de la Dieta, con quien Howard se había reunido con Buchman por primera vez en los Estados Unidos, dos años antes:

---

<sup>1</sup> Sr. Shigeru Yoshida, anciano estadista japonés. Sucesivamente Primer Ministro y Ministro de Asuntos Exteriores de Japón

«Chiba llegó con su mujer. Era agnóstico. Era amable, pero cauto. Se sentó a desayunar a las ocho menos cuarto de la mañana. El desayuno duró hasta las doce menos veinte. Después del desayuno, los hombres paseaban juntos por el jardín y charlaban. El almuerzo fue una comida japonesa, perfectamente cocinada. Chiba quedó tan impresionado que insistió en entrar en la cocina para conocer a los cocineros.

Al final de aquella tarde, cuando Chiba y su mujer se disponían a marcharse, Buchman le dijo: “Esta mañana temprano he tenido un pensamiento para ti”.

Chiba dijo: “¿Cuál es?”.

Buchman dijo: “El mundo entero entrará en tu corazón. Dejarás que el mundo entero entre en tu corazón”.

Cuando Chiba, el estadista agnóstico, se despidió en el aeropuerto aquella tarde, se dirigió a sus amigos con estas palabras: “Hoy, por primera vez en mi vida, he encontrado a Dios. Nunca volveré a ser el mismo”».

De P. D. H. para Doë

Tokio

14 de noviembre de 1961

Avanzamos a un ritmo que a veces es el de Dios y a veces no. Los japoneses piensan que, a menos que tengas un programa, no tienes nada que hacer.

Hoy desayunaremos, almorzaremos y cenaremos con Chiba, que nos recibirá con personalidades políticas, en dos de estos eventos, y con la prensa en el tercero.

Ayer en el almuerzo tuvimos una batalla con seis de los principales periodistas del país. Gritaron y rugieron y nosotros les respondimos con voz fuerte. Uno dijo: «Lo que me interesa es su pasión». Francamente, parece que han perdido la esperanza de una respuesta y la idea de que podíamos ganar era como una dinamo en su anatomía. Ahora quieren planear y llevar a cabo una manifestación masiva por el RM en la sala más grande de Tokio.

Keizo Shibusawa hizo que algunos de los industriales se reunieran con nosotros durante dos horas en el Club Industrial. Uno de ellos resumió diciendo: «Hasta esta tarde todos pensábamos que el RM era un *hobby*. La mayoría de los industriales de Japón piensan lo mismo». Esto puede ser cierto en líneas generales. Hasta que la gente no tenga clara la impureza que les pone en la mira en cada relación, están abocados a atraer a los hombres a un grupito centrado en sí mismos en lugar de llegar a la nación.

Estamos descubriendo que es esencial tratar los problemas reales en términos reales; en Birmania la respuesta a la división entre etnias, la corrupción en todas las etnias y el dinero que gastaba el comunismo para utilizar esa división y esa corrupción.

Aquí están interesados en cómo Japón, ayudando a sus vecinos a rearmarse moralmente, no solo arrebataría la iniciativa ideológica a China, sino que crearía un clima en el que se podría llegar a un acuerdo final de reparaciones.

Ayer llegó un telegrama diciendo que quieren que les envíe de inmediato el guion de una película. Bueno, me pondré a trabajar. No es fácil en días que por su naturaleza están llenos a rebosar, y no estoy tan fuerte ni tan joven como quisiera. También tengo que trabajar sobre "13.000 palabras"<sup>1</sup> para Gollancz que debo entregar antes del 31 de diciembre.

De P. D. H. para Doë

Tokio  
16 de noviembre de 1961

Anoche fuimos al teatro Kabuki. Era un extraño espectáculo medieval: cabezas cortadas, mujeres llorosas, hombres que interpretaban papeles, pero brillantes en su representación. El tema era la importancia del deber sobre los sentimientos y las emociones. La historia de la obra de anoche era la de un guerrero samurái que corta por error la cabeza de su propio hijo en la batalla, pero luego tiene que fingir con su mujer que es el hijo de su enemigo. Por orden del Shogun el guerrero termina como monje budista.

La mujer de un embajador vino por la tarde cuando estábamos fuera y, al parecer, se marchó diciendo: "Peter Howard puede irse al infierno", aunque no he tenido ninguna palabra ni comunicación con ella ni con su marido desde que llegué aquí. Mi único comentario es que si su deseo se hace realidad, sin duda volveremos a vernos.

De P. D. H. para Doë

Grand Hotel  
Taipeh, Taiwán

Tuvimos un buen viaje en un avión CAT - un vuelo de Mandarín con todas las glorias de la vieja China en decoración y servicio-. En el aeropuerto nos encontramos con periodistas con decenas de cámaras con flash, generales, profesores, Madame Ho<sup>2</sup> y toda la compañía. Después de una rápida cena nos

---

<sup>1</sup> Para *Three Views of Christianity* / Tres Miradas sobre el Cristianismo

<sup>2</sup> Esposa del General Ho Ying-chin, ex Primer Ministro de China y Comandante en Jefe del Ejército.

llevaron a toda prisa a la universidad, donde todos hablamos ante unas 2.500 personas.

Hoy tenemos una cita para desayunar, una reunión masiva a las diez, una cita para comer, dos citas para tomar el té -una con el presidente-, una cita para cenar y una reunión por la noche.

De P. D. H. para Doë

Taipeh

20 de noviembre de 1961

Ayer estuvimos una hora con los Chiang Kai-sheks. De repente sugirió volar a Quemoy. Así que a una hora muy temprana de esta mañana salimos en un avión del gobierno y pasaremos la mañana allí y transmitiremos al continente. Me gusta el presidente. Es un hombre valiente. Pocos podrían haber pasado por todo lo que ha soportado sin volverse triste y amargado, pero él no es ni lo uno ni lo otro.

De P. D. H. para Doë

Hong Kong

21 de noviembre de 1961

Ayer volamos a Kinmen, que en mandarín significa Isla de Quemoy y es el nombre que prefieren; usamos los chalecos salvavidas atados a nuestro alrededor y rozando las olas. Esto es por seguridad, ya que los comunistas chinos han construido cuarenta aeródromos a lo largo de la costa frente a Taiwán en los últimos dos años.

Kinmen es un fuerte: 46.000 isleños y 70.000 soldados. Mantienen contentas a las tropas, como explican con orgullo, con centros de recreo donde las prostitutas taiwanesas los mantienen activos. (Las chicas son inspeccionadas una vez a la semana en busca de enfermedades venéreas.) Los niños son felices, pero están cubiertos de costras y llagas por falta de cuidados adecuados.

Howard viajó a Vietnam como invitado del Presidente Diem.

De P. D. H. para Doë

Saigón

26 de noviembre de 1961

Estamos en manos de Dios y del sacerdote De Jaegher. Es un belga que lleva treinta años en Asia. Mañana veremos a Diem. Mientras tanto, el padre De Jaegher se ha portado de maravilla con nosotros, nos ha recibido en el

aeropuerto, nos ha llevado a ver al ministro de Educación, al jefe de la rama de Guerra Psicológica del ejército y a todo el mundo.

Hoy nos adentraremos con él unos cien kilómetros en el país. El *Viet Cong* está activo por todas partes. Desollaron a un coronel hace dos semanas a unos quince kilómetros. El otro día lanzaron una granada contra el coche del embajador estadounidense en la calle principal de Saigón, pero De Jaegher dice que sólo podemos morir una vez. Es inútil tener miedo. Hoy me ofrecieron escolta, pero la rechacé. Es más seguro sin escolta. Pueden disparar a los vehículos escoltados. Los ayudantes del presidente expresaron su temor de llevar a los invitados del presidente en un viaje así. Al presidente le gusta que la gente vea el país, y les dije que no teníamos miedo.

En realidad, aquí se respira el aire de un gran empuje por venir. Los consejeros estadounidenses están por todas partes y son muy desagradables. Los ricos plantadores de caucho franceses se han quedado en el país y son mucho más populares que los estadounidenses. En algunos sectores, no muchos, hay nostalgia por los viejos tiempos.

De P. D. H. para Doë

Saigón

27 de noviembre de 1961

Ant acaba de enviarte una carta en la que, estoy seguro, encontrarás los detalles de la aventura de ayer.

La verdad es que hubo relativamente poco peligro. Pude comprobar la naturaleza despiadada e indiscriminada de los ataques comunistas. Su principal motivo parece ser conseguir comida para ellos en los pueblos. Son propensos a decapitar a los que no se los suministren. También están decididos a detener los suministros de arroz que van del campo a las ciudades, por lo que de vez en cuando matan a algunos inocentes en la carretera. Vimos los restos de un pueblo entero quemado.

El otro día cavaron de noche un gran hoyo en una carretera principal. Los soldados pidieron a los aldeanos que lo rellenaran. El oficial dijo: «¿Saben quién ha cavado este agujero?». Para su sorpresa, los hombres respondieron: «Sí, nosotros lo hicimos. El *Viet Cong* viene por la noche y nos hace cavar estos agujeros a punta de pistola. Ustedes vienen de día y nos hacen rellenarlos. ¿Qué podemos hacer?». »

Howard vio al presidente Diem, un hombre tímido que hablaba francés, y se mostró duro al principio, pero se distendió después:

«Diem me dijo: “Ayúdame a salvar a mi país”. Yo le respondí: “¿Qué puedo hacer?”. Él me respondió: “¿Puedes hacer algo con los estadounidenses?”. Me respondió: “En Vietnam del Sur se lo debemos todo a los Estados Unidos. Ellos han hecho que el país sea económicamente viable. Han enviado a sus hijos a luchar, nos han construido carreteras, han desembolsado sus dólares, pero no escuchan nada de lo que intento decirles sobre Vietnam. Creen que saben más que yo sobre mi propio país”».

El presidente Diem dijo que pensaba que la única respuesta duradera para Viet Nam sería que el RM hiciera una ‘penetración por saturación’ en el Norte y el Sur, aportando un nuevo clima de opinión. Invitó a Howard a traer una numerosa fuerza para intentarlo, pero la iniciativa fue frenada por los estadounidenses.

De P. D. H. para Doë

A bordo de un vuelo de BOAC  
29 de noviembre de 1961

Estamos sobre los cursos de agua de las tierras de arroz en el camino de Bangkok a Delhi. Desde el aire, es una maravilla ver los cientos de hogares escondidos entre los árboles, sobre pilotes, a los que sólo llegan los ríos y los arrozales. El amor, el nacimiento, la muerte, el sudor, las lágrimas, la risa, todo tan real para ellos como para nosotros en estas islas. Millones que nunca conoceremos, que son como nosotros y a los que tendremos que ayudar.

En enero de 1962, Howard regresó a Asia, y volvió a hacerlo en otoño del mismo año.

De P. D. H. para Doë

Trivandrum, India  
12 de enero de 1962

Me encuentro de nuevo en nuestra antigua habitación de la residencia. Los mismos hombres nos cuidan y anoche se arremolinaban a nuestro alrededor preguntando: «¿Cómo está *Memsahib*? ¿Dónde está ella?».

Fue un vuelo agotador: Bombay, Madrás, Kottayam y finalmente aquí. Nada más aterrizar nos llevaron corriendo al estadio, donde se jugaba al fútbol y había una multitud estimada por el P.T.I. (*Press Trust of India*) en torno a los 1.000 espectadores, y donde hablaron Chiba, Gandhi, yo mismo y otros.

Un ministro indio borracho se quedó aquí anoche. Hizo mucho ruido e intimidó al personal. Cuando me vio, se volvió dócil y servil. Es una muestra de lo que realmente ocurre aquí. El presidente del Tribunal Supremo cenó con nosotros anoche. Es un hombre agradable. Dice que todos los empresarios dan las mismas sumas al Partido del Congreso y a los comunistas como una forma de seguro contra el futuro.

De P. D. H. para Doë

Tokio  
17 de octubre de 1962

Estoy bautizando mi nueva máquina con una carta para ti. Ant está aquí conmigo. Es un buen camarada.

Ayer tuvimos un desayuno típico japonés con diputados, banqueros e industriales. Chiba presidió.

Me parece que la responsabilidad en este trabajo significa no tener a nadie más que a Dios a tu lado, pero a nadie más que a Dios detrás de ti cuando hay que tomar decisiones que arriesgan tanto y necesitan o la aprobación del hombre o la fe absoluta. Yo me inclino por la fe.

De P. D. H. para Doë

Tokio  
26 de octubre de 1962

Durante el almuerzo de ayer, Yoshida dio la razón de por qué Japón se pierde en Asia. Dijo: «Hace unos años viajé por el sudeste asiático. No me gustó mucho la gente. Perdí el interés por esa parte del mundo». Le dije: «En ese caso, será mejor que Krushchev y Mao Tse-tung visiten el Sudeste Asiático». Es un viejo astuto. Me miró por encima de sus pequeñas gafas, luego sonrió pero no dijo nada.

Ayer, periodistas británicos y estadounidenses vinieron a decir a los japoneses que no entendían por qué los japoneses estaban tan interesados en el RM, ya que en Occidente se reían de él. Los japoneses no se inmutaron por ello y, de hecho, trataron con franqueza a los villanos. La UPI me ha pedido que escriba 450 palabras sobre Cuba. Pero el daño que hacen estos monos con su veneno e ignorancia es increíble. Daré mis días para que lo superemos.

De P. D. H. para Doë

Tokio

5 de noviembre de 1962

Un hombre habló hoy diciendo que teníamos que tener la voz de los trabajadores porque algunas personas piensan que somos el sueño de un hombre rico o algo así. He dicho sin rodeos algo que llevaba mucho tiempo queriendo decir, es decir, que no voy a dar mi vida por un movimiento de clase y que no estoy a favor de un hombre porque sea trabajador, o porque no sea trabajador, pero estoy a su favor si está luchando.

Los japoneses no siempre lo ponen fácil para ir al grano. Están más interesados en las campañas que en las personas, y en los planes que en Dios.

Honda, que es el 'Beaverbrook' del país y tiene el periódico más importante y tres cadenas de televisión, estuvo conmigo una hora. Me dijo: «Debes quedarte aquí hasta diciembre. Debes empapar Japón de esto. Pensé que eras una especie de sociedad Rotaria pero esto es lo único que salvará a mi nación». Le dije que Buchman había tenido una buena opinión de él. Me dijo: «Me calificó demasiado alto». Le contesté: «Dijo que si cambiabas podrías ser el farero del faro de Asia». Se lo pensó un rato y me dijo: «Me gustaría ser el farero». Me dijo que se había retirado de la presidencia del periódico. Le dije que entonces le ofreceríamos un nuevo trabajo. Dijo: «No necesito ser presidente para controlarlos».

De P. D. H. para Doë

Tokio

6 de noviembre de 1962

Hoy hemos comido tempura con Idemitsu, que es el jefe de una naviera que acaba de construir un petrolero de 130.000 toneladas por encargo del gobierno. Había un señor estadounidense, gordo y tonto. Le dije que deberíamos hacer que los estadounidenses les pusieran una estatua a Abraham Lincoln y a él mismo. El traductor hizo lo que yo esperaba y dijo: «Abraham Lincoln y George Washington». Le corregí. Idemitsu se rió con ganas, pero el estadounidense dijo muy serio: «Es muy amable por su parte sugerirlo, pero probablemente no lo merecería». Estos estadounidenses se sienten tan a gusto con un hombre como Idemitsu como un aldeano de Brent Eleigh lo estaría con el Lama del Tíbet. Sencillamente, es otro mundo.

Necesitamos hombres y mujeres incorruptibles por satanás. No atraídos por el deseo, impulsados por la demanda, forzados por el miedo, ni hundidos por la derrota. Los hombres con autoridad y las multitudes enloquecidas han perseguido, y a veces destruido, a los soldados de Dios durante siglos, pero Dios y Su verdad son inconquistables e indestructibles.



De P. D. H. para Doë

Hokkaido

13 de noviembre de 1962

Ayer volamos hasta aquí. Es tan parecido a Inglaterra en esta época del año, mucho más frío que Tokio, con árboles esqueléticos, la tierra marrón oscura con cuellos de escarcha alrededor de los arrozales. Las minas de carbón tienen que despedir a 70.000 mineros porque el petróleo ruso es más barato como combustible para la industria, y lo están importando en grandes cantidades. Se arriesgan a una huelga general la semana que viene.

En los ríos aún pululan salmones y es un país que acaba de empezar a explotarse industrialmente y lleva toda la impronta de un pueblo pionero del siglo pasado en los Estados Unidos.

El hambre de la gente aquí es estremecedora. La juventud es amargada y salvaje. Anoche Ant y yo estuvimos hasta muy tarde hablando con algunos estudiantes. Uno de ellos dijo: «¿Hay alguna respuesta a la inmundicia, al odio, a la ambición por salir adelante, aunque eso signifique faltar a tu palabra o hacer daño a tus amigos? Nadie en la universidad cree que la haya. Hablamos a menudo de ello».

Ayer me reuní con el presidente de la universidad. Me dijo: «He hecho todo lo que he podido por la juventud, pero no tenemos profesores que crean en otra cosa que no sea la revolución económica. Ojalá hubiéramos tenido el RM en la universidad hace diez años».

De P. D. H. para Doë

Hokkaido

16 de noviembre de 1962

El día de ayer fue dramático. La policía se nos acercó al saber que íbamos a la universidad y nos preguntó si queríamos protección. Dijimos: «No, gracias».

Tres cuartos de hora antes de empezar, cuando, debido a la salvaje hostilidad de los sabuesos del infierno, sólo habíamos vendido veintidós entradas, el presidente y el secretario del Zengakuren<sup>1</sup> fueron introducidos en la sala por un rugbier y se dirigieron directamente hacia mí. Estaba claro que querían acabar con todo. Me armé de valor y me lancé contra ellos con todas mis fuerzas. Se armó tal alboroto que nos pidieron a todos que abandonáramos la sala. Así lo hicimos y nos siguió una multitud de Zengakuren y algunos de los nuestros. Les hicimos reír, luego guardar silencio y volver a la sala con sus amigos tras haber suspendido la manifestación. Te sentías Dios sacudiendo a unos jóvenes a los que no les habían dado más que piedras en toda su vida. Todos se quedaron hablando mucho tiempo después. Su discurso es que

---

<sup>1</sup> Organización nacional de estudiantes de Japón

hombres como Stalin y Kruschev han traicionado la revolución de Lenin y se han aburguesado. Tienen mejor opinión de Mao Tse-tung, pero no tanto. Lanzaron muchas preguntas, como: «¿Qué clase de mundo imaginan si ganan?». Ant se quedó conmigo y fue maravilloso, al igual que Gandhi.

De P. D. H. para Doë

Tokio

21 de noviembre de 1962

Cuando llegamos aquí hubo un excelente almuerzo con la prensa, pero un japonés habló comparándonos con el Rotary y los Leones. Le interrumpí para decirle: «No nos parecemos a ellos más de lo que un repollo se parece a un elefante». Se enfadó.

La actualidad india parece peligrosa aquí. Los chinos presionan y no tienen límite en su objetivo que yo pueda ver. Tarde o temprano Nehru tendrá que enfrentarse a la realidad y declarar la guerra. Entonces habrá un estallido. Todos los gobiernos tendrán que reconsiderar su actitud hacia el comunismo. Es un mundo de locos.

De P. D. H. para Doë

Tokio

22 de noviembre de 1962

Fui a ver a Matsushita<sup>1</sup>. Vive en un inmenso palacio industrial con tapices gobelinos en las paredes, entre aparatos electrónicos. Tiene muy claro su poderío industrial. Le dije: «Algunos se atreven a decir que ustedes están por delante de los estadounidenses en electrónica». Me contestó: «En electrónica de consumo les llevamos mucha ventaja». Están fabricando ordenadores que te cuentan el pelo mientras te tomas un café y todo tipo de cosas curiosas. Es lo que antes se llamaba un caballero.

De P. D. H. para Doë

Tokio

25 de noviembre de 1962

Viajamos a Kobe para ver al jefe de un astillero. Vimos los astilleros. Son perfectos. Construyen un buque de 80.000 toneladas en seis meses, con fecha de entrega garantizada, y otro de 38.000 toneladas en cuatro meses.

Tuve una larga entrevista en televisión. Lo curioso fue que cuando el entrevistador me preguntó: «¿Qué es el RM?», un entusiasta local respondió

---

<sup>1</sup> Director Nacional de Industrias Eléctricas y Electrónicas de Japón.

en mi lugar: «Desinterés y caminar por el cielo». Yo le rugí: «Tonterías», con todo el vigor que pude.

De P. D. H. para Doë

Tokio

26 de noviembre

Llegamos volando a Tokio en uno de los trenes de Sogo -500 millas en seis horas y media-. Fue glorioso y vimos a los pescadores y a los granjeros, los templos y los castillos, los mares y las montañas nevadas mientras veníamos. Lo que más me gusta de Japón es que está tan vivo, asustado, nervioso, espasmódico, impío, cruel, triste, solitario y hambriento -en más de un sentido-, pero vivo. Es como los Estados Unidos de la primera vez que estuve allí. Que Dios nos ayude si permitimos que Japón recaiga en la obesidad, como parece haber hecho Estados Unidos.

Mientras tanto, hoy hablamos con 2.000 mujeres. Las mujeres japonesas han superado con éxito su servilismo al hombre. Dirigen las cosas con discreción pero con decisión en muchos hogares.

De P. D. H. para Doë

Tokio

27 de noviembre de 1962

Ayer, en medio de mi discurso a las mujeres, se apagaron todas las luces del lugar. El micrófono se apagó y allí estábamos. El traductor se asustó y debo decir que fue espeluznante, pero cuando grité: «No se preocupen. No tengo miedo a la oscuridad», todos se rieron a carcajadas.

De P. D. H. para Doë

Tokio

29 de noviembre de 1962

Hoy Yoshida nos ha invitado a su casa. Me cae bien. Es un viejo zorro, único y astuto, en la línea de Churchill, Lloyd George y Beaverbrook.

De P. D. H. para P. W. G.

30 de noviembre de 1962

Yoshida nos recibió en una de las habitaciones japonesas más bonitas que jamás he visto, con vistas a un jardín de flores, con lagos japoneses ornamentales, hasta el océano palpitante, mientras que por la otra ventana se

podía ver el monte Fuji, con el sol poniéndose a sus espaldas y una luna en forma de hoz brillando entre las estrellas.

Me dijo: «Puedes estar seguro de que en los próximos meses Japón va a llegar a un acuerdo con Corea del Sur. Tenemos que ayudar económicamente a Corea del Sur. Es nuestro trabajo hacerlo porque nada afectará más al mundo comunista que una unidad entre Japón y Corea del Sur y una Corea del Sur más próspera que Corea del Norte. Corea del Norte tiene la industria, así que debemos hacer que Corea del Sur sea próspera».

Yoshida continuó expresando su opinión de que la próspera Alemania Occidental y el próspero Japón eran los mayores dolores de cabeza para el mundo comunista y un desafío constante para Rusia y China. Dijo con bastante ingenuidad que si su nación y Alemania Occidental seguían siendo prósperas, tarde o temprano el mundo comunista querría ser como nosotros. Pero añadió que esto llevaría algún tiempo.

Habló de Nehru y contó la historia de que cuando Nehru vino a Japón, hace tres años, regaló a Yoshida un elefante bebé llamado como su hija, Indira. Yoshida dijo que regalaría a Nehru un oso japonés con el nombre de su hija, pero Yoshida dijo: «Mi hija se negó a que el oso llevara su nombre, así que Nehru nunca lo recibió». Cuando comenté que Nehru parecía tener un oso de otro tipo en el Norte en ese momento, se rió y dijo: «Pero los osos japoneses son criaturas muy inofensivas».

Habló con afecto de Churchill y, dando caladas a un puro, dijo enérgicamente: «Churchill me enseñó a fumar puros. Le gusta la pintura y siempre quiso venir a Japón a pintar. Me contó que una vez su madre vino a Japón y le describió el monte Fuji. Así que le envié un cuadro del monte Fuji».

Luego se explayó diciendo que el secreto de la prosperidad era deshacerse de las colonias. Dijo: «Japón tenía colonias y nos deshicimos de ellas y ahora somos prósperos. El año pasado vi en Bélgica un país próspero porque se deshicieron del Congo. Francia se ha librado de Argelia y ahora es próspera. Gran Bretaña ha perdido su *Commonwealth* y ha empezado a prosperar. Mi teoría de la prosperidad es no gastar demasiado dinero en armamento y no malgastarlo en colonias». Me aventuré a decir que había ciertas naciones que gastaban mucho en armamento hoy en día y quizás él estaría de acuerdo en que era excelente que los rivales más poderosos de Japón gastaran su dinero de esta manera. Estuvo totalmente de acuerdo en que cuanto más dinero gastaran los Estados Unidos y Rusia en armamento, mejor le vendría a Japón, aunque añadió que esperaba que no utilizaran el armamento que estaban fabricando.

Nos presionó mucho para que fumáramos, así que después de un rato le dije: «Usted, señor Yoshida, me ha hablado de su teoría de la economía nacional. Nunca he sido primer ministro, pero en economía personal decidí renunciar

a los cigarrillos como usted decidió que Japón debía renunciar a las colonias». Por alguna razón esto le divirtió.

Y añadió: «Japón es una nación pequeña y poco desarrollada. Le agradezco su visión de ella y también que piense que podemos desempeñar un papel clave en el Sudeste Asiático. Estoy de acuerdo con eso. Cuando vi al Sr. Macmillan el año pasado, le insté a que invitara a nuestro primer ministro, Ikeda, a venir a verle. Me alegré mucho cuando llegué a casa y supe que Macmillan había enviado la invitación». Yoshida también dijo que, tras su visita a Australia hace tres años, estaba muy contento de que los australianos tuvieran una opinión mucho más amable de los japoneses.

Les envió este relato bastante largo de esta entrevista porque creo que representa la realidad de la perspectiva y la política de Japón en este momento. Uno de los últimos comentarios que me hizo Yoshida fue: «Me gustaría que vieras a Krushchev. ¿Lo has visto?». Yo respondí: «No», y dije que todavía no me habían invitado. Yoshida añadió: «Pero existe el invitado no invitado». Le contesté que los británicos habían estado a menudo en lugares sin ser invitados y que yo, personalmente, prefería esperar una invitación. Me dijo: «Me gustaría ir a ver a Kruschev». Le dije: «Creo que es un ser humano con un espíritu que se puede ganar». Yoshida asintió muy serio y dijo: «Estoy de acuerdo. Creo que es cierto. No podemos tener prisa con el mundo comunista, pero tenemos que ganarles».

Yoshida también dijo: «Gran Bretaña es el único país al que los Estados Unidos harán caso ahora. Deben hablar con los Estados Unidos». Un desafío interesante, si fuera cierto.

La embajada estadounidense aquí dice que equiparamos la democracia estadounidense con el comunismo. Quieren decir que decimos que Krushchev y Kennedy necesitan cambiar, lo cual es cierto. Gandhi escribió al Agregado Militar diciendo que si declaramos que tanto un gorila peludo como un hombre que no se ha afeitado en dos días necesitan afeitarse, no significa que pensemos que un hombre es un gorila.

En la primavera de 1963, Howard estuvo de nuevo en Japón. El 25 de abril se dirigió a los estudiantes de la Universidad de Waseda, Tokio, en el *Ono Hall*, donde antes habían hablado Adenauer, Nehru y el presidente Sukarno de Indonesia. Y más recientemente Yuri Gagarin<sup>1</sup> y Robert Kennedy, que fue objeto de un discurso especialmente duro. Waseda es una de las universidades japonesas con mayor conciencia política, y tradicionalmente está muy a la izquierda. El tema de Howard fue *Beyond Communism to Revolution* / Más allá del Comunismo, hacia la Revolución. La sala estaba abarrotada y el profesor Nakatani, catedrático de

---

<sup>1</sup> Primer cosmonauta soviético, muerto en un accidente aéreo en Rusia en 1968.

Literatura Japonesa Moderna, describió el discurso como «uno de los más grandiosos que ha escuchado esta universidad»:

«Me dirijo esta tarde a aquellos que dentro de veinte años o menos, si así lo deciden, llevarán a Japón y a toda Asia en una nueva dirección. Significa anteponer la revolución a la profesión, a los planes privados y a los miedos u odios personales. Significa la aceptación de un objetivo para su nación y un tema de la historia más grande que el comunismo, el militarismo o el intelectualismo. Es la esperanza de un mundo renovado.

Desde el final de la guerra, Occidente ha dicho tanto a Japón como a Alemania que se mantuvieran con perfil bajo, callados, fuera del juego. No fue sólo la derrota en la batalla lo que infligimos a Japón. Llegamos a Japón como ejércitos de ocupación y destruimos deliberadamente sus tradiciones. No digo que todas esas tradiciones fueran buenas. Pero ciertamente no todas eran malas. Les enseñamos a despreciar el patriotismo y les dijimos que el amor al emperador y a la patria estaban pasados de moda. Trajimos nuestro materialismo occidental metálico y se lo hicimos tragar. Les dijimos que habían cometido tantos errores en el pasado que no podían ni debían desempeñar ningún papel en el liderazgo del futuro.

Japón no está destinado a ser como los Estados Unidos o como Rusia. Japón es Japón. Puede, debe y dejará atrás el pasado y, con el resto de nosotros, tendrá el privilegio y la carga de construir una civilización nueva y sana a partir de las ruinas de la antigua.

Hace dos semanas, la revista soviética *Kommunist*, en un análisis sobre el Rearme Moral, decía: "El Rearme Moral es la asociación más importante del mundo cuyo objetivo es salvar a la civilización del comunismo".

Pero, nuestro objetivo es mucho más amplio que eso. Yo no estaría en Japón si eso fuera lo que pretende el Rearme Moral. Nuestro objetivo es salvar a la sociedad occidental de la decadencia moral, y al comunismo de las contradicciones inherentes a su propia dialéctica. Queremos una revolución que funcione. Ofrecemos a comunistas y no comunistas el desafío de desempeñar su papel en la mayor revolución de todos los tiempos».

En diciembre de 1963, Howard visitó nuevamente Asia:

De P. D. H. para C. B.

Delhi

4 de diciembre de 1963

Acabamos de regresar a Delhi después de un importante y aventurado viaje por las laderas del Himalaya para ver al Dalai Lama. Nos dijeron de antemano que tendríamos media hora con él y que nos diría cuándo marcharnos. De

hecho, nos tuvo casi hora y media sentados en el suelo, a los pies de su propio estrado azafrán, sirviéndonos té, riendo, meditando, preguntando.

Dice que el mundo entero necesita un nuevo concepto de moralidad, y que hasta que esto no ocurra no habrá ni paz ni justicia. Cree que el primer paso es un acuerdo real entre Oriente y Occidente, y que hasta que esto ocurra no puede haber ni habrá un desarme significativo.

Una cosa que tengo clara es que el compañerismo sin la sal de unas normas morales absolutas es el declive de todo gran movimiento del Espíritu de Dios. Anteponer los planes de acción a las personas no es más virtuoso que anteponer los beneficios a las personas.

Rajmohan Gandhi tiene una visión imponente para su país. Creo que va a liderar una nueva marcha para la sal de una nación. Ninguna nación necesita normas morales absolutas más que la India. Casi todo se hace de forma torpe y de segunda categoría. La pobreza y el 'atraso' se utilizan como excusa. De hecho, no todo el mundo en la India es pobre, y lejos de ser 'atrasada', la gente es tan clara y capaz como cualquiera de las personas que conozco. Pero si te niegas a seguir su propio estilo desaliñado y de segunda clase de hablar, de puntualidad, de relaciones humanas, te acusan de pedante, orgulloso y poco indio. Se me ocurre que hay mucha gente que trata así al RM. Despilfarran nuestra herencia espiritual con sus objetivos de segunda y su disciplina de cuarta, y luego se quejan de cualquiera que intente mantener el ritmo y la profundidad de Dios.

Durante esta visita, Howard participó en la marcha de Gandhi desde Cabo Comorín hasta Delhi. Al escribir sobre ello más tarde, Howard dijo:

«El año pasado el 63% de los impuestos de la India estaban pendientes de pago. El jefe de los ferrocarriles dice que se descubrieron más de 6.000.000 de dólares de tarifas estafadas. La corrupción y el soborno se han extendido por todo el país. Abundan las divisiones de casta y el odio de raza.

Gandhi lideró una marcha de 4.000 millas a través de la India. Dondequiera que ha ido ha celebrado reuniones de masas. Ha pedido a los indios que se presenten y reciban formación en Rearme Moral.

Hace unos días, hablando a 75.000 personas en *Chowpatty Sands*, un lugar de reunión tradicional de su abuelo a orillas del Océano Árabe en Bombay, dijo:

"Estamos decididos a formar una fuerza de hombres y mujeres jóvenes, capaces e inteligentes, que vivan rectamente, que no se dejen corromper por el dinero o el poder, que puedan dirigir esta nación. Esto puede hacerse antes de lo que la gente cree. Ahora hay que reforzar

todos los eslabones débiles de la cadena dentro de la India. La corrupción, los celos y la división son una invitación abierta a la agresión".

El Sr. Nehru me dijo en Delhi -en noviembre- que Gandhi había logrado un contacto con la juventud de la India que los líderes indios y los ministros del gabinete habían perdido en los últimos cinco años».

Algunos socialistas presionaron a Howard para que se ocupara sólo de la pobreza de la India. Escribió:

De P. D. H. para C. B.

Delhi

6 de diciembre de 1963

Ojalá pudiéramos ayudar a los socialistas sentimentales a preocuparse por el odio, tanto como se preocupan por el hambre. Se exaltan por la miseria material e ignoran por completo la inanición espiritual del hombre que tienen al lado. En la mente de Dios, una conciencia muerta es, creo, más dañina que un estómago medio vacío. Naturalmente, hay que llenar los estómagos. Pero estos sentimentalistas se pasan la vida quejándose de cosas que no son lo esencial en el mundo moderno.

Muy poca gente tiene idea de lo que es el liderazgo. Piensan que un líder dice a los demás lo que tienen que hacer, y no hace ningún trabajo él mismo. Eso es lo contrario del liderazgo.

En Asia, Howard fue preguntado a menudo sobre cómo un cristiano como él tenía una plataforma común con otras religiones.

De P. D. H. para G. C.

5 de julio de 1964

El Rearme Moral es para todos, en todas partes. No es, no ha sido y nunca será 'otra religión'. Tampoco será nunca segregacionista.

Es cierto que un cristiano cree que las normas absolutas de honestidad, pureza, altruismo y amor son las normas de Cristo y que la orientación de Dios es la forma en que Cristo llama a sus seguidores a vivir. También es cierto que el Rearme Moral compromete a todos los cristianos a vivir las normas de Cristo, que él/ella profesa, y que la mayoría de los no cristianos se regocijan cuando ven que se hace un esfuerzo por ayudar a los cristianos a vivir aquello de lo que ellos presumen.

Las normas morales absolutas representan un campo de batalla común y un paso común para toda la humanidad. Muchos agnósticos y muchos ateos,



según mi experiencia, han empezado a tomar partido en el rearme moral de la nación cuando hacen un experimento en este sentido.

El cambio es para todos. Comienza cuando estas normas se aplican drásticamente. Los hombres con esta experiencia tienen algo real que pueden transmitir a los demás.

Un coronel de Corea me preguntó una vez: «¿Es usted cristiano?». Le respondí: «Sí». Me dijo: «Quiero que sepa cómo son muchos cristianos en Corea del Sur. Tengo una nación en mis manos. Estamos en una situación desesperada moral e industrialmente. Necesito mucha ayuda, pero estos cristianos no están interesados en los problemas de mi gabinete. Sólo les interesa llevar cristianos de una iglesia a otra. Son el grupo más farisaico, excluyente, dividido y divisionista que tenemos en Corea del Sur».

Le dije: «Lo sentimos». Entonces empecé a decirle lo que pensaba que los verdaderos cristianos podrían hacer en un país como Corea, si fueran revolucionarios. Me dijo: «Por supuesto, si fueran así, todo el país estaría con ustedes».

No fue en las plataformas públicas donde Howard se desgastó más. Fue con personas individuales. A menudo sus conversaciones con ellos eran de una profundidad poco normal en Asia, donde la reticencia es fuerte. Pero Howard era un hombre sensible al instante a las necesidades de los demás. Podía alegrarse con los que se alegraban y llorar con los que lloraban. Por encima de todo, podía ser honesto con aquellos que deseaban serlo también.

Cuando pisó suelo asiático no llegó con un punto de vista británico. Tenía el don de ponerse inmediatamente en el marco de la persona que tenía al lado. A algunos les costaba darse cuenta de que esta personalidad franca y estruendosa tenía un lado desconocido, pero siempre presente, que era silencioso e inquisitivo:

«La forma de cambiar a la gente a una escala masiva y colosal es cambiar a algunos individuos de forma profunda y permanente. Lleva tiempo, conlleva problemas, requiere oración, requiere imaginación. Pero no hay atajos para ello».

La juventud le respondía, pero él no se dedicaba enteramente a la juventud. Escribió:

De P. D. H. para U. C.

San Pablo

29 de enero de 1965

Está bien celebrar una conferencia de mil jóvenes elegidos, pero no debemos convertirnos en un movimiento juvenil. Debemos movernos todo el tiempo con el liderazgo de nuestros países. Movernos con la juventud es un

instrumento para influir en la forma de pensar, de vivir y de planificar de los dirigentes, pero no debemos evitar el duro crujido del materialismo en las mentes maduras y cínicas simplemente deslizándonos junto con la alegría de vivir de los jóvenes.

Los políticos querían apoyarle, pero él no quería su apoyo a menos que se tratara de cambiar a las personas. Le escribió a un político que quería cooperar con el RM.

De P. D. H. para C.

Buenos Aires  
12 de febrero de 1965

Hay muchas organizaciones de parlamentarios con muchos objetivos y razones en muchos países. En algunas partes del mundo, estas organizaciones han fracasado a menudo porque no cambian a las personas que están organizadas, sino que simplemente las dejan seguir como antes, intentando arreglar el mundo pero decididas a permanecer, ellas mismas, en las garras de las viejas ambiciones, prejuicios, codicias y corrupción. Si las personas no cambian, nada cambiará realmente.

Tenemos que superar a China comunista en los corazones y las mentes de las personas. Pero el mero anticomunismo, por sí solo, nunca hará el trabajo. Si fuera suficiente, los Estados Unidos y sus aliados, con su riqueza, su poder y su incesante propaganda, habrían conseguido hace tiempo hacer retroceder las fronteras del imperio rojo en Asia, África y América Latina.

Si tu organización se propone hacer del Rearme Moral y del cambio de las personas su tema y su objetivo, creo que prestarás un servicio supremo a la historia y a la humanidad.

Si, por el contrario, algunos de tus amigos, de estos otros países, pretenden, como algunos de ellos han hecho en el pasado, defender de palabra los 'métodos del RM', suprimiendo al mismo tiempo la realidad y el nombre del Rearme Moral, y continuando tranquilamente haciendo las cosas de la misma manera egoísta de siempre, frustrarán tus mejores esfuerzos y, al final, privarán a Asia de la libertad, la unidad y la prosperidad que tanto se merece después de siglos de explotación injusta.

Esta fue la última carta de Peter Howard para Asia.

## Capítulo 18

«La libertad es buena y está llegando como un torrente a África. Pero donde ayer los negros odiaban a los blancos, ahora los negros temen a los negros. Y mañana puede haber imperialismo negro o rojo donde ayer reinaba el imperialismo blanco».

P. D. H. 3 de diciembre de 1963

Howard sólo fue una vez a África. Pero tenía muchos amigos en todo el continente; había participado en actos, en Caux y en otros centros del RM, que habían contribuido a que varios países obtuvieran la independencia sin derramamiento de sangre.

Una de esas ocasiones fue cuando un periodista francés trajo a Caux a dos exiliados norteafricanos, Si Bekkai<sup>1</sup> de Marruecos y Mohammed Masmoudi de Túnez. Howard, en 1957, describió el efecto en Masmoudi:

«Masmoudi era un exiliado. Los franceses habían detenido a su hermano. Él mismo había estado una vez en la celda de la muerte, con la cabeza rapada a punto de ser ejecutado. En París era el portavoz de *Neo Destour*, el partido que luchaba por la independencia de Túnez y que los franceses consideraban peligroso y revolucionario. En Caux, Masmoudi encontró la respuesta a su amargura. Los franceses cambiados derritieron el odio de su corazón, sin fundir el hierro de su determinación de conquistar la libertad para su pueblo.

1. Mientras estaba en Caux, su madre, de ochenta años, le envió una carta que terminaba así: “Dios te bendiga, hijo mío. Que Dios maldiga a los franceses”.

Masmoudi respondió: “Dios me bendiga, madre - sí. Lo necesito. Pero no maldigas a los franceses. He encontrado franceses con los que podemos trabajar sin desconfianza por la justicia en nuestros problemas y aspiraciones”.

---

<sup>1</sup> Primer Primer Ministro del Marruecos independiente.

Masmoudi es musulmán, por lo que su fe le obligaba a rezar cinco veces al día. Y aceptó la disciplina normal de escuchar a Dios cada día para pedirle su dirección. Anotaba sus pensamientos. Formó un plan.

Regresó a París libre de amargura, lleno de esperanza.

La paz y la guerra estaban en equilibrio. Los franceses habían encarcelado a Bourguiba, el muy querido líder del pueblo tunecino, en una isla del mediterráneo. La tierra se cosechaba bajo la protección de los tanques franceses. Los *fellaghas*<sup>1</sup> descendían de las colinas para atacar y matar a los colonos franceses, y aviones de combate patrullaban las colinas donde los fellaghas hacían sus planes.

Masmoudi fue a ver al nuevo primer ministro francés, Mendès France. Le habló del Rearme Moral. Mendès France voló a Túnez y prometió autonomía. En las largas negociaciones que siguieron, Masmoudi aportó una respuesta cada vez que amenazaba con llegar a un punto muerto. Más tarde dijo: “Luché en todo momento según los principios del Rearme Moral”.

Hoy, Bourguiba es primer ministro de Túnez. Masmoudi fue ministro de Estado en el gobierno central y ahora es embajador en Francia.

Masmoudi viajó conmigo a Estados Unidos, Japón, Filipinas, Tailandia, India y Pakistán con el equipo mundial del RM<sup>2</sup>. En Washington, en junio de 1955, dijo: “No lo olviden nunca. Si no fuera por el RM, los tunecinos estaríamos hoy enfrentados a los franceses en una guerra sin cuartel. El Rearme Moral tiende puentes entre Francia y Túnez, entre África y Europa. África está despertando. Está decidida a desempeñar su papel en los asuntos mundiales en el marco del RM. Sin el RM, Túnez habría sido otra Indochina”».

Howard desempeñó su papel en estos acontecimientos. Mantuvo una visión para África y los africanos hasta su muerte.

P. D. H. - hablando a los nigerianos en Londres, 27 de septiembre de 1963

«Creo que África puede, si quiere, desempeñar un papel concreto en la creación de la revolución adecuada para el mundo moderno.

Para mí está perfectamente claro que la vieja Europa no lo ha conseguido. Para mí está perfectamente claro que los Estados Unidos modernos no lo están haciendo. Con la enorme falta de unidad que están mostrando ahora China y Rusia, no veo precisamente que vayan a unir la tierra. Pero, ¿quién va a emprender la tarea?

---

<sup>1</sup> Fellagha es el nombre con el que se hace referencia a los combatientes de la resistencia armada contra el colonialismo francés en Túnez.

<sup>2</sup> Véase el capítulo 14, página 236

Dios es daltónico pero consciente del carácter. El hombre es daltónico del carácter pero consciente del color. Ahora tenemos que invertir eso y podemos invertirlo si es verdad en nuestros propios corazones. Nunca se conseguirá la unidad a menos que se tenga una fe real. Es muy fácil decirlo, pero ¿ha habido algún momento en la historia en el que los hombres estén más tonta e innecesariamente divididos?».

Howard apreciaba más que la mayoría de la gente el servicio que muchos británicos habían prestado en África:

«Ningún otro imperio ha triunfado sobre todos sus enemigos y, tras ese triunfo, ha devuelto la libertad a una nación tras otra, porque pensó que era lo correcto. Pero una cosa es devolver la libertad a las naciones. Otra cosa es establecer en ellas la calidad de carácter e ideología que preserva y garantiza esa libertad».

En este sentido, consideraba que Gran Bretaña había fracasado:

«La respuesta al conflicto de colores es construir una sociedad libre de prejuicios y odios de todo tipo. El acuerdo teórico con los derechos civiles y la igualdad de color, unido al odio práctico a otra clase, raza, nación o individuo, nunca funcionará. Todo hombre que odia a otro hombre forma parte del problema del conflicto de color y de clase que agobia a la humanidad. Porque quien odia no puede curar el odio. Y los que hoy no pueden curar el odio contribuyen a que se multiplique. Los idealistas que desprecian a todos los que están en desacuerdo con ellos son como los médicos que nos advierten a todos de los peligros del tabaco pero nunca piensan en dejarlo ellos mismos».

La propia visita de Howard a África la realizó cuando dirigió al equipo mundial, con su obra *The Vanishing Island / La Isla que Desaparece*, en Kenia. Llegó en plena emergencia Mau Mau. Durante esta visita, Howard y algunos de sus amigos fueron al campo de detención de *Athi River* donde, tras alambradas de espino y torres de vigilancia, estaban confinados mil doscientos detenidos Mau Mau. Eran el núcleo duro de Mau Mau, los pensadores y líderes políticos originales. Vestían pantalones cortos amarillos y llevaban la cabeza rapada. Se sentaban en filas apretadas bajo un sol abrasador. Peter Howard fue el primero en hablarles:

«Se tapaban la cara cuando me acercaba. No miraban a un hombre blanco. Mis primeras palabras fueron: “Nací blanco. No pude evitarlo, ¿verdad?”. Empezaron a mirarme. Comenzó a deslizarse en su entendimiento que era tan inmaduro e ignorante odiar a un hombre por haber nacido blanco, como odiarlo por haber nacido negro, brillante, tonto, feo, hermoso, grande, pequeño, judío o árabe. Cuando terminé de hablar, sus líderes se me acercaron y me dijeron: “Fuimos educados en escuelas cristianas. Perdimos la

fe y nos volvimos cínicos ante todo menos ante la violencia para conseguir la libertad, por la forma en que vimos vivir a los cristianos blancos. Queremos que sepan que si hubiéramos soñado que los hombres blancos podían hablar y pensar como les hemos oído hablar hoy, no habría habido Mau Mau en Kenia”.

Sentí en mi corazón la vergüenza y la agonía de las palabras que estos kenianos me dirigían. Lloré. Algunos de estos antiguos líderes Mau Mau se han convertido en mis amigos. Vieron cambiar a los hombres blancos. Aprendieron que los hombres negros también podían cambiar. Ellos cambiaron. Comprendieron que la violencia, considerada a veces como un buen sirviente, puede convertirse rápidamente en un mal amo, y que la historia nunca permanece mucho tiempo del lado del odio. El odio no sabe de colores. Tampoco el amor.

Con su salario de un chelín al día, los prisioneros del campo recogieron 26 libras en monedas de un centavo como contribución a los gastos de la Misión».

Más tarde Howard pasó largas horas hablando con los hombres Mau Mau. Le contaron que habían enviado a sus mujeres africanas a acostarse con los soldados blancos y recibir municiones como pago. Estas municiones se utilizaban para matar a los colonos blancos. Howard trataba a los hombres Mau Mau, como a todos los demás, sobre la base de normas morales absolutas. Uno de ellos dijo más tarde: «Si hubiéramos sabido la respuesta a la lujuria, no habría habido matanzas».

La concepción que Howard tenía de la nueva África era la de un continente con los ojos puestos en el mundo, más que en sus propios problemas internos.

De P. D. H. para I. A.

12 de febrero de 1963

El problema africano nunca se resolverá sólo en África. Es un problema mundial. Es una revuelta organizada a escala mundial contra el gobierno soberano de Dios. Tiene lugar en cada corazón y en cada Gabinete. África sigue siendo un peón a los ojos de algunos hombres de poder.

Muchos pensaban que era posible avanzar con el humor y la amistad de África, y así crear una atmósfera mejor. Howard no compartía sus opiniones.

De P. D. H. para G.

15 de marzo de 1963

No dedico mi vida a ver si los africanos -blancos y negros- encuentran algún medio de vivir juntos sin degollarse mutuamente. No me preocupa en

absoluto si los blancos se quedan demasiado tiempo, o si los negros se comportan mal, o todas esas cosas que parecen preocupar a muchas personas. Lo único que hago es vivir, respirar, luchar y, si es necesario, morir, para que Dios gobierne en los asuntos de los hombres, incluido el continente africano.

¿No podemos conseguir en África algunos hombres que realmente asuman el compromiso de Frank Buchman? No me pareció un hombre preocupado todo el tiempo por cómo le tratarían los blancos o los negros. Si ésta hubiera sido su principal preocupación, personalmente me habría aburrido soberanamente, y me aburren tremendamente los blancos que sólo piensan en si los negros les dejarán en paz, así como los negros que sólo parecen pensar en cuándo abandonará su país el hombre blanco. Para mí, ambos puntos son divisivos e inútiles.

Dios no vino a traer un abrazo interracial, sino lo que Él describió como una espada que hiende familias, clases, colores y continentes. Oh Dios, oh Dios, oh Dios, danos esa espada.

Howard consideraba que los intensos nacionalismos de África estaban destinados a destruir un continente que, de otro modo, podría convertirse en una voz de cordura:

«Necesito, aparte de la gracia de Dios, valor y humor, un 'sí' definitivo, final y decisivo para aceptar la voluntad de Dios sobre mí. África necesita esta experiencia. Muchos de sus habitantes sólo están dispuestos a seguir adelante mientras los demás se comporten como ellos creen que deben hacerlo, o les traten bien. O bien, construyen una provincia para sí mismos en su país o en su continente, y eso se convierte en su reino. Es muy posible tener una mala relación con una nación, como lo es con un hombre o una mujer, un color o una clase».

A los nacionalistas africanos les costó entenderlo. Preguntaron a Howard si no amaba a su propio país. Él respondió:

De P. D. H. para I. A.

15 de mayo de 1962

No creo que ustedes me consideren una persona desnacionalizada. Si es así, deben decírmelo. Soy británico hasta la médula, con todas las locuras y demás cosas que tal origen denota. Mi actitud hacia mi país es la que me dijo Doë cuando me sinceré con ella: «Te quiero como eres, pero lucharé para transformarte en lo que debes ser».

Al mismo tiempo, esa es mi actitud hacia su país, y hacia Rusia, y hacia los Estados Unidos, y hacia todos los países bajo el sol. Le diré por qué. Dios me dijo una vez: «Quiero que ames a todos en el mundo como amas a tus propios

hijos». Yo sabía que eso era humanamente imposible, pero de rodillas le pedí a Dios la gracia de entregar mi corazón y mi mente a Su manera a todo el mundo. Por supuesto, no lo he conseguido del todo, pero ha marcado una profunda diferencia en mi vida.

No hace muchos años solía sentirme desesperadamente necesitado de hogar y nostálgico cuando, durante semanas, meses y a veces uno o dos años, estaba separado de mis seres queridos y de mi tierra. Naturalmente, pensaba en cincuenta buenas razones por las que debía volver a casa, pero lo que realmente quería decir era que me gustaba mi hogar y quería estar en él. La cuestión era si, en caso de que Dios quisiera que no volviera a ver mi hogar, yo estaba dispuesto a que así fuera. De rodillas dije: "Sí". El resultado fue una liberación asombrosa. Desde entonces amo mucho más a mi país.

Resulta que ésta es la primera primavera en dieciséis años que paso en mi propia casa. Pero también me he sentido absolutamente libre de corazón para luchar sin ataduras ni límites en mi estadía en cualquier parte del mundo.

Howard nunca visitó Sudáfrica, aunque tenía muchos amigos de ese país. También tenía enemigos. Pero no era una persona que negociara con la gente, y se negaba a hacerlo con los gobiernos.

De P. D. H. para S. A.

10 de septiembre de 1964

No soy tan tonto, ni tan engreído, como para intentar decirle a ningún gobierno lo que debe o no debe hacerse. Tampoco voy a dejar que ningún gobierno humano me diga cuál debe ser mi actitud hacia mis semejantes, sea cual sea el color de su piel. Sostengo que la libertad de la conciencia humana es una carga sagrada de todo individuo y ningún grupito va a intimidarme para que adopte actitudes con las que no estoy de acuerdo. Si mis amigos y yo hubiéramos tenido la oportunidad, podríamos haber sido los camaradas más sinceros y comprensivos en la crisis que ahora se desarrolla, con tan terrible rapidez, de norte a sur del continente africano.

Los blancos no necesitamos justicia, sino misericordia. De hecho, la humanidad necesita misericordia. Nos enfrentamos ahora a la ruptura no sólo de Oriente y Occidente, de blancos o negros, de ricos o pobres, de jóvenes o viejos, sino de la humanidad. Sencillamente, no hemos sabido medir el desafío del siglo.

Sólo rezo para que con el tiempo los africanos blancos aprendan la lección de la historia, que es que la buena voluntad no es respuesta al odio, y que el clientelismo no es respuesta a la amargura que brota de la injusticia social y la desigualdad.



Por mi parte, mi vida está entregada -y digo entregada- a acercar a todo el mundo, comunista y no comunista, a la cruz de Cristo.

Me entristece mucho la cobardía de algunos hombres de África que han captado un destello de la visión de Dios, han vuelto a casa y le han dado la espalda. La historia de los últimos años podría ser diferente si los hombres de ese gran continente comprendieran la verdad: "Sin Cruz, no hay corona".

El desafío de Howard no era cómodo. Tampoco era exclusivo:

Londres

30 de julio de 1963

«Anoche recibimos al equipo sudafricano de *netball*. Todas eran sudafricanas blancas de habla holandesa. Representan a su país. Yo, personalmente, me opongo firmemente a la política de *apartheid*. Creo que es totalmente errónea. Creo que hay que acabar con ella. Pero, ¿cómo hacerlo?

Esas chicas estaban en Inglaterra. Se comportaron de maravilla. Tenían infinito cuidado. Estaban muy en guardia. Pronto descubrí por qué. Nosotros, los ingleses, para demostrar nuestra desaprobación, las hemos puesto en alojamientos incómodos, donde viven cuatro en una habitación con un cuarto de baño entre todas. Los hombres pueden mirar a través de la puerta del baño mientras intentan asearse. Así les mostramos lo que pensamos de su país.

El efecto que ha tenido en estas jóvenes es que dicen: “No queremos volver a ver su país nunca más. Por lo que a nosotras respecta, nos gusta más nuestro hogar”. Esa es una forma de hacerlo. Pero no es la mía.

Algunas personas creen que van a crear la revolución adecuada en Sudáfrica, y en muchos otros países, con una revolución sangrienta. Yo, personalmente, no creo que todo el mundo con piel negra sea perfecto y todo el mundo con piel blanca sea un cerdo. Tampoco creo, por extraño que parezca, que todos los blancos sean superiores y todos los negros inferiores. Creo que todos somos hijos de Dios.

Quiero ver en el Rearme Moral no un destino, sino un camino, un camino que todos puedan recorrer. No la verdad última, sino un camino en el que todos puedan encaminarse hacia la verdad; un campo de batalla común para todos en la vida».

Howard recibió en su casa de Suffolk, a hombres y mujeres de África. Jomo Kenyatta había estado allí antes de su encarcelamiento en Kenia. Y en el momento de la muerte de Howard, nueve miembros del Gabinete de Kenia enviaron un telegrama a Doë: «La filosofía y la práctica del Rearme Moral han contribuido decisivamente a nuestra estabilidad y progreso».

Fue conociendo a estas personas como Howard vislumbró lo que África podía llegar a ser:

«El mundo espera escuchar la voz de la nueva África, con el corazón ansioso y la mente hambrienta. Debe ser una voz tan revolucionaria que China, Rusia, los Estados Unidos, Europa, los negros, los morenos, los amarillos y los blancos digan al unísono: “Así es como debe vivir la tierra de Dios”».

## Capítulo 19

La vieja y firme casa salvaguarda su misterio  
El papel que desempeñó y desempeña en el forjado de la historia.

Su espalda y sus huesos, a lo largo de los siglos,  
Se mantuvieron como piedra y tormentas resistieron  
Los cañones y la maldición de la guerra  
No cerraron su puerta ni su corazón abierto.  
Pintura y tamaño pueden haber cambiado,  
Pero el lugar sigue con ojos firmes  
Mira a través del maíz y el algodón.  
De recuerdos su espíritu está lleno  
Recuerdos del hombre que vino  
A la fama desde sus hectáreas.

Arrastrándose por el barro, Washington  
Antes aquí estuvo, con seso y sangre,  
Una nación de hombres forjó  
Y a Dios de nuevo la entregó.  
Su corazón ardía de amor por la libertad  
Pero a menudo volvía a casa  
A los tranquilos campos con salvajes gansos volando  
En su descanso al morir la luz del día.

El ejército de McClellan allí acampaba  
Algunos asustados y otros rezando  
Entre la roja tierra y las estrellas  
Viendo la mañana asomarse a través de las negras barras de la noche,  
El campo de batalla para iluminar  
Esa unión soldada del odio.  
Muchos héroes desconocidos cruzaron  
Esta puerta que, en la historia perdida,  
En el cielo tiene su nombre seguro,  
Que murió para que la libertad perdure.

Cristo, también caminó a través de esta tierra  
Al hogar y puso Su mano

Sobre el corazón de un amado, verdadero, juzgado y un valiente hijo.  
Sin vacilar y sin miedo,  
Él obedeció alegre y gloriosamente.  
Como Washington, como Lincoln  
Salió al encuentro del Destino.

Esta vieja casa me susurra al oído  
Que aunque un día desaparezca  
Aunque el tiempo derrita su piedra  
De vuelta a la tierra que hizo su hueso,  
nunca más desaparecerá  
El registro de su elección ese día.  
Sobrevivirá, amará y sobrevivirá  
Todo el largo desfile del pasado.  
Porque veremos de hombre a hombre  
El modelo del plan maestro de Dios  
Formado por hombres como tu amado hijo  
Que desde este hogar corre su carrera.

P. D. H.

(Escrito para una familia estadounidense)

Peter Howard pasó la mayor parte de los últimos meses de su vida en los Estados Unidos de América. Su amor por ese país y su gente había crecido con los años. No tenía nada de esa estirpe o superioridad que hace que muchos estadounidenses miren a Gran Bretaña con lástima o indiferencia. Era casi antibritánico, no en su lenguaje o en su afecto por su país, sino en su compromiso y entusiasmo, que eran como una ráfaga de aire fresco. Se dirigió a los estadounidenses con esperanza:

«La dura verdad es que nuestro destino, como el del resto de la humanidad, está en sus manos. Sin la sangre y el tesoro estadounidenses, hoy no quedaría libertad sobre la tierra.

Si los Estados Unidos fracasan, el mundo fracasa, pero los Estados Unidos no fracasarán. Los Estados Unidos -moralmente rearmados- captarán la lealtad del mundo entero, comunistas y no comunistas por igual, y conducirán al hombre a una era de justicia, cordura, libertad y paz duradera. Esto no será por el oro de su monedero, que aumentará; ni por el arma en su mano, que debe mantenerse; sino por las agallas de su juventud, el genio de su sociedad multirracial, y la orientación de Dios Todopoderoso en quien, según las palabras del dólar, ya depositamos nuestra confianza».

Howard también habló a los Estados Unidos con sinceridad. Esa era la verdadera amistad tal y como él la entendía. No halagaba ni condenaba. Dijo lo que sentía y no tuvo que cargar con ello después.

La agenda de Howard en los Estados Unidos -durante 1964- fue más intensa que cualquier otra que hubiera emprendido. En una visita de diez semanas pronunció cuarenta y seis discursos en veinticinco ciudades. A ésta siguieron visitas más largas y discursos más intensos.

De P. D. H. para Doë

14 de noviembre de 1964

Se me ha preparado una agenda apretada, pero la cumpliré con mucho gusto. Ha llegado nuestra hora en este país y en el mundo, y debemos invocar la fe y la fuerza para afrontarla.

En mayo de 1964, el arzobispo de Boston, Cardenal Cushing, escribió el prólogo a los discursos de Howard en un libro titulado *Design for Dedication / Modelo para la Dedicación*:

«Peter Howard es amigo mío. A su talento y formación como periodista ha añadido la perspicacia moral extraída de la experiencia con hombres de muchas tierras.

Ha hecho algunos de los mejores discursos que he leído en los tiempos modernos. A los estadounidenses, que llevan una mayor carga de responsabilidad mundial que en ningún otro momento de la historia, señalan un liderazgo que podría preservar la fe y la libertad de millones de personas.

Sus palabras son un desafío para todos. Aportan una claridad extraordinaria sobre los Estados Unidos y el mundo».

De P. D. H. para A. T.

Nueva York

5 de marzo de 1964

En los Estados Unidos la marea de la réplica corre profunda, fuerte y poderosa. Pero es un Estados Unidos diferente al de dos o tres años atrás. Es cínico, grosero, dividido y agonizante.

Peter Howard dedicó su mente y sus fuerzas a impedir que este cinismo y esta muerte se extendieran por los Estados Unidos. El 4 de febrero de 1964, habló en la municipalidad de Los Ángeles:

«Un hombre está a mi lado mientras hablo. Es mi joven y único hermano, John. Luchó durante la última guerra en África, en las islas heladas de los mares árticos, en las laderas ensangrentadas de las montañas italianas, entre el calor, las moscas y la furia del norte de África, y finalmente cayó con los paracaidistas en Arnhem, donde la muerte fue a su encuentro. Como millones de personas, dio su vida para que nosotros pudiéramos heredar la libertad. Esta libertad, comprada a precio de oro, es muy querida para mí.

Los Estados Unidos son un ‘Papá Noel’ gigante que se tambalea por Asia, África y América Latina con un paquete de mercancías, repartiendo regalos a los niños, comportándose con una generosidad nunca antes mostrada en la historia del hombre. Los niños se apoderan de los regalos, gritan pidiendo más, hurtan en el bolsillo de ‘Papá Noel’ a su paso, intentan hacerle tropezar, derribarle, maltratarle y destruirle. Es un rompecabezas y una paradoja. En el poco tiempo de que dispongo, pretendo explicarles por qué ha sucedido.

Los Estados Unidos necesitan un objetivo para la humanidad. Necesita una idea en su cabeza y una respuesta en su corazón, así como un paquete de regalos en su espalda, un rollo de dólares en una mano y un holocausto de bombas en la otra. Cada día doy gracias a Dios de rodillas por la fuerza de los Estados Unidos. Pero sin un plan revolucionario en el que todos los hombres puedan participar, sin una fe que todos puedan comprender y amar, sin una autodisciplina a la altura de ese plan y de esa fe, los Estados Unidos pueden convertirse en un caballero muerto con armadura».

El 28 de febrero de 1964, cuando la guerra de Vietnam aún no había alcanzado su punto álgido, Howard habló ante el *Commonwealth Club* de San Francisco. El presidente Diem había sido asesinado unos meses antes:

«Pronto el presidente Johnson puede verse obligado a tomar decisiones graves y angustiantes.

Si el actual régimen de Saigón se ve amenazado por la desintegración, los Estados Unidos tendrán que decidir si se retiran, si libran una guerra total o si toman represalias contra la intervención norvietnamita. Dichas represalias podrían implicar el bombardeo de objetivos seleccionados en Vietnam del Norte. Y si los chinos intervienen, lo que significaría que están dispuestos a arriesgarse a una guerra con Estados Unidos, esto ofrecería, según un responsable político de Washington, ‘una oportunidad celestial para atacar ciertos objetivos en China’. Esos objetivos son, por supuesto, las centrales atómicas chinas.

En estas circunstancias, la muerte de Diem puede haber sido un costoso error de cálculo. En mi reciente viaje por Asia, en diferentes países, diferentes ciudades y diferentes idiomas, la gente me preguntaba: “¿Cree usted que la

violencia es un medio legítimo para obtener fines políticos?”. Se referían a si podían utilizar la fuerza para destruir el capitalismo, si debían matar a los ricos. Cuando respondí que me parecía un mal plan, los asiáticos preguntaron de común acuerdo: “¿Y Viet Nam?... Los Estados Unidos nos demostraron allí que ahora están dispuestos a fomentar la violencia para conseguir sus propósitos políticos en otro país”. No digo que esto sea justo. No digo que sea cierto. Lo que sí digo es que es una opinión que recorre como el fuego de la pradera millones de corazones en Asia, África y los Estados Unidos de hoy.

No expreso opiniones a favor o en contra de la política de Diem en Vietnam. Tuvo sus errores y sus debilidades. Él tenía unos parientes difíciles. La mayoría de nosotros los tenemos. Puedo decir, por mi conocimiento del hombre, que las historias de que era una especie de bestia fascista son mentiras.

Desde la caída de Diem, otros siete budistas se han inmolado trágicamente en Saigón y sus alrededores. Nada, o muy poco de esto, ha llegado a la prensa occidental, aunque, antes de la caída de Diem, los *punjis* que se rociaron con gasolina y se quemaron hasta morir fueron anunciados por todas partes como símbolo de la rebelión de un pueblo torturado contra un opresor cruel.

En este momento, en arrozales y pantanos, en la oscuridad de la jungla, en el fango, el hedor y el barro de ríos fétidos, estadounidenses, aldeanos y soldados vietnamitas están poniendo a prueba -con su sangre y sufrimiento- si la libertad perdurará o no en Viet Nam. Sin opinar sobre la política o el carácter de Diem o de los *nhus*, una cosa es cierta. Estados Unidos, por primera vez en su historia, alentó el derrocamiento en tiempo de guerra de un gobierno debidamente elegido que luchaba lealmente contra el invasor comunista común.

La factura completa de la destrucción de Diem aún no ha sido presentada, y la verdad más completa aún no ha salido a la luz. Pero tengan la seguridad de que esa factura se presentará.

Diem era el jefe de un Estado amigo comprometido en una lucha común. Fue ejecutado con la connivencia de ciertas autoridades estadounidenses. Toda Asia lo sabe. Y Asia no lo ha olvidado.

La gente a veces piensa en Diem como un pequeño Hitler saltarín o un dictador que intimidaba y torturaba a la gente, y que era ineficaz. Está muy lejos de la verdad. Es un hecho que cerró los bares y burdeles de Saigón. Me dijo por qué. Dijo que había graves fugas de seguridad que amenazaban la seguridad de sus tropas. Dijo que su información era que estos soldados -y los soldados son soldados en todas partes- se apretujaban por la noche y hablaban cuando no debían en estos bares y burdeles. Consideró que, por el bien de su ejército, debían cerrarse. No les pregunto si ustedes lo habrían hecho o no. Les estoy diciendo por qué lo hizo».

El 15 de noviembre de 1963, Howard escribió desde Nueva Delhi:

«Yo conocía a Diem. Siento que la diplomacia estadounidense no haya logrado establecer con él una relación que, en mi opinión, podría haber ahorrado muchas tragedias. Sólo puedo decir que en mis conversaciones con él, me pareció extremadamente abierto a las sugerencias si se hacían desde la cruz y no desde el trono».

Los discursos de Howard, que trataban abiertamente temas que los estadounidenses consideraban de su incumbencia privada, no obtuvieron la aprobación universal. Pero, en retrospectiva, a menudo parecen proféticos. La mayoría de los estadounidenses acogieron favorablemente sus palabras, a pesar de que a menudo eran extremadamente contundentes.

De P. D. H. para M. H.

6 de febrero de 1964

Existe una idea estadounidense de evitar a toda costa la culpa y, en consecuencia, lograr el crédito. Te hace propenso a tomar el color de la nación en lugar de darle a la nación el color de Dios.

Me asombra la manera en que los Estados Unidos en los Juegos Olímpicos, o al enviar una cámara espacial a la luna, se eleva al cielo de antemano, se golpea el pecho y dice: "Caramba, somos estupendos", y luego, cuando algo no sale del todo bien, dice: "Bueno, después de todo hicimos todo lo que pudimos. Nos hemos esforzado y es mucho mejor de lo que la gente piensa". Debemos acabar con esto. Aprendamos a luchar y a no hacer caso de las heridas.

De P. D. H. para R. P.

13 de febrero de 1964

Me parece que en los Estados Unidos hay mucha gente que sólo hace lo que está plenamente convencida de que va a tener un éxito colosal y reconocido. Esto, por lo tanto, les hace inseguros y frustrados la mitad del tiempo, y estúpidamente arrogantes y engreídos la otra mitad.

Esta mentalidad representa la determinación de hacer que el resto del mundo sea como los Estados Unidos, y la creencia de que cualquiera que diga que los Estados Unidos necesita un cambio es un anti-dios. Es una locura. Con esto no quiero decir en absoluto que debemos irritar a los estadounidenses y hacer que la gente se amargue y les provoque deliberadamente. Pero debemos hacer frente a la colosal perversión que representa esta actitud de proteccionismo hacia los Estados Unidos.



Sé muy bien que, en la mente de Dios, los Estados Unidos siguen estando destinados a inclinar el mundo hacia Él. Pero siento francamente la desmoralización de un gigante decadente en algunas de las acciones y declaraciones de este país, y debo decirlo. Debemos evitar la tentación de volvernos apologeticos hasta el punto de diluir la verdad para adaptarla a los compromisos de los cómodos.

El 16 de febrero de 1964, Howard habló en Phoenix, Arizona:

«No creo que los Estados Unidos sea muy eficaz como un gigantesco bienhechor, o como un gigantesco hacedor de un mundo unido. Ustedes han dado al mundo entero la impresión de que quieren que a todos en la tierra, no sólo les guste Estados Unidos, sino que sean como Estados Unidos. Puede que ustedes no defiendan un único mundo, pero el mundo cree que lo hacen. Y es una imagen que necesita ser disuelta -muy rápida e inteligentemente- si quieren superar en Asia, África, América Latina y Europa el titánico intento del comunismo de capturar el corazón de la humanidad.

A menos que su país y el mío elijan ser gobernados por Dios, podemos condenar a millones de personas en África, Asia y otros lugares a ser gobernados por tiranos. Y elegir ser gobernados por Dios no significa sólo una asistencia formal a la iglesia, por importante que ésta sea; no significa sólo decir soy un buen tipo y desearía que todo el mundo fuera como yo. Significa aceptar una pasión, una filosofía, un plan, una disciplina para establecer lo que es correcto en la vida familiar, en la vida industrial, en la vida estadounidense y en la vida del mundo moderno».

En enero de 1964, Howard había dicho:

«Es posible que haya leído un libro titulado *The Ugly American* / Los Feos Estadounidenses. Resulta que amo este país como amo el mío. No me gustó la historia del estadounidense feo. Pero los estadounidenses feos pueden haber agravado el problema moderno. Los estadounidenses encantadores, desde luego, no lo curarán. Lo que el mundo está buscando es un nuevo estadounidense, un estadounidense cambiado con un nuevo objetivo, un nuevo carácter, una nueva filosofía, una nueva pasión que lleve tanto a los comunistas como a los no comunistas a una nueva dimensión de la vida. Un hombre y una nación cuya fuerza sea como la fuerza de diez porque su vida personal y familiar es pura. Suponiendo que los Estados Unidos se conviertan en eso. El mundo entero le seguiría».

Fue en la búsqueda de estos nuevos estadounidenses en lo que Howard se dedicó por completo. No tenía sentido de su propia capacidad en la tarea que tenía ante sí.

Fue este sentido de la necesidad, más su lucha apasionada y sin cuartel, lo que permitió a Howard ganarse a los jóvenes. No era su encanto lo que les atraía, ni sólo su intelecto. No les hablaba con desprecio, ni les adulaba. Hablaba de una necesidad a la que creía que podían responder, y les llamaba a una revolución que veían retratada en su propia vida y en su porte. «Se movía más rápido que nosotros». «Vivía con más vitalidad que nadie que yo hubiera conocido». «Esperaba que fuéramos los mejores estadounidenses de la historia». «Era desafiante y compasivo». Tales fueron las reacciones de los jóvenes que conoció.

Típica de ellos fue una chica llamada Linda que vio su obra, *Through the Garden Wall* / A través del Muro del Jardín, en el *Westminster Theatre* -en 1963-, y le escribió para pedirle una entrevista. Al final fue a comer con ella y su madre. Era pelirroja y él la bautizó como '*Ginger*'.

En los Estados Unidos, el 2 de marzo de 1964, le escribió:

Querida *Ginger*,

Esta mañana, al volver a casa a las dos de la madrugada, después de un panel televisivo que duró dos horas y me dejó exhausto, pensé de repente en *Ginger*.

Tenía la clara convicción de que *Ginger* está destinada a ser una Juana de Arco para la Norteamérica moderna. Una Juana de Arco para su generación, lo que significa, supongo, que a todo el mundo se le mete en las entrañas la cantidad de jengibre necesario. Tú tienes las agallas para hacerlo.

Por favor, agradece de nuevo a tu madre su cortés hospitalidad y quería darte las gracias a ti también, por toda la diversión que le diste a este viejo caballero, y por la esperanza que me diste de las mujeres y los hombres jóvenes del mañana. Con gente como ustedes -guiados por Dios- este país será un país como el mundo nunca ha conocido.

Espero verte pronto.

Siempre tu sincero amigo,  
Peter Howard

Estimado Sr. Howard

No hace falta decir que me sorprendió mucho recibir su carta, y quiero agradecerle sus amables comentarios y sus esperanzadoras convicciones.

Pero no puedo evitar pensar que usted también ha percibido con bastante claridad un lado diferente de *Ginger*: una chica llamada Linda, que no es *ginger*, ni esperanzada, ni posee convicciones firmes respecto a una Estados

Unidos mejor y más esperanzadora, sino más bien una chica que se siente más bien desarraigada, insegura y llena de miedo. Esta chica llamada Linda conoce mucho mejor este lado y es consciente de que lo conoce por elección, no por casualidad. Sin embargo, Linda no ve la fe y la esperanza tan claramente como ve la confusión y el miedo. Pero Linda también se da cuenta de que *Ginger* es una realidad posible para ciertas personas, y no pretende insinuar que estén mal de la cabeza. Es sólo que Linda nunca ha conocido a *Ginger*.

Pero Linda también aprecia al Sr. Peter Howard y lo considera uno de los seres humanos más impresionantes y genuinos que ha conocido. Y le agradece sinceramente que se haya tomado la molestia de enviarle una carta tan atenta y cálida.

Su pequeña amiga perdida,  
Linda

Querida *Ginger*:

10 de marzo de 1964

Tu viejo y tambaleante amigo, el Sr. Peter Howard, conoce a Linda tan bien como a *Ginger*, y las quiere a las dos.

Linda tiene que decidirse a conocer pronto a *Ginger*. Estará encantada con ella.

Me voy a Europa. Pero espero verte en Mackinac... Hay una respuesta a los temores de Linda.

Siempre con esperanza y alegría,  
Peter Howard

Isla Mackinac  
Junio 30, 1964

Querida *Ginger*,

Tenemos más de mil cabelleras jóvenes aquí: rubias, negras, morenas, cobrizas, de todo tipo. Pero busqué en vano a *Ginger*.

En verdad, me entristeció que no pudieras venir. Creo que es el tipo de reunión que habría alegrado tu corazón. Yo también he recordado siempre nuestras charlas juntos y creo que estás destinada a encontrar una raíz en la vida y un rumbo a seguir que satisfaga y colme ese maravilloso, amplio y aventurero corazón tuyo.

Estamos organizando todo tipo de actividades emocionantes, como verbenas en una gran carpa, talleres de teatro, arte, fotografía, etcétera. De hecho, es el acontecimiento más extraordinario al que he asistido.

Saluda a tu familia de mi parte.  
Siempre tu verdadero amigo,  
Peter Howard

17 de noviembre de 1964

Querido Peter Howard

Agradezco tu carta fechada el 30 de junio. Como la puntualidad no es una de mis virtudes más brillantes, mi respuesta se ha hecho esperar.

Acabo de enterarme de que estarás en Portland el primero de diciembre para dar una conferencia en Marylhurst. Si puedes, me gustaría invitarte a una cena informal el martes por la noche (1 de diciembre) en nuestra casa, que está a sólo media milla del *Marylhurst College*. Me gustaría que conocieras a mi padre y también al suegro de mi hermano, que ha participado activamente en la política del Estado de Washington. Te oyó hablar en Lewis and Clark y quedó muy impresionado. Y a mí, por supuesto, también me gustaría volver a hablar contigo.

Siento que no encontraras a *Ginger* en la conferencia de verano. En realidad es algo rebelde, pero ambas nos alegramos de que resultara eficaz (es decir, la conferencia). En realidad *Ginger* está disfrutando más de la vida que cuando la conociste. Parece que también está encontrando su meta personal.

Te agradezco de nuevo que te hayas acordado de mí y espero verte cuando vengas a Portland. En caso de no verte a tu llegada te enviaré mi saludo por adelantado.

¡BIENVENIDO A PORTLAND, PETER HOWARD!  
Muy atentamente,  
*Ginger*

22 de noviembre de 1964

Querida Linda:

Me entristeció que no vinieras a Mackinac. Pero nuevamente salgo a tu encuentro. Espero que nos veamos otra vez.

Todavía te tengo presente como portadora de la antorcha de la aventura de la verdad en Estados Unidos.

Saluda a tus padres.

Tu antiguo, pero extremadamente activo y afectuoso amigo,  
Peter Howard

P.D.

Acabo de llegar a Boston y encontré la carta de *Ginger* esperando. Lo creas o no, había dictado esta carta antes de saber que me habías escrito y ahora estoy añadiendo la posdata. Has estado muy presente en mis pensamientos durante todo el día.

Me encantaría conocer a tu familia y, si el programa lo permite, cenar con ellos. Ya veremos cuando lleguemos. Este veterano caballero no sólo te envía su firme afecto, sino también la firme convicción de que puedes ser una fuente de luz y fuego para una generación.

*Ginger* no llegó a Mackinac en 1964, pero otros dos mil cuatrocientos jóvenes estadounidenses sí lo hicieron. Muchos de ellos habían oído hablar a Howard en campus universitarios o en otros lugares. Acudieron a una conferencia de *Tomorrow's America* / Los Estados Unidos del Mañana presidida por J. Blanton Belk, Jr.

Uno de ellos era una chica llamada Kathy, de California. Ella escribió:

«Puedo decir que, en mis veintitrés años, ninguna persona ha tenido más efecto en mí que Peter Howard. Era la única persona que tenía la capacidad de capturar mi atención. Me había acostumbrado tanto a que la gente me dijera 'no', 'no hagas esto', o 'aquello', o '¿por qué no puedes ser como fulano de tal?

La genialidad de Peter conmigo, y con mi generación, fue que fue más allá de la crítica, a la 'acción' que uno podía hacer. Yo causaba disturbios con mi comportamiento. Me rebelaba. Esperaba que mis mayores dijeran lo horrible que era, y por qué no podía hacer algo que valiera la pena, etc. Peter vino y me dijo: "Necesito tu consejo". Bueno, me quedé paralizada. ¿Para qué demonios quería mi consejo? Quería que le dijera qué había en el corazón y en la mente de los jóvenes. Quería escribir una obra que capturara nuestras mentes. Esto, después de la conmoción general, me hizo salir por primera vez, me hizo pensar, me hizo sentir, me hizo hablar y comunicarme. Y ahí empezó todo.

Entonces se dio cuenta de que mis intereses en la vida estaban relacionados con el mundo del espectáculo. Me animó a cantar, escribir, etc. No se limitó a crear, sino que me inculcó que para hacer bien tu trabajo tienes que aprender a tratar con la gente, sobre todo con la gente con la que trabajas. Y para ello

tienes que ser capaz de lidiar con tu propia naturaleza. Me enseñó la clave de este arte: la honestidad conmigo misma. También me dijo: “Nunca hables más allá de tu propia experiencia. La experiencia es un hecho. Las ideas rebuscadas son teorías y se pueden derribar”.

Era un hombre con ritmo y gracia, y por su forma de vivir, la gente se contagiaba. Lo que me dio a mí y a los demás perduró porque logró que se hiciera realidad en mi propia vida. Me llevó de la mano hasta que tuve fuerzas para valerme por mí misma. Un día me dijo: “Tienes que tener tu propia fe”. Tenía razón, porque cuando por fin pude valerme por mí misma, me di cuenta de que era como una grabadora que repetía lo que decían los demás. No fue hasta que tuve mi propia experiencia cuando empecé a sentir y vivir todo lo que había oído.

Peter era maravilloso con los niños. Acudían a él como abejas a la miel. No tenía nada que ocultar, no presionaba, tenía un humor fantástico y la capacidad de ser libre como un niño y abierto como el cielo. Sentía todo cuanto le rodeaba y era honesto. Los niños confiaban en él y los adultos a veces le rehuían porque sabían que no podían engañarle. Pero si estabas dispuesto a cambiar, te encantaba estar a su lado y le respetabas porque nunca juzgaba ni ridiculizaba. Siempre buscaba el camino nuevo e inesperado.

Peter Howard era sólo un hombre, pero sacó lo mejor de sí mismo. Y una chica superficial como yo llegó a quererle, y empezó a crecer en profundidad y a dar a los demás lo que él me dio a mí».

Howard advirtió a los que vivían en el centro de conferencias del RM, en la isla Mackinac, que habría una avalancha de jóvenes, pero apenas le creyeron. Algunos se horrorizaron cuando la masa de jóvenes, con sus bandas de jazz, guitarras y ropas extravagantes empezó a llegar a la isla.

Muchos de los jóvenes procedían de entornos difíciles. “Descubrimos que el 90% de la delegación californiana procedía de familias desestructuradas”, escribió una de las personas mayores presentes. “Algunas de las chicas no tenían ni idea de cómo poner una mesa. Estaban acostumbradas a sacar la comida de la nevera y comérsela delante del televisor”. “Una chica dijo que su familia llevaba siete años sin sentarse junta a la mesa”. “Un chico tenía siete divorcios entre sus dos padres”.

La lucha no era por la superación personal, ni por crear un movimiento juvenil, sino por una nueva Estados Unidos y un nuevo mundo. Los objetivos de la conferencia, tal como figuraban en la invitación, eran:

Construir hogares en los que las familias aprendan a vivir juntas.

Construir industrias en las que trabajadores y empresarios aprendan a trabajar juntos.

Exigir escuelas e institutos que formen la fe y el carácter, así como la mente y las habilidades.

Producir películas, obras de teatro y libros que den un nuevo sentido a Estados Unidos y a la humanidad.

Desafiar a los padres promiscuos, a los profesores cínicos, a la religión líquida y a la política contaminada.

Hacer de la honestidad absoluta, la pureza, el altruismo y el amor las normas de los Estados Unidos.

Crear una fuerza de jóvenes estadounidenses más disciplinados y revolucionarios, y más dedicados, que cualquier comunista, fascista u otro materialista, a construir un mundo que funcione mejor.

Howard tenía claro que para alcanzar estos objetivos se necesitarían cambios y reflexión. A la mañana siguiente de uno de los espectáculos en la carpa grande, se dirigió a la conferencia:

«Anoche nos regocijamos con el talento, la diversión y la magia de la juventud. Fue una noche para recordar. Pero con toda la fuerza de que dispongo les digo que hará falta algo más que música y risas para superar la crisis a la que se enfrenta Estados Unidos. Hay que salvar a una sociedad corrupta de la autodestrucción, y devolver la cordura a una civilización que se está convirtiendo en un manicomio moral y espiritual. Y el tiempo se acaba.

Alguien me ha llamado ‘el conserje’. Estoy orgulloso de aceptar ese título. En cierto sentido es un ascenso. ¿Qué es un conserje? Búsquenlo en sus diccionarios. Es una antigua palabra latina y significa el hombre que guarda el portón, que abre la puerta. Hoy en día, la juventud estadounidense se enfrenta a una elección: ¿qué puerta será? Ancha es la puerta y ancho el camino que lleva a la perdición. Estrecha es la puerta y recto el camino que conduce a la vida y a la libertad de todos los hombres en todas partes. Si me toca a mí, como portero, ayudar a unos pocos a elegir la puerta correcta y a alejarse de la puerta equivocada, me daré por satisfecho. Si juntos deciden ayudar a Estados Unidos a apartarse de la puerta ancha y del camino ancho y cuesta abajo que corre el riesgo de recorrer hoy, su nombre quedará grabado en la historia.

¿Qué imagen de Estados Unidos vamos a dar a la humanidad?

¿Es la imagen de Hollywood -sexo y violencia-?

¿Será la imagen del Pentágono, que confía sólo en el armamento y las bombas?

¿Será la imagen de *Madison Avenue* -se puede decir de un estadounidense hábil en cualquier sitio, pero no se le puede decir mucho?

¿La imagen de la CIA, que mueve hilos secretos en otros países y a veces los hilos equivocados?

¿La imagen de *Wall Street*: confianza en el poderoso dólar?

¿La imagen de Mississippi: violencia, intolerancia y odio?

Les estoy diciendo las imágenes que el mundo ve hoy.

¿O será la imagen de Abraham Lincoln? Una figura de justicia, caridad y honor -vivido en lo personal y nacional- sobre un fondo global.

Estados Unidos necesita una pasión por lo que es correcto, arraigada en la pureza absoluta. De lo contrario, puede sucumbir a las pasiones de los que están equivocados, arraigados en la impureza. No se engañen. Ningún hombre o mujer dirigido por el sexo puede responder a las necesidades de alguien dirigido por el odio.

Necesitamos y podemos tener un levantamiento de la juventud que remodelará la historia. Pero tenemos que afrontar la verdad de que la culpa no la tiene el viejo o el joven, el blanco o el negro, el comunista, el fascista o el falso idealista. Todos somos culpables del estado de nuestra sociedad. Por eso todos tenemos parte de la responsabilidad en enderezarla».

Durante estas conferencias de verano, Howard trabajó duro. Pero no olvidó a sus amigos de otros lugares. En agosto de 1964, murió el padre de su amigo de la escuela, Tony Carter. Howard envió inmediatamente un telegrama, seguido de una carta, el 8 de agosto:

«No te molestes en contestar a esto, mi viejo amigo. Sólo quería que supieras que estaba pensando en ti y en tu familia, como hago a menudo, y rezando por todos ustedes. Reza también por mí, si alguna vez puedes hacerlo. Me encuentro responsable de una tarea mundial de inmensas dimensiones y me siento tremendamente incompetente para ello.

Es curioso cómo a veces mi corazón anhela hacer algo tan ordinario y sencillo como ir a ver un partido de cricket. No he visto lanzar una bola en toda la temporada».



Tony Carter respondió:

«Habiendo leído *Design for Dedication* / Modelo para la Dedicación, tengo una ligera idea de cuánto tiempo libre tienes en tus visitas a Estados Unidos, y me calentó el corazón, en un momento en que necesitaba calentarse, que te hubieras enterado de la muerte de mi padre y me hubieras enviado un mensaje por telegrama».

La intensa dedicación de Howard a su trabajo hizo que algunos se preguntaran si realmente disfrutaba de alguna otra cosa. Quienes le conocían bien, se daban cuenta hasta qué punto sacrificaba sus propios deseos y anhelos.

De P. D. H. para R. P.

Isla Mackinac  
12 de julio de 1964

Me preguntan si realmente disfruto de una asamblea como ésta. Humanamente, es lo último que disfruto. Humanamente, mi anhelo y mi corazón es la tranquilidad y el campo, y la oportunidad de caminar por los campos y oler el aire, y escribir lo que siempre he deseado hacer. Pero puedo decir que cuando me comprometo con lo que creo que es el llamado de Dios para mi vida, y para este momento de ella, mi corazón está satisfecho. Por supuesto, me canso. Por supuesto, el drenaje constante de estar disponible para la gente y darles lo mejor de ti y, a menudo, sentir que no les has dado todo lo que deberías haberles dado, es doloroso.

Pero la respuesta honesta a tu pregunta, es que encuentro en seguir el camino de Dios en la medida en que Él me hace consciente de ello, una satisfacción y una profundidad de alegría que no se puede describir, pero que es verdadera.

Cada semana, Howard se ocupaba del informe de su granja en Suffolk, y vigilaba de cerca todos los aspectos de la política agrícola. Incluso a varios miles de kilómetros de distancia, tenía la habilidad de dar las órdenes pertinentes y hacer preguntas inquisitivas.

Escribió al administrador de su granja:

Isla Mackinac  
18 de agosto de 1964

No puedo expresarte lo mucho que me alarman tus noticias sobre la grave caída de los márgenes del porcino. Si hemos bajado de 5 libras por cerdo a 2 libras de beneficio por cerdo en los últimos cuatro meses, es una de las noticias más graves que he recibido de *Hill Farm*. Debe ser algo relacionado con la tasa de conversión. ¿Estamos usando alimentos diferentes? ¿Es

simplemente el nuevo edificio el problema? ¿Cuál crees que es la razón de esta seria noticia, que debe afectar a todo el futuro de nuestra empresa si no podemos encontrar la solución?

De hecho, la solución fue encontrada. Pero esta era la idea de Howard de la responsabilidad. No podía entender a la gente que, mientras hacía nuevas incursiones en la vida, se olvidaba constantemente de las antiguas...:

«La base de toda responsabilidad es ser responsable, cada día, de uno mismo y de otra persona. Significa también, que cada día llevamos conscientemente al menos a otra persona a su siguiente paso de cambio y avance. Por supuesto, debería ser, y puede ser, mucho más que otra persona. Pero la palabra 'responsabilidad' parece haber perdido todo su significado en la mente de mucha gente».

Al final del verano de 1964, Howard se dirigió a los jóvenes delegados antes de que se marcharan.

Isla Mackinac  
Agosto de 1964

«Había un hombre llamado Paul Revere que cabalgó, y ciertas personas cabalaron con él. La gran mayoría no lo hizo. Algunos de ellos nunca dejaron a sus esposas, sus camas, sus comodidades y su cosecha. Algunos dieron media vuelta. Pero las personas que construyeron la nación y que son recordadas por la historia fueron aquellos hombres que cabalaron.

No se desconcierten si no todos cabalan con ustedes. No lo harán. No se desconcierten si a algunos les da un patatús cuando vuelan las balas. Les pasará. Pero la gente que cabalga y sigue cabalgando va a dejar una huella permanente en la historia de este país y en la historia de la libertad».

El impacto en Estados Unidos de aquellos jóvenes -hombres y mujeres- iba a ser grande. Pero Howard era muy consciente de que haría falta mucho más que un verano para lograrlo:

«Debemos entender que si estos jóvenes van a dar el nuevo liderazgo que Estados Unidos necesita, tienen que vivir con coherencia, además de ser naturales. Se ha hablado mucho de ser natural. Así que les propuse a los jóvenes que escribieran cuál es la diferencia entre ser natural y ser guiado por Dios. No podemos permitirnos una primera línea que sea vulnerable.

El verdadero eslabón, las cadenas, entre el emocionalismo y experiencia, son las decisiones concretas, costosas, cotidianas».

La respuesta de la juventud estadounidense fue abrumadora. Muchos escribieron a Howard y comentaron el gran avance que se estaba produciendo. Howard respondió:

«La gente habla de un cambio colosal. Rezo para que este año marque un cambio colosal en mí.

Me parece que estamos en una especie de época de dispersión. La gente está retomando viejas impurezas, racionalizando cosas que sabe que están mal y, en general, intentando jugar con las normas morales absolutas. Todos nosotros, jóvenes y mayores, necesitamos una sabiduría, una fuerza, una audacia, una moderación y una fe que van más allá de las nuestras. Necesitamos el Espíritu Santo».

Howard se dirigió a las necesidades de los Estados Unidos. Una de ellas era la cuestión del color. Habló en la *Wheat Street Baptist Church* de Atlanta, Georgia, a los negros de esa ciudad. El título de su charla era "¿De qué color es la piel de Dios?":

«Las diferentes razas de Estados Unidos son su fuerza y su gloria.

Dios hizo a los hombres de diferentes colores. Un mundo de blancos, en el sentido de que un blanco, por el color de su piel, está más cerca de Dios que su vecino, afrenta la voluntad del Todopoderoso y el entendimiento y la conciencia de la humanidad. También lo hace el mundo de un negro. También lo hace un mundo de dominación amarilla o roja. Necesitamos un mundo en el que todos los hombres caminen sobre la tierra con la dignidad de la fraternidad que debería ser normal para todos los que aceptan la paternidad de Dios.

Hoy, la tan esperada marea de la historia fluye hacia las razas no blancas. Esa marea levantará cargas de siglos y borrará manchas de sangre en las arenas del tiempo. Tengan la certeza de que esa marea eleva a toda la humanidad. No se puede esperar que cada negro, como tampoco se puede esperar que cada hombre blanco, sea un genio de la capacidad, un dechado de virtudes, un milagro de la gracia. Pero espero, ruego y deseo que el pueblo negro de los Estados Unidos tenga la sabiduría, la comprensión y la grandeza humana para evitar los errores que hombres como yo han cometido antes que ellos.

La oportunidad del hombre negro sin duda está llegando. ¿Qué hará con ella? Yo no digo: "Sé paciente". Digo: "Apasionate por algo mucho más grande que el color. Apasionate por una respuesta lo bastante grande como para incluir a todo el mundo, lo bastante poderosa como para cambiar a todo el mundo, lo bastante fundamental como para satisfacer las ansias de pan, trabajo y la esperanza de un mundo nuevo que yacen en el corazón de los millones de habitantes de la tierra"».

En Albuquerque, Nuevo México, Howard habló en una conferencia de indios americanos. Dijo:

No recibirán de mí promesas de progreso material. Recibirán una oferta para desempeñar un papel igualitario en la configuración de la historia. El indio puede ser una voz profeta en una nación profeta.

No podemos permitir que hombres blancos, desde la posición privilegiada del Estado, digan a los indios lo que deben o no deben hacer en asuntos de convicción y compromiso. Quiero que los indios hablen ahora con una voz de autoridad, porque durante un siglo han sido algunos de los hombres más grandes de Estados Unidos y han permanecido en silencio.

No se necesitan grandes riquezas, ni una educación elevada, ni una piel blanca, para satisfacer las necesidades del hombre moderno. Lo que realmente se necesita son manos limpias y un corazón puro. Se necesitan labios libres de mentiras y bocas libres del dominio de la botella. Se necesitan manos que no roben. Se necesitan corazones puros, porque el problema para muchas personas en el mundo moderno no es el color; es la castidad, y el compromiso apasionado, “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo”, para que vivamos, hablemos, respiremos, trabajemos, sudemos y luchemos para ayudar a que se haga la voluntad de Dios en los asuntos de los hombres».

Howard se dirigió a los trabajadores estadounidenses:

«Me alegro de la prosperidad de los sindicatos estadounidenses, doy gracias a Dios por las condiciones que han alcanzado. Conozco la lucha que han tenido. Pero les ruego a todos, por la misericordia de Dios, que no olviden a la gente que no tiene sindicatos. No olviden a las personas que siguen oprimidas. No se olviden de las personas que hoy, mientras estamos aquí sentados, se acuestan con hambre y mañana se levantan sin esperanza. Si en el mundo libre nos olvidamos de esa gente por un instante, el mundo que creamos será destruido».

En ésta y en sus siguientes giras por Estados Unidos ese año, Howard habló en muchos campus universitarios. Pero su público era, como señalaron los editores de sus discursos estadounidenses, «notable por su variedad». «Abarcaban desde profesores universitarios a estudiantes de instituto, funcionarios sindicales a banqueros de *Wall Street*, intelectuales liberales a los conservadores de *Palm Springs* y *Westchester*». Escribió a Doë:

«El tema de mis charlas aquí es que debemos ampliar el objetivo de la democracia. Una democracia que vive para mantener las cosas como están en aras de su propia riqueza y comodidad, no tiene esperanza de victoria en un

mundo en el que vastas sociedades están comprometidas con la revolución. Debemos lanzar una revolución más grande. La historia de la libertad es como un gran círculo. Los hombres luchan hacia arriba a través del sacrificio para alcanzarla. Crecen egoístas en el disfrute de ella, por lo que son empujados de nuevo a la esclavitud».

. . . . .

En noviembre de 1964, Howard regresó a Estados Unidos, en la que sería su última visita.

De P. D. H. para Doë

En vuelo

Este es un avión cómodo, pero no hay papel para escribir, así que me las arreglo lo mejor que puedo. Siempre es una pena dejarte, y puede que cuando volvamos a vernos podamos estar juntos más tiempo. Han sido meses dorados por los que estoy agradecido. Eres una madre maravillosa para nuestros hijos, por lo que tengo una deuda más contigo.

Mi vida debe ser diferente. Tengo claro que no debo acobardarme ante las decisiones que tantas veces tomó Buchman y que ahora van por defecto. Veo el tamaño resplandeciente de todo ello y a veces me siento consternado por la pequeñez de los aspectos negativos que tan fácilmente agobian el corazón humano.

Somos afortunados. Supongo que en la vida no hay dos personas que se conozcan a la perfección. Seguro que hay reacciones, actitudes y sentimientos secretos, desconocidos incluso para uno mismo, y no digamos para la pareja, que solo la mente de Dios capta. Y a medida que uno envejece, tal vez el miedo, o la incomprensión, o una técnica de vida y asociación para encubrir la frialdad y el aburrimiento, parecen asaltar a muchos. Nosotros nos hemos librado de esto.

No dudo de tu amor por mí y me sigue asombrando. No dudo de mi profundo amor por ti. Creció mucho a lo largo de los años, especialmente, creo, de alguna extraña manera, a través de las dificultades y batallas de los últimos veinte años. Nadie podría haber estado humanamente menos equipado para la aventura del RM que yo mismo. Todos mis instintos y deseos son tan contrarios, pero tu sentido de lo correcto al respecto fue un contrafuerte duradero para los míos. Ayudaste tanto a mi fe y hasta donde he crecido en la gracia de Dios, se ha debido mucho a tu lealtad y creencia en mí.

Ahora miro con intensa curiosidad hacia el futuro. Todos nuestros hijos son afortunados y vamos a presenciar asombrosos acontecimientos de satisfacción.

De P. D. H. para Doë

American Airlines  
13 de noviembre de 1964

Anoche hablé en Dartmouth. Ha habido mucha oposición por parte del profesorado. Habían difundido muchas mentiras, entre ellas que Buchman nunca estuvo a favor del RM, sino que fue el desarrollo de hombres malvados a su alrededor. Nuestros estudiantes anfitriones estaban muy nerviosos. Se pasaron toda la cena diciéndome las cosas que no debía hacer.

La gran sala estaba abarrotada, unas 1.100 personas. Todo transcurrió con energía oscilante, aunque yo estaba muerto de cansancio. Luego me llevaron a una casa de fraternidad para conversar en privado. Me recibieron en la puerta tres hombres diciendo: «No puede entrar. No hay lugar. La casa está llena». Después de dar explicaciones me dejaron entrar. Más de 150 personas se amontonaron preguntando, preguntando, preguntando, preguntando, hasta que por fin tuvimos que irnos, casi a medianoche.

A las seis de la mañana volvieron a llamar a la puerta, pregunta, pregunta, pregunta durante el desayuno. Una entrevista radiofónica de treinta y cinco minutos y luego me fui corriendo a tomar el avión.

En mi opinión, la muerte de Occidente o la muerte del comunismo son falsas alternativas. Tenemos que planificar el renacimiento de la humanidad. Como personas, no podemos ayudar a las naciones satisfechas con su propia condición si somos engreídos y nos quedamos estáticos con nosotros mismos.

De P. D. H. para Doë

Nashville , Tennessee  
19 de noviembre de 1964

Anoche hablé en la Universidad Estatal de Tennessee. Es una universidad de negros. Me hicieron muchas preguntas. Hoy hablo en la Universidad de Vanderbilt, que es de blancos. Su periódico nos ha atacado en un editorial titulado "La moral se ha vuelto loca". Es violento. Me he levantado temprano para prepararme. Inmediatamente después tengo una entrevista en televisión. Luego otro gran discurso. Mañana es en Washington. El embajador brasileño nos ofrece una recepción.

Hay una fuerte respuesta a nuestro trabajo. Mi pensamiento insistente es que sólo en el futuro se verá la plenitud de la cosecha, pero se verá. Hay una

convicción muy profunda, en el espíritu humano, de que sabe lo que es mejor para todos. Lo confuso es que a menudo tiene razón, pero no siempre, sobre todo en ocasiones en las que es necesario que la gente encuentre su propio camino hacia lo correcto, y no sólo que se le diga lo que es correcto.

De P. D. H. para Doë

Toronto

25 de noviembre de 1964

Siempre te echo de menos, pero hoy más que de costumbre, pues tengo que hablar en la Universidad de Montreal y luego responder a preguntas en francés.

El programa de televisión de Costa a Costa ha salido bien. Los cuatro entrevistadores eran hostiles, pero libramos una alegre batalla. Cuando dijeron: «Ningún político británico apoya al RM», les dije: «¿Y mi yerno?». Dijeron que había tenido muchas dificultades. Yo respondí: «Tuvo uno de los mejores resultados de cualquier conservador en Escocia». El público aplaudió con fuerza.

Debo salir para tomar otro avión. He hecho 16.000 kilómetros en los últimos diez días, pero sigo respirando.

Los reporteros de la televisión CBC<sup>1</sup> se mostraron hostiles a Howard, pero él les dio un buen revés. Escribió a uno de ellos después del programa:

«La próxima vez que emitamos un programa, me gustaría que me atacaras con un argumento más sólido y, por cierto, más desafiante: que deberíamos hacer mejor nuestro trabajo, ir mucho más rápido y llegar a más gente, ¿por qué somos tan reticentes, tan perezosos y tan lentos? ¿Y por qué no nos dedicamos más al Rearme Moral?»

Yo me sentiría mucho más vulnerable y, creo, tú te divertirías más. Puedo garantizarte esa victoria en este asalto más positivo».

De P. D. H. para Doë

Fredericton

Nuevo Brunswick

27 de noviembre de 1964

Fue un día interesante. El país es precioso. El presidente del Tribunal Supremo, antiguo primer ministro, que fue uno de los invitados a la cena de

---

<sup>1</sup> *Canadian Broadcasting Corporation* (Radio Canadá).

Mike Wardell anoche, me contó que su hija pequeña pescó un salmón de 37 libras, el pasado mes de junio.

En la universidad en la que iba a hablar había manifestantes con pancartas que decían: "Los principios absolutos no alimentan a los hambrientos", "Abajo el RM", etcétera. El joven que nos había invitado no hizo nada por nosotros. La reunión salió excelente.

La obra estudiantil que se presentó por la noche era el producto de una sociedad enferma, falsa más allá de lo creíble: Ningún colegio de Oxford habría soportado su maldad durante cinco minutos. No tenía ningún mérito, sólo una especie de basura bastante tonta.

Canadá me parece en verdadero peligro. Quiero decirlo esta noche en Toronto. Los franceses de Quebec sienten que son el 80 por ciento de la población, con sólo el 20 por ciento de la riqueza en manos francesas. Los ingleses son ciegos y blandos.

El teatro que construyó Beaverbrook y la galería de arte son perfectos. Pasé una hora mirando los cuadros y deseé que estuvieras conmigo: "*Flatford Mill*" de Constable está allí. También un Dalí, de Lady Beaverbrook a caballo. Envié postales a Philip y Anthony de retratos de la galería, y una a Anne de Janet Kidd de niña, tal como la recuerdo. Me alegraré mucho de volver a verles. Cuento los días.

De P. D. H. para Doë

Tucson

29 de noviembre de 1964

Ayer llegué de Canadá. Mañana me dirijo a Oregón.

Fue una tarde dorada. Arizona en su mejor momento, azules, verdes, rojos pastel, la codorniz entre los cactus y una carta tuya, fechada el 20 de noviembre, esperándome.

Tengo que hablar en la Universidad de Michigan el día de Pearl Harbour. Es una gran oportunidad. Todavía queda el fuego y la furia de un patriotismo sano en Estados Unidos, si tan sólo pudiera encenderse. Pero el mal parece haberse metido profundamente en el cuerpo de la tierra. Hay tanto pensamiento erróneo envuelto en la lana de la impureza húmeda y sentimental.

Quiero escribir. Quiero escribir. Quiero escribir. El peligro de la humanidad a veces me pega en las entrañas como una bota. Las cosas galopan tan deprisa y los dirigentes del mundo libre, con todo su poder y sus oportunidades, me parece que han decidido matar al occidente, pero los valores de occidente



encierran algunos de los mejores tesoros del cielo. Tenemos la respuesta a la fragmentación y el caos que nos acosan, y quiero llegar a tantos como pueda, tan rápidamente como pueda, y mientras aún haya tiempo para hacerlo. Pero hay tantas cosas que hacer y tan poca gente con la determinación del corazón y la voluntad que impulsan a no cesar.

De P. D. H. para Doë

*United Airlines*

3 de diciembre de 1964

Nos dirigimos a Wyoming. El periódico de la universidad ha declarado: «Estas personas son charlatanes que explotan el deseo del hombre de creer. Les hemos invitado aquí para crear controversia». Así que parece que nos divertiremos y estoy preparado para ello.

La presentación de anoche en Tacoma fue una de las mejores de la gira. Las preguntas fueron rápidas y divertidas. Mi mejor intento fue cuando un profesor, temblando de rabia, me retó a nombrar dos obras literarias conocidas que apoyaran mis puntos de vista. Dije: «El Antiguo y el Nuevo Testamento», lo que le hizo saltar más alto y echar más chispas que nunca.

Estoy cansado, pero no afligido. Tengo muchas ganas de verte. Los árboles de Navidad están todos en las calles brillando y resplandeciendo. Intentemos hacer una comida o una velada en familia.

De P. D. H. para Doë

*American Airlines*

6 de diciembre de 1964

Estoy de camino a Kalamazoo vía Chicago. Esta noche hablaré en la Universidad Estatal de Michigan. Mañana iré a Minneapolis, donde hablaré en la universidad por la mañana. Después, cinco horas hasta Iowa. Hablaré al cuerpo docente por la mañana y a los estudiantes de la universidad por la tarde. Por la noche, a Chicago. Vuelo a Nueva York a las 6 de la mañana. Salgo de Nueva York a las 10. Llego a casa sobre las 9.30 de la noche (tu hora).

Ansío volver a verte. Tú me haces descansar y yo necesito descansar.

Howard volvió a casa brevemente, pero regresó para pasar la Navidad en Estados Unidos. El 8 de enero de 1965 dejó los Estados Unidos y regresó a Londres, donde fue investido alcaide de la *Wheelwrights Company*. Era la compañía de la ciudad de la que había sido miembro durante más de treinta años. Su nombramiento en ella significaba mucho para él. Apenas iba a pasar cuatro días en Londres. Durante ese tiempo vio a todos sus hijos, a sus dos nietos y visitó su granja. Era la última vez en

su vida que los vería. Su mujer, Doë, estaba de camino a Latinoamérica, donde Howard se reuniría con ella en una semana.

De P. D. H. para Doë

8 de enero de 1963

Esta es mi primera carta del Año Nuevo para ti, y si seguimos juntos tal vez sea la última. Disfruto viviendo la vida contigo y miro al futuro con alegría. Me encantan nuestros hijos. Son una de las bendiciones de la vida.

Perdóname por ser menos de lo que debería. Te quiero mucho y con gratitud infinita.

De P. D. H. para Doë

11 de enero de 1965

Anoche cenaron conmigo Philip y Myrtle, Anthony y Elisabeth. Los llevé al Trocadero, que cierra el 13 de febrero. Estuvieron charlando y parecían felices. La noche anterior llevé al perro grande y a las gallinas picoteadoras a *Ladbroke Grove*, y se los di a Julie y Jocky<sup>1</sup>, de tu parte y de la mía. Enorme emoción y placer.

Peter Howard pasó su última noche en Londres con su hija y su yerno. Fue una cena tranquila. Habló. Habló sobre todo de su próxima visita a América Latina. Dijo: «La aventura latinoamericana es, en cierto modo, la más grande hasta ahora». El peso de la misma recaía sobre él, pero se mostraba optimista al respecto. Aunque partiría para Río de Janeiro a la mañana siguiente, fue a *Kings Cross*, a última hora de la noche, para despedir a su familia de Escocia. Fue una despedida alegre. En doce horas se había despedido -por última vez- de Gran Bretaña y de Estados Unidos.

---

<sup>1</sup> Los nietos mayores de Peter Howard

## Capítulo 20

**P**ETER HOWARD voló el Atlántico por última vez en un VC10. Rajmohan Gandhi, que le acompañaba, recuerda su intenso orgullo por el rendimiento de este avión británico, y el propio Howard se tomó un tiempo en su tumultuosa gira brasileña para dar las gracias a la compañía:

De P. D. H. para *British United Airways*

21 de enero de 1965

Paso demasiado tiempo de mi vida viajando en avión. Pero digo -sin vacilar- que ese viaje en el VC10 fue uno de los que más disfruté.

También me gustó la rapidez del servicio de comidas. A menudo, en los vuelos nocturnos, hay que esperar dos horas, o incluso tres, antes de terminar de cenar. En este vuelo, las azafatas servían la comida rápidamente en cuanto se ganaba altura, y los que deseaban dormir podían hacerlo. Disfruté cada minuto del viaje.

Howard y Gandhi llegaron a Río de Janeiro en la madrugada del 5 de enero. Al bajar la escalinata, fueron recibidos por los representantes del presidente Castello Branco y por el Dr. Chateaubriand, propietario de un periódico y antiguo embajador en Gran Bretaña, quien había sugerido la visita. Les acompañaban miembros del Gabinete, generales y el secretario general de la Federación de Trabajadores Industriales, que contaba con 4.200.000 afiliados. Detrás de ellos había una gran multitud, incluidos los líderes de diez de las favelas o barrios marginales de Río, con pancartas en las que se leía "Los favelados marchan con Howard por una revolución del carácter". «En mis treinta años aquí», dijo a la prensa un funcionario del aeropuerto, «nunca he visto a nadie del extranjero ser recibido por el pueblo de Brasil como Howard ha sido recibido hoy».

Unos diez meses antes, Brasil había vivido una revolución que había derrocado al Gobierno de Goulart y evitado la toma del poder por los comunistas. Uno de los primeros discursos de Howard fue ante oficiales en el Club Naval:

«Sería fácil elogiaros o verter el suave aceite de la adulación sobre su espalda. Pero quiero decirles la verdad.

La revolución de marzo fue un acontecimiento que marcó la historia. Pero hoy, esa revolución está incompleta. Si se completa de modo que se curen las divisiones, se ponga fin a la injusticia social y económica, se unan los hogares y las industrias de modo que se una la nación, Brasil se convertirá en el puntero del siglo. Si nos quedamos cortos, la revolución podría fracasar. Su fracaso podría condenar a un continente a un descreimiento y a una tiranía que podría apagar las lámparas de la libertad y de la propia fe durante cien años.

Hay dos tipos de revolución. En una, los hombres usan la revolución para salvar su propiedad, su lugar y poder, su pellejo. En la otra, los hombres arriesgan sus vidas, su lugar y poder, su propiedad para salvar y servir a una nación. El futuro de su revolución depende de si se encuentran suficientes patriotas brasileños que sacrifiquen su egoísmo por la nación. O si sacrifican la nación y la revolución por su egoísmo.

La prueba de la revolución será si el gobierno está más interesado en aplastar el comunismo o en curar las causas del comunismo».

El Dr. Assis Chateaubriand, jefe del mayor imperio periodístico-radiotelevisivo del hemisferio occidental, al invitar a Howard a Brasil, le había pedido que «lanzara una campaña cívica de Rearme Moral desde el Estado de Amazonas hasta Rio Grande do Sul», y que «ayudara a dar respuesta a las desigualdades económicas y a las injusticias sociales del continente».

«Mi convicción», le había escrito Howard, «es que, en el corazón de América Latina, reside el espíritu para demostrar a los Estados Unidos, y al mundo entero, un nuevo camino y una nueva disciplina para seguirlo». En un banquete ofrecido por la revista ilustrada del Dr. Chateaubriand, *o Cruzeiro*, Howard esbozó la inquebrantable disciplina necesaria:

«El tipo de disciplina del que depende el futuro es la honestidad absoluta, la pureza absoluta, el altruismo absoluto y el amor absoluto. No tienen nada de misterioso. La honradez no sólo significa no mentir, sino también no corromper. Significa que los empresarios que critican a los trabajadores por su falta de honradez empiecen a pagar los impuestos honradamente. Desinterés significa que, o sacrificamos nuestro egoísmo por nuestra nación o nuestra nación por nuestro egoísmo. Significa dejar de gritar sobre la libertad en la vida pública y vivir como dictadores en nuestros hogares. Pureza significa simplemente el fin de un doble discurso. Los maridos siempre queremos que nuestras esposas vivan la pureza, entonces nosotros también deberíamos hacerlo. Es muy sencillo, difícil pero sencillo».

La noche siguiente, Howard fue recibido en la parte más pobre de Río de Janeiro por los favelados. Después de su muerte, iban a construirle un monumento en la ladera de la montaña, encima de sus pequeñas viviendas. Howard les dijo:

«La pobreza es un infierno. Pero a veces crea un espíritu de comunidad y solidaridad que es parte del cielo en la tierra. El verdadero espíritu de comunidad de algunas de estas favelas es algo que el mundo necesita. Y nuestra revolución no va a parar hasta que todos los estómagos hambrientos de la tierra tengan suficiente para comer, y todos los hombres, mujeres y niños de la tierra tengan un lugar decente donde vivir. Es perfectamente posible. Pero no hay nadie más místico e idealista que quienes hablan de reconstruir el mundo y no abordan la naturaleza humana. Se sientan alrededor de las mesas de las conferencias, se sientan alrededor de las mesas de los gabinetes, se sientan alrededor de las mesas de la prensa dando idealismo a la humanidad. Lo sé, porque durante mucho tiempo yo fui uno de esos hombres. Idealista - y absolutamente ineficaz-».

Los favelados agasajaron a Howard y al grupo de cincuenta personas que viajaban con él con bebidas y pastel helado -que ellos difícilmente podían permitirse comer-. Exactamente dos años después de este acontecimiento, el presidente de cuatro de las asociaciones de favelados de Río, Euclides da Silva, viajó a Londres para informar de que, gracias a la inspiración de Howard y el RM, había podido ayudar a realojar a 500.000 habitantes de favelas hasta ese momento.

Tres días después, los trabajadores del puerto de Río decidieron invitar a Howard y a su grupo a tomar el té. Los muelles pasaban por un mal momento y los estibadores estaban en apuros económicos. Pero el entusiasmo fue tan grande que el té se transformó en una cena a la que asistieron un centenar de personas. Los estibadores de Río habían sido los pioneros del RM en América Latina. Howard escribió al respecto en 1957:

«Hacia finales de 1956, un grupo de portuarios de Brasil viajó a Argentina para hablarle al presidente sobre la nueva vida que inundaba los muelles, purificando los hogares, trayendo unidad a nivel industrial y nacional, y ganando hombres para la iglesia.

El presidente quedó tan impresionado por la noticia que hizo esperar durante treinta minutos al Consejo Económico de su país mientras continuaba sus conversaciones con los portuarios brasileños.

La historia que más conmovió al presidente fue la de Damasio Cardoso, dirigente de los trabajadores portuarios de Brasil, responsable, en 1952, de una de las huelgas más largas de la historia de los muelles de Río.

Cardoso acudió a una asamblea de Rearme Moral en 1953. En aquella época, era vicepresidente de uno de los dos sindicatos que competían por la lealtad

de los estibadores brasileños. Con él estaba Nelson Marcellino de Carvalho, líder del sindicato rival.

Estos dos hombres afrontaron con honestidad la ambición y la rivalidad que los dividía. Vieron que la división en el trabajo era la mayor debilidad de los trabajadores. Volvieron unidos a Brasil.

Cardoso sufrió enseguida la presión del comunismo. Le tacharon de 'traidor'. Cuando se propuso una huelga, que él consideraba injustificada, y habló en contra, fue golpeado en la cabeza con una botella y gravemente herido.

Al final, el presidente del sindicato le obligó a abandonar el sindicato, pero los mejores hombres vieron que el presidente estaba utilizando el sindicato de forma equivocada y lo abandonaron.

Hoy son hombres formados en el Rearme Moral los que dirigen la *União dos Portuários do Brasil* (Unión de Trabajadores Portuarios de Brasil), que prácticamente controla la situación de los muelles. En los últimos tres años, el número de miembros de ese sindicato se ha multiplicado por trece.

Cardoso relató todos estos hechos al presidente de Argentina. También dijo que había tenido la convicción de casarse por primera vez por la iglesia con Nair, con quien vive desde hace veinte años y que le ha dado siete hijos.

En el Puerto de Río de Janeiro, en abril de 1957, se celebraron elecciones para la dirección del sindicato. Una semana antes de las elecciones, el jefe de policía encargado de la seguridad mandó llamar a Marcellino y Cardoso, y a sus amigos, Henrique y Carlos Pinto, secretario del sindicato. Les dijo que los comunistas estaban decididos a ganar las próximas elecciones. Como parte de su programa electoral, ofrecían almuerzos gratuitos en el puerto y pensiones tras veinticinco años de servicio.

Marcellino y sus amigos respondieron: “No prometemos nada que no podamos cumplir. La forma en que luchemos en las elecciones es tan importante para nosotros como ganarlas”.

En las anteriores 'elecciones', unos pocos hombres, sin convocar una asamblea, eligieron al nuevo presidente y a los dirigentes, y luego consiguieron sesenta firmas, en una lista de asistencia, para que las elecciones fueran 'legales'. Esta vez, el 83% de los miembros del sindicato votaron, solo no lo hicieron aquellos que estaban ausentes por vacaciones o enfermedad.

Los votos se contaron en la sala de la U.P.B., en cuya pared cuelga un crucifijo. El voto del RM fue casi tres veces superior al del candidato apoyado por los comunistas -1.672 votos contra 587-.

Henrique fue el ganador. Joel, que estuvo en Caux para formarse en el RM en 1954, quedó segundo. Cuando se anunció el resultado, Joel dijo: “La victoria de Henrique es mi victoria y la de mis amigos. Estamos unidos en un programa común de honestidad absoluta, altruismo absoluto, amor absoluto y pureza absoluta”.

El principal diario de Río, *Correio da Manhã*, informó: “Por primera vez en Brasil, una asociación de funcionarios públicos ha celebrado unas elecciones en el marco de la justicia electoral”. Otros periódicos comentaban: “Un paso adelante para el sindicalismo en Brasil”. “Simple, honesta, decana victoria”. “Los trabajadores se benefician. El sindicalismo se beneficia”».

Uno de los discursos más importante de los primeros días de Howard en Brasil fue el que pronunció ante diplomáticos y funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores en el Palacio de Itamarati, presidido por el ministro de Asuntos Exteriores, Dr. Vasco Leitão da Cunha. Howard extrajo lecciones de la historia de la Europa de posguerra:

«En Europa Occidental, al final de la Segunda Guerra Mundial, los partidos comunistas eran fuertes. Habían sido el principal resorte de la resistencia a Hitler. Estaban dirigidos, en su mayor parte, por personas muy sinceras e inteligentes. Pero en Europa Occidental, el comunismo ha retrocedido. La razón es sencilla. En Europa, algunos de los grandes líderes de la posguerra comprendieron la necesidad de que la ideología respondiera a la ideología. Creían que era necesaria una ideología de la libertad para que los hombres libres demostraran a los comunistas que su filosofía era errónea y que en un hombre había algo más que líquidos, músculos, grasas y huesos que se convertirían en polvo a su debido tiempo.

Los estadounidenses inyectaron dinero en Europa. Vertieron armas en Europa. Con sus políticas construyeron la OTAN como escudo político y militar. Pero no llegó, desde los Estados Unidos a Europa, ninguna gran idea que pudiera incluir a todos -comunistas y no comunistas por igual- en el propósito supremo de corregir lo que estaba mal en todo el continente.

Tres hombres -Adenauer, Schuman y de Gasperi -de tres naciones diferentes: Alemania, Francia e Italia- decidieron unirse para construir Europa. Aquellos hombres estaban unidos en su filosofía política por ser alumnos de Don Sturzo. Su convicción en el Rearme Moral les ayudó a llevar a cabo esta eficaz acción. Schuman se habría retirado a la vida privada en 1949, de no ser por una conversación con el Dr. Buchman. En lugar de ello, emprendió la tarea que más temía -la reconciliación con Alemania- y por la que tuvo que enfrentarse a las amargas críticas de su propio pueblo. Adenauer, sabía el papel que desempeñaba el Rearme Moral en la creación de la unidad económica de Europa. Cuando se firmó el acuerdo del Plan Schuman, dijo: “El RM ha desempeñado un papel invisible pero eficaz a la hora de salvar las

diferencias de opinión entre las partes negociadoras en importantes acuerdos internacionales recientes”. De Gasperi, se hizo eco de ello en su convicción de que el RM iba a la “raíz de los males del mundo y propiciará el entendimiento entre las personas y las naciones que todos los pueblos anhelan”.

Robert Schuman escribió: “Si el Rearme Moral fuera una teoría más, no me interesaría. Pero es una filosofía de vida aplicada en la acción, que he visto llegar a millones de personas. Es una transformación mundial de la sociedad humana que ya ha comenzado”.

Don Sturzo, que había formado a estos tres grandes europeos, describió antes de morir al Rearme Moral como “fuego del cielo”. Y hace dos años, Adenauer declaró a la prensa: “A menos que se extienda el Rearme Moral, no se podrá preservar la paz”».

Howard sabía y respetaba a Adenauer y Schuman, pero su admiración no era ciega. Había escrito a Doë unos años antes:

De P. D. H. para Doë

15 de diciembre de 1960

Fue un tiempo interesante con Adenauer. Te caería bien. Es astuto, educado, aparentemente dócil, con un ojo como una navaja de afeitar, y no se le escapa una.

Adenauer cree que Kruschew le preferiría a él antes que a Willy Brandt como canciller, porque piensa: «Soy inflexible, pero Kruschew confía en mí». Es asombroso cómo estos altos ejecutivos sufren de locura de grandeza. Fue el mismo error que Chamberlain cometió con Hitler. Hay una curiosa forma de culto a la personalidad que se apodera de los hombres en posesión del poder supremo. Sufren de la ilusión de que todo el mundo les pertenece.

De P. D. H. para H. K.

Buenos Aires

11 de febrero de 1965

Siento un enorme respeto por el general de Gaulle. Sin embargo, no creo que su concepto sea suficientemente grande -a largo plazo- para unir Europa y asegurar la libertad. Para bien o para mal, Gran Bretaña tiene que desempeñar un papel en la reconstrucción de Europa, y hay que ayudar a Gran Bretaña a convertirse en una verdadera europea. Hoy no se ayudará a Gran Bretaña a tomar esas decisiones tratándola como ella ha tratado erróneamente a tantas otras naciones en el pasado, con mano dura y un ambiente de distanciamiento.



En medio de su gira, Howard se mantuvo en contacto diario con gente de todo el mundo. Desde Brasil envió el último de los veintidós anuncios -a toda página- que había escrito para el *Daily Express*. Fue escrito justo después del funeral de Sir Winston Churchill y se titulaba "*National Aim 1965 / Objetivo Nacional 1965*":

«Pronto brotarán los capullos en el cementerio de Bladon. Los turistas, los curiosos, así como una multitud de otros que se preocupan por la gloria de Gran Bretaña, acudirán a la tumba de Churchill.

Una cosa es llorar a ese poderoso inglés. Otra es vivir para que el país que amó ofrezca una nueva grandeza al mundo. Todos deberían recordar el tema de advertencia de su último volumen de guerra, *Triumph and Tragedy / Triunfo y Tragedia*: 'Cómo las grandes democracias triunfaron y así pudieron reanudar las locuras que tanto habían estado a punto de costarles la vida'.

El Rearme Moral no señala con el dedo a nadie. Señala con el dedo las normas absolutas de honradez, pureza, altruismo y amor como normas de Cristo, como normas de sentido común para los que carecen de fe, como normas de sociedad, que son las únicas que pueden preservar la paz y construir el nuevo mundo.

Hay que reconstruir el mundo. Si esta tarea parece difícil, es bueno recordar que cuando Gran Bretaña atravesaba su mejor momento, algunos decían -y otros más creían- que la victoria era imposible. La palabra de Churchill fue: "Nunca te rindas. Nunca te rindas en las cosas grandes o pequeñas. Nunca, nunca, nunca te rindas". Si no luchamos en la vida de nuestra isla ahora por el rearme moral de Gran Bretaña, puede que tengamos que arriesgar la vida de la isla en la guerra más tarde».

Esta fue la última carta de Howard para Gran Bretaña. Estaba agotado por todo lo que se le exigía, pero decidido a no desfallecer en sus esfuerzos y a buscar nuevos caminos para el futuro. Desde Brasil escribió a un amigo:

«Francamente, las cargas que caen sobre mis hombros son demasiado pesadas para soportarlas. Tengo correspondencia suficiente para ser respondida por tres hombres normales, y me bombardean con peticiones de discursos, obras de teatro, viajes y visitas. Pero hago lo que puedo y seguiré haciéndolo.

Me siento fatal. Soy consciente de que mi cerebro y mi espíritu son totalmente inadecuados. Mi cuerpo, aunque mayor, sigue siendo fuerte, lo que es una bendición, pero el cuerpo es lo de menos en nuestro tipo de guerra.

Cuando Buchman murió, Dios debió de querer que fuéramos más los que lleváramos la carga central, y que la lleváramos juntos. En lugar de eso, mucha gente parece haber utilizado su marcha como excusa para hacer más de lo que siempre quisieron.

El pasado ha sido maravilloso. Pero nada del pasado es adecuado para lo que tenemos por delante. Estamos en medio de la mayor convulsión que la sociedad humana haya conocido hasta ahora. Y eso que solo empieza. Aquellos que quieren llevar a Dios a su tumba se están moviendo implacablemente y mucho más rápido que nosotros. Tenemos que cambiar. Yo sé que debo hacerlo. Quiero parecerme más a Cristo, agilizar mi vida, profundizar en mi interior».

En una recepción ofrecida por el mariscal Guedes Muniz<sup>1</sup>, el 12 de enero, añadió:

«Les diré la verdad sobre mí. Soy un hombre común y corriente. Tengo muchos miedos, muchas esperanzas, muchos anhelos. Pero no me pertenezco a mí mismo. Hace muchos años, cuando conocí este trabajo, me pareció la mejor esperanza de un mundo revolucionado. Entonces entregué el resto de mi vida a Dios bajo Su dirección para ayudar a esta revolución. Francamente, creo que no lo hago demasiado bien. Cometo muchos errores. Pero no me pertenezco a mí mismo. Y hasta que muera seguiré luchando como Dios me muestre que luce, para traer a mi país, a su país y al mundo, bajo el control del Dios vivo».

Más tarde, dirigiéndose a los jefes militares, dijo:

«El Rearme Moral no es un ejército. Es una guerra. No es un regimiento al que uno pueda alistarse. Nadie puede unirse al Rearme Moral. Yo no soy miembro del Rearme Moral. El Rearme Moral es una batalla que todos deberían librar».

Su último discurso en Brasil lo dirigió a las mujeres de *São Paulo*, mujeres que, en gran medida, habían organizado la revolución de marzo:

«Lo que Brasil necesita no es un tranquilizante para mantener callados a los hombres descontentos. Necesita un galvanizante y un transformador para hacer efectiva a la gente decente».

Antes de abandonar Brasil, el gobierno brasileño le confirió el *Cruzeiro do Sol* por sus servicios a la nación. El Ministerio de Asuntos Exteriores británico se negó, con diversos pretextos, a conceder el permiso para la condecoración, y ésta nunca llegó a entregarse. A Howard no le importaba mucho, pero le molestaba que la Gran Bretaña oficial fuera incapaz, o no estuviera dispuesta, a comprender las verdades por las que luchaba.

---

<sup>1</sup> Destacado militar e industrial brasileño

Tras la muerte de Howard, el gobierno brasileño pidió permiso al gobierno británico para entregar la condecoración a título póstumo a su viuda. Esta petición también fue denegada.

La respuesta en Brasil había sido grande. Pero Howard no se dejó influir por ello. Tres años antes había escrito a los Estados Unidos, en una época en que el RM atraía a grandes multitudes:

«Es mejor tener un hombre 100 por ciento comprometido con Dios que 99.000 hombres 99 por ciento comprometidos».

Todavía creía en ello.

Dejando a la mayor parte de su grupo para seguir las actividades en Brasil, Howard, junto a Doë, Gandhi, Dame Flora MacLeod de MacLeod y algunos otros, volaron a Argentina, Uruguay y Chile, reuniéndose con los presidentes de cada país y entrevistándose con sus otros líderes. El 21 de febrero aterrizó en Lima, Perú. Gandhi recordó que él mismo había estado allí tres años antes, cuando murió Frank Buchman, y que había estado presente cuando 75.000 personas guardaron silencio en su memoria, en el principal estadio de fútbol.

Howard estaba cansado, pero de buen humor. Dio una rueda de prensa a su llegada y asistió a una fiesta en casa de un amigo. Esa mañana había escrito en una carta a uno de sus hijos:

«No olvido la fuerza y el rencor del enemigo, pero millones están hambrientos de lo que creemos. Estoy decidido a ponerme una nueva capa primaveral de Cristo y no quitármela nunca más. Muchos de los nuestros trabajan por reconocimiento y no por obediencia, por lo que hay en ellos una exigencia por parte de todos los que conocen. Se balancean hacia atrás con cada viento frío y son llevados a un falso entusiasmo por cualquier cumplido.

Soy un tipo destartado. Mi letra es difícil de leer. Mis libros y obras de teatro son de segunda categoría. Hago mi trabajo en el RM de una manera que está muy lejos de lo que me satisfaría. Mi fracaso es evidente. Pero Dios me ama, e incluso me utiliza, y aunque no debería ser así, soy feliz. Me duelen los ojos y me duele el corazón de tantas horas de trabajo...».

A última hora de la noche, tras regresar de la fiesta, Howard se sintió sacudido por una fuerte fiebre. «No había sentido temblar mi cuerpo con tanta fuerza desde que jugaba al rugby», dijo. Al principio se pensó que era un resfriado o una infección tropical que pasaría, pero la temperatura subió y, el 23 de febrero, fue ingresado en el hospital con neumonía viral. Estaba terriblemente débil. En la ambulancia, de camino al hospital, dictó el esbozo del último acto de la obra que había estado

escribiendo por las mañanas durante el viaje. Era una historia de tres generaciones enfrentadas, una obra a la que hacía tiempo que había dado el nombre de *Happy Deathday* / Feliz día de la Muerte. En el telegrama que envió a Londres con este esbozo, añadió un mensaje a su hija: «Dile que no se preocupe. Saldré del hospital en una semana». Era difícil para un hombre, que había superado tantos obstáculos en la vida, concebir que se había encontrado con uno que no superaría en este mundo.

Doë pudo estar con él en el hospital, y fue bien atendido; pero el virus no se controló y a la una de la tarde del 25 de febrero de 1965 murió. Doë envió un telegrama a sus amigos:

«Él pertenece al mundo. Lo ha hecho durante veinticinco años. Pertenece a la larga estirpe de los que han luchado por el bien contra el mal y se han dedicado por entero a hacerlo. Ha pasado de la muerte a la vida.

Tuvo el pensamiento de Dios de amar a cada niño que encontraba como si fuera suyo. Su revolución continúa. Y las mujeres debemos continuarla si queremos que nuestros hijos y sus hijos vivan libres».

Dame Flora MacLeod de MacLeod, entonces de ochenta y seis años, la abuela del yerno de Howard, estaba en Lima con Doë. Escribió más tarde:

«En estos grandes viajes vi poco a Peter. Pero triunfamos con sus logros. La carga que llevaba era tremenda. Además de su trabajo externo, que era interminable y de primera importancia, tenía que formar y enseñar a su propio equipo, procedente de distintos países. Llevaba la carga y la preocupación, y las decepciones -estoy segura de que las hubo, aunque nunca oímos hablar de ellas-.

Fueron tan pocos años con Peter, pero fueron mi experiencia suprema, y me han hecho lo suficientemente joven como para creer que todavía puedo hacer algo.

Los tiempos con Peter fueron tremendamente inspiradores y me revelaron una nueva visión. Aprendí de la presencia inmanente de Dios en toda nuestra vida. Pero el sacrificio de la Cruz estaba siempre presente.

Cuántas veces le oí decir: “Cuando contemplo la maravillosa Cruz en la que murió el Príncipe de la Gloria”; una Cruz que él mismo llevó con sus fuerzas debilitadas hasta que su vida se desvaneció y no le quedó nada. Creo que nunca dejó de decir: “Trabaja más, trabaja más”. Podía ser muy severo, pero nunca fue cruel. A veces me parecía que era injusto, a veces me carcomía el remordimiento... *mea maxima culpa*.

El 23 de febrero, cuando se dirigía al hospital en ambulancia, dos días antes de morir, me envió rosas rosas. Debió de repartir las flores en la habitación de su hotel entre sus amigos. Qué maravilloso pensamiento y cuidado tenía para todos nosotros".

El Presidente de Perú dispuso que el cuerpo de Howard reposara en la Municipalidad de Lima.

El 5 de marzo de 1965, día en que el cuerpo de Peter Howard fue trasladado a Suffolk, fue un frío día de invierno. La gran iglesia de Lavenham volvía a estar llena con mil personas de muchas tierras, como lo había estado aquel día de junio, de tres años atrás, cuando él había llevado a su hija al altar el día de su boda. Ahora era llevado en su último viaje por los hombres de su granja.

Estaban presentes hombres de renombre, de todo el mundo. Él se habría alegrado de verlos, pero lo que más habría significado para él habría sido el regreso a su tierra. Su féretro fue colocado en un carro de labranza, tirado por dos grandes caballos, ponches de Suffolk, más allá de las puertas de *Hill Farm*, a través de las callejuelas hasta el cementerio de *Brent Eleigh*. Allí, mientras una nevada se posaba en los campos circundantes, fue enterrado, contemplando los ondulados campos de *East Anglian* que los Howard habían cultivado durante generaciones.

En marzo de 1964 había escrito: «Si alguna vez me entierran, háganlo con alegría, militancia y muchas voces. Dejen que mis enemigos también reciban su merecido. Es el momento de que se liberen». Y así fue. La única voz elegida para recordarle en la BBC fue la de Tom Driberg, que se había opuesto a él y a lo que representaba sin descanso, desde los tiempos del *Daily Express*. Cuando sus amigos protestaron, Sir Hugh Greene sostuvo que Driberg era un experto imparcial, y la charla se repitió en otro canal.

Los amigos de Howard en Escocia enviaron una lápida de granito para colocarla sobre la tumba. Apoyado por el reverendo C. Dobree, rector de Brent Eleigh, el Consejo Parroquial de la Iglesia denegó el permiso para levantarla. Su tumba yace intacta, salvo por las flores y brezos que amigos y desconocidos depositan en ella mes tras mes. En la muerte, como en la vida, libró una batalla que fue como él hubiera deseado.

«La gran pregunta en el mundo moderno es Hombre Todopoderoso o Dios Todopoderoso. En un momento en que todas las fuerzas negativas están astillando y limando la Roca de las Edades, debemos percibir el peligro y el desafío, y sin temor en medio de la incomprensión y la tergiversación, y la oposición, incluso desde dentro del campo comprometido del cristianismo, construir a Dios Todopoderoso una

vez más, como un factor moderno y revolucionario en la vida de millones de nuestros semejantes».

Años antes, en *Hill Farm*, había escrito al final de *Ideas Have Legs* / Las Ideas Tienen Piernas:

«Así llegamos al final de nuestro viaje, tú y yo juntos, y juntos comenzamos algo nuevo. Nunca nos hemos visto antes, y nunca volveremos a separarnos. Podemos contarnos entre los poderosos de la historia. A partir de este día, podemos marchar en las filas del creciente ejército de hombres y mujeres comunes, cuyo destino es hacer más grandes a todas las naciones.

Hay tantas cosas en nuestros países que tocan el corazón humano. Tanto tú como yo, conocemos partes de nuestras tierras, sus sonidos, sus vistas, sus olores, que penetran y remueven los rincones más profundos de nuestra naturaleza.

Tal vez, sean los recuerdos de las aguas, las sombras resbaladizas de las truchas en los arroyos, el lento y reflexivo deslizamiento de los ríos más profundos entre los pastos, y el mar, infinito, salvaje, inquieto, frío, gris y verde.

Tal vez, sea el sonido de la risa alrededor de una chimenea, de las voces del campo flotando hacia casa a través del campo en el crepúsculo de verano, cuando la última carga de maíz ha sido llevada al patio y la niebla se eleva desde los prados; o la tos y el silbido del viento en los árboles alrededor de las acogedoras viviendas en una fría noche de invierno.

Tal vez, recordamos y amamos los valles primaverales de flores blancas surcando la tierra roja, el viento a través de las montañas, el susurro y el murmullo del maíz, los silencios y las canciones de los árboles en los bosques profundos, el granito de las laderas y los corazones cálidos de la gente.

Quizá, lo que más nos atrapa el aliento y el corazón es el sutil y sencillo olor del humo de leña en una tarde de otoño, ese mismo olor que nuestros antepasados conocían, de generación en generación.

Todas estas cosas las heredamos, tú y yo. Y heredamos los campos verdes, los setos espinosos, las flores silvestres, los tesoros de los siglos en la literatura y el arte, y sobre todo el carácter y la experiencia acumulados de las grandes personas.

Todas estas cosas son nuestras por derecho de herencia y de vida, no importa qué circunstancias nos rodeen ahora, no importa si pasamos nuestros días en casa o en el extranjero, en medio del bullicio de las ciudades, en autobuses,

aviones y trenes, en el sudor y el peligro de las minas de carbón o en la tensión y el clamor de la fábrica o la oficina o el muelle.

Estas cosas las hemos heredado. La historia registrará lo que hagamos de nuestra herencia.

Muchos planean el futuro. Pero tú y yo vivimos el futuro. Somos el futuro.

Porque tú y yo, hombres y mujeres comunes, nuestros marcos de polvo, suciedad y agua, agitados por los mismos deseos, cortejados por las mismas tentaciones, llevados adelante por el mismo poder si así lo decidimos, tenemos esta contribución distintiva que hacer.

Sabemos el secreto máspreciado de ésta y de todas las generaciones, el secreto que puede reconstruir el mundo. Poseemos la idea lo suficientemente grande como para superar a todas las demás ideas, para movilizar las mentes, los corazones y las voluntades de millones de personas hacia la unidad y la acción.

El tiempo no está de nuestra parte, a menos que lo aprovechemos.

La tradición no está de nuestra parte, a menos que la vivamos y la construyamos.

Dios no está de nuestra parte, a menos que escuchemos y obedezcamos.

La historia se escribirá sobre la elección que tú y yo hagamos hoy. Será la elección más trascendental de la historia de la humanidad.

Una cosa es cierta. Estamos en el umbral de una nueva era. Una nueva era de algún tipo está a punto de ser inaugurada, con todo el sudor, la sangre y la agonía de la nueva creación.

Puede ser la idea de Dios de una nueva era. Si no, será una nueva era de otro tipo. Y nosotros, sólo nosotros, los ciudadanos del destino, decidimos».

«Una vez, a cada hombre y a cada nación  
le llega el momento de decidir.  
Entonces, el hombre valiente elige  
mientras el cobarde se hace a un lado,  
hasta que la multitud hace virtud  
de la fe que habían negado».

Discurso pronunciado por el Honorable Quentin Hogg, Q. C., Miembro del Parlamento, en una misa en memoria del Sr. Peter Howard en la Real Iglesia Parroquial de *St. Martin-in-the-Fields*, Londres, 12 de abril de 1996.

Estamos aquí en señal de gratitud y amor por la vida de un hombre extraordinario en todos los sentidos, amable en todos los sentidos y bueno en todos los sentidos humanos.

Muchos en esta gran congregación, probablemente la mayoría, y posiblemente todos, estuvieron más estrechamente asociados que yo con el trabajo público de Peter Howard y por lo tanto mejor calificados que yo para evaluarlo. Pero desde 1926 en adelante le conocí como amigo, generoso, alegre, leal y comprensivo. Presumiblemente es como amigo como se me ha pedido que rinda este homenaje a su memoria, y lo hago de buen agrado. Estaba orgulloso de su amistad, pero lo hago con tristeza porque, según cualquier criterio terrenal, murió demasiado pronto.

Pienso en primer lugar en su valor. El valor físico, es decir, la fuerza de voluntad necesaria para que la mente domine la materia, era, me inclino a pensar, la base de todo su carácter. Desde su infancia se vio obligado a enfrentarse a una incapacidad física casi paralizante, que muchos de nosotros habríamos considerado abrumadora. Su coraje la trató como un reto más que como una aflicción. E incluso antes de que su carácter estuviera completamente formado o se viera por completo, le valió la capitania de Inglaterra en el campo de rugby.

Este coraje nunca le abandonó, aunque el poder que le dio para hacer trabajar su cuerpo sin piedad pudo haberle traicionado al final. Nadie que viera hasta qué punto se esforzaba en los últimos años podía dejar de preguntarse cómo era posible que mantuviera ese ritmo, y nadie ahora, al reflexionar sobre su temprana muerte, puede dejar de especular hasta qué punto su resistencia a la infección puede haberse visto minada por el tremendo ímpetu que mantenía año tras año. Pero no habría sido propio de Peter preservarse a sí mismo. Lo asombroso es que nunca permitió que la inmensa tensión, bajo la que se obligaba a vivir y trabajar, se manifestara en una pérdida de paciencia o comprensión hacia la multitud de aquellos a cuya necesidad trataba de servir.

Ya he mencionado la alegría de Peter, su sentido de la diversión. Nadie disfrutaba más de la vida que él. Las cosas que él disfrutaba eran las cosas buenas de la vida: el sol y el aire fresco, la amistad y la familia, la granja y el campo, la compañía y la risa de los niños, la interminable fascinación de la idiosincrasia humana. La alegría, se nos asegura, es uno de los principales frutos del Espíritu. La sencilla alegría de Peter era sin duda una marca de santidad.



Me refiero también a su bondad sin reservas. No es fácil definir la bondad, porque no es una cualidad. Es una orientación de todo el ser. A pesar de las limitaciones y los defectos de carácter, cada uno de nosotros puede ser bueno a su manera, de forma individual y única. Muy pocos lo somos. Incluso los hombres normalmente buenos no son tan comunes como para que su muerte pase desapercibida.

Pero la simple bondad de Peter no era ordinaria. La suya era *anima naturaliter Christiana*, un alma naturalmente cristiana, como quizá lo sean en el fondo todas las almas humanas. Pero en él fue la combinación de esta bondad natural con la determinación adquirida tras su experiencia religiosa, lo que le dio la seriedad moral y el poder de sus últimos años. Estaba decidido a que la bondad no desapareciera de la tierra, a que la luz venciera a las tinieblas, a que los pecadores se arrepintieran y fueran redimidos y a que la perfectibilidad se convirtiera al final en perfección.

No le preocupaban las dudas sobre la naturaleza de la bondad y en esto seguramente era sabio. No se necesita un filósofo para distinguir el bien del mal, el valor de la cobardía, la integridad de la desviación, la bondad de la crueldad, la pureza de su opuesto. Si así fuera, la mayoría de nosotros estaríamos muy poco atentos.

Pero a la mayoría nos inhibe el pudor o la vergüenza de convertirnos en abiertos defensores de la bondad. Quizá tememos la unción o la hipocresía, o somos demasiado conscientes de nuestros propios defectos.

Peter no lo era, y en esto también tenía razón. Suya fue la visión de Isaías en el año en que murió el rey Uzías. Oyó la palabra de Dios en el templo lleno de humo preguntando: «¿A quién enviaremos por nosotros?». Y como el profeta, Peter, tranquilizado por el carbón vivo del altar, protestando por su indignidad y sin el menor atisbo de justicia propia, respondió al final: «Aquí estoy. Envíame a mí». Y en verdad, si alguien no respondiera así, no quedaría nadie a quien enviar. Porque todos somos hombres de labios impuros y vivimos en medio de una generación de hombres impuros de labios impuros.

Así que Peter respondió a la voz que oyó y, como Peter era bueno, el mundo no sólo oyó, sino que escuchó. Vio con claridad el drama esencial de la vida del individuo, su piedad y su terror, su incesante anhelo de redención. Vio claramente que la vida nunca es la tragicomedia que tan a menudo se representa. Quítale la máscara, quítale el envoltorio de la autoprotección y es puro melodrama: conmovedor como la tragedia, heroico como la epopeya, que exige compasión, capaz de triunfar, amenazado por el desastre, pero nunca trivial, que nunca se puede calificar de absurdo, nunca más peligroso que cuando es aburrido, nunca más trágico que cuando se interpreta con ligereza. Sabía que hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos. Esto es lo que añadía seriedad y fuerza a un carácter lleno de virtud natural.

Me acerco a la experiencia central de su vida con reverencia pero con reticencia. No me corresponde a mí explorar los secretos íntimos del alma humana, ni tratar de evaluar y desentrañar su relación con la Divinidad. Pero nadie que conociera a Peter como yo le conocí puede dudar de la realidad de la experiencia de conversión o, como él la llamaba, de cambio, que experimentó en los primeros días de la guerra.

Fue esta experiencia la que dominó el resto de su vida. A partir de ese momento, le dio a su vida una dirección y un sentido totalmente nuevos y, en sus últimos años, le proporcionó, aunque él no lo viera, un renombre nacional e incluso internacional. Al igual que la poderosa y venerable figura cuyo nombre de pila lleva, Peter se convirtió a partir de entonces, en pescador de hombres.

No es éste el momento ni el lugar de describir su trabajo, ni de especular sobre lo que, de haberle concedido más tiempo, habría realizado. Pero podemos recordar con alegría y tristeza al amigo que conocimos. Aquí no hubo pecados sin arrepentir y, por lo tanto, ninguno sin perdonar. Aquí no hubo oportunidades perdidas, ni cualidades no realizadas plenamente. Si alguna vez un hombre fue a su Creador, con su túnica bautismal restaurada a su frescura original, sin duda fue Peter Howard.

Creo que a los cristianos se nos enseña convencionalmente a tomar la muerte a la ligera. Estoy seguro de que esto nunca se consigue. Podemos consolarnos pensando en la visión de lo Divino, la visión beatífica que nos hace felices para siempre, con la visión cara a cara de lo que ahora vemos a través de un cristal oscuro. Podemos hablar, como lo hacemos, unos con otros, de la comunión de los santos, de la resurrección de la carne y de la vida eterna, pero de algún modo nada mitiga realmente el dolor de la despedida.

No creo que debemos avergonzarnos de ello. Cuando a Jesús le comunicaron la muerte de Lázaro, no levantó los ojos al cielo y dijo: "Gracias a Dios, Lázaro está en el cielo". Jesús lloró, y porque tenía el poder, convocó a su amigo de vuelta de la tumba. Tal vez por la razón humana de que le amaba y quería que volviera.

El dolor del duelo es el precio que pagamos por el amor. Es un precio alto, pero quienes lo han pagado nunca se arrepienten de su trato, por mucho que se repita en sus vidas. Sin embargo, cuando muere un cristiano, aunque siempre hay dolor, también hay consuelo. Podemos dar gracias a Dios por una vida bien empleada; en el caso de Peter, muy bien empleada y en su caso, también, muy disfrutada.

Podemos decirnos unos a otros que, en algún lugar del universo, Peter sigue existiendo en paz, podemos estar seguros, pero quizá no totalmente en paz, porque la inacción sería extrañamente distinta de nuestro amigo. En la

misteriosa interacción de lo visible y lo invisible, que llamamos comunión de los santos, de alguna manera, en algún lugar, se nos permite creer que todavía comparte con nosotros, y con nuestro Maestro, la interminable tarea de la redención del mundo. Es el trabajo de Dios y la verdadera función de la iglesia. *Lux perpetuallycent ei*. Que la luz perpetua brille sobre él, y estoy seguro de que así es. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Entre los mensajes y cartas recibidos por la familia de Peter Howard tras su muerte, se encuentran los siguientes:

«Desde los días en que Lafayette y von Steuben prestaron a nuestra república naciente una ayuda decisiva en la lucha revolucionaria por la supervivencia, pocos o ningún ciudadano de otras tierras han prestado al pueblo estadounidense servicios comparables a los del Sr. Peter Howard».

Presidente McCormack,  
Cámara de Representantes de EE.UU.

«Le tenía en gran estima: estaba tan entregado al bien de los demás. Su muerte es una gran pérdida».

Cardenal Tisserant,  
Decano del Sagrado Colegio Cardenalicio

«Líderes de naciones de todos los continentes echarán de menos su orientación».

Keith Holyoake,  
Primer Ministro de Nueva Zelanda

«Peter Howard tenía la longitud de onda de nuestra generación en los Estados Unidos. Fuimos algunos de los afortunados que lo tuvimos en nuestros campus. Fue un verdadero estadista para esta época que nos dio un gran objetivo para nuestras vidas y una esperanza para los Estados Unidos que queremos ver. Le estaremos eternamente agradecidos. Ahora nos corresponde a nosotros igualar su compromiso».

Firmado por 12 presidentes de órganos  
estudiantiles universitarios

«Peter era grandioso. Porque el corazón de Peter podía contener a todas las naciones y pueblos del mundo, igual que podía contener a Gran Bretaña y a los británicos. Podía contenerme a mí, un hombre común y corriente, discapacitado físico, de Kerala, la parte más meridional de la India.

Nuestra amistad comenzó el 13 de enero de 1962, cuando nos vimos por primera vez en mi pueblo. Ese día asistió a una reunión en mi casa. Era la ceremonia de colocación de los cimientos de nuestro Centro Infantil. Estaban presentes el gobernador de nuestro Estado y algunos ministros.

K. M. Cherian, redactor jefe de *Malayala Manorama*, uno de los principales diarios de Kerala, trajo a la reunión a dos invitados de honor del RM. Yo estaba sentado en la tribuna, en la última fila. Peter ocupó el asiento junto a mi silla de ruedas. Miles de personas se congregaban frente a nosotros. La gente escuchaba los discursos con atención. Peter se volvió y me miró a mí, un inválido sentado en una silla de ruedas, se inclinó hacia mí y me dijo: “George, yo también soy inválido. Lo he superado. Así que ámate y afróntalo con valentía”. Ese fue el comienzo de nuestra amistad. Me sentí honrado con esa amistad. Significó mucho para mi vida. Dio forma a mi vida. Le dio un mayor objetivo a mi vida.

Su última carta me llegó el 1 de diciembre de 1964, desde Londres.

Entonces llegó la triste noticia. Estaba conmocionado. Me he dedicado de nuevo a la gran revolución, la revolución de Dios, por la que Peter trabajó, murió y nos encomendó. Era mi mejor amigo».

George Mathew,  
Kerala, Sur de la India

«Lamenté mucho enterarme de que Peter Howard, autor de la pantomima *Give a Dog a Bone / Dale un Hueso a un Perro*, había muerto. Me hubiera gustado conocerle porque había oído que tenía muchas buenas ideas para obras de teatro y pantomimas. Era un buen hombre y muy decidido. Le envié una corona de flores para darle las gracias».

Un alumno de ocho años

«Peter Howard me salvó la vida. Así que dono el resto de ella al Rearme Moral, para ser parte de los frutos de su vida».

Encontrado en una corona en el cementerio de la iglesia

«Mi mente se remonta veinte años atrás, cuando Philip era un niño pequeño en el colegio y conocí por primera vez a Peter Howard. A partir de entonces, durante todo el tiempo que Anthony estuvo en la casa, fue el más amable y considerado "padre" hacia un director de escuela. De hecho, si había algo que lamentaba era que

fuera tan modesto; uno disfrutaba tanto de su compañía que me hubiera gustado verle mucho más».

F. J. A. Cruso,  
*Eton College*

«Peter Howard fue el verdadero amigo de los mineros. Acudió a nosotros en un momento muy oscuro, cuando más de mil hombres habían perdido su trabajo como consecuencia del desastre de la mina Barony Colliery, en Auchinleck.

Sentíamos que nos habían olvidado, pero Howard nos trajo esperanza y nos demostró que la gente se preocupaba de verdad.

Creemos que si lo que nos aportó en Ayrshire lo aplicaran a nivel nacional los líderes y dirigentes, se resolverían no sólo los problemas de nuestras industrias, sino también los de cualquier otro ámbito».

Firmado por los mineros de *Ayrshire Coalfields*

«Algunos de los momentos culminantes de mi vida han sido escuchar los discursos de Peter Howard. Sus obras me han dado propósito, disciplina y fe. Sus libros me han dado, y seguirán dándome, desafíos y aventuras.

Su forma de vivir ha hecho que millones de personas como yo hayamos sentido el pleno soplo de Dios en la tierra y nunca volveremos a ser los mismos».

Firmado "Un humilde soldado", B. A. O. R.

«Poco después de la Segunda Guerra Mundial, de vuelta en el *Sunday Express* de Londres, tras mi servicio en el extranjero, conocí a Peter Howard, por casualidad, en un hotel de Glasgow.

No podía creer que fuera el hombre que solía conocer. El cambio brillaba en su rostro. Se podía ver en esos ojos oscuros bajo las cejas arqueadas. Era la segunda cara de Peter Howard. La cara de un hombre que había llegado al final de un viejo viaje y se embarcaba en uno nuevo. Decía que había descubierto una idea más grande que todas las demás. Desgraciadamente, al igual que Pilatos, no esperé la respuesta. A veces, cuando recuerdo esa segunda cara de Peter Howard, desearía haberlo hecho».

Paul Irwin,  
*Sunday Times Magazine, Johannesburgo*

«No pensaba en Peter Howard, en principio, como el líder de un movimiento internacional, sino más bien como un aliado incondicional, como, en su propia frase, un 'compañero de armas'. Cuando le conocí, supe por qué había sido un *Crossbencher* tan formidable. Su ágil cerebro, su ingenio, su perspicaz apreciación táctica, su frase mordaz, todo estaba allí, junto con un entusiasmo juvenil por golpear

al enemigo donde más le dolía y una alegre visión de los resultados. Sin embargo, también lo sentía por ellos y se resistía a darles el golpe de gracia. La piedad le impedía ser despiadado, y el humor atenuaba incluso sus ataques más mordaces. Me enseñó mucho sobre este tipo de periodismo. . . Un artículo bien escrito seguramente recibía una respuesta suya, por muy ocupado que estuviera. Su aliento era incondicional, y tanto más valioso por venir de un maestro del oficio que a él le gustaba llamar el Arte Negro. Cuando le llegaba alguna información política -y tenía muchas fuentes- era generoso al transmitirla, sabiendo el valor que tenía para mí... Esta es mi impresión de él. Un centro neurálgico de energía brillante, con un núcleo central de compasión cálida y humana. En la ética cristiana, la muerte no tiene terrores. Es la realización de la vida. En su propia terminología, es el cambio triunfante final. Pocos hombres han dejado a sus familias un legado tan magnífico de amor y orgullo como Peter Howard. Su memoria es un tesoro que guardarán todos los días de su vida y una inspiración para todos los que le conocieron».

Charles Graham

*Scottish Daily Express*

LIBROS Y OBRAS DE TEATRO DE PETER HOWARD  
de muchos de los cuales se hacen citas en el texto

**Libros**

- Hombres Culpables* (con Michael Foot y Frank Owen), Gollancz, 1939  
*Hombres Inocentes*, Heinemann, 1941  
*Siempre Luhadores*, Heinemann, 1942  
*Las Ideas Tienen Piernas*, Frederick Muller, 1945  
*Hombres a Prueba*, Blandford Press, 1945  
*Ese Hombre Frank Buchman*, Blandford Press, 1946  
*El Mundo Reconstruido*, Blandford Press, 1951  
*Reconstruyendo a los Hombres* (con Paul Campbell), Blandford Press, 1954  
*Una Idea para Ganar el Mundo*, Blandford Press, 1955  
*Eficacia Política* (con Paul Campbell), Blandford Press, 1955  
*Los Estados Unidos Necesitan una Ideología* (con Paul Campbell), Muller, 1957  
*El Secreto de Frank Buchman*, Heinemann, 1961  
*Tres Perspectivas del Cristianismo* (con L. J. Collins y T. S. Gregory), Gollancz, 1962  
*Gran Bretaña y la Bestia*, Heinemann, 1963  
*Plan para la Dedicación*, Regnery, 1964  
*Beaverbrook, Un Estudio de Max el Desconocido*, Hutchinson, 1964

**Obras de Teatro**

- Noticias Verdaderas*, Blandford Press, 1954.  
*Las Zapatillas del Dictador*, Blandford Press, 1954  
*El Jefe*, Blandford Press, 1954  
*Somos el Mañana*, Blandford Press, 1954  
*La Isla que Desaparece*, 1955  
*Pickle Hill*, Blandford Press, 1960

*El Huracán* (con Alan Thornhill), Blandford Press, 1961

*La Escalera*, Blandford Press, 1961

*Música a la Medianoche* (con Alan Thornhill), Blandford Press, 1962

*A Través del Muro del Jardín*, Blandford Press, 1963

*Los Diplomáticos*, Blandford Press, 1964

*El Sr. Brown Baja la Colina*, Blandford Press, 1964

*Dale un Hueso a un Perro*, 1964

*Feliz Día de Fallecimiento*, Westminster Productions, 1965

Cualquier discrepancia entre las fechas que figuran aquí y las que aparecen en *Who's Who* se debe a que *Who's Who* da las fechas en que se escribieron las obras, y esta lista considera las fechas en que se publicaron.